

DE LAS CREADORAS  
DE BEAUTIFUL

*Dulce*  
**CHICO  
INDECENTE**

**CHRISTINA LAUREN**





DE LAS CREADORAS  
DE BEAUTIFUL

*Dulce*  
**CHICO  
INDECENTE**

**CHRISTINA LAUREN**

  
VERGARA

# DULCE CHICO INDECENTE

Christina Lauren

Traducción de Nieves Bueno



# 1

## Mia

El día que nos graduamos oficialmente en la universidad no se parece en absoluto a lo que sale en las películas. Lanzo mi birrete al aire, cae y le da en la frente a alguien. El orador principal pierde sus notas debido a una ráfaga de viento y decide improvisar, pronunciando un discurso nada inspirado sobre lo bueno que es aprovechar los errores para crear un futuro mejor, todo ello aderezado con extrañas anécdotas sobre su reciente divorcio. En las películas, ninguna chica parece estar a punto de morir de un infarto con su vestido de poliéster... Sería capaz de pagar un montón de dinero a cualquiera que quemase todas las fotos que me han hecho hoy. Pero aun así, todo logra ser perfecto.

¡Joder, hemos terminado!

Después de comer, en la puerta del restaurante, Lorelei —o Lola, para los pocos que pertenecemos a su círculo íntimo— saca sus llaves del bolso y me mira agitándolas mientras meneaba los hombros en un gesto de celebración. Su padre le da un beso en la frente y trata de disimular las ganas de llorar. La familia de Harlow forma un círculo a su alrededor; todos la abrazan y se quitan unos a otros la palabra de la boca, reviviendo los diez mejores momentos de cuando Harlow Cruzó el Escenario y se Graduó en la Universidad. Luego me atraen hacia ellos y repasan mis quince segundos de fama. Cuando me sueltan, sonrío mientras ponen fin a sus afectuosos rituales familiares.

«Llámame en cuanto llegues.»

«Usa la tarjeta de crédito, Harlow. No, la American Express. No pasa nada,

cariño, es tu regalo de graduación.»

«Te quiero, Lola. Conduce con cuidado.»

Nos quitamos los vestidos asfixiantes, nos dejamos caer en los asientos del viejo Chevy destartado de Lola y salimos a escape de San Diego, soltando humo por el tubo de escape y chillando como locas al pensar en la música, el alcohol y la locura que nos esperan este fin de semana. Harlow pone en marcha la lista de reproducción que ha preparado para el viaje: Britney Spears, por nuestro primer concierto a los ocho años; la canción totalmente inapropiada de 50 Cent que nuestra clase consiguió convertir en el tema musical de nuestra fiesta de antiguos alumnos; el himno de glam metal que, según jura Lola, es la mejor canción para el sexo de toda la historia; y una cincuentena de canciones más que vienen a componer nuestra historia colectiva. Harlow sube el volumen lo suficiente para que todas tengamos que cantar a voz en cuello para dominar el estruendo del aire cálido y cargado de polvo que entra por las cuatro ventanillas.

Lola se aparta del cuello el pelo oscuro y negro y me pasa una goma, rogándome que le haga una cola de caballo.

—¡Dios! ¿Por qué hace tanto calor? —vocifera desde el asiento del conductor.

—Porque estamos cruzando el desierto a cien kilómetros por hora en un Chevy de finales de los ochenta sin aire acondicionado —contesta Harlow, abanicándose con un programa de la ceremonia—. Anda, vuelve a recordarme por qué no hemos cogido mi coche.

—¿Porque huele a protector solar y a mal gusto en cuestión de tíos?

Suelto un chillido cuando se me abalanza desde el asiento delantero.

Lola baja el volumen mientras suena Eminem y le recuerda:

—Hemos cogido mi coche porque casi envuelves con el tuyo un poste de teléfonos, tratando de huir de un bicho que estaba en tu asiento. No confío en tu criterio al volante.

—Era una araña —replica Harlow—. Enorme y con pinzas.

—¿Una araña con pinzas?

—Podría haber muerto, Lola.

—Sí, es verdad. En un violento accidente de coche.

Cuando termino con el pelo de Lola, me apoyo de nuevo en el respaldo del asiento y tengo la impresión de poder tomarme un respiro por primera vez en esa semana, echando unas risas con mis dos personas favoritas del mundo. El calor

ha dejado mi cuerpo sin energía, pero me siento bien relajarme, cerrar los ojos y fundirme con el asiento mientras el viento me agita el pelo, con tanto ruido que ni siquiera puedo pensar. Me esperan tres maravillosas semanas de verano antes de trasladarme a vivir al otro lado del país, y por primera vez desde hace mucho no tengo que hacer absolutamente nada.

—Ha estado bien que tu familia se quedara a comer —dice Lola en su tono sereno y cauteloso, mirándome a los ojos a través del retrovisor.

—Ya —contesto, encogiéndome de hombros.

Me agacho a buscar en mi bolso un chicle, un caramelo o cualquier otra cosa que me mantenga ocupada el tiempo suficiente para no tener que tratar de justificar el abandono prematuro de mis padres de la celebración de hoy.

Harlow vuelve la cabeza para mirarme.

—Pensaba que comerían con todo el mundo.

—Al final, no —digo con sencillez.

Se vuelve hacia mí en su asiento tanto como le es posible sin quitarse el cinturón de seguridad.

—¿Y qué ha dicho David antes de marcharse?

Miro parpadeando el paisaje llano. A Harlow nunca se le ocurriría llamar a su padre, ni al de Lola, por su nombre de pila. Sin embargo, que yo recuerde, mi padre siempre ha sido para ella simplemente David, pronunciado con todo el desdén de que es capaz.

—Ha dicho que estaba orgulloso de mí y que me quiere. Que sentía no decírmelo muy a menudo.

Percibo su sorpresa en su silenciosa respuesta. Harlow solo guarda silencio cuando está sorprendida o cabreada.

—Y también —añado, aunque sé que debería callarme—, que ahora podré ejercer una profesión de verdad y hacer mi contribución a la sociedad.

«No la provoques, Mia», me digo a mí misma.

—Ostras —dice—, es como si le encantara darte donde más duele. Ese tío es un absoluto gilipollas.

Todas nos echamos a reír. Parece que estamos de acuerdo en hablar de otra cosa, porque, ¿qué más podemos decir al respecto? Mi padre es bastante imbécil, y no deja de serlo porque se haya salido con la suya en lo que respecta a mis decisiones en la vida.

Hay poco tráfico. La ciudad se alza desde la llanura como una enmarañada constelación de luces que brillan deslumbrantes en el ocaso. A cada kilómetro que pasa, el aire se vuelve más fresco. Cuando Harlow endereza la espalda y pone una nueva lista de reproducción para el último tramo del viaje, noto que se reactiva la energía dentro del coche. En el asiento de atrás, bailo y me agito al ritmo de una canción pop muy pegadiza.

—Niñas, ¿estáis preparadas para hacer locuras? —pregunta, bajando el parasol del pasajero para aplicarse brillo de labios en el espejo minúsculo y agrietado.

—No. —Lola se incorpora a la East Flamingo Road. Más allá, se extiende ante nosotras el Strip, una alfombra de luces y bocinas—. Pero por ti estoy dispuesta a tomar chupitos horribles y a bailar con hombres dudosamente sobrios.

Asiento con la cabeza, rodeo a Harlow con los brazos desde atrás y la estrujo. Ella finge asfixiarse, pero pone su mano sobre la mía para que no pueda apartarme. Nadie rechaza los arrumacos de forma menos convincente que Harlow.

—Os quiero, loquitas —digo.

Si estuviera con otras personas, mis palabras se perderían en el viento y el polvo que entra a ráfagas en el coche. Sin embargo, Harlow se inclina para darme un beso en la mano y Lola me mira y sonrío. Es como si estuvieran programadas para hacer caso omiso de mis largas pausas y extraer mi voz del caos.

—Tienes que hacerme una promesa, Mia —dice Lola—. ¿Me estás escuchando?

—No irás a pedirme que me escape y me haga gogó, ¿verdad?

—Por desgracia, no.

Llevamos meses planeando este viaje, una última escapada antes de que nos atrape la vida de adultas y la responsabilidad. Estoy preparada para cualquier cosa que Lola me tenga reservada. Estiro el cuello, respiro hondo y finjo hacerme crujir los nudillos.

—Lástima. Se me daría muy bien bailar en una barra. Pero bueno, dispara.

—Esta noche déjalo todo en San Diego. No te preocupes por tu padre ni por la friki que se esté tirando a Luke este fin de semana.

Se me encoge un poco el estómago al oír mencionar a mi ex, aunque lo dejamos como amigos hace casi dos años. Simplemente, Luke fue mi primer

novio, yo fui su primera novia, y lo aprendimos todo juntos. Tengo la impresión de que su actual desfile de conquistas tendría que pagarme derechos de autor.

Lola continúa diciendo:

—No pienses en hacer las maletas para irte a Boston. Piensa solo que hemos acabado la universidad. ¡La universidad, Mia! Lo hemos conseguido. Por el momento, mete lo demás en una caja imaginaria y empújala debajo de la cama.

—Eso de empujar y de camas suena muy bien —dice Harlow.

En cualquier otra circunstancia, sus palabras me habrían hecho reír. Sin embargo, al mencionar Boston, Lola acaba de arrasar sin querer el pequeño espacio libre de nerviosismo que había logrado encontrar en mi interior. De inmediato, se ha quedado pequeño todo el malestar que sentía porque mi padre ha abandonado prematuramente la principal ceremonia de mi vida o Luke ha descubierto su lado promiscuo. Me invade un pánico creciente acerca del futuro y, ahora que nos hemos graduado, es imposible seguir ignorándolo. Cada vez que pienso en lo que viene ahora, mi estómago se vuelve del revés, se enciende, se carboniza. La sensación se repite tan a menudo estos días que me parece que debería darle un nombre.

Dentro de tres semanas me marcharé a Boston, nada menos que a la escuela de negocios, tan lejos de mi sueño de la infancia como pueda imaginarse. Tendré tiempo de sobras para encontrar piso y un empleo que me ayude a pagar las facturas y se adapte al horario de clases que comenzará en otoño, cuando haga por fin lo que siempre ha querido mi padre y me convierta en una de esas frikis del mundo empresarial. Por suerte, hasta me paga el piso. «Dos dormitorios — insistió, magnánimo—. «Así podremos ir a visitarte tu madre, los chicos y yo.»

—¿Qué me dices, Mia? —insiste Lola.

—Vale —digo mientras asiento con la cabeza, preguntándome cuándo me he convertido en la chica con más mochila de las tres, cuando el padre de Lola es veterano de guerra, los padres de Harlow pertenecen al ambiente hollywoodiense y yo solo soy la chica de La Jolla que solía bailar—. Lo empujo debajo de una cama imaginaria. —Pronunciar las palabras en voz alta parece cargarlas de mayor significado—. Lo pondré en la caja donde Harlow guarda esos juguetes sexuales que dan tanto miedo.

Harlow me lanza un beso insolente y Lola asiente, decidida. Es la que más sabe de estrés y responsabilidad, pero, si ella puede dejarlos a un lado durante el



fin de semana, yo también puedo.

Paramos delante del hotel. Lola y yo nos precipitamos fuera del coche con nuestras sencillas bolsas de lona en la mano y pinta de salir directamente de una tormenta de polvo. Me siento torpe y mugrienta. Solo Harlow parece sentirse como pez en el agua. En efecto, baja del viejo Chevy como si se apeara de un lujoso y brillante automóvil negro, aún presentable y tirando de una brillante maleta con ruedecitas.

Cuando llegamos arriba, todas nos quedamos sin palabras, incluso Harlow; está claro que esta es la forma «sorpresa» de su silencio. Solo hay otras dos habitaciones en la planta, y nuestra Sky Suite es enorme.

El padre de Harlow, un importante director de fotografía, la ha reservado para nosotras como regalo de graduación. Pensábamos que nos darían una habitación de hotel típica de Las Vegas, con su champú gratis, y que quizá hasta nos volveríamos locas y arrasaríamos el minibar, cargando el coste a su tarjeta. ¡Barritas de caramelo y botellines de vodka para todas!

No nos esperábamos esto. En el vestíbulo (¡hay vestíbulo!), junto a una abundante cesta de fruta y una botella de champán, hallamos una nota. Dice que disponemos de mayordomo a través de un número de marcación rápida, que una masajista acudirá a la habitación cuando nos haga falta y que el padre de Harlow nos paga encantado un servicio de habitaciones ilimitado. Si Alexander Vega no fuese el padre de mi mejor amiga ni estuviera felizmente casado, sería capaz de ofrecerle sexo para darle las gracias.

«Recuérdame que no se lo diga a Harlow.»

Crecí llevando muy poca ropa en un escenario, ante un montón de gente, donde podía aparentar ser otra persona. Por eso, pese a la larga cicatriz irregular de la pierna, me siento mucho más cómoda que Lola con uno de los vestidos que Harlow eligió para nosotras. Lola ni siquiera piensa ponerse el suyo.

—Es tu regalo de graduación —dice Harlow—. ¿Cómo te habrías sentido si yo hubiera rechazado el diario que me compraste?

Lola se echa a reír y le arroja una almohada desde la otra punta de la habitación.

—Si te hubiera pedido que arrancaras las páginas y te hicieras con ellas un vestido que apenas te cubriese el culo, sí, habrías estado en tu derecho de rechazar el regalo.

Tiro del bajo del vestido, poniéndome en silencio de parte de Lola. Ojalá fuese un poquito más largo. Ya no suelo enseñar tanto muslo.

—Pues Mia se ha puesto el suyo —señala Harlow, y yo lanzo un gruñido.

—Ya, pero es que Mia creció vestida con unas mallas, es muy bajita y tiene el cuerpo de una gacela —razona Lola—. Además, seguro que, si me esforzase lo suficiente, podría verle hasta el asunto. Y como yo le saco doce centímetros de estatura, con este vestido prácticamente se me vería el canal uterino.

—Eres una cabezota.

—Y tú una guarra.

Escucho cómo discuten mientras contemplo satisfecha por la ventana a los peatones que caminan por el Strip y que, vistos desde la planta cuarenta y cinco, componen una franja de puntos de colores. No sé muy bien por qué sigue oponiéndose Lola. Todas sabemos que acabará cediendo, porque Harlow es un verdadero coñazo y siempre se sale con la suya. Suena extraño que yo diga que ese aspecto de su personalidad siempre me ha encantado, pero es que sabe lo que quiere y va a por ello. Lola es igual en muchos aspectos, aunque su técnica es un poco más sutil que la de Harlow.

Lola lanza un gruñido, pero, como cabía esperar, acaba reconociendo su derrota. Es lo bastante lista para saber que está librando una batalla perdida y solo tarda unos minutos en ponerse el vestido y los zapatos antes de que bajemos.

Ha sido un día largo. Hemos terminado la universidad, hemos limpiado nuestro cuerpo de polvo y de las preocupaciones de la vida real, y a Harlow le encanta pedir chupitos. ¿Algo más? Le encanta ver cómo se los beben los demás. Para cuando dan las nueve y media, decido que nuestro nivel de borrachera es suficiente: se nos traba la lengua, pero al menos podemos caminar. Hacía mucho tiempo que no veía reírse tanto a Lola y a Harlow: la mejilla de Lola se apoya sobre sus brazos cruzados, y sus hombros tiemblan de risa; Harlow echa la cabeza hacia atrás, y el sonido de sus risitas domina el ritmo de la música y

atraviesa el bar.

Y cuando tiene la cabeza hacia atrás, me encuentro con la mirada de un hombre a través de la sala llena de gente. No puedo distinguir todos sus rasgos en la penumbra del bar, pero es un poco mayor que nosotras y alto, con el pelo castaño claro y unas cejas oscuras sobre unos ojos vivos y maliciosos. Nos mira y sonríe como si no necesitase participar en nuestra diversión; simplemente quiere apreciarla. Otros dos hombres se encuentran de pie a su lado, hablando y señalando algo que está en un rincón, pero él no aparta la mirada cuando nuestros ojos se encuentran. Si acaso, su sonrisa se ensancha aún más.

Yo tampoco puedo mirar hacia otro lado, y la sensación me desorienta, porque normalmente, tratándose de extraños, se me da muy bien mirar hacia otro lado. El corazón me da un vuelco en el pecho, recordándome que debería sentirme más incómoda, sugiriendo quizá que me concentre en mi copa. No sé establecer contacto visual. Tampoco sé conversar. De hecho, los únicos músculos que nunca llegué a dominar por completo fueron los necesarios para hablar deprisa.

Sin embargo, por alguna razón —echémosle la culpa al alcohol— y sin apartar la mirada del tío bueno que está al otro lado del bar, mis labios se apresuran a componer la palabra «hola».

Él me responde lo mismo. Acto seguido, se muerde la comisura de los labios y, ¡vaya!, debería hacerlo cada día y para todas las personas que conozca durante el resto de su vida. Tiene un hoyuelo, y me tranquilizo a mí misma diciéndome que es un efecto de luces y sombras, porque es totalmente imposible que algo tan simple pueda ser tan adorable.

Noto que en mis entrañas ocurre algo extraño y me pregunto si, cuando la gente habla de derretirse, se referirá a esta sensación. Desde luego, no me siento nada sólida. Percibo una clara vibración de interés por debajo de la cintura. Madre mía, si solo con su sonrisa logra hacer esto, imagínate lo que hará con su...

Antes de que pueda acabar de formular ese pensamiento, Harlow me agarra del brazo y me arranca de mi atento estudio del rostro masculino para sumergirme en una multitud de cuerpos que se balancean y serpentean al ritmo sexual que atruena desde los altavoces. Un chico como ese se sale totalmente de mi zona de confort, así que meto el impulso de ir a por él en mi caja imaginaria, debajo de esa cama imaginaria, junto con todos los que ya guardo allí.

Creo que nos estamos tomando con calma nuestra adaptación a Las Vegas, porque, después de bailar y tomar unas copas, volvemos a la habitación antes de la medianoche. Todas estamos agotadas tras la ceremonia de graduación al sol, el caluroso viaje y el alcohol que nos hemos metido en el cuerpo sin apenas haber comido.

Aunque nuestra suite es más espaciosa de lo que necesitamos y aunque hay dos dormitorios, nos amontonamos las tres en uno. Lola y Harlow se duermen en cuestión de minutos. Harlow empieza a murmurar, como siempre, pero Lola duerme sin moverse ni hacer ruido. Se entierra de tal manera entre las sábanas que, cuando éramos pequeñas, me preguntaba a mí misma si desaparecía en el colchón durante las fiestas de pijamas. Algunas veces me planteo seriamente la posibilidad de tomarle el pulso.

Sin embargo, al otro lado del pasillo celebran una ruidosa fiesta.

Los graves de la música sacuden la lámpara colgada sobre mi cabeza. Unas voces masculinas retumban a través del hueco que separa las habitaciones; gritan y se ríen, armando una bulla enorme. Una pelota choca contra un muro a lo lejos, y, aunque solo puedo identificar unas cuantas voces entre el griterío, hacen tanto ruido que la suite entera tiene que estar llena de chicos borrachos que han venido a pasar un loco fin de semana en Las Vegas.

A las dos de la mañana todo sigue igual: tengo la mirada clavada en el techo y, de forma paradójica, me siento cada vez más despierta y más dormida al mismo tiempo. Para cuando dan las tres, estoy tan irritada que me convertiría en la mayor aguafiestas de Las Vegas con tal de dormir unas cuantas horas antes de acudir a nuestra cita matinal en el spa.

Salgo de la cama. Al principio intento no hacer ruido para no despertar a mis amigas, pero luego me echo a reír ante lo absurdo de esa idea. Si han podido dormir con todo el follón del otro lado del pasillo, seguirán durmiendo mientras camino en silencio por el suelo enmoquetado, cojo una llave de la habitación y me deslizo fuera de la suite.

Aporreo la puerta y espero, jadeante de irritación. El ruido apenas disminuye, y no sé si seré capaz de aporrear lo bastante fuerte para que me oigan siquiera. Alzo ambos puños y vuelvo a intentarlo. No quiero ser esa persona que se queja en Las Vegas de que la gente lo está pasando bien, pero mi siguiente paso será llamar a seguridad.

Esta vez, la música se apaga y oigo unas pisadas al otro lado de la puerta.

Quizá espero que abra un viejo e hiperbronceado gilipollas que vive de rentas, un banquero de inversiones de mediana edad que ha venido a desmadrarse con unos colegas el fin de semana o un miembro de una fraternidad que está bebiendo chupitos del ombligo de una estríper. Pero no espero que sea él, el tío del otro lado de la barra.

No espero que vaya descamisado, ni que lleve unos bóxers negros tan bajos sobre el vientre moreno que le veo la suave línea de vello, más abajo.

No espero que sonría al verme y, desde luego, no espero su acento cuando dice:

—Yo te conozco.

—No me conoces —digo de un tirón, aunque noto que me falta un poco el aire.

Hace tiempo que no tartamudeo delante de mis amigos ni de mi familia y tampoco acostumbro a hacerlo en presencia de extraños con los que me siento cómoda. Pero ahora mismo tengo la cara encendida y se me ha puesto la piel de gallina en los brazos y las piernas, así que no sé muy bien qué pensar de mis palabras absolutamente libres de tartamudeo.

Si es posible, su sonrisa crece, el rubor se intensifica, un hoyuelo ocupa el centro del escenario y abre la puerta del todo mientras da un paso hacia mí. Es todavía más atractivo de lo que parecía desde el otro lado de la sala, y su realidad llena inmediatamente el umbral. Su presencia es tan tremenda que doy un paso atrás como si me hubieran empujado. Se me acerca con actitud tranquila, manteniendo el contacto visual y exhibiendo una radiante sonrisa mientras me observa con aire travieso.

Como soy una artista, he visto magia así en otras ocasiones. Su aspecto puede ser parecido al de cualquier otro ser humano, pero posee esa cualidad escurridiza que forzaría a cualquier par de ojos a seguirle encima del escenario, por insignificante que fuera su papel. Es más que carisma; es un magnetismo que no puede enseñarse ni practicarse. Estoy a sesenta centímetros de él... No tengo ninguna oportunidad.

—Sí que te conozco —dice, ladeando un poco la cabeza—. Nos hemos conocido antes. Simplemente, aún no hemos intercambiado nombres.

Mi mente se esfuerza por situar su acento hasta que caigo en la cuenta: es

francés. Este capullo es francés, aunque un poco aguado. Su acento es suave, leve. En lugar de enroscar todas las palabras juntas, las extiende, ofreciéndolas una a una con cuidado.

Entorno los ojos, obligándome a mirarle a la cara. No es fácil. Su pecho aparece liso y bronceado, y tiene las tetillas más perfectas que he visto en mi vida, pequeñas y planas. Tiene los músculos bien definidos y estatura suficiente para montarlo como si fuera un caballo. Percibo el calor que emana de su piel. Para colmo, va en ropa interior, detalle que no parece afectarle lo más mínimo.

—Estáis armando un jaleo enorme —digo, recordando las horas de ruido que me han traído hasta aquí—. Creo que me caías mucho mejor al otro lado de una sala llena de gente que al otro lado de este pasillo.

—Pero cara a cara es mejor, ¿no? —Su voz me pone los brazos de piel de gallina. Al ver que no contesto, se vuelve, mira por encima del hombro y se dirige de nuevo a mí—: Siento que estemos haciendo tanto ruido. Voy a echarle la culpa a Finn. Es canadiense, así que seguro que entenderás que es un salvaje. Y Oliver es australiano, también horriblemente incivilizado.

—¿Un canadiense, un australiano y un francés montando un sarao en una habitación de hotel? —le pregunto, conteniendo una sonrisa.

Intento recordar la regla que aconseja no debatirte si caes en arenas movedizas, porque esa es exactamente la sensación que tengo. Me hundo, devorada por algo más grande que yo.

—Parece el principio de un chiste —coincide él, asintiendo. Sus ojos verdes brillan, y tiene razón: cara a cara es infinitamente mejor que a través de una pared, o incluso a través de una sala oscura llena de gente—. Pasa.

Nada ha sonado nunca tan peligroso y tan tentador al mismo tiempo. Sus ojos se posan en mi boca, donde permanecen unos instantes antes de explorar mi cuerpo. Pese a lo que acaba de ofrecerme, sale del todo al pasillo. La puerta se cierra a sus espaldas. Ahora estamos solos él, yo, su pecho desnudo y... uau, sus fuertes piernas. Y la posibilidad de un espontáneo y alucinante encuentro sexual en el pasillo.

Espera. ¿Qué?

Y ahora recuerdo que solo llevo mis cortísimos pantalones de pijama y la camiseta de tirantes a juego con estampado de cerditos. De pronto, tengo plena conciencia de la intensa luz que ilumina el pasillo y noto que mis dedos bajan

para tirar instintivamente de la tela y cubrir mi cicatriz. En circunstancias normales, me gusta mi cuerpo, aunque soy una mujer y, como es natural, siempre hay cositas que me gustaría cambiar. Sin embargo, lo de mi cicatriz es distinto. No se trata solo de su aspecto, aunque, si he de ser sincera, Harlow sigue estremeciéndose de compasión con todo el cuerpo cada vez que la ve. También se trata de lo que representa: la pérdida de mi beca para la Joffrey Academy of Dance, la muerte de mi sueño.

Pero su forma de mirarme hace que me sienta agradablemente desnuda y, bajo el algodón de la camiseta, se me endurecen los pezones.

Se da cuenta y da otro paso hacia mí, trayendo consigo su calor y un aroma de jabón, y de repente estoy segura de que no me está mirando la pierna. Ni siquiera parece que la vea o, si lo hace, le gusta que yo sea capaz de pasar por alto lo que dice esa cicatriz. Dice «trauma», dice «dolor». Pero sus ojos solo dicen «sí», «por favor» y «travesura». Y que le gustaría ver más.

La chica tímida que vive en mi interior cruza los brazos sobre el pecho e intenta convencerme para que vuelva a la seguridad de mi propia habitación. Pero los ojos de él me inmovilizan.

—No sabía si volvería a verte. —Su voz se ha vuelto áspera, insinuando las obscenidades que quiero oírle mascullar contra mi cuello. Mi pulso es un tambor frenético y resonante. Me pregunto si se dará cuenta—. Te he buscado.

«Me ha buscado.»

Para mi sorpresa, mi voz suena alta y clara cuando digo:

—Nos hemos ido muy poco después de verte.

Desliza la lengua un instante hacia fuera y observa mis labios.

—¿Por qué no... entras?

Hay muchas promesas implícitas en esas cuatro palabras. Parece un extraño que me ofrece el caramelo más delicioso del planeta.

—Me voy a dormir —logro decir por fin, alzando la mano para impedir que se acerque más—. Y os aconsejo que hagáis menos ruido si no queréis que os envíe a Harlow. Y si eso falla, despertaré a Lola y os encontraréis dándole las gracias por dejaros hechos unos zorros.

Se echa a reír.

—Me gustas mucho.

—Buenas noches.

Me vuelvo para regresar hasta nuestra puerta sobre unas piernas muy poco firmes.

—Yo soy Ansel.

Sin hacerle caso, deslizo la tarjeta en la cerradura.

—¡Espera! Solo quiero saber cómo te llamas.

Miro por encima del hombro. Sigue sonriendo. En serio, un crío de mi clase de tercero tenía un hoyuelo, pero no me hacía sentir así. Este chico debería venir con una etiqueta de advertencia.

—Cállate la boca y te lo diré mañana.

Da otro paso hacia delante, descalzo sobre la moqueta y sin dejar de mirarme, y dice:

—¿Significa eso que tenemos una cita?

—No.

—¿Y no vas a decirme cómo te llamas? Por favor.

—Mañana.

—Entonces, te llamaré *Cerise*.

Justo antes de entrar en mi habitación, replico:

—Como quieras.

Por lo que yo sé, puede que acabe de llamarme «puritana», «mojigata» o «pijama de cerditos».

Sin embargo, por algún motivo, su forma de pronunciar aquella palabra me hace pensar que era algo muy distinto.

Tras volver a la cama, busco la palabra en el móvil. «*Cerise*» significa «cereza». Claro. No sé cómo sentirme, porque algo me dice que no se refería al color de mi pintañas.

Las chicas están dormidas, pero yo no. Aunque ha desaparecido el ruido que venía del otro lado del pasillo y todo es silencio y calma en nuestra suite, estoy acalorada y encendida. Ojalá hubiera tenido agallas para quedarme en el pasillo un ratito más.



## 2

Harlow pide unas patatas fritas antes de soltar el chupito dentro de la cerveza y vaciar el vaso de un trago.

Se pasa el antebrazo por la boca y me lanza una ojeada. Debo de estar boquiabierta, porque pregunta:

—¿Qué? ¿Debería ser más sofisticada?

Me encojo de hombros, pasando la pajita por el hielo de mi vaso. Tras un masaje y una limpieza de cutis de buena mañana, una tarde transcurrida en la piscina del hotel y unos cuantos cócteles, hemos cogido algo más que el puntillo. Además, aun después de soplar una cerveza con un chupito dentro, Harlow continúa pareciendo una chica sofisticada. Sería capaz de saltar dentro de una piscina de bolas de plástico en el parque infantil de un McDonald's y salir sin despeinarse.

—¿Para qué te vas a molestar? —pregunto—. Tenemos el resto de la vida para ser sofisticadas, pero solo este fin de semana en Las Vegas.

Escucha mis palabras, las sopesa, asiente con gesto firme y le hace un gesto al camarero.

—Tomaré dos chupitos más y la monstruosidad que está tomando mi amiga, sea lo que sea.

Señala a Lola, que lame la nata del borde de una repugnante copa con leds parpadeantes.

El chico frunce el ceño. Luego sacude la cabeza y dice:

—Marchando dos chupitos de whisky y una guarra en un trampolín.

Harlow me dedica su mejor expresión escandalizada, pero apenas tengo tiempo de asimilarla cuando alguien se aprieta contra mi espalda en el bar atestado de gente. Unas manos grandes me agarran por las caderas instantes antes de que un aliento caliente me susurre directamente al oído:

—Así que estás aquí.

Me vuelvo sobresaltada y me aparto de un bote, lanzando un grito ahogado.

Ansel.

Tengo la oreja cálida y húmeda. Cuando le miro, veo en sus ojos la misma luz juguetona que vi anoche. Es el típico tío capaz de ejecutar un absurdo baile robótico para hacerte reír, de chuparte la punta de la nariz y de hacer el ridículo por una sonrisa. Estoy segura de que, si intentase tirarle al suelo, me dejaría ganar. Y disfrutaría cada minuto.

—¿Demasiado cerca? —pregunta—. Quería mostrarme seductor, pero sutil.

—No creo que hubieras podido estar más cerca —reconozco, reprimiendo una sonrisa mientras me froto la oreja—. Prácticamente te has metido dentro de mi cabeza.

—Sería un ninja malísimo —dice uno de los tíos que van con él, guiñando el ojo.

—Oliver, Finn —dice Ansel, señalando primero a un amigo alto de pelo castaño y alborotado, barba de pocos días y vivos ojos azules tras unas gafas de montura gruesa, y luego al que acaba de hablar, de pelo castaño muy corto, ojos oscuros y luminosos y una sonrisa que debe de ser permanentemente chulesca. Ansel me mira—. Y, caballeros, esta es *Cerise*. Sigo esperando a conocer su verdadero nombre. —Se inclina un poco hacia mí y añade—: Tendrá que dármelo en algún momento.

—Me llamo Mia —le contesto, pasando por alto su indirecta.

Sus ojos descienden por mi rostro y se detienen en mis labios. Es justo la mirada que me dedicaría si estuviera a punto de besarme, pero está demasiado lejos. Se inclina ligeramente hacia delante, y es como ver volar un avión a tres metros del suelo a lo largo de varias millas.

—Está bien asociar unas caras con todo ese griterío masculino —digo para romper la tensión sexual, mirando a Oliver y Finn. Luego señalo a mis asombradas amigas—. Estas son Lorelei y Harlow.

Ellas les dan la mano, pero guardan un sospechoso silencio. No suelo ser yo la que conoce tíos en situaciones así. Suelo ser la que impide que Harlow se tire encima de una mesa a alguien que acaba de conocer y que Lola le dé una paliza a cualquier tío que se atreva a hablarnos. Creo que están tan atónitas que no saben cómo reaccionar.

—¿Nos habéis estado buscando? —pregunto.

Ansel se encoge de hombros.

—Es posible que hayamos ido a un par de locales, solo para echar un vistazo.

Detrás de él, Oliver, el de las gafas, levanta siete dedos. Me echo a reír.

—¿Un par?

—Tres como máximo —dice Ansel, guiñándome un ojo.

Distingo un movimiento justo detrás de él y, antes de que tenga ocasión de decir nada, Finn se adelanta e intenta bajarle a Ansel los pantalones. Este no parpadea siquiera.

—¿Qué estás bebiendo? —me pregunta, agarrándose la cintura de la prenda sin parecer siquiera un poco sorprendido o molesto.

Como si yo no estuviera viendo una proporción considerable de unos bóxers de color gris.

Como si no estuviera mirando directamente el inconfundible bulto en el algodón.

¿Es esto lo que hacen los chicos?

—Me alegro de volver a verte en ropa interior —digo, luchando por contener mi sonrisa.

—Casi —aclara—. Al menos esta vez los pantalones se han quedado en su sitio.

Bajo la vista. Ojalá pudiera echar otra ojeada a sus tonificados muslos.

—Me parece discutible.

—La última vez que Finn me hizo esto, consiguió bajármelos. Esta semana hice más kilómetros que él, y desde entonces trata de tomarse la revancha. —Se detiene, levanta las cejas y parece caer en la cuenta de lo que acabo de decir. Se inclina un poquito hacia mí y me pregunta con voz baja y grave—: ¿Me estás tirando la caña?

—No —contesto, y trago saliva bajo la presión de su mirada atenta e implacable—. ¿A lo mejor?

—A lo mejor, si mis pantalones bajan, tu vestido debería subir —susurra, y nunca una frase ha sonado más lasciva—. Para estar en igualdad de condiciones.

—Está demasiado buena para ti —dice Finn a su espalda.

Ansel alarga el brazo hacia atrás, pone la mano sobre la cara de Finn y la empuja. Acto seguido, señala mi vaso vacío con un gesto de la cabeza, preguntando sin palabras qué había en él.

Le devuelvo la mirada, experimentando la extraña y cálida familiaridad que se propaga por mi cuerpo. Así que esta es la sensación que produce la química. La he sentido con otros artistas, pero esa clase de química es distinta de esta. Normalmente, esa clase de química se difumina fuera del escenario, o bien obligamos a la vida real a imponerse de nuevo. En cambio, con Ansel, creo que en este momento podríamos cargar un montón de aparatos eléctricos con la energía que circula entre nosotros.

Coge mi vaso y dice:

—Ahora vuelvo. —Mira a Lola, que se aparta de los demás. Observa a Ansel como un halcón, con los brazos cruzados sobre el pecho y su mejor cara de madre severa—. Con una bebida —le dice en tono amistoso—. De garrafón, aguada, con alguna fruta de dudosa procedencia. Nada raro, lo prometo. ¿Quieres venir conmigo?

—No, pero te estoy vigilando —dice.

Él le dedica su sonrisa más encantadora y se vuelve hacia mí.

—¿Te apetece algo en concreto?

—Sorpréndeme —le digo.

Ansel regresa minutos después con un vaso nuevo, lleno de hielo, lima y un líquido claro.

—Gin-tonic, ¿vale?

—Esperaba que me trajeras una bebida más arriesgada. Algo servido dentro de una piña o con un par de bengalas.

—He olido tu vaso —dice, encogiéndose de hombros—. Quería que siguieras con lo mismo. Además —abarca mi cuerpo con un gesto descendente—, te he visto con tu estilo años veinte, tu vestido corto, tu... —con el índice, dibuja un círculo en el aire junto a mi cabeza— tu pelo negro y brillante con flequillo recto y esos labios tan rojos y he pensado: «ginebra». Se detiene para rascarse la barbilla y añade—: En realidad, te miro y pienso...

Me echo a reír y levanto la mano.

—No sé qué hacer contigo.

—Tengo algunas sugerencias.

—Seguro que sí.

—¿Te gustaría oír las? —pregunta con una amplia sonrisa.

Inspiro hondo para serenarme; este va a poder conmigo.

—¿Y si antes nos explicáis un poco quiénes sois? ¿Vivís todos en Estados Unidos?

—No. Nos conocimos hace unos años, cuando participábamos en un programa de voluntarios. Consistía en ir en bicicleta de una ciudad a otra, construyendo viviendas para gente sin recursos. Lo hicimos al acabar la universidad, y fuimos trabajando desde Florida hasta Arizona.

Le miro con más atención. No me había planteado mucho quién podía ser o a qué se dedicaría, pero esto es mucho más interesante que un grupo de extranjeros gilipollas que tiran el dinero en una suite de Las Vegas. Y que haya viajado en bicicleta de estado en estado explica, sin lugar a dudas, esos muslos tan musculosos.

—No me esperaba para nada que dijeras eso.

—Cuatro de nosotros nos hicimos muy amigos: Finn, Oliver, Perry y yo. Este año hemos organizado el mismo recorrido, por los buenos tiempos, pero solo de Austin a Las Vegas. Nos hemos hecho mayores.

Miro a mi alrededor en busca del cuarto miembro de su grupo y alzo las cejas en un gesto significativo, pero Ansel se limita a encogerse de hombros.

—Esta vez solo somos tres.

—Suenan alucinante.

Da un sorbo de su bebida y asiente con la cabeza.

—Ha sido alucinante. No tengo ninguna gana de volver a casa el martes.

—¿Dónde está tu casa exactamente? ¿En Francia?

Sonríe de oreja a oreja.

—Sí.

—Así que te vuelves a Francia. Qué palo.

—Deberías venir a París conmigo.

—Ja. Vale.

Me observa durante unos instantes.

—Hablo en serio.

—Ah, seguro que sí.

Da otro sorbo de su bebida con las cejas arqueadas.

—Puede que seas la mujer más guapa que he visto en mi vida, e intuyo que también eres la más lista. —Se inclina un poco hacia mí y susurra—: ¿Sabes hacer malabares?

Me echo a reír y digo:

—No.

—Lástima. —Hace un sonido con la garganta y clava en mi boca una mirada sonriente—. En fin, tengo que quedarme en Francia unos seis meses más. Tendrás que vivir allí conmigo durante algún tiempo hasta que podamos comprarnos una casa en Estados Unidos. Puedo enseñarte entonces.

—Ni siquiera conozco tu apellido —digo, soltando una carcajada—. Aún no podemos hablar de clases de malabares y convivencia.

—Me llamo Ansel Guillaume. Mi padre es francés y mi madre es estadounidense.

—Gui... ¿qué? —repito, atascándome con el acento—. Ni siquiera sabría escribirlo. —Frunzo el ceño mientras repaso la palabra en mi cabeza varias veces—. De hecho, ni siquiera sé por qué letra empieza.

—Pues tendrás que aprender a escribirlo —dice, y, por un instante, se le marca el hoyuelo—. Al fin y al cabo, tendrás que firmar los talones con tu nuevo apellido.

Finalmente, he de desviar la mirada. Necesito alejarme de su sonrisa y de este nivel crítico de coqueteo. Necesito oxígeno. Sin embargo, cuando miro hacia la derecha parpadeando, me encuentro con los ojos muy abiertos de mis amigas, que me observan fijamente.

—¿Qué? —le pregunto a Lola, con una cara que dice «no te pases».

Se dirige a Ansel:

—La has hecho hablar.

Percibo el asombro de mi amiga y no quiero que me afecte. Si pienso demasiado en lo cómoda que me siento con él, ese pensamiento se volverá en mi contra y me entrará el pánico.

—¿A esta? —pregunta él, señalándome con el pulgar—. No calla, ¿verdad?

Harlow y Lola se echan a reír, pero su risa significa «sí, qué locura». Lola me

aparta un poco del grupo y me pone una mano en el hombro.

—Tú.

—¿Yo qué?

—Tú has tenido un flechazo —susurra—. Estoy alucinando. ¿Siguen tus bragas en su sitio? —pregunta, inclinándose teatralmente como si fuese a comprobarlo.

—Nos conocimos anoche —murmuro.

Tiro de ella para que se incorpore e intento que baje la voz, porque, aunque nos hemos apartado, tampoco nos hemos alejado mucho. Los tres hombres están escuchando nuestra conversación.

—¿Le conociste y no nos has dicho nada?

—¡Dios, mamá! Esta mañana hemos estado liadas y se me ha olvidado, ¿vale? Anoche tenían montada una fiesta al otro lado del pasillo. Tú también les habrías oído si no hubieras tomado vodka suficiente para matar a un caballo. Fui a pedirles que hicieran menos ruido.

—No fue entonces cuando nos conocimos —interviene Ansel por encima de mi hombro—. Nos conocimos antes.

—No es verdad —insisto, pidiéndole con mi expresión que cierre la boca. Él no conoce el carácter protector de Lola, pero yo sí.

—Pero fue la primera vez que vio a Ansel en ropa interior —añade Finn, tratando de ayudar—. La invitó a pasar.

Las cejas de mi amiga le desaparecen bajo la raíz del pelo.

—¡Madre mía! ¿Estoy borracha? ¿Qué lleva esto? —pregunta asomándose a su copa, que parpadea de un modo asqueroso.

—¡Para ya! —le digo, cada vez más irritada—. No entré en su habitación. No acepté el caramelo del guapísimo extraño, aunque no fue por falta de ganas. Solo tienes que mirarle —añado, desafiándola a alucinar aún más—. Deberías verle sin camisa.

Ansel se balancea sobre los talones, dando sorbos de su bebida.

—Por favor, continúa como si no estuviese aquí. Esto es fantástico.

Finalmente, por fortuna, parece que Lola decide dejarlo correr. Todas volvemos al pequeño semicírculo que han formado los tíos y nos bebemos el cóctel en un silencio incómodo.

No sé si no se percata de lo embarazoso de la situación o si le da igual, pero

Ansel pregunta de pronto:

—Bueno. ¿Y qué celebráis vosotras este fin de semana?

No se limita a decir las palabras; las pronuncia poniendo morritos, expulsándolas en un breve beso. Nunca había experimentado hasta ese punto el deseo de tocar la boca de alguien con los dedos. Mientras Harlow explica por qué estamos en Las Vegas, bebiendo unos chupitos malísimos y llevando vestidos de putilla, mis ojos descienden por su mentón, por sus mejillas. De cerca, veo que tiene una piel perfecta. No solo clara, sino también lisa y homogénea. Solamente sus mejillas aparecen algo enrojecidas, con el rubor constante propio de un adolescente. Hace que aparente menos edad de la que tiene. Podría salir al escenario sin retoques. Sin maquillaje facial ni pintalabios. Tiene la nariz afilada, los ojos a una distancia perfecta y de un verde casi intimidante. Me imagino que alcanzaría a ver su color desde el fondo de un teatro. Es imposible que sea tan perfecto como parece.

—¿A qué te dedicas cuando no estás montando en bicicleta ni haciendo malabares? —pregunto.

Todo el mundo se vuelve hacia mí al unísono. Noto que el pulso me explota en la garganta, pero fuerzo a mis ojos a clavarse en los de Ansel, esperando su respuesta.

Planta los codos sobre la barra que está a su lado y me retiene con su atención.

—Soy abogado.

Mi fantasía desfallece de inmediato. A mi padre le encantaría saber que estoy charlando con un abogado.

—Ah.

Su risa suena áspera.

—Siento decepcionarte.

—No he conocido a ningún abogado que no fuera un viejo verde.

Hago caso omiso de las miradas que Harlow y Lola tienen clavadas en un lado de mi cara. A estas alturas, deben de estar contando cuántas palabras he pronunciado en los últimos diez minutos. Estoy batiendo un récord personal.

—¿Serviría de algo si dijera que trabajo para una ONG?

—No mucho.

—Bien. En ese caso, te diré la verdad: trabajo para el mayor y más despiadado bufete corporativo de París. Tengo una agenda horrible. Por eso deberías venir a



París. Quisiera tener un motivo para volver pronto del trabajo.

Intento aparentar que sus palabras no me afectan, pero me está observando. Prácticamente siento su sonrisa. Empieza como un minúsculo tirón en la comisura de su boca y va creciendo a medida que sigo disimulando.

—Bueno, ya te he hablado de mí. ¿Y tú? ¿De dónde eres, *Cerise*?

—Te he dicho cómo me llamo, no hace falta que sigas llamándome así.

—¿Y si quiero hacerlo?

Cuando sonrío así, me cuesta mucho concentrarme.

—No sé si decirte de dónde soy. Ya sabes, no te fíes de los extraños...

—Puedo darte mi pasaporte. ¿Servirá de algo?

—Tal vez.

—Podemos llamar a mi madre —dice, y se mete la mano en el bolsillo trasero para sacar el móvil—. Es estadounidense, os llevaríais muy bien. Siempre me está diciendo que soy un chico muy mono. Lo cierto es que oigo mucho esa frase.

—Seguro que sí —digo y, francamente, creo que me dejaría de verdad llamar a su madre—. Soy de California.

—¿Solo California? No soy estadounidense, pero tengo entendido que es un estado muy grande.

Le miro con los ojos entornados y acabo añadiendo:

—San Diego.

Sonríe como si hubiera ganado algo, como si yo acabara de envolver ese minúsculo dato en papel brillante y reluciente y se lo hubiera dejado caer sobre las rodillas.

—¡Aah! ¿Y a qué te dedicas en San Diego? Tu amiga ha dicho que estáis aquí celebrando la graduación. ¿Qué viene a continuación?

—Mmm... gestión empresarial. Universidad de Boston —digo, y me pregunto si esa respuesta dejará de sonar alguna vez rígida y mohosa para mis propios oídos, como si estuviera leyendo un guion.

Parece que a él le suena igual, porque su sonrisa se desvanece por primera vez.

—Nunca lo habría adivinado.

Miro hacia la barra y, sin pensar, vacío el vaso de un trago. El alcohol quema, pero siento que el calor se extiende por mis extremidades. Las palabras que quiero pronunciar salen burbujeando del fondo de mi garganta:

—Antes bailaba. Ballet.

Es la primera vez que le digo esas palabras a nadie.

Alza las cejas. Sus ojos se clavan primero en mi cara y luego descienden por mi cuerpo.

—Eso sí puedo imaginármelo.

Harlow me observa con los ojos entornados y luego mira a Ansel.

—¡Qué ricos sois!

—Es asqueroso —coincide Finn en voz baja.

Están uno a cada lado. Sus ojos se encuentran y ya no se separan. En esa mirada hay una especie de confirmación silenciosa, como si los dos estuviesen en el mismo equipo, ellos contra nosotros, y quisieran ver cuál de ellos es capaz de mortificar más a su amigo. Y es entonces cuando sé que solo falta más o menos una hora y media para que Harlow se tire a Finn en el suelo de algún sitio. Lola me busca con la vista, y sé que está pensando lo mismo que yo.

Como cabía esperar, Harlow levanta su vaso de chupito en dirección a Finn. Al hacerlo, buena parte del líquido que contiene se derrama por un lado y le cae sobre la piel. Como la mujer sofisticada que es, se inclina y se pasa la lengua por el dorso de la mano antes de decir, sin dirigirse a nadie en concreto:

—Creo que esta noche me lo voy a tirar.

Finn sonrío, se le acerca y le susurra algo al oído. No tengo ni idea de qué acaba de decir, pero estoy segura de que nunca he visto a Harlow ruborizarse así. Levanta la mano y se pone a jugar con uno de sus pendientes. A mi lado, Lorelei lanza un gruñido.

Si Harlow te mira a los ojos mientras se quita los pendientes, es que piensa matarte o acostarse contigo. Cuando Finn sonrío, comprendo que ya ha entendido esa regla y sabe que ha triunfado.

—Harlow —le advierto.

Finalmente, Lola ya no puede soportar las conversaciones cargadas de insinuaciones, así que agarra a Harlow de la mano y la obliga a levantarse de su taburete.

—Reunión en el lavabo de señoras.

—¿Por qué me llama «Cereza»? —Parpadeo ante mi reflejo en el espejo—.

¿Es que cree que soy virgen?

—Seguro que se refiere a esa boca tuya y a su pinta de hacer buenas mamadas —dice Harlow, guiñando el ojo—. Y, si me lo permites, me gustaría sugerir que te tires a ese francés esta noche tantas veces como puedas. ¿No crees que su acento es lo más sexy que has oído en tu vida?

Lorelei ya está sacudiendo la cabeza.

—Me parece que Mia no es de las que se dejan convencer para tener un rollo de una noche.

Acabo de pasarme la barra de brillo labial y aprieto los labios.

—¿Qué significa eso?

No tenía pensado tener un rollo de una noche con Ansel, sino pasarme la noche entera mirándole y después meterme sola en la cama, donde fantasearía con la idea de ser otra chica y dejar que me enseñara los pormenores del sexo en los pasillos. Sin embargo, en cuanto Lola dice eso, siento un impulso de rebeldía en las costillas.

Harlow me observa durante unos instantes y comenta:

—Creo que tiene razón. Eres un poco difícil de complacer.

—¿En serio, Harlow? —pregunto—. ¿Eres capaz de decirme eso sin sonreír?

Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, Lola se vuelve hacia mí.

—No me refería a eso.

—Yo, desde luego, soy imposible de complacer —admite Harlow—. Me encanta ver cómo lo intentan los hombres. Pero Mia tarda unas dos semanas en poder conversar sin una gruesa capa de incomodidad.

—Pues esta noche no —rezonga Lola.

Guardo el brillo labial en el bolsito y miro a Harlow.

—Puede que me guste ir despacio e ignorar esa necesidad rara que tiene alguna gente de conversar sin parar. Eres tú la que se pone a echar un polvo a la mínima de cambio, y a mí ya me está bien. No te juzgo.

—Bueno —continúa Harlow, como si yo no hubiese hablado—. Ansel es un encanto, y, por el modo en que te mira, estoy segura de que no le hará falta que hables mucho.

Lorelei suspira.

—Parece realmente mono, y es evidente que se gustan, pero ¿qué va a ocurrir? —Devuelve todos sus potingues al bolso y se da la vuelta para apoyarse en la

encimera, de cara a nosotras—. Él vive en Francia y ella se muda a Boston, que solo está ligeramente más cerca de Francia que San Diego. Si te acuestas con Ansel —me dice—, lo haréis al estilo misionero, con toneladas de charla y contacto visual suave. Eso no es sexo de una noche.

—Ahora mismo me estáis dejando alucinada —les digo.

—Pues que insista en hacerlo en la postura del perrito. ¿Qué problema hay? —pregunta Harlow, desconcertada.

Como es evidente que no soy necesaria en esta conversación, salgo del lavabo y vuelvo a la barra, dejando que decidan sin mí cómo voy a pasar el resto de la noche.

Al principio, es como si nuestros amigos se desvanecieran metafóricamente mientras empiezan a estar más cómodos (o borrachos) juntos. Sus carcajadas me indican que ya no están escuchando todo lo que decimos. Al cabo de un rato, se dirigen a las mesas de blackjack que están nada más salir del bar, dejándonos a solas después de dedicarnos unas miradas que, en mi caso, significan «ten cuidado», mientras que en el caso de Ansel transmiten el mensaje «no fuerces las cosas».

Se termina la bebida y deja el vaso vacío sobre la barra.

—¿Qué es lo que más te gustaba de bailar?

Me siento valiente; no sé si es por la ginebra o por Ansel, pero me da igual. Le cojo de la mano y tiro de él para que se levante. Se aleja de la barra y echa a andar a mi lado.

—Perderme en la danza —digo, apoyándome contra él—. Ser otra persona.

De ese modo podría fingir ser cualquier otra, pienso, y estar en su cuerpo, realizando actos que quizá no haría con el mío si lo pensara demasiado. Como tirar de Ansel por un pasillo oscuro, cosa que hago después de inspirar hondo y contar hasta diez.

—Mmm.

Aprieto los labios, encantada de comprobar que ese sonido me dificulta la respiración. No es posible que mis piernas, pulmones y cerebro dejen de funcionar al mismo tiempo.

—Podrías fingir que esto es un escenario —dice en voz baja, apoyando la

mano contra la pared, junto a mi cabeza—. Podrías fingir que eres otra persona. Podrías fingir que eres la chica que me trae hasta aquí y me da un beso.

Trago saliva, formando las palabras cuidadosamente en mi cabeza.

—¿Y quién serás tú esta noche?

—El tío que consigue a la chica que quiere y no tiene nada urgente que hacer en su casa.

No desvía la mirada, así que tengo la sensación de que yo tampoco puedo hacerlo, aunque se me quieran doblar las rodillas. Podría besarme en este mismo instante y no sería lo bastante pronto.

—¿Por qué me has traído hasta aquí, lejos de todos? —pregunta, mientras su sonrisa va desapareciendo poco a poco.

Por encima de su hombro, miro hacia la sala de fiestas, solo un poco más iluminada que el pasillo en el que nos encontramos.

Al ver que no contesto, se agacha un poco para mirarme a los ojos.

—¿Hago demasiadas preguntas?

—Siempre me cuesta un poco hallar las palabras —le digo—. No eres tú.

—No, no. Miénteme —dice acercándose, mientras regresa esa sonrisa que me para el corazón—. Déjame fingir que, cuando estamos solos como ahora, te dejas sin habla.

Aun así, espera a que encuentre las palabras destinadas a responderle. La verdad es que no sé si tendría mucho sentido que intentara explicarle por qué motivo le he traído hasta aquí, lejos de la seguridad que me ofrece la compañía de mis amigas, que siempre son capaces de convertir mis expresiones inconexas en frases bien formuladas, o, como mínimo, de cambiar de tema para sacarme del apuro.

No me siento nerviosa o intimidada. Sencillamente, no sé cómo meterme en el papel que quiero hacer: coqueta, abierta, valiente. ¿Qué es lo que tiene la química de otra persona para que te atraiga o no? Con Ansel, tengo la impresión de que mis latidos persiguen a los suyos. Tengo ganas de dejar mis huellas por todo su cuello y por sus labios. Quiero chuparle la piel para ver si es tan cálida como parece y decidir si me gusta lo que estaba bebiendo probándolo en su lengua. Quiero tener toda una conversación con él en la que no me cueste hablar ni me arrepienta de una sola palabra, y luego quiero llevármelo de vuelta a la habitación y no decir nada más.

—Vuelve a preguntármelo —le pido.

Por un instante, se le forma una arruga en el entrecejo. Entonces cae en la cuenta.

—¿Por qué me has traído aquí?

Esta vez, ni siquiera pienso antes de hablar:

—Quiero tener una vida distinta esta noche.

Frunce los labios mientras reflexiona, y no puedo dejar de parpadear mientras los miro.

—¿Conmigo, *Cerise*?

Asiento con la cabeza.

—Sé lo que significa eso, ¿sabes? Significa «cereza». Perverso.

Sus ojos brillan divertidos.

—Así es.

—Y estoy segura de que habrás adivinado que no soy virgen.

Sacude la cabeza.

—¿Te has visto la boca? Nunca he visto unos labios tan gruesos y rojos.

En un gesto inconsciente, me muerdo el labio inferior.

Su mirada se hace densa y se acerca un poco más.

—Me gusta que hagas eso. Quiero hacerlo yo.

Mi voz suena nerviosa y temblorosa cuando susurro:

—Solo son unos labios.

—¡Venga ya! No son solo unos labios —dice, y está tan cerca que percibo el olor de su loción para después del afeitado. Huele a aire fresco y a verdor, un aroma intenso y tranquilizador al mismo tiempo que nunca había percibido en un hombre—. No irás a contarme que te pintas los labios de rojo para que los tíos no nos fijemos en tu boca. Seguro que sabes con qué soñamos al ver una boca como la tuya.

No cierro los ojos cuando se inclina hacia mí y atrapa mi labio inferior entre los suyos, pero él sí. Sus ojos se cierran, y todos y cada uno de mis sentidos perciben el sonido áspero que emite. Lo saboreo, lo palpo, lo oigo, veo cómo se estremece contra mí.

Pasa su lengua por mi labio, chupa suavemente y luego se aparta. Comprendo que en realidad no ha sido un beso. Más bien me ha probado. Y es evidente que está de acuerdo:

—No sabes a cereza.

—¿Qué sabor tengo?

Se encoge levemente de hombros y frunce los labios, pensativo.

—No se me ocurre una palabra adecuada. Dulce. A mujer, y también a niña todavía.

Su mano sigue plantada junto a mi cabeza, pero la otra juguetea con el bajo de mi chaqueta. Comprendo que, si quiero vivir una vida distinta, tengo que hacerlo. No puedo caminar de puntillas por el borde del precipicio. He de saltar. Debo averiguar qué clase de chica haría lo que quiero hacer con él y luego fingir que soy esa chica. Ella es la que ocupa el escenario. Mia la observa entre el público.

Tiro de sus dedos hacia abajo y se los introduzco bajo la falda del vestido.

Ha dejado de mirar mi boca; nos miramos directamente a los ojos cuando arrastro sus dedos muslo arriba, por la cara interna. El pasillo está apartado, a oscuras y en silencio, pero, a la vuelta de la esquina, resuenan en el bar voces de borrachos y los sonidos graves de una canción pop. Estamos escondidos, pero cualquiera podría encontrarnos si quisiera. Sin que yo tenga que seguir empujándole, desliza un dedo doblado bajo la tela de mi ropa interior. Mis párpados se cierran y mi cabeza cae hacia atrás, contra la pared, mientras su dedo acaricia mi carne más sensible.

No sé qué he hecho ni por qué. De pronto, me consume una confusión de reacciones enfrentadas. Deseo que me toque, Dios, cómo lo deseo, pero también me siento mortificada. He estado con otros dos tíos después de Luke, y siempre hubo más preámbulos: besos y el habitual magreo progresivo. La presencia de Ansel cerca de mí me ha reducido a un charquito de deseo. Me besa el cuello.

—No sé quién está más sorprendido de lo que acabas de hacer, si tú o yo.

Retira el dedo, pero regresa enseguida tras rectificar el ángulo y desliza la mano entera dentro de mi ropa interior. Se me corta la respiración mientras me acaricia suavemente con dos dedos. Sus gestos son cuidadosos, pero seguros.

—*Toutes ces choses que j'ai envie de te faire...*

—¿Qué dices? —susurro tras contener un gemido.

—Pensaba en todas las cosas que me apetece hacerte. —Me besa la mandíbula—. ¿Quieres que pare?

—No —digo, pero entonces me sofoca el pánico—. Sí. —Se queda quieto, y

al instante añoro el ritmo de sus anchos dedos—. No. No pares.

Con una áspera carcajada, se inclina para besarme el cuello. Mis párpados se cierran mientras empieza a moverse otra vez.

Tardo una eternidad en abrir los ojos; siento un martilleo en la cabeza. Me duele todo el cuerpo. Me aprieto las sienes firmemente con las palmas de las manos, como si así pudiera mantener mi cabeza unida. Debe de estar hecha pedazos. Es lo único que podría explicar el dolor.

La habitación está a oscuras, pero intuyo que, tras los pesados cortinajes del hotel, el sol estival de Las Vegas brilla de un modo cegador.

Aunque me pasara una semana durmiendo, creo que necesitaría otras dos.

La noche vuelve a mi memoria en pequeñas ráfagas caóticas. Beber. Ansel. Tirar de él pasillo abajo y notar su lengua contra la mía. Y luego, hablar. Hablar mucho. Destellos de piel desnuda, movimiento y la flojera que viene después de una noche de orgasmos, uno tras otro.

Hago una mueca mientras me invaden las náuseas.

Moverme es una tortura. Me siento magullada y exhausta, y la sensación me distrae lo suficiente para no darme cuenta al principio de que estoy completamente desnuda. Y sola. Tengo puntos doloridos en las costillas, en el cuello y en los brazos. Cuando logro incorporarme, veo que la mayor parte de las sábanas está en el suelo, aunque yo me encuentro encima del colchón desnudo, como si me hubieran sacado del caos y me hubieran dejado aquí.

Junto a mi cadera desnuda, hay un trozo de papel doblado por la mitad. La letra es pulcra y, por algún motivo, fácil de reconocer como extranjera. Me tiembla la mano mientras leo rápidamente la nota.

Mía:

He intentado despertarte, pero, después de fracasar estrepitosamente, he decidido dejarte dormir. En cualquier caso, creo que no nos quedan más que unas dos horas. Voy a ducharme y luego estaré abajo, desayunando en el restaurante que está enfrente del ascensor. Ven a buscarme.

ANSEL

Empiezo a temblar de forma incontenible. No es solo la intensa resaca ni la



conciencia de haber pasado la noche con un extraño y no recordar buena parte de ella. No es solo el estado de la habitación, con la lámpara rota, el espejo con cientos de huellas y el suelo cubierto de ropa, almohadas y, gracias a Dios, envoltorios de preservativos. No es la mortificación al ver la mancha oscura de refresco en la alfombra, al otro lado de la habitación. No son los leves cardenales que veo en mis costillas ni el dolorcillo persistente entre mis piernas.

Tiemblo por el fino anillo de oro que ocupa mi dedo anular de la mano izquierda.

### 3

Tiemblo porque ¿QUÉ COJONES SIGNIFICA QUE LLEVE PUESTO UN ANILLO QUE PARECE UNA ALIANZA Y CÓMO ES QUE NO RECUERDO LO QUE HICIMOS? Lo único que recuerdo de anoche, después de tirar de Ansel por el pasillo, es que bebí mucho más alcohol y que estuvimos coqueteando.

Destellos de un zigzagueante trayecto en limusina.

Harlow gritando por la ventanilla y la sonrisa bobalicona de Ansel.

Me parece recordar que vi a Lola besando a Oliver, el flash de una cámara, que arrastré a Ansel por el pasillo. Y sexo. Mucho sexo.

Echo a correr hacia el baño y vacío el contenido de mi estómago. El alcohol que regresa a mi boca es agrio. Tiene el sabor de la vergüenza y de un centenar de malas ideas que ascienden por mi garganta.

Me cepillo los dientes con brazo débil y mano temblorosa mientras le dedico a mi reflejo la peor mirada de la que soy capaz. Estoy horrible. Tengo unos diecisiete chupetones en el cuello y el pecho y, para ser sincera, deduzco del aspecto de mi boca que anoche me pasé mucho rato mamando polla.

Bebo agua directamente del grifo y vuelvo al dormitorio dando trompicones. Saco una camiseta de la primera maleta con la que me tropiezo. Apenas puedo caminar, así que me caigo al suelo tras medio minuto de buscar mi móvil. Cuando lo distingo al otro lado de la habitación, voy arrastrándome hasta él y descubro que no tiene batería; no tengo la menor idea de dónde puse mi cargador. Apoyo la mejilla contra el suelo y me rindo. Alguien acabará

encontrando mi cadáver, ¿no?

Espero de verdad que esto llegue a ser una historia divertida dentro de unos años.

—¿Harlow? —llamo. Hago una mueca al oír el sonido áspero de mi propia voz y al percibir el olor de detergente y agua estancada que desprende la moqueta, tan cerca de mi cara—. ¿Lola?

Pero la enorme suite está completamente en silencio. ¿Dónde puñetas acabaron anoche? ¿Están bien? ¡Joder! ¿Se han casado ellas también?

Estoy casi segura de que voy a vomitar otra vez.

Me tomo unos momentos para inspirar por la nariz y espirar por la boca y mi cabeza se despeja ligeramente, lo justo para levantarme y llenar un vaso de agua del grifo. Para no cubrir de vómito la carísima habitación que nos paga el padre de Harlow.

Devoro una barrita energética y un plátano que encuentro en el minibar, y después me bebo una lata entera de ginger ale en menos de dos tragos. Nunca podré meter líquido suficiente en mi cuerpo, lo sé.

En la ducha, froto mi piel dolorida, retirándolo y lavándolo todo con manos temblorosas por la resaca.

«Mia, eres un desastre. Por eso te vuelves penosa cuando bebes.»

Lo peor no es lo mal que me encuentro, ni tampoco el embrollo en el que me he metido.

Lo peor es que tengo tantas ganas de encontrarle a él como de encontrar a Harlow y a Lola.

Lo peor es el minúsculo bucle de inquietud que siento al saber que es lunes y que nos marchamos hoy.

No, lo peor es que soy idiota.

Mientras me seco en el dormitorio y me pongo unos vaqueros y una camiseta de tirantes, echo una ojeada al colchón, donde he dejado la nota con su letra pulcra e inclinada mirando al techo. El delgado hilo de un recuerdo irrumpe en mi mente: mi mano sobre el pecho vestido de Ansel, empujándolo fuera del baño, yo misma sentándome en el inodoro con una hoja de papel y un bolígrafo. ¿Para escribir una carta? Creo que... a mí misma.

Pero no la encuentro por ningún lado; no está bajo la enorme pila de mantas que descansa en el suelo, ni entre los cojines del sofá desmontado de la sala de

estar, ni en el baño, ni entre el caos de la suite. Sin embargo, por fuerza tiene que estar aquí. Solo en otra ocasión me escribí una carta a mí misma, y fue lo único que me guio a través del momento más difícil de mi vida.

Si existe una carta escrita anoche, necesito encontrarla.

Tras el viaje en ascensor más nauseabundo y angustioso de la historia, por fin estoy abajo. Veo a los tíos en una mesa, al otro lado del restaurante, pero Harlow y Lola no están con ellos. Discuten sin parar, como anoche, y deduzco que ese hábito debe de ser simplemente la versión masculina de acurrucarse con las amigas en un sofá. Los chicos vociferan, gesticulan, ponen cara de exasperación y luego se echan a reír. Ninguno tiene cara de haber matado a nadie de un arrebató, y noto que mis hombros se relajan un poco. Estoy segura de que, se hallen donde se hallen, Harlow y Lorelei están a salvo.

Paralizada junto a la entrada, hago caso omiso de la briosa recepcionista que me pregunta reiteradamente si necesito una mesa individual. Vuelvo a tener dolor de cabeza. Confío en que algún día empiecen a moverse mis pies y ella se aleje.

Ansel alza la vista y me ve. Su sonrisa se desvanece un instante y es sustituida por algo mucho más dulce: un alivio feliz. Este chico lo muestra todo con absoluta sinceridad.

Finn y Oliver se vuelven a mirar por encima del hombro y me ven. Finn dice algo que no puedo oír, da dos golpecitos en la mesa con los nudillos y aparta su silla de la mesa.

Ansel se queda en la mesa mientras sus dos amigos vienen hacia mí.

—¿D-dónde...? —empiezo.

Hago una pausa, enderezo los hombros y digo:

—¿Dónde están Harlow y Lola?

Oliver levanta la barbilla hacia los ascensores del vestíbulo.

—Durmiendo. Quizá en la ducha. Les diré que estás aquí abajo.

Me cuesta entenderle. Su acento no resulta tan marcado cuando no está con resaca.

Alzo las cejas expectante, preguntándome si hay alguna información más que quieran compartir conmigo.

—¿Y? —pregunto, mirándoles alternativamente.

Finn frunce el ceño.

—¿Y...?

—¿Nos casamos todos? —pregunto, esperando que me diga: «¡Qué va! Solo es un juego. ¡Ganamos estos caros anillos de oro jugando al blackjack!».

Sin embargo, asiente con la cabeza. Parece mucho menos perturbado que yo por el giro de los acontecimientos.

—Sí, pero no te preocupes. Lo arreglaremos.

Se vuelve hacia la mesa y le dedica a Ansel una mirada cargada de significado.

—¿Lo arreglaremos? —repito.

¡Madre mía! ¿Es esto lo que se siente cuando te da un infarto?

Tras volverse de nuevo hacia mí, Finn levanta una mano, la apoya sobre mi hombro y me mira con un dramático gesto de pésame. Cuando miro a Ansel, veo que ¿mi marido? tiene una mirada muy divertida.

—¿Sabes qué es un brony?

Miro a Finn parpadeando. No estoy segura de haberle oído bien.

—¿Cómo dices?

—Un brony —repite—. Es un seguidor de la serie *My Little Pony*.

—Sí, vale.

¿Qué demonios...?

Se acerca y dobla las rodillas para mirarme a los ojos.

—No te lo pregunto porque el hombre con el que anoche te casaste con la mente nublada por el alcohol sea un brony, sino porque cree que todo eso de los bronies es una pasada.

—No sé si te sigo —susurro.

¿Sigo estando borracha? ¿Sigue borracho él? ¿En qué clase de mundo he despertado esta mañana?

—Además, una vez se bañó en gelatina porque alguien le desafió a hacerlo y sentía curiosidad —me dice Finn—. Le encanta abrir botellas de vino con solo un zapato y una pared. Y, cuando nos quedamos sin dinero en Albuquerque y el restaurante no aceptaba tarjetas de crédito, pagó nuestra cena bailando en un pequeño tugurio de *striptease* que había al lado.

—Necesito una taza de café para poder entender algo de lo que me estás diciendo —le digo.

Finn no me hace ni caso.

—Esa noche ganó unos setecientos dólares, pero eso no importa.

—¿Ah, no?

Vuelvo a mirar a Ansel, que se ríe descaradamente.

—Lo importante es que tengas presente todo lo que acabo de decirte cuando hables con él. Lo importante es que Ansel se enamora un poquito de todo lo que ve. —Cuando dice eso, se me encoge el corazón inexplicablemente—. Es lo que más me gusta de él, pero su vida entera es, en pocas palabras...

Mira a Oliver en busca de ayuda.

Oliver se saca un mondadientes de la boca.

—¿Cuestión de suerte? —dice, y vuelve a meterse el mondadientes.

—Eso mismo. Cuestión de suerte.

Finn me da unas palmaditas en el hombro, como si hubiésemos puesto punto final al asunto y esta conversación tuviese alguna clase de sentido. Acto seguido, se aleja con Oliver, que se despide de mí con una solemne inclinación de la cabeza. Las luces de neón lanzan destellos en el reflejo de sus gafas y tengo que mirar hacia otro lado, parpadeando y preguntándome si no sería preferible vomitar otra vez a soportar la conversación que, sin duda, estamos a punto de tener él y yo. Ni siquiera sé de qué hablan. Apenas recuerdo cómo caminar, así que de ningún modo soy capaz de afrontar la idea de que pueda estar legalmente casada con un tío que adora todo lo que existe en la vida, incluyendo a los bronies.

Con el estómago encogido, me deslizo entre dos mesas y me dirijo a Ansel, que me sonrío. En los minutos que hemos pasado separados, o en los que he pasado inconsciente, había olvidado su efecto en las distancias cortas. Las terminaciones nerviosas parecen ascender hasta la superficie de mi piel, adelantándose a sus manos.

—Buenos días —dice con voz áspera y grave.

Tiene ojeras y está un tanto pálido. Dado que lleva más tiempo que yo despierto, su pinta no me da muchas esperanzas de sentirme mejor dentro de un par de horas.

—Buenos días. —Me quedo de pie junto al borde de la mesa, sin saber muy bien si estoy en condiciones de sentarme—. ¿De qué hablaba Finn?

Descarta mi pregunta con un gesto de la mano.

—Te he visto llegar y te he pedido un zumo de naranja y lo que vosotros los estadounidenses llamáis café.

—Gracias.

Cuando me siento, noto un dolor palpitante entre las piernas y tomo aire de golpe. Nuestra noche de sexo salvaje y quizá algo violento es como un tercer comensal sentado a la mesa. Encojo todo el cuerpo y Ansel se da cuenta. Mi gesto genera una cómica reacción en cadena: se ruboriza y sus ojos se posan en las marcas que me ha dejado por el cuello y el pecho. Intento taparme la garganta con manos temblorosas, deseando absurdamente haber traído un jersey al desierto en pleno verano. Él suelta una carcajada. Dejo caer la cabeza sobre los brazos cruzados encima de la mesa y lanzo un gemido. No pienso volver a beber nunca más.

—En cuanto a los mordiscos... —empieza.

—¿Sí?

—No parabas de pedirme que te mordiera.

—¿En serio?

—Fuiste muy específica —dice con una sonrisa—. Y, como soy un caballero, estuve encantado de complacerte.

—Ah.

—Parece que hemos tenido una noche loca.

Levanto la cabeza y doy las gracias a la camarera cuando deja una cafetera delante de mí.

—Voy recordando los detalles poco a poco.

Y así es, por fin. Recuerdo nuestra accidentada llegada a la habitación del hotel, riendo y resbalando en las losas de mármol travertino del vestíbulo. Me dio la vuelta alegremente para ver si tenía algún rasguño y fue dándome besos en el cuello, en la espalda y en la parte posterior de los muslos. Me desnudó con dedos y dientes, con palabras pronunciadas contra mi piel. Con mucha menos maña, le desnudé yo a él, impaciente, casi arrancándole la ropa del cuerpo.

Cuando alzo la vista y le miro a los ojos, se frota la nuca y me sonrío con aire de disculpa.

—A juzgar por cómo me encuentro hoy, esto... nos tomamos mucho tiempo.

Me arde el rostro y se me cae el alma a los pies. No es la primera vez que oigo esa clase de comentario.

—Siento que mi cuerpo sea un poco... difícil de contentar. Luke se esforzaba una eternidad para ponerme a tono. Algunas veces, al principio de estar juntos, fingía que me corría para que no se sintiera fracasado.

¡Madre mía! ¿Acabo de decir eso en voz alta?

Ansel arruga la nariz en una expresión que no le he visto todavía y que es el retrato de una adorable confusión.

—¿Qué? No eres un robot, a veces hace falta tiempo. Lo pasé muy bien averiguando cómo darte placer. —Hace una mueca de disculpa—. Me temo que el que tardó una eternidad fui yo. Había bebido mucho. Además... los dos queríamos más después de cada vez... Me siento como si hubiera hecho un millón de flexiones.

Tan pronto como lo dice, sé que tiene razón. Incluso ahora, mi cuerpo parece un instrumento que haya sido tocado perfectamente durante horas. Anoche se cumplió mi deseo: tuve de verdad una vida distinta, la de una mujer con un amante atento y desenfrenado. Bajo la confusión de la resaca, me siento expandida y estrujada al tiempo. La satisfacción parece llegar al centro de mis huesos, a la parte más profunda de mi cerebro.

Recuerdo que más tarde Ansel me llevó al sofá de la sala de estar, donde terminó lo que había empezado en el vestíbulo. El tacto de sus manos cuando apartó hacia un lado mi ropa interior y empezó a deslizar las puntas de sus dedos sobre mi piel sensible y encendida.

—Eres tan suave... —había dicho mientras me besaba—. Eres suave, estás húmeda, y me preocupa estar demasiado alterado para este cuerpo menudo y dulce. —Su mano temblorosa me bajó las bragas a lo largo de las piernas, me las quitó y las dejó caer al suelo—. Primero haré que tú te sientas bien. Porque, una vez que entre dentro de ti, sé que perderé el control —había dicho riéndose, haciéndome cosquillas en las caderas y mordisqueándome la mandíbula mientras su mano descendía por mi vientre y volvía a situarse entre mis piernas—. Avísame cuando estés lista.

Iba a decirle que ya lo estaba, cuando me presionó el clítoris con los dedos y los deslizó de un lado a otro hasta que empecé a temblar, a suplicar y a agarrar sus pantalones. Se los bajé torpemente, sin desabrochárselos, ansiando sentir el pulso pesado de su erección en mi mano.

Me estremezco mientras mi cuerpo recuerda ese primer orgasmo y la



persistencia de él, que me arrancó otro más antes de que le apartara de un empujón y me bajara del sofá para tomarle en mi boca.

Pero no recuerdo cómo acabó aquello. Me parece que se corrió. De pronto, me invade el pánico.

—En la sala de estar, ¿te...?

Abre mucho los ojos, brevemente, antes de que esa mirada divertida se los llene.

—¿Tú qué crees?

Ahora me toca a mí arrugar la nariz.

—Creo que sí, ¿no?

Se inclina hacia delante y se apoya la barbilla sobre el puño.

—¿Qué recuerdas?

Vaya, qué cabroncete.

—Tú sabes lo que pasó.

—¿Y si se me ha olvidado? ¿Y si quiero que me lo cuentes?

Cierro los ojos y recuerdo la sensación de la moqueta contra mis rodillas desnudas, cuánto me costó al principio acostumbrarme a la sensación de su grueso miembro en mi boca, sus manos en mi pelo, sus muslos temblando contra las palmas de mis manos.

Cuando alzo la vista y veo que sigue mirándome, recuerdo exactamente la cara que puso la primera vez que se corrió contra mi lengua.

Alargo la mano hacia mi taza de café, me la llevo a los labios y doy un trago gigantesco y abrasador.

Y entonces recuerdo que Ansel me llevó al dormitorio, besándome como un loco, lamiendo cada centímetro de mi cuerpo, chupando y mordiendo. Recuerdo que rodamos desde la cama hasta el suelo; la estrepitosa caída de una lámpara. Recuerdo, no sé cuántas horas después, que le vi ponerse un preservativo mientras su torso desnudo se cernía sobre mí. Creo que nunca he deseado nada tanto como deseaba sentir su peso encima de mi cuerpo. Fue un amante impecable que se deslizó en mi interior con cuidado, a pesar de lo borrachos que estábamos, y estuvo oscilando en pequeños arcos perfectos hasta que me puse a sudar frenética debajo de él. Recuerdo el gemido que emitió cuando le faltaba poco, y que me dio la vuelta sobre el colchón para clavarme los dientes en el cuello. Dejando una de tantas marcas.

Ansel me observa desde el otro lado de la mesa. Una leve sonrisa de complicidad dibuja una curva en su boca.

—¿Y bien? ¿Lo hice?

Abro la boca para hablar, pero, al ver su mirada maliciosa, pienso que quizá recuerde igual que yo que me alzó en vilo, me apoyó contra el muro y volvió a penetrarme con violencia. ¿Dónde estábamos en ese momento? Recuerdo que el sexo fue intenso, que un cuadro empezó a golpetear la pared a pocos metros de distancia, que me dijo lo bien que se estaba dentro de mí. Recuerdo el sonido de unos vasos volcándose y rompiéndose junto a la barra, el sudor de su esfuerzo deslizándose por mis pechos. Recuerdo su rostro, la palma de su mano contra un espejo, detrás de mí.

Pero no, eso fue otra vez.

Ostras, ¿cuántas veces lo hicimos?

Noto que arqueo las cejas.

—¡Uau!

Ansel sopla en su taza, y el vapor se alza en volutas delante de él.

—¿Mmm?

—Sí, me parece que... lo pasaste bien. Debimos de hacerlo muchas veces.

—¿Cuál fue tu favorita? ¿Sala de estar, cama, suelo, cama, pared, espejo, barra, suelo?

—¡Chis! —susurro, levantando la taza para dar un sorbo de café—. Eres un tío raro —añado con una sonrisa.

—Creo que necesito una escayola para el pene.

Me echo a reír y me entra tos. Estoy a punto de soltar un chorro caliente de café por la nariz.

Pero cuando me llevo la servilleta a la boca y me trago la risa y la bebida, la sonrisa de Ansel se desvanece. Me está mirando la mano.

Mierda, mierda, mierda. Sigo llevando el anillo. No veo sus manos, que ahora están debajo de la mesa, y el sexo enloquecido que practicamos anoche pasa a ser la menor de mis preocupaciones. Ni siquiera hemos empezado a hablar del verdadero problema: cómo salir del embrollo en el que nos ha metido la noche de borrachera, cómo arreglarlo. Esto no es solo cuestión de comprobar aliviada que utilizamos preservativos ni de pasar por una despedida embarazosa. Un rollo de una noche no es legalmente vinculante, a menos que seas lo bastante estúpida

para casarte.

¿Por qué no me habré quitado el anillo nada más verlo?

—N-no —empiezo a decir, y él me mira parpadeando—. No he querido quitármelo para no perderlo. Por si era de verdad, o por si... pertenecía a alguien.

—Te pertenece a ti —dice.

Aparto la mirada, observo la mesa y veo dos anillos de boda entre la sal y la pimienta. Son anillos de hombre. ¿Será suyo uno de ellos? ¡Ay, Dios!

Empiezo a quitarme el mío, pero Ansel alarga el brazo sobre la mesa, me detiene y levanta la otra mano. Su dedo también luce un anillo.

—No te sientas incómoda. Yo tampoco quería perderlo.

Esto es demasiado raro, bueno, rarísimo. La sensación se parece a la que experimentas cuando te sumerge una violenta ola: de pronto, me invade el pánico al saber que estamos casados; no es ningún juego. Él vive en Francia y yo me mudo dentro de unas semanas. Acabamos de meternos en un tremendo embrollo. Madre mía, no es posible que yo lo desee. ¿Es que estoy loca? ¿Y cuánto cuesta salir de esta clase de lío?

Aparto la silla de la mesa. Necesito aire, necesito a mis amigas.

—¿Qué van a hacer todos al respecto? —pregunto—. Quiero decir los demás.

Como si hiciera falta que aclarase a quién me refiero.

Se pasa una mano por la cara y mira por encima del hombro, como si los otros tíos pudieran seguir allí. Se vuelve de nuevo hacia mí y dice:

—Creo que han quedado en recepción a la una. Y luego, tengo entendido que vosotras tenéis previsto volver a casa.

A casa. Lanzo un gemido. Tres semanas viviendo en casa con mi familia, donde ni siquiera la adorable charla de mis hermanos jugando a la Xbox puede superar el mal rollo de mi padre. Y entonces suelto otro gemido: mi padre. ¿Y si se entera de esto? ¿Seguirá ayudándome a pagar el apartamento de Boston?

No soporto depender de él. No soporto hacer nada que provoque la sonrisita tonta que se le escapa cuando va a decirme que la he fastidiado. Tampoco soporto que ahora mismo me estén entrando ganas de vomitar. El pánico empieza como un lento hervor en mi estómago, y noto que se me enciende la piel. Tengo las manos pegajosas, y un sudor frío me cubre la frente. Debería ir a buscar a Lola y a Harlow. Debería marcharme.

—Creo que debería ir a buscar a las chicas para prepararnos antes de...

Hago un gesto vago en dirección a los ascensores y me levanto. Ahora me encuentro mal por razones muy distintas.

—Mia —dice, alargando el brazo hacia mí. Se saca del bolsillo un sobre grueso y me mira—. Tengo que darte una cosa.

Tiene la carta en la mano.

## 4

Después del accidente apenas lloré en el hospital, aún convencida de que todo era una horrible pesadilla. Era otra chica y no yo la que había cruzado University y Lincoln en una bicicleta la semana anterior a la graduación de secundaria. Otra persona fue atropellada por un coche que no paró en el semáforo en rojo. Una Mia distinta se hizo añicos la pelvis y se rompió la pierna tan a conciencia que un hueso le atravesó la piel del muslo.

Pasé los primeros días aletargada y en estado de *shock*; un goteo constante de medicación mitigaba el dolor. Sin embargo, pese a la confusión que sentía, tenía la certeza absoluta de que todo era un error. Yo era una bailarina. Me acababan de admitir en la Joffrey School of Ballet. Cuando los sollozos de mi madre invadieron la habitación del hospital mientras el médico describía la gravedad de mis heridas, seguí sin llorar, porque no se trataba de mí. Se equivocaba, me habían cambiado el historial; estaba hablando de otra persona. Mi fractura era mínima. Como mucho, sufría un esguince de rodilla. Alguien entraría en cualquier momento y lo aclararía todo. Tenía que ser así.

Pero no lo fue, y la mañana en que me dieron el alta y tuve que afrontar la realidad de una vida sin danza... no había suficiente morfina en el mundo para aislarme de la verdad. Mi pierna izquierda había quedado destrozada y, con ella, el futuro por el que había trabajado toda mi vida. El tartamudeo contra el que me pasé luchando casi toda la infancia había regresado, y mi padre, que pasaba más tiempo investigando las posibilidades de que mi carrera de bailarina fuese

lucrativa que asistiendo a mis actuaciones, estaba en casa, fingiendo que no se alegraba.

Me pasé seis meses sin hablar apenas. Hice lo que debía: seguí adelante. Me curé por fuera mientras Lola y Harlow cuidaban de mí, sin tratarme nunca como si únicamente me mantuviese de una pieza gracias a una sonrisa falsa y unas grapas.

Ansel me conduce al mismo rincón al que le llevé yo anoche. Esta mañana resulta mucho menos oscuro, menos privado, pero apenas me doy cuenta. Mis ojos se clavan en el sobre que me ha puesto en la mano. No tiene la menor idea de su trascendencia: la última vez que me escribí una carta a mí misma fue el día en que decidí volver a hablar, el día en que me dije que estaba bien llorar por lo que había perdido, pero que había llegado el momento de dejar el pasado atrás. Me senté, puse por escrito todo lo que me daba miedo expresar en voz alta y, poco a poco, empecé a aceptar mi nueva vida. En lugar de mudarme a Chicago como siempre había planeado, me matriculé en la Universidad de California en San Diego e hice por fin algo que mi padre consideró digno: graduarme con honores y solicitar el ingreso en las escuelas de negocios más prestigiosas del país. Al final, pude escoger entre varias. Me pregunto si, de forma inconsciente, no estaría intentando alejarme lo más posible de él y del accidente.

El sobre, arrugado y gastado, conserva la marca de un pliegue. Ansel debe de habérselo metido y sacado del bolsillo un montón de veces. Me recuerda tanto la carta que he leído y releído a lo largo de los años que tengo una sensación de *déjà vu*. En una esquina hay una mancha de líquido; en otra, un poco de pintalabios, pero la solapa está perfectamente cerrada; los bordes aparecen bien pegados. No ha tratado de abrirlo, aunque, a juzgar por su expresión preocupada, sin duda se lo habrá planteado.

—Me pediste que te lo diera hoy —dice en voz baja—. No lo he leído.

El sobre es grueso; pesa mucho, como si contuviera cien páginas. Sin embargo, cuando lo rasgo y miro el interior, me doy cuenta de que, como mi letra de anoche era tan grande e inclinada, solo pude escribir unas veinte palabras en cada estrecha hoja del papel de cartas del hotel. Se me derramó algún líquido encima, y algunas páginas están un poco rotas, como si me hubiera costado doblarlas correctamente y hubiese acabado metiéndolas de cualquier manera...

Ansel me mira mientras ordeno las hojas y empiezo a leer. Casi puedo palpar la curiosidad que siente.

Querida Mía, Miamisma, Mimisma:

Así empieza. Reprimo una sonrisa. Recuerdo breves instantes de ese momento, mientras, sentada sobre la tapa del inodoro, me esforzaba por concentrarme en el bolígrafo y el papel.

Estás sentada en el váter, escribiéndote una carta a ti misma para leerla después, porque estás lo bastante borracha para saber que mañana lo habrás olvidado casi todo, pero no tanto como para no poder escribir. Pero te conozco, porque tú eres yo, y las dos sabemos que la bebida te sienta fatal y que te olvidas de todo lo que pasa cuando te has tomado varios gin-tonics. Por eso, deja que te diga que:

él se llama Ansel  
le has dado un beso  
sabía a limón y whisky  
le has metido la mano en tus bragas y luego  
has hablado durante horas, sí, has hablado, he hablado, hemos hablado, le  
hemos contado todo lo del accidente y lo de mi pierna  
menudo lío

Se me había olvidado. Miro a Ansel mientras surge un ardiente rubor bajo la piel de mis mejillas. Noto que también se me encienden los labios, y él se da cuenta, porque me los acaricia con la mirada.

—¡Qué borracha estaba cuando escribí esto! —susurro.

Él se limita a asentir con la cabeza y luego indica el papel con un gesto, como si no quisiera que nada me interrumpiera, ni siquiera yo misma.

le contaste que no te gusta nada hablar y que te encanta moverte  
le contaste que danzabas antes del accidente y dejaste de bailar después  
le contaste qué sentiste mientras estabas atrapada debajo del motor caliente  
le contaste lo de los dos años de fisioterapia y los intentos de bailar después

«solo por diversión»

le contaste lo de Luke y que te dijo que tenía la impresión de que la antigua Mia había muerto bajo el coche

le contaste cómo es papá y que estás segura de que conseguirá que Broc y Jeff pasen de ser unos críos encantadores a ser unos gilipollas

le contaste que te aterra la idea de mudarte a Boston en otoño

le dijiste incluso «quiero que mi vida entera me encante tanto como me encanta esta noche», y no se echó a reír por lo estúpida que sonaba la frase

y ahora viene lo más raro

¿estás preparada?

Cierro los ojos y me tambaleo ligeramente. No estoy preparada. Porque está volviendo a mis pensamientos este recuerdo: la victoria, la impaciencia, el alivio. No estoy preparada para recordar lo segura que me sentí gracias a él y lo sencillo que resultó todo. No estoy preparada para comprender que ha presenciado algo que nadie en mi vida ha visto jamás. Lleno mis pulmones de aire y vuelvo a mirar la carta.

no tartamudeaste, parlosteaste sin parar

Cuando leo esto, miro a Ansel a los ojos, como si buscase confirmación, pero él no sabe qué dice la carta. Abre mucho los ojos mientras observa mi expresión, mordiéndose la lengua a duras penas. ¿Recordará todo lo que dije?

por eso le pediste que se casara contigo, y él dijo enseguida que sí con su sonrisa de borracho, como si fuese la mejor idea que hubiese oído en su vida, porque, ¡claro, deberíamos casarnos!, ahora vamos hacia allí, pero quería escribir esto antes porque puede que no recuerdes por qué, y es por eso, no seas idiota, porque puede que sea la mejor persona que hayas conocido en tu vida

besos

Mimisma

P.d.: aún no te has acostado con él, pero tienes ganas, muchas ganas. Por favor, acuéstate con él.

P.d.2: acabas de preguntarle si ibais a hacerlo y ha dicho: «ya veremos» :(



Doblo los papeles tan pulcramente como puedo y vuelvo a meterlos en el sobre con manos temblorosas. Parece que mi corazón ha duplicado su tamaño y hasta se ha unido a otro, un corazón nuevo que prefiere el ritmo entrecortado del pánico. Los latidos duplicados rebotan y reverberan en mi pecho.

—¿Qué? —pregunta—. Sabes que me muero de curiosidad.

—Lo escribí antes de que... —Levanto la mano izquierda, mostrándole la sencilla alianza de oro—. La última vez que me escribí una carta a mí misma... —empiezo.

Sin embargo, ya está asintiendo con la cabeza. El peso de esta situación me está mareando.

—Ya lo sé.

—¿Y te pedí que te casaras conmigo?

Supongo que lo que de verdad me sorprende es que alguno de los dos hablara de matrimonio. No fueron simples balbuceos de borrachos. Recuerdo que Ansel dijo en broma que debía irme con él a Francia, pero hicieron falta discusiones y planes. Conseguir un coche, dar indicaciones... Fue necesario que firmáramos papeles, pagáramos, eligiésemos anillos y repitiéramos nuestros votos con la coherencia suficiente para convencer a alguien de que no estábamos borrachos perdidos. La verdad es que esa última parte me impresiona un poco.

Vuelve a asentir con la cabeza, sonriente.

—¿Y dijiste que sí?

Ladea un poco la cabeza, y sus labios pronuncian las palabras:

—Claro.

—Pero ni siquiera estabas seguro de querer acostarte conmigo, ¿no?

Antes de que acabe de hablar, ya está negando con la cabeza.

—Venga ya. Quise acostarme contigo la primera vez que te vi, hace dos noches. Pero anoche estábamos muy borrachos. Yo no... —Vuelve la cabeza hacia otro lado durante unos momentos—. Te fuiste para escribirte una carta a ti misma porque te preocupaba olvidar el motivo por el que me pediste que me casara contigo. Y lo olvidaste. —Levanta las cejas, esperando a que reconozca que tiene razón. Asiento con la cabeza—. Pero volvimos al hotel, y estabas tan guapa, y... —Exhala un suspiro tembloroso. Suena tan irregular que me parece ver caer esquirlas de vidrio de su boca—. Tú querías. —Se acerca un poco más y me besa despacio—. Yo quería.

Apoyo el peso del cuerpo en el otro pie. Ojalá supiera cómo apartar los ojos de su rostro.

—Nos acostamos, Mia. Lo hicimos durante horas, y fue el mejor sexo de mi vida, el más intenso. ¿Y sabes una cosa? Aún hay detalles que no recuerdas.

Puede que no recuerde todas las caricias, pero mi cuerpo, desde luego, sí las recuerda. Noto las puntas de sus dedos tatuadas por toda mi piel. Están en las magulladuras que veo y también son invisibles: el eco de sus dedos en mi boca, reptando por mis piernas, entrando y saliendo de mi interior.

Sin embargo, por embriagadores que sean los recuerdos, en realidad, no quiero hablar de eso. Lo que quiero saber es qué recuerda de antes de la boda, de antes del sexo, del momento en que dejé caer mi vida sobre su regazo. Acostarme con un desconocido es raro en mí, pero tampoco es que sea la primera vez. Lo espectacular es que me haya abierto tanto. De algunas de esas cosas no había hablado nunca con nadie, ni siquiera con Luke.

—Al parecer, ayer te conté muchas cosas.

Me chupo el labio inferior y le paso los dientes. Aún lo noto magullado. Por un instante, me asalta la imagen fugaz de sus dientes, de su lengua, de sus dedos pellizcándome la boca.

Ansel guarda silencio, pero me observa como si esperase que llegara a una conclusión a la que él ha llegado hace horas.

—¿Te hablé de Luke y de mi familia?

Asiente con la cabeza.

—¿Y te hablé de lo de la pierna?

—Te vi la pierna —me recuerda en voz baja.

Claro que me la vio. Tuvo que ver la cicatriz que se extiende de la cadera a la rodilla y el diminuto rastro de marcas de grapas a lo largo del alargado y profundo corte plateado.

—¿Eso es lo que te hace temblar? —pregunta—. ¿Que te viera la pierna desnuda? ¿Que la tocara?

Él sabe que no es eso. La sonrisa que pugna por asomarse a su boca me indica que conoce mi secreto y que se está regodeando. Lo recuerda todo, incluyendo su incomparable logro: una Mia que no dejó de parlotear.

—Seguramente fueron los gin-tonics —respondo.

—Creo que fui yo.

—Estaba muy borracha. Creo que se me olvidó estar nerviosa.

Sus labios están tan cerca que noto su sombra en mi mandíbula.

—Fui yo, *Cerise*. Esta mañana aún no has tartamudeado.

Me aprieto contra la pared, necesitada de espacio. No es solo que me sorprenda comprobar la fluidez con la que hablo. Es el peso embriagador de su atención, la necesidad que tengo de sentir sus manos y su boca sobre mí. Es el dolor de cabeza persistente y la realidad de que estoy casada. Pase lo que pase, tengo que afrontarlo, y lo único que quiero es volver a meterme en la cama.

—Se me hace raro habértelo contado todo y no saber nada de ti.

—Tenemos tiempo de sobras —me contesta, y se humedece los labios con la lengua—. De hecho, hasta que la muerte nos separe.

Tiene que estar de broma. Me echo a reír, aliviada al saber que por fin podemos mostrarnos chistosos.

—No puedo seguir casada contigo, Ansel.

—De hecho —susurra—, sí que puedes.

Su boca presiona con cuidado la comisura de la mía; su lengua se asoma un instante para probar mis labios.

El corazón me da un vuelco. Me quedo paralizada.

—¿Qué?

—«Quiero que mi vida entera me encante tanto como me encanta esta noche»  
—cita.

Se me cae el alma a los pies.

—Sé cómo suena —dice inmediatamente—, y no estoy loco. Pero me obligaste a jurar que no dejaría que te entrase el pánico. —Sacude la cabeza despacio—. Y, como te lo prometí, no puedo concederte la anulación. Al menos hasta que empieces tus estudios en otoño. Te lo prometí, Mia.

Me aparto y le miro a los ojos. Al instante, vuelve a acercarse y abre su boca sobre la mía. Intuyo que debería desconfiar más de toda esta situación, pero el efecto de Ansel en mí no ha disminuido pese a la resaca y la conciencia alarmante de lo que hemos hecho.

Sus labios se apropian de los míos, se los mete en la boca uno tras otro. Me entrega su lengua, que sabe a zumo de naranja, agua y uva. Sus manos me atrapan por las caderas y se inclina aún más, besándome más hondo, acariciándome con un sonoro gemido.

—Subamos otra vez —sugiere—. Quiero volver a sentirte.

—¡Mia! —suenan la voz de Harlow al fondo del corredor, a través del olor rancio de tabaco—. ¡Joder, llevamos toda la mañana buscándote! Empezaba a preocuparme que pudieras estar en una zanja o algo así.

Lorelei y Harlow se acercan por el pasillo al trote. Harlow se detiene ante nosotros y se inclina para apoyarse las manos sobre las rodillas.

—Vale, nada de correr —dice con un gruñido—. Creo que voy a potar.

Todos esperamos, paseando una mirada inquieta por las proximidades en busca de un cubo, una toalla o tal vez una salida de emergencia. Al final se incorpora, sacudiendo la cabeza.

—Falsa alarma.

La realidad desciende como una cortina de silencio mientras Lola y Harlow nos observan con aire inseguro.

—¿Estás bien, Mia? —pregunta Lola.

El contacto con Ansel, su sugerencia de que deberíamos seguir casados, el dolor de cabeza y un estómago revuelto conspiran para infundirme deseos de deslizarme hasta el suelo y acurrucarme en una bolita de pánico. Ni siquiera me importa el grosor de la moqueta.

—Quisiera morirme.

—¿Podemos llevárnosla un ratito? —le pregunta Harlow a Ansel, y su tono me sorprende. Harlow jamás pide permiso.

Él asiente con la cabeza, pero, antes de que pueda alejarme, me pasa la mano por el brazo y toca el anillo de mi dedo. Aunque no dice una palabra, ese minúsculo contacto me pide que no abandone la ciudad sin hablar con él.

Lola me guía pasillo abajo hasta recepción, donde hay un grupo de butacas enormes en un rincón tranquilo. Nos derrumbamos en la mullida tapicería de ante y nos quedamos perdidas en nuestra miserable resaca durante unos momentos.

—Bueno —digo.

—Bueno —responden al unísono.

—¿Qué pasó anoche? —pregunto—. ¿Cómo es que nadie dijo: «Vaya, seguramente no deberíamos casarnos»?

—¡Ay! —dice Harlow—. Sabía que debíamos ser más sofisticadas.

—Diré que la culpa es de los setecientos chupitos que nos metimos entre

pecho y espalda —dice Lola.

—Pues yo diré que la culpa es del pedazo de polla de Finn. —Harlow da un sorbo de una botella de agua mientras Lola y yo lanzamos un gruñido—. Lo digo en serio —dice Harlow—. Y dejad que os diga que sabe lo que se hace, aunque es un poco mandón.

—Anulación —le recuerda Lola—. Podrás seguir tirándotelo cuando seas soltera.

Harlow se frota la cara.

—Está bien.

—¿Qué pasó con Ansel? —pregunta Lola.

—Mucho, al parecer. —De forma instintiva, me paso un dedo por el labio inferior—. Me parece que no llegamos a dormir. Siento no recordarlo bien, pero estoy segura de que hicimos de todo.

—¿Anal? —pregunta Harlow en un reverente susurro.

—¡No! ¡Dios! Te toca meter diez dólares en el bote de las burradas —le digo—. Eres una trol.

—Seguro que el francés estuvo increíble —dice Harlow—. Parece que te hayan dado una paliza.

Los recuerdos ascienden como delgadas volutas de humo delante de mí.

Sus hombros moviéndose sobre mí, los puños cerrados junto a la almohada, a ambos lados de mi cabeza.

El sonido de sus dientes cuando le lamí la punta de la polla.

Mi mano extendida sobre el espejo gigante. El calor de su aliento en mi nuca justo antes de penetrarme.

Su voz susurrando:

—*Laisse-toi aller, jouis pour moi.* Córrete para mí.

Me aprieto los ojos con las palmas de las manos, tratando de volver al presente.

—¿Qué pasó con Oliver y contigo? —le pregunto a Lola para desviar la atención.

Se encoge de hombros.

—Cuando salimos de la capilla, ya casi se nos había pasado la mona. Harlow estaba en su suite haciendo toda clase de ruidos. Ansel y tú estabais en la nuestra.

—Vaya, lo siento —murmuro.

—Nos pasamos toda la noche hablando y paseando por el Strip.

—¿En serio? —pregunta Harlow, sorprendida—. Pero si está buenísimo. Y ese acento australiano es una pasada. Me encantaría oírle decir: «Lámeme la polla».

—Cinco dólares más al bote de las burradas —dice Lola.

—¿Cómo pudiste entender una sola palabra de lo que decía? —pregunto entre risas.

—Ya, y la cosa empeoró cuando se puso pedo —reconoce mi amiga, y apoya la cabeza en el respaldo de su enorme butaca—. Es un tío genial. Qué curioso, chicas. ¿Sabíais que va a abrir una tienda de cómics? De las tres, soy yo la que debería lanzarse más. Es alto, está bueno y no sabe dónde tiene la cabeza, y ya sabéis que soy incapaz de resistirme a esa clase de tíos. Pero ya estábamos coordinando la anulación mientras esperábamos a que nos recogiera la limusina después de la ceremonia.

Todo esto parece un tanto surrealista. Yo esperaba un fin de semana de tomar el sol, beber, bailar y estrechar aún más los lazos con mis amigas. Desde luego, no esperaba disfrutar del mejor sexo de mi vida y despertarme casada. Hago girar el anillo en mi dedo y, al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que soy la única que lo lleva.

Harlow también se percata.

—Hemos quedado con los tíos a la una para ir a la capilla y pedir las anulaciones.

Su voz tiene peso, fuerza, como si ya supiera que mi situación lleva una capa añadida de sentimientos en la mezcla.

—Vale —contesto.

Sorprendo a Lola observándome.

—Eso no suena a «vale» —dice.

—¿Qué te decía Ansel en el pasillo? —pregunta Harlow. Su opinión parece un extraño sentado con nosotras que me mira con aire sombrío y los brazos cruzados sobre el pecho—. He visto cómo te besaba. Hoy no toca darse besos. Toca horrorizarse un poco y empezar a ordenar los detalles divertidos de la anécdota que se llama «Aquella vez que todas nos casamos en Las Vegas» y que nos dedicaremos a explicar durante los próximos treinta años. No toca liarse, Mia, sino tener resaca y arrepentirse de todo.

—¿Mmm? —digo, rascándome la sien.

Sé que Harlow protestará enérgicamente si menciono los sentimientos en una situación así, pero los tengo. Ansel me gusta.

También me gusta cómo me mira y tener la boca llena de la suya. Quiero recordar el ruido que hace cuando me folla con fuerza y si suelta tacos en francés o en inglés cuando se corre. Quiero volver a sentarme en los sofás del bar y dejar que esta vez hable él.

Curiosamente, pienso que, si no nos hubiéramos casado anoche, tendríamos más posibilidades de explorar la relación, solo un poco.

—¡Por Dios, Mia! —dice Harlow en un susurro—. Te quiero, pero ahora mismo me estás matando.

Hago caso omiso de sus presiones y sigo sin responder en voz alta. No tengo la menor idea de cuál será la reacción de Lola ante mi indecisión. A diferencia de Harlow, tiene el lema «vive y deja vivir», y, en cuanto a su opinión sobre los rollos de una sola noche, se sitúa a medio camino entre Harlow y yo. Por eso, y porque ninguna de nosotras ha celebrado nunca una boda espontánea con un hombre de otro país (seguro que algún día nos reiremos de esto), es probable que Lola se muestre más mesurada en sus reacciones, así que la miro a ella cuando contesto:

—Dice que podríamos seguir casados.

Ya está. Parece una buena forma de decirlo.

Me responde un silencio reverberante.

—¡Lo sabía! —susurra Harlow.

Lola no dice nada.

—Me escribí una carta a mí misma antes de que lo hiciéramos —explico.

Tengo que andarme con pies de plomo. Estas dos mujeres solo quieren lo que me conviene, pero no sé si se sentirán dolidas cuando sepan lo extrañamente segura que me siento con Ansel.

—¿Y? —dice Harlow—. Mia, esto es tremendo. ¿No podrías habérselo dicho antes?

—Lo sé, lo sé —digo, hundiéndome en la butaca—. Y creo que le conté toda mi vida. —Las dos conocen la importancia de este detalle, así que no comentan nada y se limitan a esperar a que acabe—. Me pasé horas hablando. No tartamudeé, no me callé nada.

—Así que hablaste durante muchísimo rato —comenta Lola, impresionada.  
Harlow entorna los ojos.

—No te estarás planteando seriamente seguir casada con un extraño al que conociste anoche en Las Vegas y que vive a más de ocho mil kilómetros, ¿verdad?

—Vaya, ¿cómo no va a sonar siniestro si lo dices así?

—¿Cómo quieres que lo diga, Mia? —grita—. ¿Es que se te ha ido la olla del todo?

¿Se me ha ido? Sí, desde luego.

—Creo que solo necesito más tiempo.

Harlow se pone de pie bruscamente y recorre la recepción con la mirada por si hay alguien más que pueda ayudarla a convencer a su amiga de que ha perdido la cabeza. Frente a mí, Lola se limita a observar mi cara con los ojos entornados.

—¿Estás segura de esto? —pregunta.

Se me escapa una carcajada.

—No estoy segura de nada.

—Pero sabes que no quieres anularlo ahora mismo, ¿no?

—De todos modos, él dice que no piensa anularlo hoy, que me prometió que no lo haría.

Sus cejas desaparecen debajo del flequillo y se apoya en el respaldo de la butaca, sorprendida.

—¿Que te lo prometió?

—Eso dice. Dice que le pedí que me lo jurara.

—Es lo más ridí... —empieza a decir Harlow, pero Lola la interrumpe:

—Pues ese tío acaba de ganar varios puntos conmigo. —Mira a Harlow parpadeando y le apoya una mano en el brazo para calmarla—. Vámonos, niña. Mia, volveremos dentro de un rato para hacer las maletas y regresar a casa, ¿vale?

—¿Me tomas el pelo? Nosotras... —empieza a decir Harlow, pero Lola la silencia con una mirada—. Fantástico.

A lo lejos y a través de unas puertas acristaladas, veo a Oliver y Finn, que las esperan junto a la parada de taxis. No veo a Ansel por ninguna parte.

—Buena suerte con la anulación —les deseo con una leve sonrisa.

—¡Tienes suerte de que te quiera! —exclama Harlow por encima del hombro,



y sus cabellos castaños flotan en el aire mientras Lola se la lleva a rastras—. Si no te quisiera tanto, te asesinaría.

Cuando se van, el vestíbulo parece demasiado silencioso. Miro a mi alrededor, preguntándome si Ansel me estará mirando desde algún rincón oscuro y viendo que no me he ido con ellas. Pero no está en el vestíbulo. No tengo ni idea de dónde está. Me he quedado aquí solo por él. Aunque tuviese su número, no tengo mi móvil. Aunque tuviese mi móvil, no tengo ni idea de dónde he dejado el cargador. No cabe duda de que necesito controlar más cuando me emborracho.

Por eso, hago lo único que se me ocurre: subo a la habitación para volver a ducharme y hacer la maleta, para intentar encontrarle algún sentido a este tremendo lío.

Nada más entrar, breves imágenes de la víspera parecen invadir la habitación. Cierro los ojos para ahondar más, ávida de detalles.

Sus manos en mi culo, mis pechos, mis caderas. Su grueso miembro recorriendo la cara interna de mi muslo. Su boca apretada contra mi cuello, chupando mi piel hasta formar un cardenal.

Unos golpecitos en la puerta interrumpen mis pensamientos.

Es él, por supuesto. Está recién duchado y parece tan confuso como yo. Entra en la habitación y se sienta sobre el borde de la cama.

Se apoya los codos sobre las rodillas y me mira a través del pelo, que le tapa los ojos. Incluso parcialmente cubiertos, son tan expresivos que se me eriza el vello de los brazos.

Sin preámbulos ni rodeos, me suelta:

—Creo que deberías venir a Francia a pasar el verano.

Podría decir un millar de cosas en respuesta a su absurda oferta. Para empezar, no le conozco. Además, no hablo francés. Los billetes cuestan un ojo de la cara, y ¿dónde viviría? ¿Cómo podría vivir durante todo el verano con un extraño en Francia?

—Me traslado a Boston dentro de unas semanas.

Pero ya está negando con la cabeza.

—No hace falta que te traslades hasta principios de agosto.

Se me arquean las cejas. Al parecer, le conté mi vida con todo lujo de detalles.

No sé muy bien si sentirme impresionada por lo bien que lo recuerda todo, o culpable por haberle soltado semejante rollo. Ladeo la cabeza, esperando. La mayoría de las chicas dirían algo en este momento. Un hombre guapísimo me está ofreciendo algo increíble, y yo estoy esperando a ver qué más me quiere decir.

Se humedece los labios. Parece sentirse cómodo al saber que aún no me ha dicho nada que requiera mi respuesta.

—Déjame hablar. Podrías quedarte en mi piso. Como tengo un buen sueldo, puedo correr con tus gastos durante el verano. Es verdad que trabajo muchas horas, pero tú podrías, bueno... —Aparta la mirada y clava la vista en el suelo—. Podrías disfrutar de la ciudad. París es la ciudad más bonita del mundo, *Cerise*. Hay un montón de cosas que hacer. Has tenido unos años muy duros y tal vez te gustaría pasar un verano tranquilo en Francia. —Ansel vuelve a mirarme y añade en voz baja—: Conmigo.

Voy hasta la cama y me siento, dejando mucha distancia entre nosotros. Las camareras han cambiado ya las sábanas y han ordenado el caos que desatamos. Así es más fácil aparentar que lo de anoche perteneció a la vida de otra persona.

—En realidad, no nos conocemos, es cierto —admite—, pero veo que estás indecisa con lo de Boston. Te irás allí para alejarte de tu padre. Te irás allí para pasar a otra cosa. Puede que necesites pulsar pausa y respirar. ¿Te has parado a respirar una sola vez en los cuatro años que han pasado desde el accidente?

Quiero que siga hablando, porque, aunque no le conozca lo suficiente para estar enamorada de él, he decidido que me encanta su voz. Me encanta el timbre profundo, me encantan las vocales onduladas y las consonantes seductoras. Su voz es pura danza. Nada podría sonar áspero o mordaz en ella.

Sin embargo, en cuanto lo pienso, sé que me equivoco. Recuerdo con cuánta exigencia me habló anoche:

«Pon las manos en la pared».

«No podré aguantar mucho más, *Cerise*.»

«Muéstrame cuánto te gusta sentirme en la lengua.»

No tengo respuesta para su oferta, así que no se la doy. Me limito a arrastrarme hasta la almohada y a tumbarme boca arriba, exhausta. Ansel me imita y nos quedamos tumbados hombro con hombro, hasta que me acurruco contra él y deslizo las manos por su pecho, entre su pelo. La forma de su cuerpo despierta

en mis músculos un recuerdo: cuánto tengo que estirar los brazos para rodearle, qué sensación me produce contra las palmas de las manos. Aprieto la nariz sobre el músculo que se le tensa entre el cuello y el hombro e inspiro su olor limpio: jabón de hotel y, al fondo, un atisbo de mar.

Ansel se vuelve hacia mí. Me besa el cuello y la mandíbula; los labios, solo una vez, antes de darme un beso prolongado sin cerrar los ojos. Sus manos descienden por mi espalda, por la curva de mi culo hasta el muslo y más abajo, hasta la cara posterior de mi rodilla, que coloca sobre su cadera, encajándome contra él. Entre las piernas, siento cuánto le deseo. También puedo sentir su miembro, alargándose y presionando. Pero en lugar de seguir adelante, nos dormimos.

Cuando me despierto, hay un trozo de papel sobre la almohada vacía. Me ha dejado su número y su promesa de estar ahí cuando le necesite, pero se ha marchado.

Me pregunto cuántos miles de trayectos de Las Vegas a California habrán sido así: un viento cálido entrando por las ventanillas de un coche hecho polvo, unas mujeres con resaca, el arrepentimiento flotando en el aire como si un solo acorde sonara durante todo el trayecto.

—Necesito comer algo grasiento —rezonga Harlow.

Lola sale de la autovía y entra en el aparcamiento de un establecimiento de comida rápida.

Mientras comemos queso a la plancha con patatas fritas, Harlow dice:

—No entiendo por qué no habéis iniciado los trámites de anulación mientras aún estábamos allí. —Unta de kétchup una patata frita y la deja caer sobre su plato. Parece sentir náuseas—. Ahora tendréis que volver allí o pasar por ese complicado proceso desde otro estado. Cuéntame todos los detalles para que se me pasen las ganas de abofetearte.

Ansel es realmente increíble, y el sexo fue mágico, desde luego, pero ella sabe que no soy tan boba como para tomar una decisión tan impulsiva solo por eso. Así que, en realidad, se trata de la carta. Nunca he llevado un diario. Apenas le escribo a Harlow cuando viaja al extranjero para visitar a su padre en algún rodaje. Sin embargo, he leído tantas veces la carta que me escribí a mí misma

después del accidente que el papel se ha vuelto tan delicado como un pétalo seco y la tinta es casi invisible. Para mí, escribir cartas es un acontecimiento raro y sagrado, y, aunque no estoy segura de que sea buena idea, le atribuyo la importancia que creo que tuvo cuando la escribí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Lola cuando termino de contarles cada sórdido detalle que recuerdo de la noche.

Me encojo de hombros.

—Pasarme desde ahora hasta septiembre tratando de entender por qué quise casarme con esa persona. Y luego, probablemente, pedir la anulación.

## 5

Lola me deja en casa. Encuentro a mis hermanos en la sala de estar, jugando a la Xbox, y mi padre me pone en la mano una copa de vino en cuanto salgo al porche.

—Por nuestra brillante hija —dice, alzando su propia copa. Me sonrío con indulgencia y atrae a mamá hacia sí. La luz del ocaso que les ilumina desde atrás crea una preciosa silueta que, sin duda, le encantaría ver en una fotografía enmarcada—. Confío en que tu último fin de semana de locura haya sido perfecto y, como padre tuyo, no quiero oír ni una sola palabra sobre él. —Sonríe ante su propio chiste, y yo podría encontrarlo gracioso si nuestra historia no fuese tan accidentada—. Espero que tu futuro a partir de ahora no sea más que concentración y éxito.

De mala gana, entrechoco mi copa con la suya y le miro a la cara mientras me repasa de arriba abajo con la mirada. Me he duchado dos veces, pero continúo estando horrible con mi camiseta negra y mis vaqueros rotos. Sus ojos me observan la boca con atención y descienden por mi cuello, donde he intentado cubrir los mordiscos y chupetones con un pañuelo gris. La sonrisa de mi padre se transforma rápidamente en una mueca de disgusto, pero no parece haberse fijado en mi anillo de boda. Con cuidado, me meto la mano izquierda en el bolsillo.

Apoya su copa en la barra y se aparta de mamá.

—Las mujeres que tienen éxito en los negocios son damas —dice con los dientes apretados, y percibo un extraño tono de satisfacción en su voz.

Sé cuánto está disfrutando de este momento. En los últimos cuatro años he sido responsable y ambiciosa, sin darle apenas ocasión de criticarme. Pero ahora está en su elemento; mi padre se siente mucho más cómodo insultando que alabando.

—Hemos ido a Las Vegas a celebrar la graduación, papá. No nos hemos hecho putas.

«No, Mia, solo te has casado con un extraño.»

—Tienes que madurar mucho para ganarte tu admisión en la Universidad de Boston. Aunque no me gustaba la idea de que fueras bailarina durante el resto de tu vida, al menos admiraba tu ambición. Ahora, nada más graduarte, vuelves a casa como si hubieras estado... —Sacude la cabeza—. Ni siquiera sé qué has estado haciendo. Ningún hombre querrá trabajar para una vagabunda que acude a trabajar con los labios amoratados y el cuello lleno de chupetones, apestando a alcohol rancio. Empieza a portarte como Dios manda, Mia.

Mamá toma aire de golpe, conmocionada, y le observa como si fuese a defenderme de su absurdo ataque. Pero su energía se disipa cuando él la mira a los ojos, desafiante. Mi padre entra airado en la casa, olvidando su cóctel Mimosa. Mamá se queda y se limita a decir:

—¡Ay, cariño!

—No te preocupes, mamá. Estoy bien.

No quiero que se ponga de mi parte. No tardaré en marcharme, y la vida es mucho más fácil para ella cuando apoya a mi padre sin fisuras. Me dedica una mirada indecisa y sigue a papá al interior de la casa.

La puerta corredera de cristal se cierra con demasiada fuerza. Sigo oyendo a mi padre:

—¿Cuándo aprenderá? No voy a consentir que tire esta oportunidad a la basura.

Contemplo el jardín perfecto de mamá con su césped immaculado, sus macizos de flores y su cerca blanquísima, y me siento como una mala hierba en mitad de él. Siempre me he sentido un poco desplazada aquí y, por algún motivo, esa sensación es ahora aún más pronunciada.

La zona infantil del zoo de San Diego no suele atraer a mucha gente. Sin

embargo, detrás del reptilario y después del estanque de las focas, hay una serie de exposiciones que permanecen prácticamente en silencio aunque el zoo esté invadido por los turistas. Ese lugar siempre ha sido mi metáfora favorita, es decir, una posibilidad de hallar la quietud en medio del caos, y me encanta acudir allí para reflexionar.

El martes a primera hora de la tarde entro en el zoo, paso junto a turistas y familias con niños y giro a la izquierda detrás del hábitat de los flamencos, de camino hacia mi escondite secreto. Necesito pensar qué me llevaré a Boston y si puedo organizarlo todo para mudarme la próxima semana y no dentro de tres semanas, como estaba previsto.

Necesito pensar qué clase de trabajo quiero buscar. Camarera. Dependienta en una panadería. Dependienta en una tienda de ropa. Alguna clase de asistente comercial. Quizá bailarina de discoteca, solo para reírme de mi padre desde la otra punta del país. Mi mente se fuerza a apartarse del pensamiento inmediato de trabajar como profesora de danza. Vuelvo una esquina y me dirijo hacia mi banco favorito, donde me siento y exhalo un largo y pesado suspiro.

Desde luego, no necesito pensar en que, en algún momento del día, Ansel podría estar regresando a París.

—Tenías razón —dice una voz profunda y conocida desde pocos metros de distancia—. Esta parte del zoo está desierta.

No doy crédito a mis oídos. Abro los ojos y veo a Ansel acercándose por el camino de lasas. Se acomoda en el banco y estira el brazo sobre el respaldo, dejando que descanse detrás de mí. Los dedos de su mano derecha se extienden sobre mi hombro.

Estoy sin habla.

Es una sensación familiar, aunque por razones que no me resultan nada familiares. Estoy sin habla por la conmoción y no porque me corte.

—Ho... ho —empiezo a decir, cerrando los ojos con fuerza.

Aguarda con paciencia; las puntas de sus dedos se deslizan cálidas y suaves sobre mi piel.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo sabías...?

—Me contaste que venías aquí para pensar. Dijiste que te encantaba esta parte del zoo. Aunque no lo entiendo —comenta, mirando alrededor—. Solo hay cemento y lagartos durmiendo. He llegado hace más o menos una hora. —Ladea

la cabeza y sonrío con calidez, como si no fuera un terrible acosador—. Y estoy aquí porque no puedo estar lejos de ti, Mia. Eres mi mujer.

Debo de haber puesto cara de susto, porque se echa a reír y retira el brazo. A continuación, se inclina hacia delante y se apoya los codos en los muslos.

—Lo siento. No he sido muy gracioso. Estoy en San Diego porque salgo esta noche del aeropuerto de aquí. Oliver ha quedado con el arquitecto que va a reformar su tienda, y será la última vez que nos veamos en algún tiempo. Anoche llegamos en coche, y hoy he venido aquí con la esperanza de que fuese cierto que venías aquí muy a menudo para pensar. Y quizá para pensar un poco yo también —añade, mirándome y sonriendo tiernamente—. Te prometo que hablaba en broma.

—De todos modos, has venido aquí buscándome —le recuerdo, apartándome ligeramente.

Se mete la mano en el bolsillo trasero y me entrega una hoja de papel doblada. La abro y veo que es una copia de nuestra licencia de matrimonio.

—No tenías copia. Creo que ni siquiera sabías cómo se escribía mi apellido. Te habría llamado, pero, aunque te di mi número, resulta que no tenía el tuyo.

Me siento como una absoluta capulla. Se ha tomado muchas molestias para asegurarse de que yo tuviera este documento, y a mí ni siquiera se me ha ocurrido mandarle un mensaje con mi número.

—Gracias —digo en voz baja.

—De nada.

Vuelvo a acercarme y apoyo mi mano en su brazo. En mi sangre, la adrenalina aminora su ritmo. Me doy cuenta de la ridícula ilusión que me produce verle.

—Espera un momento. ¿Oliver va a abrir una tienda en San Diego?

Seguro que Lola ignora por completo que esa tienda iba a estar en nuestra ciudad.

Asiente con la cabeza, coge mi mano y la besa.

—Se vendrá a vivir aquí dentro de unas semanas. En fin, solamente quería asegurarme de que recibieras eso antes de marcharte. —Con un gesto de la cabeza, señala el papel que tengo apretado en el puño. Acto seguido, se levanta—. No quería enviártelo a tu casa y correr el riesgo de que tu padre abriera el sobre. —Trago saliva, asombrada por su consideración—. Me voy al hotel. Quiero relajarme un rato. Me espera un vuelo muy largo.



—¿A qué hora sales?

Aparta la mirada, parpadeando y frunciendo el ceño.

—A las once, creo.

Se mete las manos en los bolsillos antes de que pueda ver si sigue llevando el anillo. Mira mis manos y ve que yo sí lo llevo.

—Mi dirección de correo electrónico es mi nombre y mi apellido juntos, arroba, xmail —me dice—. Podemos coordinarlo todo en septiembre.

—Vale —digo, asintiendo con la cabeza.

Se inclina, me da un beso en la coronilla y susurra:

—Estaré en el Hilton Bayfront más o menos hasta las ocho. Te he comprado un billete abierto de ida y vuelta a París. —Se pone de pie, encoge los hombros y deja que una enorme sonrisa se extienda por su rostro mientras mi mandíbula choca contra la acera—. ¿Qué quieres que te diga? Soy un optimista. O estoy como una cabra. Depende de a quién le preguntes.

Puede que esté como una cabra, pero su trasero se ve precioso mientras se aleja.

Me quedo sentada durante un rato en mi refugio de lagartos y cemento. Contemplo la idea de volver a casa y la descarto enseguida. Contemplo la idea de ir a casa de Lola y quedarme a cenar con ella y con Greg, pero le estará contando a su padre todas nuestras locuras del fin de semana, se estarán partiendo de risa juntos y no quiero ser la aguafiestas que se ha puesto sentimental. Contemplo la idea de acercarme a casa de Harlow, en La Jolla, pero, aunque me atrae mucho la perspectiva de pasar un rato en la playa sin tener que pensar en nada, el amor sincero y el gran interés de todo el clan Vega contrastaría demasiado con las rarezas de mi propia familia.

Así que subo al coche y me voy al centro de la ciudad.

Ansel abre la puerta. En su rostro se dibuja una enorme sonrisa, que se desvanece poco a poco cuando ve que vengo con las manos vacías, sin maleta. Nada, salvo mi bolsito con bandolera cruzado sobre el pecho.

—No puedo irme a Francia contigo —empiezo, mirándole con los ojos muy abiertos. El pulso me late en la garganta como un pesado tambor—. Pero

tampoco quiero volver a casa.

Se aparta para dejarme entrar. Dejo caer el bolso en el suelo y me vuelvo a mirarle. Solo tengo una razón para estar aquí, en esta habitación de hotel, y creo que ambos la conocemos. Es fácil fingir que soy la amante en una película, presentándose en el hotel para pasar una última noche juntos. No tengo que esforzarme por ser valiente cuando no corro ningún peligro: se marcha. Casi se convierte en un juego. Una obra de teatro. Un papel.

No sé qué Mia se habrá adueñado de mi cuerpo, pero lo bloqueo todo salvo la sensación de proximidad de este chico. Solo tengo que dar un paso y él acude a mi encuentro, desliza las manos entre mis cabellos y cubre mi boca con la suya. Océano, verdor y mi propio aroma, que todavía persiste en su ropa.

¡Su sabor, ay! Quiero sentirme tan llena de él que cualquier otro pensamiento se disuelve bajo el calor de esa sensación. Quiero su boca chupándome por todas partes. Me encanta que le encanten mis labios, que, tras una sola noche juntos, sus manos ya conozcan mi piel.

Me lleva a la cama. Sus labios, lengua y dientes me recorren las mejillas, la boca y la mandíbula. Caigo hacia atrás cuando mis rodillas tocan la cama.

Coge el borde de mi vestido y me lo quita de un solo tirón. Después alarga las manos y me libera del sujetador con un leve gesto de los dedos. Siento que soy algo que merece la pena revelar, algo que gozar. Soy la recompensa al final del truco de magia, la sorpresa que aparece expuesta bajo la capa de terciopelo. Sus ojos barren mi piel y veo su impaciencia: lanza la camisa al otro lado de la habitación, sus dedos tiran del cinturón, su lengua se asoma, buscando mi sabor.

Ansel renuncia a desnudarse; se arrodilla entre mis muslos, me abre y me besa a través de la tela de las bragas. Mordisquea y tira, chupando y lamiendo impaciente, hasta que me desliza piernas abajo la última prenda de ropa.

Ahogo un grito cuando se inclina y cubre mi piel más sensible con un lametón largo y pausado. Noto su aliento como pequeños estallidos de fuego mientras me besa el clítoris, el monte de Venus, la cadera. Me incorporo y me apoyo sobre las manos para mirarle.

—Dime qué necesitas —me pide, y su voz suena áspera contra mi cadera.

En ese momento, recuerdo vagamente que logró que me corriera con sus manos y su cuerpo, pero no con su boca. Siento la necesidad de conquistar eso, y me pregunto durante cuánto tiempo lo intentó hasta que me entró la impaciencia

y le atraje hacia mí para que me penetrara.

Lo cierto es que no sé muy bien qué necesito. El sexo oral siempre ha sido una parada en el camino hacia algún otro lugar. Una forma de ponerme húmeda, de recorrer el circuito de mi cuerpo. Nunca algo realizado hasta hacerme temblar, sudar y jurar.

—Ch-chupa —digo, intentando intuir lo que quiero.

Abre la boca, me chupa muy bien durante un instante y luego en exceso.

—No tan fuerte. —Cierro los ojos y encuentro en mí el valor necesario para decirle—: Como cuando me succionas el labio.

Es justo la indicación que necesitaba Ansel. Me dejo caer sobre el colchón con la mente en blanco y abro las piernas un poco más. Se vuelve loco. Planta firmemente las palmas de las manos en la cara interna de mis muslos para mantener mis piernas abiertas. Emite contra mí unos sonidos que vibran a través de mi cuerpo.

Una de sus manos me abandona. Noto que se mueve, siento el cambio de posición de su brazo. Me incorporo sobre un codo, miro hacia abajo y veo que se está tocando sin dejar de clavar en mí una mirada febril.

—Déjame —le digo—. Yo también quiero probarte.

No sé de dónde vienen esas palabras; en este momento, no soy yo misma. Puede que nunca sea yo misma cuando estoy con él. Asiente con la cabeza, pero no deja de mover la mano. Me encanta. Me encanta que no sea raro, que no sea un tabú. Está perdido en mí, está duro, está cediendo a la necesidad de su propio placer al tiempo que me proporciona a mí el mío.

Mientras besa, succiona y lame con un ansia tan desinhibida, tengo miedo de no poder correrme y de que su entusiasmo y sus esfuerzos sean en vano. Pero entonces siento la tensión, la cercanía de algo que crece y crece con cada una de sus respiraciones sobre mi piel. Meto los dedos entre su pelo y me balanceo contra él.

—¡Oh, Dios!

Gime con boca ávida y me mira con los ojos muy abiertos, ilusionados.

Saboreo la tensión de mis tendones y músculos, la sangre que corre caliente y apremiante por mis venas. La sensación aumenta, se extiende e invade mis extremidades hasta explotar entre mis piernas. Respiro con un áspero jadeo, en el umbral de la inconsciencia, profiriendo sonidos agudos. El eco de mi orgasmo

resuena a nuestro alrededor mientras me dejo caer sobre la almohada.

Me siento drogada. Haciendo un esfuerzo, aparto su boca de mi muslo para poder sentarme. Él se pone de pie como puede. Los pantalones desabrochados le cuelgan bajos sobre las caderas. Le miro y, a la luz que viene del baño, veo que tiene los labios húmedos de mí, como si fuese un animal cazador que me ha atrapado y devorado.

Se pasa el brazo por toda la cara y se acerca a la cama. Me inclino hacia delante y meto su miembro en mi boca.

Grita desesperado.

—Estoy a punto.

Es una advertencia. Lo noto en los empujones de sus caderas, en la tensa hinchazón de la cabeza de su polla, en cómo me agarra la cabeza como si quisiera echarse atrás, lograr que esto dure más, pero no puede. Se folla mi boca. Parece saber que me parece bien y, tras media docena de movimientos secos contra mi lengua, mis dientes y mis labios, se queda quieto dentro y se corre con un grave y áspero gemido.

Aparto la boca y trago mientras me pasa un dedo tembloroso por los labios.

—Qué bien —musita.

Me dejo caer sobre la almohada. Tengo la impresión de que mis músculos han quedado completamente silenciados tras mi frenética entrada en la habitación. Me siento pesada y entumecida, y, aparte del denso eco de placer entre mis piernas, lo único que noto es mi sonrisa.

El sol del atardecer entra a raudales por la ventana, tiñendo la habitación de un tono rosado. Ansel se cierne sobre mí sobre los brazos rígidos, respirando pesadamente. Noto que su mirada se desliza por mi piel y se instala sobre mis pechos. Sonríe y se me endurecen los pezones.

—La otra noche te dejé marcas por todo el cuerpo. —Se inclina y sopla sobre una de las puntas—. Lo siento.

Me echo a reír y le tiro del pelo con gesto juguetón.

—Pues no lo parece.

Me sonrío y, cuando se echa hacia atrás para volver a admirar su obra, cedo al instinto extraño de cruzar los brazos sobre el pecho. En la danza, mi cuerpo menudo suponía una ventaja; mis pequeños pechos resultaban ideales, porque no estorbaban. Sin embargo, en el mundo del sexo y la piel desnuda, no creo que mi

talla 85B esté a la altura.

—¿Qué haces? —pregunta, tirando de mi brazo mientras se quita los pantalones a patadas—. Ya es demasiado tarde para ponerte tímida conmigo.

—Me siento diminuta.

Ansel suelta una carcajada.

—Es que eres diminuta, *Cerise*. Pero me gusta cada diminuto centímetro de ti. Hace horas que no te veo la piel. —Se inclina y me rodea el pezón con la lengua—. La otra noche descubrí que tienes unos pechos muy sensibles.

Sospecho que lo tengo todo sensible cuando es él quien me toca.

Me apoya la palma de la mano en un pecho mientras se pone a chupar el otro. Empieza a ejercer presión con la lengua, que mueve en pequeños círculos. Ese movimiento revive el delicioso latido entre mis piernas.

Creo que él también lo sabe, porque la mano que cubre mi pecho desciende por mis costillas, mi estómago, mi ombligo y entre mis piernas, sin dejar en ningún momento de dibujar círculos con la lengua.

De pronto, me apoya allí dos dedos y empieza a dibujar los mismos círculos al mismo ritmo, como si una banda apretada conectase los puntos en los que se encuentran su lengua y sus dedos, tensándome más y más, excitándome más y más. Arqueo la espalda y le agarro la cabeza, suplicándole con voz áspera.

El mismo ritmo en ambos puntos. Me preocupa la posibilidad de caer a pedazos, fundirme con la cama o simplemente disolverme en la nada cuando murmura un sonido inarticulado contra mi pezón. Sus dedos presionan con más fuerza y levanta la cabeza el tiempo justo para preguntarme:

—¿Me dejarás oírte una vez más?

No sé si podría sobrevivir a otro orgasmo. Jamás podré sobrevivir sin él.

Con Ansel, mis sonidos son ásperos y libres. Tengo la mente en blanco. No reprimo la expresión de mi placer, y mis sonidos le estimulan, hasta que empieza a chuparme con frenesí y me arqueo contra su mano gritando.

—¡Me corro! ¡Me corro!

Tres dedos se introducen en mi interior, y los sustituye fuera la parte inferior de la palma de su mano. El placer es tan intenso que duele. O quizá es que sé lo fácil y bueno que resulta esto, y que tengo que renunciar a Ansel o cometer alguna locura con tal de conservarle. Mi orgasmo dura tanto que tengo tiempo de contemplar varias veces ambas posibilidades durante el placer más intenso. Dura

lo suficiente para que Ansel retire los labios de mi pecho, ascienda hasta mi rostro y me bese, absorbiendo todos mis sonidos. Dura lo suficiente para que me diga que soy lo más bonito que ha visto en su vida.

Mi cuerpo se serena y sus besos se vuelven más lentos, hasta reducirse al suave deslizamiento de sus labios sobre los míos. Ahora tengo su sabor, y él tiene el mío.

Ansel se inclina sobre un lado de la cama para sacar un preservativo del bolsillo de sus vaqueros.

—¿Estás demasiado cansada? —pregunta, mostrándomelo.

Estoy cansada, pero creo que nunca podría estar demasiado agotada para querer sentirle. Necesito recordar exactamente cómo es. La metralla dispersa de mi memoria no bastará si tengo que dejarle marchar esta noche. No contesto en voz alta, pero le atraigo hacia mí y doblo las rodillas a ambos lados de su cuerpo.

Se arrodilla para ponerse el preservativo y frunce el ceño. Me entran ganas de sacar el móvil y fotografiar su cuerpo, su expresión seria y concentrada. Necesito fotos para poder decir: «¿Lo ves, Mia? Tenías razón en lo de su piel. Es tan lisa y perfecta como recordabas». Quiero registrar de algún modo el temblor ansioso de sus manos.

Cuando ha terminado, coloca una mano junto a mi cabeza y utiliza la otra para guiar su miembro hacia mí. En cuanto siento su densa presión, comprendo que nunca en mi vida he estado tan impaciente. Mi cuerpo quiere devorar el suyo.

—Vuelve conmigo —dice, penetrándome apenas y volviendo a salir. Una tortura—. Por favor, Mia. Solo para pasar el verano.

Niego con la cabeza, incapaz de encontrar palabras, y gruñe de frustración y placer mientras entra despacio. Pierdo el aliento, pierdo mi capacidad de respirar o de preocuparme siquiera por tener que hacerlo, y levanto las piernas. Quiero notarle más hondo, quiero pasarme la vida sintiendo cómo me penetra. Su sexo es pesado y grueso, y está tan duro que, cuando sus caderas se encuentran con mis muslos, me siento al borde de la incomodidad. Ansel me hace perder el aliento, me hace sentir como si no hubiera espacio suficiente en mi cuerpo para él y para el aire al mismo tiempo, pero nunca me había sentido tan bien.

Si pudiera encontrar las palabras, le diría que he cambiado de opinión, que me iré con él, pero apoya los brazos junto a mi cabeza y empieza a moverse. La sensación no se parece a nada. A nada en absoluto. El roce lento y firme de su

sexo en mi interior crea un anhelo tan bueno que me siento un poco trastornada al pensar que la sensación pueda acabar en algún momento.

Ansel me calienta poco a poco. Me mira a los ojos mientras sale de mí despacio y vuelve a entrar más lentamente todavía, bajando la cabeza de vez en cuando para deslizar su boca sobre la mía. Sin embargo, cuando le paso la lengua por los dientes y él se lanza hacia delante de forma brusca e inesperada, oigo mi propio grito, que desata algo en él. Empieza a moverse con fuerza y suavidad al tiempo, con perfectos impulsos ondulados de sus caderas.

No sé cuántas veces hicimos el amor la otra noche, pero debió de averiguar lo que yo necesitaba, y parece que le encanta dármelo. Se levanta sobre las manos y se arrodilla entre mis piernas abiertas. Sé de antemano que, cuando me corra, la sensación no se parecerá a nada de lo que he sentido hasta ahora. Oigo sus gruñidos y mis propios jadeos. Oigo el impacto de la cara anterior de sus muslos contra la cara interior de los míos y sus suaves movimientos deslizantes dentro y fuera de mí.

No necesitaré sus dedos, los míos ni ningún juguete. Encajamos a la perfección. Su piel se desliza sobre mi clítoris una y otra vez.

Lola tenía razón: Ansel y yo lo hacemos al estilo misionero, y hay contacto visual, pero no es suave ni afectado. No puedo imaginarme sin mirarle. Sería como intentar hacer el amor sin contacto.

El placer trepa por mis piernas como una enredadera, convirtiéndose en un rubor que se extiende por mis mejillas y mi pecho. Me aterra perder esa sensación, perseguir algo que en realidad no existe, pero él se mueve más rápido y con más fuerza, con tanta fuerza que tiene que sujetarme las caderas con las manos para no empujarme fuera de la cama. Sus ojos recorren mis labios jadeantes y mis pechos, que botan con cada empujón. Su forma de follarme hace que mi cuerpo menudo se sienta voluptuoso por primera vez en la vida.

Abro la boca para decirle que voy a correrme, pero no sale nada, salvo una serie de gritos que piden «más» y repiten «sí», «sí», «sí». El sudor de su frente gotea sobre mi pecho y rueda por mi cuello. Está esforzándose mucho, está conteniéndose, esperándome. Me encanta el autocontrol, el deseo y la determinación que veo en su hermoso rostro. Estoy al borde, a punto.

El calor invade mi cuerpo un instante antes de correrme.

Ansel contempla cómo sucede. Me observa boquiabierto de alivio, con los

ojos brillantes de triunfo. El orgasmo se precipita sobre mí tan fuerte, tan devorador, que ya no soy yo. Soy la salvaje que le atrae hacia mí, que se aprieta contra él como una hembra en celo y le agarra del culo para atraerle más hondo. Soy pura desesperación debajo de él, suplicando, mordiéndole el hombro, abriendo las piernas hasta que no puedo más.

Mi locura le trastorna. Oigo que las sábanas se desprenden del colchón y noto que se apelotonan detrás de mí. Ansel se agarra a ellas para mantener el equilibrio, moviéndose con tanta fuerza que el cabecero de la cama golpea contra la pared.

—¡Oh! —gruñe, y el ritmo se vuelve agotador. Hunde la cara en mi cuello, gimiendo, y exclama—: Ya. Ya. Ya.

Y entonces abre la boca contra mi cuello, chupando y presionando, y sus hombros tiemblan sobre mí mientras se corre. Deslizo las manos por su espalda, saboreando la concentrada definición de su postura tensa y la curva de su columna vertebral mientras permanece en mi interior lo más profundamente que puede. Me muevo debajo de él para sentir su piel sobre la mía, mezclando el sudor de los dos.

Ansel se incorpora sobre los codos y se ciernen sobre mí, palpitando aún dentro de mi cuerpo. Apoya las palmas de las manos en mi frente y las desliza sobre mi pelo.

—Es demasiado bueno —dice contra mis labios—. Qué bueno es, *Cerise*.

Introduce la mano entre ambos para agarrar el preservativo, sale de mi interior y se lo quita. Lo deja caer a ciegas cerca de la mesilla de noche y se derrumba junto a mí sobre el colchón. Se pasa la mano izquierda por la cara y el pecho sudoroso hasta apoyársela en el corazón. No puedo apartar la mirada del anillo de oro que lleva en el dedo. Su estómago se tensa con cada inhalación entrecortada y sufre una sacudida con cada enérgica exhalación.

—Por favor, Mia.

Me queda dentro una última negativa, que dejo salir con voz aguda:

—No puedo.

Cierra los ojos, y mi corazón se hace añicos al imaginar que no vuelvo a verle.

—Si no hubiéramos estado borrachos y medio locos ni hubiéramos acabado casados... ¿habrías venido conmigo a Francia? —pregunta—. Solo por la aventura.



—No lo sé.

Sin embargo, la respuesta es que podría haberlo hecho. No tengo por qué mudarme a Boston todavía; pienso hacerlo pronto, porque he tenido que dejar mi apartamento en el campus, pero no quiero pasarme todo el verano en casa de mis padres. Pasar un verano en París después de graduarse es lo que debería hacer cualquier mujer de mi edad. Con Ansel como amante, o como simple compañero de piso, sería una loca aventura. No tendría tanta importancia como irme a pasar el verano con él una vez casados.

Sonríe con algo de tristeza y me besa.

—Dime algo en francés.

Le he oído decir un centenar de cosas mientras le invade el placer, pero esta es la primera vez que se lo pido, y no sé por qué lo hago. Con esa boca, esa voz y ese acento de chocolate caliente, este chico tiene mucho peligro.

—¿Hablas algo de francés?

—¿Aparte de *cerise*?

Sus ojos se posan en mis labios y sonrío.

—Aparte de eso.

—*Fromage. Château. Croissant.*

Repite *croissant* con una vocecita risueña y, cuando lo dice, suena como una palabra completamente distinta. No sabría escribir la palabra que acaba de pronunciar, pero me entran ganas de tirar de él para que vuelva a ponerse encima.

—Pues en ese caso puedo decirte: *Je n'ai plus désiré une femme comme je te désire depuis longtemps. Ça n'est peut-être même jamais arrivé.* —Se echa hacia atrás y observa mi reacción, como si yo fuese capaz de descifrar una sola palabra de lo que ha dicho—. *Est-ce totalement fou? Je m'en fiche.*

Mi cerebro no puede traducir las palabras por arte de magia, pero mi cuerpo parece saber que ha dicho algo tremendamente íntimo.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Asiente con la cabeza.

—Claro.

—¿Por qué no quieres anularlo?

En su boca se dibuja una media sonrisa y me mira divertido.

—Porque lo escribiste en nuestros votos. Los dos juramos permanecer casados

hasta el otoño.

Pasan varios segundos hasta que supero la conmoción. Desde luego, me porté como una mandona.

—Pero no es un matrimonio de verdad —susurro, y finjo no ver que su sonrisa se difumina un poco—. De todos modos, ¿qué significa ese voto si pensamos romper todos los demás sobre aquello de «hasta que la muerte nos separe»?

Se sienta al borde de la cama, de espaldas a mí. Se inclina hacia delante y se aprieta la frente con las manos.

—No lo sé. Supongo que intento cumplir mis promesas. Todo esto se me hace muy raro; no des por sentado que sé lo que hago solo porque me aferre a ese detalle.

Me siento, me acerco a él y le doy un beso en el hombro.

—Me parece que me casé de mentira con un tío muy majo.

Se ríe, pero se pone de pie y vuelve a apartarse de mí. Intuyo que necesita poner distancia entre nosotros, y esa intuición despierta un dolorcillo entre dos de mis costillas.

Ha llegado el momento. Es ahora cuando debería marcharme.

Se pone la ropa interior y se apoya contra la puerta del armario para mirar cómo me visto. Me subo las bragas, que siguen húmedas, por mi excitación de antes y también por su boca, aunque ahora la humedad está fría. Cambio de idea, las dejo caer al suelo y me pongo el sujetador, el vestido de punto y las chanclas.

Sin decir nada, Ansel me da su móvil y me envió un mensaje a mí misma para que tenga mi número. Cuando se lo devuelvo, durante unos instantes dolorosos nos quedamos mirando cualquier cosa con tal de no mirarnos el uno al otro.

Cojo mi bolso y saco un chicle, pero él se me acerca rápidamente y desliza las manos por mi cuello hasta ponerlas a ambos lados de mi cara.

—No. —Se aproxima y me succiona la boca de nuevo—. Tienes mi sabor. Yo tengo el tuyo. —Se inclina y me lame la lengua, los labios, los dientes—. Me gusta mucho. Deja que dure un ratito más.

Su boca desciende por mi cuello y me mordisquea las clavículas. Baja hasta mis pezones, que sobresalen bajo el vestido. Succiona y lame, metiéndoselos en la boca hasta que la tela queda empapada. Es negra, así que nadie salvo nosotros lo sabrá, pero sentiré la fría presión de su beso incluso después de salir de la habitación.

Quiero volver a la cama.

Pero él contempla mi rostro durante un instante y dice:

—Cuídate, *Cerise*.

Solo entonces se me ocurre que estamos casados y que, si me acostara con otro este verano, estaría engañando a mi marido. Pero la idea de que otra se lleve a este hombre me revuelve el estómago. No me gusta nada pensarlo, y me pregunto si es el mismo fuego lo que veo en su expresión.

—Tú también —le digo.

## 6

Ahora entiendo de verdad qué significa la frase «me tiemblan las piernas», porque me da miedo tener que bajar del coche y mover las rodillas. He estado con tres chicos a parte de Ansel, pero el sexo nunca fue así, ni siquiera con Luke. Un sexo tan abierto y sincero que sé, incluso después de que se acabe, cuando el calor se ha disipado y Ansel ni siquiera está ya a mi lado, que habría dejado que me hiciese cualquier cosa.

Ojalá recordase mejor nuestra noche en Las Vegas. Porque entonces pasamos horas juntos, y no un miserable puñado de minutos como esta noche. Porque, por algún motivo, sé que aquello fue aún más sincero, libre y audaz que nuestro encuentro de hace solo un rato.

El estrépito de la puerta de mi coche al cerrarse resuena en nuestra tranquila calle del extrarradio. La casa está oscura, pero es demasiado temprano para que estén todos acostados. Con las cálidas temperaturas del verano, lo más probable es que mi familia esté en el patio trasero, disfrutando de una cena tardía.

Sin embargo, una vez dentro, solo oigo silencio. Toda la casa está a oscuras: el salón, el cuarto de estar, la cocina... El patio está en silencio; cada uno de los dormitorios, desiertos. Mis pisadas suenan suaves contra las baldosas del baño, pero se acallan mientras avanzo por la gruesa moqueta del pasillo. Por alguna razón, entro en cada una de las habitaciones... y no encuentro a nadie. Desde que empecé mis estudios universitarios hasta que volví a meter mis cosas en mi viejo dormitorio, hace solo unos días, no había vuelto a estar sola en esta casa, y esa

conciencia me golpea como un empujón. Cuando estoy aquí, siempre hay alguien más: mi madre, mi padre, uno de mis hermanos... Esto es muy extraño, aunque me alegro de disfrutar de un poco de tranquilidad. Es un respiro. Y junto a esa sensación de libertad, también me atraviesa una corriente eléctrica.

Podría marcharme sin tener que enfrentarme con mi padre.

Podría marcharme sin tener que dar ninguna explicación.

Acalorada de golpe, tengo la impulsiva certeza de que es eso lo que quiero. Echo a correr hasta mi habitación, busco mi pasaporte, me quito el vestido a toda prisa y me pongo ropa limpia. Luego saco la maleta más grande del armario del pasillo y meto en ella todo lo que encuentro en mi cómoda. A continuación, barro con un gesto del brazo la encimera de mi cuarto de baño y echo casi todos mis artículos de aseo dentro de mi neceser. La pesada maleta baja con estrépito las escaleras detrás de mí y cae al recibidor mientras empiezo a garabatear una nota para mi familia. Las mentiras brotan sin esfuerzo. Intento no decir demasiado para no parecer excesivamente desquiciada.

Me ha salido una oportunidad de pasar unas semanas en Francia. ¡Hasta me regalan el billete! Me alojaré en casa de una amiga del padre de Harlow que tiene una pequeña empresa. Ya os lo explicaré, pero que sepáis que estoy bien. Os llamaré.

Besos,

MIA

Nunca miento a mi familia; en realidad, nunca miento y punto. Sin embargo, en este momento no me importa hacerlo. Ahora que ese pensamiento ha entrado en mi cabeza, la idea de no ir a Francia me causa pánico, porque no ir a Francia significa pasarme aquí varias semanas. Significa vivir bajo la oscura nube del afán controlador de mi padre. Y luego, significa mudarme a Boston e iniciar una vida que no estoy segura de querer.

Significa la posibilidad de no volver a ver a Ansel nunca más.

Miro el reloj: solo faltan tres cuartos de hora para que despegue el avión.

Cargo con la maleta hasta el coche, la arrojo dentro del maletero y corro hasta el asiento del conductor, donde me detengo un instante para enviarle a Harlow este mensaje: SI MI PADRE TE PREGUNTA ALGO SOBRE FRANCIA, DILE QUE SÍ.

A solo tres manzanas de mi casa, oigo sonar el móvil desde el asiento del copiloto, sin duda con la respuesta de Harlow, que no suele separarse de su teléfono. Sin embargo, ahora no puedo mirar. De todos modos, sé lo que veré, y no sé cuándo se serenará lo suficiente mi cerebro para responder su ¿¿QUÉ??

Su ¿¿QUÉ COÑO ESTÁS HACIENDO??

Su ¡¡JODER, MIA HOLLAND, LLÁMAME AHORA MISMO!!

Así que, en lugar de contestar, aparco. Como me siento optimista, entro en el aparcamiento para estancias prolongadas. Cargo con la maleta hasta la terminal y me presento ante el mostrador de facturación, donde le ruego en silencio a la empleada que se apresure.

—Viene muy justa —me dice con gesto de desaprobación—. Puerta cuarenta y cuatro.

Asiento con la cabeza, dando nerviosas palmaditas contra el mostrador, y echo a correr en cuanto me entrega mi billete, pulcramente doblado dentro de un sobre de papel. Es martes por la noche y no hay colas en los controles de seguridad, pero después de pasarlos me espera el largo corredor hasta la puerta de embarque. Corro tanto que no me preocupa la reacción de Ansel, pero la adrenalina no basta para sofocar las protestas de mi debilitado fémur.

Cuando llego, nuestro vuelo está embarcando. Por un momento, me entra el pánico al no poder distinguirlo entre la masa de cabezas que aguardan alineadas a entrar en la pasarela. Quizá esté ya en el avión. Le busco frenética, avergonzada, y ahora que estoy aquí me invade una horrible sensación de ansiedad: tendré que decirle que he cambiado de opinión y quiero ir a Francia y

vivir con él

confiar en él

estar con él

requiere un tipo de valentía que no estoy muy segura de poseer fuera de una habitación de hotel, donde todo es un juego temporal, o en un bar, donde el alcohol me permite hallar el papel perfecto para interpretar toda la noche. Es posible que me ponga a calcular el peligro de pasar relativamente borracha las próximas semanas.

Una mano cálida se cierra en torno a mi hombro. Me vuelvo y me encuentro mirando fijamente los ojos verdes de Ansel, confusos y muy abiertos. Abre y cierra la boca varias veces. Luego sacude la cabeza como para despejarse.

—¿Te han dejado pasar para que te despidieras? —pregunta, vacilante.

Pero entonces me mira con más atención: me he puesto unos vaqueros blancos, una camiseta de tirantes azul y una sudadera verde con capucha. Llevo una bolsa de viaje colgada del hombro, estoy sin aliento y tengo en la cara lo que solo puedo imaginar como una expresión de pánico en estado puro.

—He cambiado de opinión.

Me coloco mejor la bandolera de la bolsa y observo su reacción: su sonrisa llega demasiado despacio para que me sienta tranquila de inmediato.

Pero al menos sonrío, y parece sincero. Entonces me confunde aún más al decir:

—Supongo que ya no podré estirarme y dormir en tu asiento.

No sé qué responder a eso, así que me limito a esbozar una sonrisa incómoda y a mirarme los pies. La azafata llama a embarcar a otra sección del avión y el micrófono suelta un fuerte graznido. Los dos damos un bote.

Y entonces parece que el mundo entero se queda completamente en silencio.

—Mierda —susurro, volviéndome hacia atrás. El ruidoso aeropuerto está demasiado iluminado, demasiado lejos de Las Vegas o incluso de la intimidad confinada de la habitación de hotel de Ansel en San Diego. ¿Qué porras estoy haciendo?—. No tengo por qué venir. No he...

Me hace callar, da un paso más hacia mí y se inclina para darme un beso en la mejilla.

—Lo siento —dice mientras pasa de una mejilla a otra—. De repente, estoy muy nervioso. Lo que he dicho no ha tenido ninguna gracia. Me alegro mucho de que estés aquí.

Apoya su mano en la parte inferior de mi espalda y exhalo el aire con fuerza, pero es como si alguien hubiese pinchado la cálida burbuja en que nos encontrábamos y hubiéramos bajado de un escenario para salir a la luz cegadora de la realidad. Esa luz me aprieta, me sofoca. Siento los pies como si fueran de cemento mientras le entrego mi billete a la azafata, forzando una sonrisa nerviosa antes de entrar en la pasarela.

Lo que conocemos son bares poco iluminados, alegres bromas, las sábanas limpias y crujientes de habitaciones de hotel. Lo que conocemos es la posibilidad inalcanzable, la tentación de la idea. La ficción. La aventura.

Pero cuando eliges la aventura, se convierte en la vida real.

Un extraño zumbido resuena en la pasarela. Sin duda, ese sonido persistirá en mi cabeza durante horas. Ansel camina detrás de mí, y me pregunto si llevo los vaqueros demasiado ceñidos o el pelo muy despeinado. Noto que me mira. Tal vez me esté inspeccionando ahora que voy a invadir su vida real. Tal vez esté recapacitando. Lo cierto es que no tiene nada de romántico subir a un avión y viajar durante quince horas con alguien a quien apenas conoces. Lo emocionante es la idea. Los aeropuertos ultrailuminados y los aviones repletos de gente no son bonitos ni ayudan a escapar de la realidad.

Guardamos nuestro equipaje de mano, ocupamos nuestros asientos. Yo estoy en el centro, él está en el pasillo, y hay un hombre mayor en el asiento de la ventana, leyendo un periódico. Sus codos invaden mi espacio, pero no se da cuenta o le da lo mismo.

Ansel se abrocha el cinturón de seguridad y se lo ajusta. Alarga el brazo hasta el conducto de ventilación que está sobre nuestras cabezas. Lo orienta hacia sí, luego hacia mí y luego, de nuevo, hacia sí. Lo cierra. Enciende la luz y sus manos vuelven a caer sobre sus rodillas, inquietas. Finalmente, cierra los ojos y cuento mientras respira hondo diez veces.

Ay, mierda. Es uno de esos tipos que se ponen nerviosos en los aviones.

En este instante soy la peor compañía posible, porque me cuesta expresarme incluso en momentos como este, cuando alguien necesita un sereno consuelo. Me siento frenética, y mi reacción en estos casos consiste en quedarme completamente inmóvil. Soy como un ratoncito en el campo y siento que cada situación desconocida que surge en mi vida es un águila que me sobrevuela. De pronto, resulta cómico que haya decidido hacer esto.

Nos dan avisos, nos preparan para diversos desastres, y el avión despegua y asciende pesadamente a través del cielo nocturno. Cojo la mano de Ansel; es lo menos que puedo hacer. Él la agarra con fuerza.

Dios, quiero que se sienta mejor.

Al cabo de unos cinco minutos, su mano se afloja, pesada y soñolienta, y resbala de la mía. Si le hubiera avisado con más tiempo, o si le hubiera dejado hablar más la noche que nos conocimos, quizá habría podido decirme cuánto detesta viajar en avión. Quizá habría podido decirme que suele tomar algo que le ayude a dormir.

Las luces de la cabina se amortiguan y los dos hombres que están a mi lado



duermen como troncos, pero mi cuerpo parece incapaz de relajarse. Estoy muy tensa, y no es normal. La sensación se parece un poco a la que produce la fiebre: estoy tan agitada que no logro encontrar una posición cómoda.

Saco el libro que metí a ciegas en mi bolsa de viaje; por desgracia, son las memorias de una famosa ejecutiva, un regalo de graduación de mi padre. La cubierta, una foto de ella de pie, con traje chaqueta, contra un sobrio fondo azul, no sirve para calmar mi acidez de estómago. Me pongo a leer cada palabra del folleto de seguridad del avión y el catálogo de productos del bolsillo del asiento delantero. Después, saco del bolsillo del asiento delantero de Ansel la revista de la compañía aérea y me pongo a hojearla.

Sigo encontrándome fatal.

Levanto las piernas y aprieto la frente contra las rodillas. Abro mi respiradero al máximo. Pruebo a respirar hondo, pero todo parece inútil. Nunca hasta hoy he tenido un ataque de pánico, así que no sé qué se siente, pero no creo que sea esto.

Espero que no sea esto.

Solo cuando la azafata me entrega la carta y observo que las dos opciones, salmón o tortellini, me revuelven el estómago, me doy cuenta de que lo que siento no son solo nervios. Tampoco son las secuelas de la resaca; es otra cosa. Tengo la piel caliente e hipersensible. La cabeza me da vueltas.

Llega el carrito con la comida. El olor a salmón, patatas y espinacas resulta tan intenso que comienzo a boquear y me estiro en el asiento para acercarme un poco más a la delgada corriente de aire fresco. No es suficiente. Me entran ganas de huir al baño, pero sé que no llegaré. Antes de poder despertar a Ansel, busco frenética la bolsa para el mareo en el bolsillo del asiento delantero. Nada más abrirla, me inclino hacia delante y devuelvo violentamente en su interior.

No se puede estar peor, seguro. Mi cuerpo ha tomado el mando y, por más que mi cerebro le pida que no haga ruido, que vomite como si fuera el cuerpo de una dama, no hace caso. Lanzo un gruñido mientras me asalta otra oleada. Ansel se despierta sobresaltado y me apoya una mano en la espalda.

—¡Oh, no! —exclama.

Mi humillación aflora a la superficie por completo.

No puedo permitir que me vea así.

Me levanto de golpe, tropiezo con él antes de que tenga tiempo de levantarse y

prácticamente caigo al pasillo. Recibo miradas de los demás pasajeros, miradas de sorpresa, lástima y asco. Deberían alegrarse, porque he logrado agarrar mi bolsa de vómito cuando me he lanzado al pasillo. Aunque tengo que concentrarme con todas mis fuerzas en caminar mientras avanzo a trompicones por el pasillo, en dirección al baño, en mi cabeza les estoy fulminando con la mirada. ¿Alguna vez han vomitado en un avión con quinientas personas a bordo, incluyendo a un marido nuevo y casi desconocido? ¿No? Pues que cierren esa boca.

Tengo algo de suerte, porque el lavabo está vacío y a pocas filas de distancia. Abro la puerta de un empujón y prácticamente me dejo caer dentro. Tiro la bolsa en el minúsculo cubo de basura, me desplomo en el suelo y me inclino sobre el váter. Un aire frío sopla contra mi cara, y el líquido azul oscuro de la taza basta para que vuelvan a entrarme arcadas. Tiemblo de fiebre y lanzo un gemido involuntario cada vez que espiro. No sé qué virus debo de tener, pero me ha atropellado como si fuera un tren que corre disparado por las vías, cada vez más deprisa.

Hay momentos en la vida en que me pregunto si las cosas pueden ir peor. Estoy en un avión con mi nuevo marido, cuyo entusiasmo por toda esta situación parece estar flaqueando, y en este instante de profunda autocompasión compruebo, absolutamente horrorizada, que además me acaba de venir la regla.

Bajo la mirada hasta mis vaqueros blancos y ahogo un sollozo mientras cojo un poco de papel higiénico, lo doblo y me lo meto en las bragas. Me levanto y, con manos débiles y temblorosas, me quito la sudadera y me la ato a la cintura. Me echo agua en la cara, me cepillo los dientes con el dedo y casi me entran náuseas otra vez.

Esto es una pesadilla.

Llaman a la puerta con suavidad y oigo la voz de Ansel:

—¿Mia? ¿Estás bien?

Me apoyo contra la encimera diminuta cuando atravesamos unas leves turbulencias. El efecto se multiplica dentro de mi cuerpo. Tengo la sensación de que mi estómago se precipita al vacío y casi me desmayo. Al cabo de un instante, abro un poquito la puerta y miro por la rendija.

—Estoy bien.

Por supuesto, no estoy nada bien. Estoy aterrorizada y, si creyera que puedo

escapar del avión metiéndome en este váter, es posible que fuese capaz de intentarlo.

Ansel parece preocupado... y drogado. Le pesan los párpados, que suben y bajan despacio. No sé qué se habrá tomado para dormir, pero ha dormido solo una hora. Oscila un poco, como si fuese a caerse al suelo.

—¿Quieres que te traiga algo? —pregunta, amodorrado y con mucho acento. Me cuesta entender lo que dice.

—No, a no ser que lleves una farmacia en tu bolsa de viaje.

Frunce el ceño.

—Llevo ibuprofeno, creo.

—No —digo, y cierro los ojos un instante—. Necesito... cosas de chicas.

Ansel vuelve a parpadear despacio. Se siente confuso y frunce el ceño todavía más. Pero entonces parece entenderlo y abre mucho los ojos.

—¿Por eso estás vomitando?

Casi me echo a reír al ver su expresión. La idea de que yo sufra una regla y vómitos cada mes parece horrorizarle en mi nombre.

—No —le digo, sintiendo que mis brazos empiezan a temblar por el esfuerzo que me cuesta ponerme de pie—. No es más que una fabulosa coincidencia.

—¿No... llevas nada... en el bolso?

Suelto el suspiro más hondo de la historia.

—No —le digo—. Estaba un poco... distraída.

Asiente con la cabeza y se frota la cara. Cuando aparta la mano, parece más despierto y decidido.

—Quédate aquí.

Cierra la puerta con un chasquido cargado de determinación y oigo que llama a una azafata. Me hundo sobre el asiento del váter, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, mientras le escucho a través de la puerta.

—Siento molestarla, pero mi mujer —dice, y hace una pausa. Al oír la última palabra, mi corazón empieza a martillearme con fuerza el pecho—. La que se ha mareado, ¿sabe? Le ha venido el... ¿periodo? Y me pregunto si disponen de algún, bueno, si tienen... algo. Verá, todo esto ha pasado bastante rápido y ha hecho la maleta a toda prisa, y antes estuvimos en Las Vegas. No tengo la menor idea de por qué ha venido conmigo pero, de verdad, no quiero jorobarla. Y ahora necesita algo. ¿Puede... mmm... prestarle *quelque chose*?

Me tapo la boca mientras continúa divagando. En este momento daría cualquier cosa con tal de ver la expresión de la azafata, al otro lado de la puerta.

—Quería decir «darle» —prosigue—. Prestar no, porque no creo que funcionen así.

Una voz femenina pregunta:

—¿Sabe si necesita tampones o compresas?

¡Ay Dios! ¡Ay Dios! Esto no puede estar pasando.

—Mmm... —Ansel suspira y contesta—: No tengo ni idea, pero le daré cien dólares con tal de poner fin a esta conversación y conseguir las dos cosas.

Acabo de tocar fondo oficialmente. De ahora en adelante, la situación solo puede ir a mejor.

Y aun así... No existen palabras para describir la humillación que siento mientras me empujan en una silla de ruedas para pasar por la aduana y llegar hasta la cinta de recogida de equipajes. Estoy sentada en mitad del aeropuerto Charles de Gaulle, con una bolsa para el mareo junto a la cara por si pierdo los dos sorbos de agua que he logrado tragar en la última hora. El mundo parece demasiado luminoso y ajetreado; unos graznidos en francés salen a toda velocidad, en bruscas ráfagas, de los altavoces que me rodean. Al cabo de una eternidad, Ansel vuelve con nuestro equipaje y lo primero que pregunta es si he vuelto a vomitar.

Le digo que debería meterme en un avión que fuese a despegar hacia California.

Tengo la impresión de que se ríe y dice que no.

Me deposita en el asiento trasero de un taxi, sube detrás de mí y le suelta al taxista un torrente de palabras francesas. Habla tan deprisa que estoy segura de que nadie le va a entender, pero el taxista parece hacerlo. Nos apartamos bruscamente del bordillo e iniciamos el trayecto a una velocidad absurda. Salimos del aeropuerto entre sacudidas y sobresaltos, acelerones y volantazos.

Una vez que llegamos al centro de la ciudad y los altos edificios se alzan sobre unas calles estrechas y curvadas, la experiencia se vuelve angustiosa. El taxista no parece saber dónde está el pedal del freno, pero, desde luego, conoce muy bien la ubicación del claxon. Me acurruco contra Ansel, tratando de impedir que

lo poco que queda en mi estómago me ascienda por la garganta. Estoy segura de que hay un millón de cosas que me gustaría ver por la ventanilla, como la arquitectura de la ciudad y el verdor vibrante que intuyo en la luz que entra en el taxi, pero tiemblo y sudo, apenas consciente.

—¿Está conduciendo un taxi o jugando a un videojuego? —mascullo, casi sin saber lo que digo.

Ansel se ríe suavemente contra mi pelo y susurra:

—*Ma beauté.*

En un abrir y cerrar de ojos, el mundo deja de agitarse y sacudirse. Unos brazos fuertes me cogen por detrás de las rodillas, por la espalda y por debajo del brazo y me levantan.

Sin aparente esfuerzo, Ansel me introduce en un edificio y me lleva directamente a un minúsculo ascensor. Luego aguarda mientras el taxista saca nuestras maletas y las mete en la cabina con nosotros. Noto el aliento de Ansel en la sien y oigo los engranajes del ascensor que nos lleva hacia arriba.

Me vuelvo hacia él y entierro la nariz en la piel suave y tibia de su cuello, disfrutando de su olor. Huele a hombre, a ginger ale y a los leves restos del gel de baño con que se ha duchado hace muchas horas en su habitación del hotel para limpiarse de mí.

Y entonces lo recuerdo: mi olor actual debe de ser repugnante.

—Lo siento —susurro, volviendo la cabeza e intentando apartarme.

Sin embargo, él me estrecha contra sí y dice contra mi pelo:

—¡Chis!

Sin soltarme, lucha por encontrar las llaves en su bolsillo y, una vez que estamos dentro, me deja de pie en el suelo. Solo entonces mi cuerpo parece darse permiso para reaccionar al viaje en taxi: me vuelvo, caigo de rodillas y vomito toda el agua que tengo en el estómago dentro del paragüero situado junto a la puerta.

En serio, he alcanzado el límite máximo de la humillación.

Detrás de mí, oigo que Ansel se apoya pesadamente contra la puerta. Acto seguido, se desliza hacia abajo y apoya la frente en mi espalda, justo entre los omóplatos. Noto que tiembla. Se está riendo sin hacer ruido.

—¡Madre mía! —exclamo con un gemido—. Este es el peor momento de la historia.

Porque lo es, y resulta que mi humillación aún puede crecer mucho más.

—Pobre chica —dice, y me da un beso en la espalda—. Debes de sentirte fatal.

Asiento con la cabeza. Me sujeta por la zona de las costillas y me levanta. Intento sin éxito alzar el paragüero.

—Déjalo —dice, riéndose todavía—. Vamos, Mia, Déjalo. Yo me encargo.

Cuando me tiende en un colchón, soy vagamente consciente de la luz, del olor de él por todas partes. Estoy demasiado mareada para sentir curiosidad por su apartamento, pero decido que, tan pronto como se me pasen las ganas de morir, miraré a mi alrededor y le diré que es muy bonito. Añado ese proyecto a mi lista de tareas, que incluye darle las gracias efusivamente, disculparme, subir a un avión y volver mortificada a California.

Se va tras darme una palmadita en la espalda. Me duermo enseguida y tengo unos sueños complicados y febriles en los que conduzco por estrechos túneles oscuros.

El colchón se hunde a mi lado cuando se sienta. Despierto sobresaltada. De algún modo, intuyo que apenas ha pasado un minuto desde que se ha marchado.

—Lo siento —digo con un gemido, llevándome las rodillas al pecho.

—No pasa nada. —Deja algo en una mesita, junto a la almohada—. Te he puesto un vaso de agua aquí. Acércate con precaución.

Sigo oyendo la sonrisa en su voz, pero es agradable, sin rastro de burla.

—Seguro que no te imaginabas así nuestra primera noche aquí.

Me pasa la mano por el pelo.

—Ni tú tampoco.

—Debo de ser lo menos sexy que has visto en tu vida —farfullo, frotándome contra el olor cálido y limpio de Ansel que impregna la almohada.

—¿Lo menos sexy? —repite con una carcajada—. No olvides que crucé Estados Unidos en bicicleta con unas personas sucias y sudorosas.

—Sí, pero no querías acostarte con ninguna de ellas.

Sus manos, que me están frotando la espalda con suavidad, se inmovilizan. Caigo en la cuenta de lo que acabo de decir. La mera suposición de que vuelva a tocarme con deseo alguna vez después de lo que ha ocurrido en las últimas quince horas es para partirse de risa.

—Duerme, Mia.

Despierto por la mañana a una hora luminosa y desconocida. En el exterior, se oyen pájaros, voces y camiones. Me asalta el olor a pan y café. Se me hace un nudo en el estómago, que se apresura a protestar diciendo que aún no estoy preparada para comer. En cuanto recuerdo el día anterior, cubre mi piel una oleada de calor, no sé si de vergüenza o de fiebre. Me despojo de las sábanas de una patada y veo que solo llevo una de las camisetas de Ansel y las bragas.

Y entonces oigo a Ansel en la habitación contigua, hablando en inglés:

—Está durmiendo —dice—. Ha estado muy mala.

Me incorporo en respuesta a esas palabras. Nunca en mi vida he tenido tanta sed. Cojo el vaso de agua que descansa en la mesilla de noche, me lo llevo a los labios y lo vacío en cuatro tragos largos y agradecidos.

—Por supuesto —dice, más cerca. Está al otro lado de la puerta—. Un momento.

Oigo sus pisadas suaves dentro de la habitación. Cuando ve que estoy despierta, su rostro pasa por varias fases sucesivas: alivio, incertidumbre y, por último, pesar.

—Veo que ya está despierta —le dice a su interlocutor—. Se la paso.

Me pasa mi móvil, y la pantalla me indica que es mi padre quien llama. Ansel cubre brevemente el auricular y susurra:

—Ha llamado por lo menos diez veces. Lo he cargado, así que, por suerte... o no —dice con una sonrisa de disculpa—, te queda mucha batería.

Me duele el pecho y se me retuerce el estómago de culpabilidad. Me llevo el teléfono a la oreja y solo puedo decir:

—Hola, papá. He...

Me interrumpe al instante:

—¿Qué demonios te pasa? —vocifera, pero no espera ninguna respuesta. Me aparto el móvil a varios centímetros de la oreja para aliviar el dolor que me causan sus gritos—. ¿Estás drogada? ¿A eso se refiere ese tal Ansel cuando dice que estás mala? ¿Es tu camello?

—¿Qué? —parpadeo, y mi corazón late tan deprisa que me aterra la posibilidad de ir a sufrir alguna clase de infarto—. ¡No, papá!

—¿Quién va a irse a Francia sin avisar si no está drogado, Mia? ¿Estás haciendo algo ilegal?

—No, papá, he...

—Eres increíble, Mia Rose. ¡Inconcebible! ¡Tu madre y yo llevamos dos días muertos de preocupación! ¡No hemos parado de llamar!

La rabia que hay en su voz llega hasta mí tan clara como si estuviera en la habitación de al lado. Me resulta fácil imaginar su cara enrojecida, sus labios húmedos de saliva, la mano temblorosa que agarra el teléfono.

—Nunca lo vas a entender. ¡Nunca! Solo espero que tus hermanos se comporten mejor cuando tengan tu edad.

Cierro la boca, cierro los ojos, cierro la mente. Tengo la vaga sensación de que Ansel se sienta junto a mí en la cama y se pone a dibujar con la mano círculos tranquilizadores en mi espalda. Mi padre habla con voz atronadora, siempre autoritaria. Aunque me apretara el móvil contra la oreja, sé que Ansel podría oír cada una de sus palabras. Vete a saber qué le debe de haber dicho antes de que yo me pusiera al teléfono.

Al fondo, oigo la voz suplicante de mi madre que murmura:

—¡David, cariño, no!

Sé que intenta quitarle el teléfono con prudencia. De pronto, la voz de mamá desaparece y oigo unas voces ahogadas. Mi padre debe de estar tapando el auricular con la mano.

«No, mamá —pienso—. No lo hagas por mí. No vale la pena que me defiendas ahora para que luego él se pase días sin hablarte y más días insultándote de forma sarcástica y solapada.»

Papá vuelve a ponerse al teléfono, y su voz suena acalorada y afilada como un cuchillo:

—Te has metido en un buen lío, Mia, ¿me oyes? ¡En un buen lío! Si crees que después de esto te ayudaré a mudarte a Boston, lo tienes claro.

Dejo caer el móvil sobre el colchón. Mi padre sigue desgañitándose a través del teléfono, pero el vaso de agua que he bebido no quiere quedarse en mi estómago. El dormitorio de Ansel cuenta con baño propio. Cruzo la habitación dando trompicones y me arrodillo delante del váter. Ahora no solo tengo que soportar la humillación de que Ansel oiga cómo mi padre me echa la bronca por teléfono, sino que además me ve vomitar. Otra vez.

Intento levantarme; quiero lavarme la cara. Busco la cadena y no la encuentro. Caigo hacia un lado, agotada, y aterrizo sobre el frío suelo de baldosas.

—Mia —dice Ansel, que apoya una rodilla en el suelo y se pone a frotarme el



brazo.

—Me quedaré a dormir aquí hasta que me muera. Seguro que Harlow enviará a uno de sus criados a recoger mi cadáver.

Se echa a reír, me incorpora y me quita su camiseta pasándomela por encima de la cabeza.

—Vamos, *Cerise* —murmura, y me da un beso detrás de la oreja—. Estás ardiendo. Te meteré en la ducha y luego iremos al médico. Estoy muy intranquilo. Me estás preocupando.

El médico es más joven de lo que yo esperaba: una mujer de treinta y tantos, de aspecto competente, que me mira a los ojos y sonrío a menudo. Mientras una enfermera me toma las constantes vitales, la doctora habla con Ansel, y supongo que él le explica lo que me pasa. Solo capto mi nombre entre sus palabras. Por lo demás, he de confiar en que se lo transmita todo correctamente. Imagino que debe de estarle diciendo algo parecido a: «¡El sexo fue fantástico, nos casamos y ahora está aquí! ¡Ayúdeme! No para de vomitar. Es superdesagradable. Se llama MIA HOLLAND. ¿Existe algún servicio para devolver a Estados Unidos a las norteamericanas descerebradas? *Merci!*».

La doctora se vuelve hacia mí y me hace varias preguntas básicas en un inglés vacilante:

—¿Qué síntoma tienes?

—Fiebre —le digo—. Y lo vomito todo.

—¿Cuál es tu temperatura, mmm... más alta antes de venir aquí?

Me encojo de hombros y miro a Ansel, que dice:

—*Environ, ah, trente neuf? Trente neuf et demi?*

Me echo a reír, no porque sepa qué acaba de decir, sino porque sigo sin tener ni idea de cuál es mi temperatura.

—¿Es posible que estés embarazada?

—Mmm —digo, y Ansel y yo nos reímos—. No.

—¿Te importa que te hagamos una exploración y te tomemos una muestra de sangre?

—¿Para ver si estoy embarazada?

—No —aclara con una sonrisa—. Para unos análisis.

Cuando dice eso, me paro en seco y se me acelera el pulso.

—¿Cree que lo que tengo necesita un análisis de sangre?

Niega con la cabeza, sonriente.

—Lo siento, no, me parece que solo tienes un virus estomacal. La sangre no... ah... —Busca la palabra durante varios segundos y acaba mirando a Ansel para pedirle ayuda—. *Ça n'a aucun rapport?*

—No tiene nada que ver —traduce él—. He pensado que... —empieza a decir. Sonríe a la doctora. Me quedo boquiabierta al conocer esta versión tímida de Ansel—. He pensado que, ya que estamos, podemos hacer las pruebas habituales para, ah... sexualmente...

—¡Oh! —murmuro al entenderlo—. Sí.

—¿Te parece bien? —me pregunta Ansel—. Me hará las pruebas a mí al mismo tiempo.

No sé qué me sorprende más, que se ponga tan nervioso mientras espera mi respuesta o que le haya pedido a la doctora que nos haga las pruebas de ETS por si algún día dejo de vomitar y volvemos a acostarnos juntos. Asiento con la cabeza, aturdida, y alargo el brazo cuando la enfermera saca una tira de goma para atármela debajo del bíceps. Si fuese otro día y no acabara de vomitar la mitad de mi peso corporal, estoy segura de que podría decir algo inteligente. Sin embargo, ahora mismo creo que sería capaz de prometerle a la doctora que le entregaré a mi primogénito si pudiera arreglarme el estómago durante solo diez benditos minutos.

—¿Estás utilizando algún método anticonceptivo o quieres que nos ocupemos? —me pregunta la doctora, alzando la vista de la ficha.

—Quiero la píldora.

Ansel, sentado junto a mí, me mira. Me pregunto qué aspecto debe de tener una piel tan verde como la mía cuando se pone colorada.

## 7

Despierto con la sensación de unos labios apoyados con cuidado sobre mi frente y me obligo a abrir los ojos.

El cielo que veo directamente sobre mí no es una ilusión que lleve imaginando toda la semana. El dormitorio de Ansel se encuentra en el ático del edificio de apartamentos, y una claraboya situada encima del colchón deja entrar el sol de las primeras horas de la mañana. Su luz, brillante aunque todavía tibia, ilumina en ondas los pies de la cama.

La pared de enfrente desciende inclinada desde un techo abuhardillado de unos cuatro metros y medio. A lo largo de la pared baja del dormitorio, hay dos cristaleras que Ansel ha dejado abiertas a un pequeño balcón exterior. Una brisa cálida entra en la habitación, trayendo consigo los sonidos de la calle.

Vuelvo la cabeza, y mi cuello rígido protesta.

—Hola.

Mi voz suena como papel de lija frotado contra metal.

Al ver su sonrisa, el corazón me da un vuelco.

—Me alegro de que por fin haya desaparecido la fiebre.

Lanzo un gemido y me tapo los ojos con una mano temblorosa cuando regresa a mí el recuerdo de los últimos días. Yo vomitando por todas partes, incluso sobre mí misma. Ansel llevándome en brazos a la ducha para limpiarme y, más tarde, para refrescarme.

—¡Madre mía! —murmuro—. Y ahora viene la vergüenza.

Se ríe en voz baja y me da otro beso; esta vez, en la sien.

—Estaba preocupado. Has estado muy mala.

—¿Queda alguna superficie del piso que no haya alcanzado mi vómito?

Los ojos de Ansel brillan, divertidos. Alza la barbilla e indica un rincón.

—Allí. Aquel lado del dormitorio se ha salvado.

Vuelvo a taparme el rostro y me disculpo a través de mi mano.

—*Cerise* —dice, alargando el brazo para tocarme la cara. Retrocedo por instinto, sintiéndome repugnante. Al instante, deseo eliminar el destello de pesar que surge en sus ojos, pero desaparece antes de que tenga la certeza de que lo he visto—. Hoy tengo que trabajar. Antes de irme, quiero explicártelo.

—Vale.

Sus palabras suenan siniestras. Bajo la mirada y veo que lleva puesta una camisa de vestir. Tras hacer un rápido cálculo mental, comprendo que siente la necesidad de darme explicaciones porque es sábado.

—Cuando me acerqué al despacho el jueves para recoger unos archivos y traérmelos a casa, mi jefa vio mi anillo de boda. Se quedó... disgustada.

Se me cae el alma a los pies. En este momento, la realidad de lo que estamos haciendo me golpea como una ola enorme. Sí, me invitó a venir, pero he entrado en su vida como un elefante en una cacharrería. Una vez más, recuerdo que sé muy poco de él.

—¿Estáis... juntos?

Ansel se queda paralizado. Parece horrorizado.

—¡Qué va! ¡Pues claro que no! —Sus ojos verdes me observan entornados—. ¿Crees que me habría acostado contigo, que me habría casado contigo y que te habría invitado a venir si tuviese novia?

En respuesta, suelto una carcajada que suena más bien como una tos.

—Supongo que no, perdona.

—Hace varios meses que me tiene esclavizado —me explica—. Y ahora que me he casado, está convencida de que voy a perder concentración.

Hago una mueca. Lo que hemos hecho resulta tan impulsivo, tan estúpido... No solo está casado ahora, sino que pronto estará divorciado. ¿Por qué no se ha molestado en ocultar en el trabajo nuestro percance de Las Vegas? ¿Actúa alguna vez con precaución?

—No hace falta que cambies tus planes laborales mientras esté aquí.

Ya está sacudiendo la cabeza.

—Solo tengo que trabajar este fin de semana. Todo irá bien. Mi jefa superará su pánico. Creo que se ha acostumbrado a tenerme en el bufete siempre que le da la gana.

Estoy segura de ello. Noto que frunzo el ceño mientras le observo. No estoy tan enferma como para que no se deslice por mis venas una fina y ardiente lámina de celos. Con la luz del sol que entra a raudales por el techo e ilumina los pronunciados ángulos de su mandíbula y sus pómulos, me llama la atención, una vez más, el rostro tan bonito que tiene.

Continúa diciendo:

—Ya casi he terminado con un caso muy complicado y luego tendré más flexibilidad. Siento no poder estar por ti en tu primer fin de semana.

Madre mía, qué raro es todo esto.

Descarto sus palabras con un gesto y solo soy capaz de decir:

—No te preocupes.

Prácticamente ha estado sirviéndome desde que llegué, y la vergüenza y el sentimiento de culpa se combinan dentro de mi estómago formando una mezcla agria. Me ha visto lo suficiente en mis peores circunstancias para que se le quiten por completo las ganas de seguir jugando a este juego. No me extrañaría nada que, cuando me haya recuperado del todo, me sugiriera unos cuantos hoteles para pasar el resto de mi estancia.

Qué horrible comienzo para nuestro... lo que sea.

Como las oportunidades podrían acabar siendo limitadas, cuando cruza la habitación aprovecho para mirarle con codicia. Es alto y delgado, aunque está bien tonificado. Los trajes se inventaron justo para su tipo de cuerpo. Lleva el pelo castaño claro pulcramente peinado hacia atrás; su piel bronceada desaparece bajo el cuello de la camisa. Ya no parece el hombre desenfadado y bromista que conocí en Las Vegas, sino un joven abogado un tanto macarra. Está más bueno todavía. ¿Cómo es posible?

Me incorporo sobre un codo. Quisiera tener presente la sensación que me produjo pasarle la lengua por la barbilla y la nuez. Quiero recordarle trastornado y desesperado, desaliñado y sudoroso, para poder disfrutar sabiendo que la mujer a la que va a ver hoy solo le conocerá en su versión vestida y compuesta.

Los pantalones son azul marino; la camisa, blanquísima. Está delante de un

espejo estrecho, anudándose una preciosa corbata de seda azul y verde.

—Come algo hoy, ¿vale? —dice, pasándose la mano por la pechera.

Alarga el brazo hacia una americana azul que cuelga de un pequeño soporte, en un rincón.

Por una vez, quiero ser la mujer que se arrodilla, le atrae hasta la cama con la excusa de ajustarle la corbata y la utiliza para tirar de él y meterle de nuevo entre las sábanas.

Por desgracia para mi plan de seducción, aunque ya estaba flaca, ahora estoy esquelética. Al salir de la cama, noto las piernas débiles y temblorosas. No estoy sexy, ni siquiera un poco. Antes de ducharme, antes incluso de acercarme a un espejo y, desde luego, de intentar seducir a este marido/extraño/hombre con el que me gustaría estar desnuda otra vez, necesito comer algo. Huele a pan, a fruta y al dulce néctar de los dioses: llevo varios días sin probar el café.

Ansel vuelve a acercarse. Sus ojos recorren el circuito de mi cara y descienden por todo mi cuerpo, oculto hasta medio muslo bajo una de sus camisetas. Al parecer, se me olvidó meter un pijama en la maleta. Debo de tener un aspecto horrible, y él confirma mis sospechas cuando dice:

—Hay comida en la cocina.

Asiento con la cabeza y me agarro a las solapas de su chaqueta. Necesito entretenerle un poco más. Aparte de Ansel, no conozco a nadie aquí. Apenas he podido asimilar mi decisión de subir a aquel avión hace casi cuatro días. Me asalta una mezcla confusa de entusiasmo y pánico.

—Esta es la situación más rara de mi vida.

Su risa es profunda. Ansel se inclina, y esa carcajada resuena junto a mi oreja mientras me besa el cuello.

—Lo sé. Es fácil de hacer, pero más difícil de llevar hasta el final. No pasa nada, ¿vale, Mia?

Su mensaje ha sido muy críptico.

Cuando le dejo marchar, se vuelve para meter su ordenador en una funda de cuero con bandolera. Le sigo hasta el recibidor y me quedo paralizada cuando veo que coge un casco de moto de una mesita que está situada junto a la puerta.

—¿Tienes moto? —pregunto.

Sonríe de oreja a oreja y asiente despacio. He visto cómo circulan los coches por esta ciudad. No confío mucho en que vuelva de una pieza.

—No pongas esa cara —dice en voz baja, poniendo morritos. Acto seguido, sus labios se curvan en una sonrisa y casi se me caen las bragas—. El día que vengas conmigo, no querrás volver a subir a un coche.

Jamás he montado en moto; nunca he querido. Juré no subirme nunca más a un vehículo de dos ruedas. Sin embargo, su forma de decirlo, su forma de meterse el casco bajo el brazo y echarse la bandolera de la funda al hombro, me hace pensar que quizá tenga razón. Me guiña el ojo, da la vuelta y se marcha. La puerta se cierra con un ligero chasquido y eso es todo.

Llevo varios días flotando en una nube de gripe estomacal y, ahora que estoy mejor, Ansel acaba de irse. Y no son ni las ocho de la mañana.

El piso se extiende ante mí como una sola pieza que abarca cocina, salón y comedor. Todo resulta muy europeo. El mobiliario es escaso: un sofá de cuero negro, dos modernas butacas rojas sin brazos y una mesita de centro. Al otro lado de la habitación, se halla una mesa de comedor con cuatro sillas a juego. Cubre las paredes una variada mezcla de fotos enmarcadas y cuadros de vivos colores. Para ser un pisito de soltero, resulta impresionante.

El espacio es abierto, pero no muy grande, y en él se repite el techo inclinado del dormitorio. Sin embargo, la pared de enfrente aparece cubierta de ventanas y no de cristaleras. Me aproximo a la que tengo más cerca, apoyo las manos en el cristal y miro hacia la calle. Ansel sube a una brillante motocicleta negra, se pone el casco, arranca de una patada y se aleja de la acera. No cabe duda de que está buenísimo. Espero a perderle de vista entre el tráfico y aparto la mirada.

Con la respiración entrecortada, cierro los ojos y me tambaleo ligeramente. Lo que me marea un poquito no es el recuerdo de las náuseas ni el hambre, sino el simple hecho de estar aquí. No puedo volver a mi casa recorriendo unas cuantas manzanas. No puedo coger el teléfono y solucionarlo todo mediante una breve llamada a mi familia. No puedo buscar un apartamento ni un empleo en Boston mientras vivo en París.

No puedo llamar a mis mejores amigas.

Encuentro mi bolso al otro lado de la habitación y me pongo a buscar mi teléfono con gestos frenéticos. Pegada a la pantalla, encuentro una nota adhesiva en la que Ansel me dice con su pulcra letra que me ha incluido en su contrato de móvil con llamadas internacionales. Aliviada, me echo a reír como una loca. El corazón se me ha acelerado de pánico al pensar: ¿cómo voy a llamar a mis niñas

desde Francia? Vamos, que queda muy claro lo absurdo de mis prioridades. ¿Qué más da que no hable francés, que esté casada, que vaya a tener que echar mano de mis ahorros y que mi desconocido marido dé la impresión de trabajar sin parar? Al menos, no me cobrarán un ojo de la cara por las llamadas.

Vago por el piso mientras el teléfono de Harlow suena a miles de kilómetros de distancia, al otro lado de la línea. En la cocina, veo que Ansel me ha dejado preparado el desayuno: una baguette recién horneada, mantequilla, mermelada y fruta. Una cafetera descansa sobre los fogones. Es un santo y se merece algún premio por lo bien que se ha portado en los últimos días, quizá un suministro de por vida de mamadas y cerveza. Se disculpa por tener que trabajar cuando debería ser yo quien se disculpara por haberle obligado a limpiar mi vómito e ir a comprarme tampones.

El recuerdo es tan horrible que estoy segura de que nunca podré dejar que me vea desnuda sin que me entren ganas de vomitar.

El teléfono suena y suena. Intento hacer un cálculo aproximado, pero solo sé que, cuando aquí es media mañana, allí debe de ser muy tarde. Finalmente, Harlow contesta con un simple gruñido.

—Tengo que contarte la historia más vergonzosa que has escuchado en tu vida.

—Aquí es tardísimo, Mia.

—¿Quieres o no quieres oír la mayor humillación de todos los tiempos?

Oigo que se incorpora y carraspea.

—¿Te has dado cuenta de que sigues casada?

Hago una pausa. El peso de ese pánico se asienta un poco más con cada minuto que pasa.

—Es peor.

—¿Y te has ido a París para ser el juguete sexual de ese tío durante todo el verano?

Me echo a reír. Ojalá.

—Sí, ya comentaremos todo este disparate, pero antes tengo que hablarte del viaje hasta aquí. Fue tan horrible que quisiera que me echaran droga en el café para poder olvidarlo.

—Podrías añadirle ginebra —bromea.

Suelto una carcajada hasta que las náuseas me invaden el estómago.

—Me vino la regla en el avión —susurro.



—¡Oh, no! —exclama, sarcástica—. ¡Es terrible!

—Pero es que no había cogido nada, Harlow, y llevaba puestos unos vaqueros blancos. En cualquier otra situación habría pensado: ¡Bien, me ha venido la regla! Pero acabábamos de conocernos, y lo último que me habría gustado decirle a un semidesconocido tío bueno era: «Me acaba de venir la regla y soy idiota, así que me ataré la sudadera a la cintura para que quede muy claro lo que pasa. Por cierto, como eres un tío, comprendo que es poco probable, pero ¿no tendrás por casualidad un tampón de sobras?».

Parece que asimila mis palabras, porque guarda silencio durante un instante y luego murmura:

—Oh.

Asiento con la cabeza. Se me retuerce el estómago mientras me asaltan los demás recuerdos.

—Y encima, me puse a potar como una loca gracias a una gripe estomacal.

—Lola también la tiene —dice, bostezando.

—Eso explica algunas cosas. Vomité en el avión, al bajar del avión, en la terminal...

—¿Estás bien? —pregunta, preocupada, y comprendo que está a punto de subirse a un avión y venir a rescatarme.

—Ahora sí —la tranquilizo—. Pero llegamos al apartamento de Ansel después de un viaje en taxi que fue... —El suelo oscila ante mis ojos y los cierro—. Te juro que nunca he visto conducir tan mal a nadie. Y en cuanto llegamos aquí, vomité en el paragüero de su casa.

Parece que se le escapa la información más importante que intento transmitirle, porque pregunta:

—¿Tiene paragüero? Pensaba que los hombres pasaban de esas cosas.

—Igual lo compré para que los invitados potaran dentro —sugiero—. He estado mala desde el martes por la noche y estoy segura de que me ha visto vomitar unas setecientas veces. Tuvo que ayudarme en la ducha. En dos ocasiones. Y no fue nada sexy, te lo aseguro.

—Puaj.

—Ya.

—Por cierto, ya puedes darme las gracias por engañar a tu padre —dice, y percibo el resentimiento en su voz—. Me llamó y confirmé todos los detalles del

rollo que le contaste mientras arrancaba todos y cada uno de los pelos de mi muñeco vudú de Dave Holland. Estás en París trabajando como becaria para un productor que colabora con mi padre. Pero cuando vuelvas a casa y te encuentres a tu padre calvo como una bola de billar, hazte la tonta.

—¡Vaya, lo siento! —La idea de hablar con mi padre vuelve a darme ganas de vomitar—. También habló con Ansel. En realidad, sería más exacto decir que le chilló. Aunque, la verdad, el chico no se inmutó siquiera.

Se echa a reír y, al oír el sonido familiar, la echo tanto de menos que se me encogen las costillas de forma dolorosa.

—Mia, vas a tener que esforzarte mucho para volver a parecerle sexy.

—Lo sé. No puedo imaginar que quiera tocarme nunca más. No querré hacerlo ni yo misma. No querrá volver a tocarme ni ese enorme juguete sexual a pilas en forma de conejo que me regalaste cuando cumplí los veintiuno.

Sin embargo, el humor se desvanece y regresa mi miedo, rugiendo por mis venas. El corazón me late desbocado y me tiemblan brazos y piernas. No solo he puesto mi vida patas arriba, sino que además me he propulsado a una órbita completamente nueva.

—¿Harlow? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Ha sido un terrible error?

Mi amiga tarda mucho en responder. Rezo para que no se haya dormido al otro extremo de la línea. Sin embargo, cuando habla, su voz suena más despierta, fuerte y reflexiva... exactamente tal como la necesito.

—Tiene gracia que me lo preguntes ahora, Mia. Y aún tiene más gracia que tú te estés preguntando si es un error y yo esté aquí felicitándote mentalmente.

—¿Qué? —pregunto, sentándome en el sofá.

—Cuando no quisiste anular ese puto matrimonio, me cabreé. Cuando te pusiste empalagosa con Ansel, pensé que te habías vuelto loca y que sería mejor que te hartaras de tirártelo durante un par de noches. Pero entonces te largaste a París a pasar el verano. Tú nunca haces locuras, Mia, así que he de suponer que te echa unos polvos fantásticos y que lo estás disfrutando. —Hace una pausa y añade—: Supongo que te diviertes con él.

—Sí que me divierto —admito—. O me divertía. Antes de sangrar en los aviones y vomitar en los paragüeros.

—Has encontrado tu aventura y vas a perseguirla hasta las últimas consecuencias —responde, y oigo el crujido de unas sábanas al fondo, los

sonidos familiares de Harlow acurrucándose de costado en su cama—. ¿Y por qué no? Me siento muy orgullosa de ti, Mia, y espero que pases el mejor verano de tu vida.

—La verdad es que estoy muerta de miedo —reconozco en un murmullo.

Me recuerda que tengo ahorros, que tengo veintitrés años. Me recuerda que lo único que he de hacer aquí es disfrutar, por primera vez en... toda mi vida.

—No tienes por qué pasarte todo el verano tirándote a Ansel —dice—. O sea, puedes hacerlo, pero no hace falta que te preocupes por lo que él esté pensando. Baja a la calle. Cómete unos *macarons*. Bebe vino, pero aún no, porque tienes oficialmente prohibido potar hasta septiembre. Sal a vivir experiencias.

—Es que no sé por dónde empezar —le confieso, mirando por la ventana.

Más allá de nuestra estrecha calle, el mundo exterior es una profusión absolutamente deslumbrante de tonalidades verdes y azules. Las vistas se extienden a lo largo de varios kilómetros: una catedral, una colina, la parte superior de un edificio que reconozco por haberlo visto en un montón de fotografías. Los tejados son de tejas, cobre y pizarra; las cúpulas, doradas. Desde la ventana del pequeño apartamento de Ansel, sin haber salido todavía a la calle, estoy convencida de haber aterrizado en la ciudad más bonita del mundo.

—¿Y si empiezas por hoy mismo? Es un sábado de junio, así que estará todo lleno de gente. Sáltate el Louvre y la Torre Eiffel. Vete a los jardines de Luxemburgo. —Bosteza sonoramente—. Mañana me cuentas. A ver si puedo volver a dormirme.

Cuelga el teléfono.

Juro que no puede haber nada más surrealista. Desayuno junto a la ventana, contemplando las vistas. A continuación, me meto en la pequeña ducha embaldosada, donde me depilo y me lavo el cuerpo y el pelo a conciencia, hasta que siento que estoy realmente limpia. Cuando salgo, el vapor empieza a despejarse, y se me ocurre de pronto que no puedo ir a casa a buscar las cosas que olvidé meter en la maleta. No tengo secador ni plancha del pelo. No puedo reunirme con las chicas esta noche para contárselo todo. Ansel pasará el día fuera y no tengo ni idea de cuándo volverá, estoy sola y, por primera vez en cinco años, voy a tener que echar mano de la cuenta de ahorros que he visto

crecer con orgullo. Todos y cada uno de los salarios que gané en la cafetería donde estuve trabajando durante mis estudios fueron a parar a esa cuenta. Mamá insistió mucho en ello. Y ahora, ese dinero va a permitirme pasar un verano en Francia.

Un verano. En Francia.

Mi reflejo en el espejo susurra:

—¿Qué coño estás haciendo?

Parpadeo hasta cerrar los ojos y me pongo a funcionar en piloto automático.

Busco mi ropa y descubro que Ansel ha hecho espacio para mis cosas en la cómoda y en el armario.

«Estoy casada.»

Me cepillo el pelo. Mi neceser está metido en uno de los cajones del baño.

«Estás viviendo con tu marido en París.»

Cojo la llave del apartamento que Ansel me ha dejado junto a un pequeño fajo de euros.

Me sorprendo mirando fijamente los billetes poco familiares, sin poder aplacar la incomodidad que siento al pensar que Ansel los ha dejado para mí. Es una reacción visceral. Se me hace un nudo en el estómago al pensar en vivir a costa de otra persona, de alguien que no sea mis padres, supongo. Dejo el dinero a un lado hasta que él llegue a casa y podamos mantener una conversación en la que yo no participe con la cabeza dentro del váter.

En Las Vegas y en San Diego nos encontrábamos en igualdad de condiciones, o eso parecía. Los dos estábamos tranquilos, de vacaciones. Después, yo tenía previsto seguir con mis estudios y él regresaría a su trabajo, a su vida y a su piso bien decorado. Ahora soy la típica okupa sin planes, la chica que necesita que le indiquen por dónde se va al metro y que le dejen junto a la puerta de casa algo de dinero para sus gastos.

Dejo el dinero donde está y cruzo el estrecho rellano. El ascensor es minúsculo; apenas me sobran sesenta centímetros a cada lado. Alargo el brazo y pulso el botón marcado con una estrella y el número uno. La cabina da una sacudida y empieza a descender. Ruedas y engranajes rechinan sobre mi cabeza hasta que el ascensor aterriza con un golpe sordo en la planta baja.

Salgo del edificio. El exterior es ruidoso y caótico; sopla un fuerte viento y hace calor. Las calles son estrechas. Las aceras son de piedra y adoquines. Echo

a andar y me paro en la esquina, donde la estrecha calzada se abre a lo que debe de ser una avenida más ancha.

Hay pasos de cebra, pero los peatones no siguen unas normas claras. La gente se baja de la acera sin mirar. Los conductores tocan el claxon con tanta frecuencia como yo respiro, pero no parecen nada irritados. Hacen sonar la bocina y siguen adelante. No parece haber carriles, solo un flujo continuo de coches que paran, avanzan y ceden el paso de acuerdo con un sistema que no entiendo. Vendedores ambulantes ofrecen pastas y botellas de refrescos con gas de vivos colores. Personas con trajes y vestidos, vaqueros y pantalones de chándal pasan por mi lado a toda prisa, como si yo fuera una piedra en el lecho de un río. El idioma es lírico y rápido... y completamente incomprensible para mí.

Es como si esta atractiva ciudad se extendiera ante mí con mirada traviesa, dispuesta a conquistarme. Me enamoro de ella perdidamente, al instante. ¿Cómo podría ser de otro modo? Vaya donde vaya, la calle parece el decorado más bonito que jamás podría imaginar, como si se tratase de un escenario en el que fuera a desarrollarse mi historia. No me sentía tan animada desde que me dedicaba a la danza, desde que me perdía en ella y vivía por y para ella.

Utilizo el móvil para encontrar la estación de metro de Port de Clichy, a pocas manzanas del apartamento de Ansel, consigo localizar la línea que he de coger y me pongo a esperar el tren, haciendo un esfuerzo para absorber todo lo que me rodea. Les envío a Harlow y a Lola fotos de todo lo que veo: los carteles franceses de un libro que nos encantó a las tres, unos tacones de quince centímetros en los pies de una mujer que ya sería más alta que la mayoría de los hombres que aguardan en el andén, el tren cuando entra en la estación, trayendo el aire caliente del verano y un olor a polvo de frenos.

El trayecto hasta el VI Distrito, donde se encuentran los jardines de Luxemburgo, es bastante corto. Sigo a un grupo de turistas charlatanes que parecen tener el mismo lugar de destino. Me había preparado para conocer un parque con su hierba, sus flores y sus bancos, pero no para encontrar unas extensiones tan inmensas de espacio despejado en el centro de esta ciudad llena de gente. No me esperaba las anchas avenidas flanqueadas de árboles perfectamente cuidados. Hay flores por todas partes: hilera tras hilera de parterres con variedades estacionales y especies silvestres, setos y finísimos

pétalos de todos los colores imaginables. Fuentes y estatuas de reinas francesas contrastan con el follaje, y a lo lejos se distinguen las cúpulas de unos edificios que he visto en películas o fotografías. La gente toma el sol en el césped, sobre unas mantas, y los niños mueven sus barquitos por el agua de un estanque ante la mirada impassible del palacio del Luxemburgo.

Encuentro un banco vacío y me siento a inhalar el aire fresco y el aroma del verano. Me suenan las tripas al oler el pan que venden en un puesto cercano, pero no hago caso. Antes de meterme nada más en el estómago, quiero ver cómo le sienta el desayuno.

Es entonces cuando me doy cuenta una vez más de que estoy en París. A ocho mil kilómetros de todo lo que conozco. Esta es la última oportunidad que tendré de relajarme, empaparme del ambiente y crear mi propia aventura antes de empezar la carrera y el paso estrictamente reglamentado de los estudios a la vida laboral.

Recorro cada centímetro del parque, arrojó monedas en la fuente y termino de leer la novelita que metí en el fondo del bolso. Durante una tarde, Boston, mi padre y la escuela de negocios no existen siquiera.

## 8

Después de un día tan estupendo, llevo tal subidón encima que paso por el pequeño supermercado de la esquina, decidida a prepararle a Ansel una buena cena. La ciudad de París me entusiasma, la verdad. Estoy aprendiendo a arreglármelas con la barrera lingüística y compruebo que los parisinos no se sienten tan frustrados como yo esperaba al ver que no hablo francés. Simplemente, no les gusta nada que lo intente y destroce el idioma. Así que me defiendo a base de señalar, sonreír, encogerme de hombros con aire inocente y repetir «*s'il vous plaît*», hasta que logro comprar vino, gambas, pasta fresca y unas verduras.

Sin embargo, los nervios vuelven a apoderarse de mí mientras voy hacia el ascensor desvencijado y este asciende ruidosamente hasta el séptimo piso. No sé si Ansel habrá llegado ya. No sé qué esperar. ¿Seguiremos donde lo dejamos en San Diego, o será ahora cuando empecemos... mmm... a salir? ¿Se le habrán quitado las ganas de continuar con este pequeño experimento tras la experiencia de nuestros primeros días juntos?

Me abstraigo guisando, impresionada por la pequeña cocina de Ansel. Tras averiguar cómo funciona su equipo de música, pongo una música francesa con mucho ritmo y me dedico a dar saltitos alegres por la cocina. Cuando él llega, el apartamento huele a mantequilla, ajo y perejil. Mi cuerpo se tensa histérico cuando le oigo echar las llaves en el cuenco de la mesa del recibidor y dejar el casco en el suelo.

—¿Hola?

—En la cocina —respondo.

—¿Estás guisando? —pregunta, doblando la esquina para entrar en la estancia principal. Lo devoro con la mirada: está guapísimo—. Entonces es que te encuentras mejor.

—Ni te lo imaginas.

—Huele muy bien.

—Ya casi está listo —digo.

Le ruego a mi pulso que se calme. Al verle, siento tanta ilusión que se me encoge el pecho.

Pero de pronto parece desmoralizado.

—¿Qué es?

Sigo la trayectoria de sus ojos hasta la sartén que descansa sobre los fogones, donde he echado las gambas con la pasta y las verduras.

Hace una mueca de pesar.

—Tiene un aspecto increíble. Es que... —Se pasa la palma de la mano por la nuca—. Soy alérgico al marisco.

Lanzo un gemido y me tapo la cara.

—¡Qué cagada! Lo siento.

—No lo sientas —dice, consternado—. ¿Cómo ibas a saberlo?

La pregunta flota entre nosotros y ambos desviamos la mirada. Lo que sabemos uno de otro resulta muy escaso si se compara con lo que ignoramos. Ni siquiera sé cómo volver a la fase de las presentaciones.

Da un paso más hacia mí y me dice:

—Huele tan bien...

—Quería darte las gracias. —Tardo un instante en poder decir el resto, y él mira hacia otro lado—. Por cuidarme. Por traerme aquí. Espera, por favor, iré a comprar otra cosa.

—Iremos juntos.

Se aproxima un poco más y apoya las manos en mis caderas, pero tiene los brazos rígidos y el gesto parece forzado.

—Vale.

No sé qué hacer con mis propios brazos y, en lugar de hacer lo que creo que haría una mujer normal en esta situación, es decir, rodearle el cuello y atraerle



hacia mí, me los cruzo torpemente sobre el pecho y empiezo a darme golpecitos en la clavícula con el dedo.

No dejo de esperar a que en sus ojos aparezca un brillo de malicia o a que me haga cosquillas, me tome el pelo o haga algo ridículo y propio de él, pero parece agotado y tenso cuando pregunta:

—¿Has pasado un buen día?

Voy a contestar, pero entonces aparta una mano, se la mete en el bolsillo y saca su móvil, que está sonando. Lo mira con el ceño fruncido:

—*Merde.*

Esa palabra sí la conozco. Lleva en casa menos de tres minutos y ya sé lo que va a decir.

Alza la vista hacia mí y me mira con aire de disculpa.

—Tengo que volver al trabajo.

Cuando despierto, Ansel se ha ido, y la única prueba que tengo de que volvió en algún momento es una nota en su almohada diciéndome que solo pasó en casa un par de horas y durmió en el sofá porque no quería despertarme. Siento que algo se astilla en mi interior, lo juro. Me acosté vestida con una de sus camisetas limpias y nada más. Los hombres recién casados no duermen en el sofá. Los hombres recién casados no se preocupan por si despiertan en plena noche a una esposa que no tiene trabajo y se dedica a hacer turismo.

Ni siquiera recuerdo si me dio un beso en la frente antes de marcharse, pero una parte muy grande de mí desea mandarle un mensaje y preguntárselo, porque empiezo a pensar que la respuesta a esa pregunta me indicará si debo quedarme o reservar un vuelo para regresar a casa.

Me resulta fácil distraerme y llenar mi segundo día sola en París: me doy una vuelta por las exposiciones y jardines del museo Rodin y luego desafío las colas interminables de la Torre Eiffel... pero la espera merece la pena. La vista desde arriba es inconcebible. París es alucinante a pie de calle y a centenares de pisos de altura.

El domingo por la noche, cuando vuelvo al apartamento, Lola me hace compañía. Está sentada en el sofá de su casa en San Diego, recuperándose del virus que pillamos y respondiendo a mis mensajes con una velocidad

tranquilizadora.

Le digo: CREO QUE SE ARREPIENTE DE HABERME TRAÍDO.

ESO ES ABSURDO, responde. DA LA IMPRESIÓN DE QUE SU TRABAJO ES UNA MIERDA. SÍ, SE CASÓ CONTIGO, PERO NO SABE SI LA COSA VA A DURAR Y TAMPOCO PUEDE DESATENDER SU EMPLEO.

FRANCAMENTE, LOLA, ME SIENTO COMO UNA GORRONA, PERO NO QUIERO MARCHARME TODAVÍA. ESTA CIUDAD ES UNA PASADA. ¿CREES QUE DEBERÍA BUSCARME UN HOTEL?

ESTÁS SIENDO MUY SUSCEPTIBLE.

ANSEL HA DORMIDO EN EL SOFÁ.

¿Y SI SE ENCONTRABA MAL?

Trato de recordar si oí que hiciera algún ruido. QUÉ VA.

¿Y SI CREE QUE AÚN ESTÁS MALA?

Noto que se me levantan las cejas. No me lo había planteado. ¿Y si Lola está en lo cierto y Ansel cree que sigo teniendo la regla? ¿Y si tengo que ser yo la que tome la iniciativa?

VALE, ES UNA BUENA TEORÍA.

COMPRUÉBALO, responde.

Al cuerno la camiseta. Esta noche pienso dormir desnuda y sin sábanas.

Me despierto y echo un vistazo al reloj. Son casi las dos y media de la madrugada e intuyo que Ansel no ha vuelto todavía. Todas las luces del apartamento están apagadas. Alargo el brazo y noto la cama vacía y fría.

Pero entonces oigo un roce, una cremallera y un tenso gemido que proceden de la otra habitación.

Me levanto y me pongo una de las camisetas que Ansel ha dejado en el cesto de la ropa sucia. Huele tanto a él que, por un instante, tengo que parar y cerrar los ojos para recuperar el equilibrio.

Cuando entro en el salón y miro hacia la cocina, le veo.

Está inclinado hacia delante y tiene una mano apoyada en la encimera. Lleva la camisa desabrochada, la corbata suelta alrededor del cuello y los pantalones bajados más allá de las caderas. La otra mano se agita rápidamente sobre su polla.

Me fascina la visión, el crudo erotismo de Ansel dándose placer a la tenue luz que entra por la ventana. Mueve el brazo deprisa, con el codo doblado. A través de la camisa, veo la tensión de los músculos de la espalda, el movimiento de sus

caderas contra la mano. Doy un paso adelante para verle mejor y piso una tabla que cruje. El sonido atraviesa la habitación. Ansel se queda inmóvil y mira al instante por encima del hombro.

Cuando me mira a los ojos, veo en ellos un destello de vergüenza que poco a poco se convierte en derrota. Deja caer la mano y también la cabeza, con la barbilla contra el pecho.

Me aproximo despacio sin saber si desea mi compañía o si, por el contrario, no la desea en absoluto. ¿Por qué, si no, iba a estar aquí fuera masturbándose mientras yo estoy desnuda en su cama?

—Espero no haberte despertado —susurra.

A la luz que entra por la ventana, veo la línea recta de su mandíbula, la lisa extensión de su cuello. Lleva los pantalones bajos; la camisa, desabrochada. Me entran ganas de saborear su piel, de rozar la suave línea de vello que desciende desde el ombligo.

—Sí que lo has hecho, pero me habría gustado que intentaras despertarme si querías... —Estoy a punto de decir «estar conmigo», pero, de nuevo, no estoy nada segura de que fuese eso lo que él deseaba—. Si necesitabas... algo.

Dios, ¿podría ser menos delicada?

—Es muy tarde, *Cerise*. He entrado y he empezado a quitarme la ropa. Te he visto desnuda en mi cama —dice con la mirada clavada en mis labios—. No quería despertarte.

Asiento con la cabeza.

—He supuesto que me verías desnuda en tu cama.

Espira despacio por la nariz.

—No estaba seguro de si...

Antes de que acabe la frase, me estoy arrodillando en la oscuridad y apartando su mano para lamerle, para resucitar su deseo. Mi corazón late tan fuerte y estoy tan nerviosa que mi mano tiembla al tocarle, pero ¿qué más da? Me digo que estoy canalizando a Harlow, diosa del sexo llena de confianza en sí misma.

Me digo a mí misma que no tengo nada que perder.

—Me he acostado desnuda a propósito.

—No quiero que te sientas obligada a estar conmigo así —dice, y su voz suena como un graznido.

Le miro a la cara, flipando. ¿Qué ha sido del tipo agradablemente insistente

que conocí hace solo una semana?

—No me siento obligada. Estás muy ocupado...

Sonríe. Se agarra la base del pene y pinta una línea húmeda sobre mis labios con la gota que brota en la punta.

—Me parece que los dos estamos siendo demasiado tímidos.

Le lamo la polla jugueteando, coqueteando. Me encantan sus jadeos, sus gruñidos ásperos y anhelantes cuando me meto casi todo el miembro en la boca y vuelvo a sacarlo para besarlo y jugar un poco más.

—Estaba pensando en ti —admite en un susurro mientras dibujo con la lengua una larga línea húmeda desde la base hasta la punta—. Ya casi no puedo pensar en nada más.

Su confesión afloja la tensión que atenazaba mis entrañas, y solo ahora me doy cuenta de lo angustiada que me he sentido. Me derrito por dentro. La sensación me incita a darle placer, succionándole el pene con más fuerza, regalándole las vibraciones de mis gemidos.

Al verle así, impaciente, aliviado, me resulta más fácil seguir jugando, seguir siendo esta seductora valiente y descarada. Retrocedo y pregunto:

—¿Qué imaginabas que hacíamos?

—Esto —dice, ladeando la cabeza y deslizando una mano entre mis cabellos para sujetarme. Me preparo para sentir la invasión del miembro entero en mi boca solo un segundo antes de que la penetre—. Follar estos labios.

Deja caer la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Sus caderas oscilan delante de mi rostro.

—*C'est tellement bon, j'en rêve depuis des jours...* —Con un visible esfuerzo, endereza la espalda y se inclina un poco hacia mí, mostrándose más brusco—. Traga —susurra—. Quiero notar cómo tragas.

Se detiene brevemente para que pueda hacer lo que me ha pedido y lanza un áspero gemido cuando, al hacer el movimiento con la garganta, me introduzco su miembro más hondo.

—¿Tragarás cuando me corra? ¿Harás un ruidito de hambre cuando lo notes?

Asiento con la cabeza sin sacarme el pene de la boca. Lo haré por él. Quiero todo lo que me dé; quiero dárselo todo. Es el único anclaje que tengo con este sitio y, aunque este matrimonio sea mera ficción, quiero recuperar la sensación de simplicidad y libertad que vivimos aquella noche en San Diego y la de antes,

que solo recuerdo en pequeños fragmentos, destellos de piel, sonidos y placer.

Se mueve durante varios minutos deleitándome con suaves quejidos, susurrándome que soy preciosa, dándole a mi lengua cada centímetro antes de sacar el miembro casi del todo y sacudirlo con el puño cerrado, golpeándome suavemente los labios y la lengua con la punta.

Es así como se corre, de forma caótica, salpicándome la boca y la barbilla. Es intencionado, tiene que serlo, y sé que estoy en lo cierto cuando alzo la mirada y veo que sus ojos se ensombrecen al contemplar su orgasmo sobre mi piel, mi lengua asomando instintivamente. Se aparta, me pasa el pulgar por el labio inferior y me ayuda a levantarme. Me limpia con una toalla mojada y luego retrocede, dispuesto a arrodillarse, pero oscila un poco y, cuando la luz de las farolas ilumina su perfil, comprendo que está a punto de derrumbarse. Está agotado. Lleva días sin dormir apenas.

—Ahora me ocupo de ti —promete mientras me conduce hacia el dormitorio.

Le agarro por el codo.

—Espera.

—¿Qué?

Mis pensamientos tropiezan con el borde áspero de su voz, la frustración latente que nunca le he oído.

—Ansel, son casi las tres de la mañana. ¿Cuándo dormiste por última vez?

Aunque su expresión resulta impenetrable entre las sombras, hay luz suficiente para permitirme ver sus hombros cansados, demasiado pesados para su cuerpo.

—¿No quieres que te toque también? ¿Acabo de correrme en tu boca y pretendes irte a dormir?

Sacudo la cabeza. No me resisto cuando alarga el brazo hacia mí, desliza su mano debajo de la camiseta y asciende por mi muslo. Me abre con los dedos y deja escapar un gemido. Estoy empapada, y ahora él también lo sabe. Con un suave siseo, empieza a mover la mano y se inclina para succionarme el cuello.

—Déjame probar esto —masculla. Noto su aliento cálido sobre mi piel. Sus dedos resbalan con facilidad sobre mi clítoris y se introducen en mí—. Ha pasado una semana, Mia. Quiero tener la cara cubierta de ti.

Le deseo tanto que tiemblo entre sus brazos. Las puntas de sus dedos son el paraíso, siento su aliento caliente sobre mi cuello, sus besos me succionan con ansia. ¿Qué más da perder un cuarto de hora más de sueño?

—Vale —susurro.

Espero a que termine de cepillarse los dientes y se meta en la cama en bóxers y voy yo al cuarto de baño.

—Ahora vengo.

Me cepillo los dientes, me lavo la cara y le digo a mi reflejo que deje de pensar tanto. Si el hombre quiere sexo, le daré sexo. Yo quiero sexo. ¡Follemos! Salgo a la oscuridad sin hacer ruido. Tengo el estómago tibio; el espacio entre las piernas, pegajoso y dispuesto. Ha llegado el momento, pienso. Ahora es cuando empieza la diversión, cuando puedo disfrutar de él, de esta ciudad y de este minúsculo fragmento de vida en el que solo tengo que preocuparme de mí y de él.

La luna ilumina el camino desde el pequeño baño hasta los pies de la cama, así que apago la luz. Aparto las sábanas y me meto en la cama junto a él. Su cuerpo está tibio, y los olores de su jabón y de su loción para después del afeitado desatan inmediatamente el ansia que me faltaba desde hacía días, esa necesidad desesperada de sus manos ávidas, la sensación de sus besos y de sus movimientos sobre mí. Sin embargo, aunque le paso la mano por el estómago y el pecho, permanece inmóvil, como un peso muerto.

Cuando abro la boca por primera vez, no sale nada, pero la segunda vez logro susurrar:

—¿Quieres follar?

Hago una mueca al oír mis propias palabras crudas, exentas de matices o de seducción.

No contesta y me acerco más. Mi corazón me martillea con fuerza el pecho mientras me acurruco contra su cuerpo duro y tibio. Duerme como un tronco y respira con fuerza y regularidad.

Vuelve a levantarse antes que yo. Esta vez lleva puesto un traje gris marengo con camisa negra. Parece listo para una sesión de fotos: instantáneas en blanco y negro robadas en una esquina, su mandíbula afilada perfilada contra el cielo. Está inclinado sobre mí, a punto de depositar un casto beso en mis labios, cuando abro los ojos.

Se desvía desde mi boca hasta mi sien, y se me encoge el estómago al caer en

la cuenta de que hoy es lunes y, de nuevo, se pasará el día entero trabajando.

—Perdona por lo de anoche —me susurra al oído.

Cuando retrocede, su mirada se aparta de la mía y se concentra en mis labios.

Sin embargo, he tenido sueños, sueños sensuales, y aún no estoy dispuesta a dejar que se marche. Sigo imaginando el tacto de sus manos y labios, su voz ronca después de pasarse horas encima, detrás y debajo de mí. Estoy medio dormida y las ideas se me nublan, pero eso mismo me infunde valor para actuar. Sin pensar, le tiro del brazo y le atraigo debajo de las sábanas.

—He soñado contigo —digo con voz áspera y una sonrisa soñolienta.

—Mia...

Tomo su mano, y al principio no sabe muy bien qué estoy haciendo. Lo comprende a medida que desciendo con ella por mis costillas y mi ombligo. Abre la boca y su mirada se vuelve densa. Ansel desliza los dedos entre mis piernas y apoya la palma en mi zona más sensible.

—Mia —gime.

Me cuesta interpretar su expresión, a medio camino entre el anhelo y algo que se parece más a la inquietud. De repente, caigo en la cuenta.

Mierda.

Lleva la americana doblada sobre el otro antebrazo y la funda del portátil colgada al hombro. Estaba a punto de salir por la puerta.

—Oh. —El rubor de la vergüenza trepa por mi cuello. Aparto su mano de mi cuerpo y empiezo a decir—: Yo no quería...

—No pares —me pide, con la mandíbula tensa.

—Pero te estabas marcha...

—Mia, por favor —dice, y su voz suena tan grave y áspera que gotea sobre mí como miel caliente—. Lo estoy deseando.

Le tiembla el brazo, cierra los ojos y dejo que los míos hagan lo mismo antes de despertar del todo, antes de perder la calma. ¿Qué fue lo que pensé en Las Vegas? Que quería una vida distinta. Que quería ser valiente. Entonces no era valiente, pero fingía serlo.

Con los ojos cerrados, puedo volver a fingir. Soy la mujer ardiente que no se preocupa del trabajo de su hombre. Soy la esposa insaciable. Soy lo único que él desea.

Estoy empapada e hinchada, y el gruñido profundo y retumbante que brota de

la garganta de Ansel cuando desliza sus dedos sobre mí es alucinante. Estoy tan excitada que podría correrme si suspirase contra mi piel, y cuando empieza a explorarme, a atormentarme, levanto las caderas hacia sus dedos, buscando. Sin más preámbulos, introduce dos en mi interior. Me agarro a su antebrazo y empiezo a oscilar, follándome su mano. No puedo parar, y no me importa nada parecer desesperada.

El calor trepa por mi piel, y finjo que es por culpa del foco.

—Quiero verte —susurra—. Déjate llevar.

—Ahh —exhalo.

El orgasmo empieza a tomar forma, y mis ojos se cierran mientras la sensación cristaliza y crece, trepando desde el punto en el que su pulgar dibuja círculos frenéticos sobre mi piel. De pronto, siento un martilleo en mi interior. Me agarro a su brazo con ambas manos y lanzo un grito, ondulando en torno a sus dedos. Mis piernas, mis brazos y mi columna vertebral parecen fluidos, llenos de un calor líquido, fundidos. El alivio invade mi torrente sanguíneo.

Abro los ojos. Ansel se queda quieto y luego saca despacio los dedos de mi interior y de debajo de las sábanas. Me contempla, y la conciencia acaba por vencer al sueño. Con la otra mano, se coloca mejor la bandolera de la funda del portátil. La habitación parece hacer tictac en el silencio y, aunque intento aferrarme a mi supuesta confianza, noto que un ardiente rubor se me extiende por el pecho, el cuello y la cara.

—Lo siento, es que...

Me hace callar, apoyando sus dedos húmedos en mi boca.

—No —masculla—. No te arrepientas.

Atrapa sus dedos con sus propios labios, apoyados en los míos, y luego desliza la lengua por sus dedos, por mis labios, saboreándome y dejando escapar un dulce suspiro de alivio. Cuando se aparta lo suficiente para que pueda mirarle a los ojos, veo que están llenos de determinación.

—Esta noche volveré temprano.



Me cuesta llevar la cuenta de lo que estoy gastando, porque los euros siguen pareciéndome dinero de juguete. Teniendo en cuenta lo distintas que parecen las cosas con Ansel desde que hemos llegado aquí y aunque me encanta esta ciudad, una parte de mí piensa que debería quedarme solo dos semanas, ver todo lo que pueda durante ese plazo y luego volver a casa y disculparme ante mi padre para no tener que convertirme en prostituta o estríper cuando me mude a Boston y empiece a buscar piso.

Sin embargo, la idea de enfrentarme a mi padre me produce frío. Sé que he cometido un acto impulsivo y quizá hasta peligroso. Sé que, en esta situación, cualquier padre afectuoso tendría derecho a enfadarse. Pero es que mi padre se enfada por todo. Con el paso del tiempo, mi madre, mis hermanos y yo nos hemos desensibilizado. Me he arrepentido tantas veces de mi comportamiento sin ningún motivo que ahora no soy capaz de arrepentirme. Me siento asustada y sola porque ignoro si Ansel aflojará el ritmo de trabajo, qué ocurrirá entre nosotros esta noche, mañana y la semana que viene, o qué sucederá cuando no pueda comunicarme con nadie, pero esta es la primera decisión que tomo y que considero exclusivamente mía.

Cuando salgo de la ducha, sigo abstraída, repasando una y otra vez mi sesión matinal de sexo con Ansel. El espejo del baño se seca perfectamente, sin gotas ni regueros de agua, como si lo hubieran tratado con algún producto. Me ofrecería a limpiar para aportar algo, pero en este piso no hace falta hacer nada. La

ventana del baño está reluciente y deja entrar el sol a raudales. Me pica la curiosidad y me pongo a inspeccionarlo todo. El apartamento está impecable, y me resulta extraño para un hombre que vive solo. Antes de llegar a las ventanas del salón, ya sé lo que encontraré.

O, mejor dicho, sé lo que no encontraré. Sé que el primer día auténtico que pasé aquí apoyé la mano en el cristal mientras contemplaba cómo se subía a la motocicleta. Sé que lo hice más de una vez. Pero no hay ninguna huella, solo más cristal transparente e inmaculado. Aquí no ha venido nadie, aparte de nosotros. En algún momento del escaso tiempo que ha pasado en casa, se ha dedicado a limpiar las ventanas y los espejos.

Cuando salgo del ascensor, la anciana que vive en la planta baja está barriendo el umbral. Me paso con ella al menos una hora antes de salir a la calle. Su inglés brota a trompicones, mezclado con palabras francesas que no sé traducir, pero nos las arreglamos para convertir en una conversación asombrosamente fluida lo que podría haber sido una situación incómoda. Me cuenta que añadieron el ascensor en los años setenta, después de que su marido y ella se mudaran a este edificio. Me explica que las verduras son mucho mejores en la rue de Rome que en el supermercado de la esquina. Me ofrece unas uvas verdes muy pequeñas con pepitas amargas que me ponen la piel de gallina y que no puedo dejar de comerlas. Y luego me dice que se alegra de ver que Ansel sonrío tanto y que la otra nunca le cayó bien.

Me esfuerzo por sacar de mi cabeza ese dato y la curiosidad oscura y retorcida que me asalta, y le agradezco a la señora su compañía. Ansel es guapísimo y encantador, un hombre de éxito. Naturalmente, ya tenía su propia vida antes de que yo le siguiera al aeropuerto, una vida en la que sin duda había mujeres. No me sorprende saber que alguien estuvo con él antes que yo. Sin embargo, me doy cuenta de que sigo esperando a saber algo de él, aparte del aspecto que tiene sin ropa.

Me paso la mayor parte del día recorriendo nuestro barrio y dibujando un plano mental de la zona. Las calles son interminables, tienda tras tienda, callejón tras callejón. Parezco un conejo metiéndose disparado en su madriguera, aunque

sé que encontraré la salida; solo tengo que localizar la reveladora M del metro y podré volver fácilmente a la calle de Ansel.

«Mi calle —me recuerdo a mí misma—. La nuestra. Juntos.»

Pensar en su casa como si fuera mía es como fingir que un estudio de cine es tu hogar o aprender que los euros son dinero de verdad. No obstante, cuanto más miro mi alianza, más surrealista me resulta la situación.

Me gusta el aspecto de la calle al atardecer. El cielo está iluminado, pero empieza a oscurecerse en el punto en que el sol ha empezado a descender sobre el horizonte. Sombras alargadas atraviesan la acera, y los colores parecen más intensos, más vivos que nunca. Los edificios se apiñan en la estrecha calle, y la acera agrietada y desigual parece un camino hacia la aventura. A la luz del día, el edificio de Ansel tiene un aspecto un tanto destartado. Sin embargo, de noche parece animarse. Me gusta que nuestro hogar sea un ave nocturna.

Mientras recorro la sinuosa acera, me doy cuenta de que es la primera vez que voy caminando desde la rue Saint-Honoré hasta el metro, me bajo en la parada correcta y voy hasta casa sin tener que mirar la aplicación del móvil.

Oigo a mi espalda los coches en la calzada, las motos, el timbre de una bicicleta. Alguien se ríe dentro de un piso, y su risa me llega por la ventana abierta. Todas las ventanas y las puertas de los balcones se han abierto de par en par para dejar que entre el fresco aire nocturno. La brisa se desliza entre las contraventanas y agita las cortinas.

A medida que me acerco a nuestro edificio, empiezo a notar mariposas en el estómago. El corazón me da un vuelco cuando distingo la motocicleta de Ansel aparcada en la acera, justo delante.

Me lleno los pulmones de aire al entrar en el pequeño vestíbulo y echar a andar hacia el ascensor. Me tiembla la mano cuando pulso el botón de nuestro piso y me recuerdo a mí misma que debo respirar. «Inspira hondo. Espira hondo. No pierdas los papeles. Será la primera vez que Ansel haya llegado a casa antes que yo; la primera vez que estemos en el apartamento juntos de verdad sin que uno de los dos esté medio dormido, vomitando o trabajando hasta la madrugada.» Me arden las mejillas cuando le recuerdo mascullando «No te arrepientas» esta mañana, después de que me corriese contra su mano.

Ay, madre mía.

El corazón bota en mi pecho, y una mezcla de nervios y adrenalina me

propulsa fuera del ascensor. Meto la llave en la cerradura, respiro hondo y abro la puerta.

—¡Cariño, ya estoy en casa!

Entro de un salto en el recibidor y me detengo al oír la voz de Ansel.

Está en la cocina, con el teléfono contra la oreja, y habla en un francés tan rápido que no sé cómo es posible que la persona que está al otro lado de la línea entienda lo que dice. Está muy agitado y repite la misma frase, cada vez más alto y con mayor irritación.

Aún no me ha visto y, aunque no tengo ni idea de lo que está diciendo ni de con quién habla, no puedo evitar sentir que me estoy metiendo donde no me llaman. Su enfado es como otra persona presente en la habitación. Dejo la llave sobre la mesa sin hacer ruido y me pregunto si debería retroceder hasta el recibidor o irme al cuarto de baño. De pronto, ve mi reflejo en la ventana del salón. Se queda rígido y abre mucho los ojos.

Ansel se vuelve y esboza una sonrisa tensa.

Levanto la mano y le envío un breve y torpe saludo.

—Hola —susurro—. Lo siento.

Me devuelve el saludo, se disculpa con una sonrisa y alza un dedo para indicarme que espere. Asiento con la cabeza, creyendo que me pide que espere hasta que acabe de hablar por teléfono... pero no es así. Indica con un gesto de la cabeza el fondo del piso, entra en el dormitorio y cierra la puerta.

Me quedo mirando la puerta blanca. La voz de Ansel se filtra hasta el salón y suena, si cabe, aún más alta que antes.

Desanimada, dejo caer el bolso de cualquier manera en el sofá.

Hay comestibles sobre la encimera: una bolsa de pasta fresca, hierbas y una cuña de queso. Una baguette envuelta en papel marrón descansa junto a una olla de agua que empieza a hervir. En la sencilla mesa hay dos platos de color rojo y un jarroncito con flores moradas. Estaba preparando la cena.

Abro unos cuantos armarios de cocina en busca de una copa de vino e intento pasar por alto las palabras que sigo oyendo en la habitación contigua. Para una persona que no conozco. En un idioma que no hablo.

También intento sofocar el hilo de inquietud que ha empezado a enrollarse muy apretado en mis tripas. Recuerdo que Ansel me dijo que a su jefa le preocupaba que se distrajesen y me pregunto si estará hablando con ella. Podría

ser uno de sus colegas, Finn u Oliver, o incluso Perry, el que no pudo acudir a Las Vegas. Pero ¿se le vería tan frustrado si estuviera hablando con su jefa o con un amigo?

Mis ojos se clavan en la puerta del dormitorio justo en el momento en que se abre. Doy un bote, un tanto sobresaltada, y trato de parecer ocupada. Cojo un puñado de albahaca y busco un cuchillo en el cajón que tengo junto a la cadera.

—Lo siento mucho —me dice.

Descarto su disculpa con un gesto del brazo y mi voz suena un poco aguda cuando exclamo:

—¡No te preocupes! No tienes por qué explicármelo todo. Tenías una vida antes de que yo llegase aquí.

Se inclina hacia mí y me da dos besos en las mejillas. Qué bien huele. Tiene los labios muy suaves, y he de agarrarme a la encimera para mantener el equilibrio.

—Sí que tenía una vida —dice, quitándome el cuchillo—. Pero tú también la tenías.

Cuando sonrío, el gesto no le llega a los ojos. No hay hoyuelo, y lo echo de menos.

—¿Cómo es que tu trabajo te quita la alegría? —le pregunto, deseando que vuelva a tocarme.

Sonríe divertido y se encoge de hombros.

—Hace muy poco que he entrado a trabajar en el bufete. Representamos a una corporación enorme en un caso muy importante, así que tengo miles y miles de páginas de documentos que repasar. Creo que ni siquiera los abogados que llevan ahí treinta años deben de haber estado tan ocupados nunca.

Me llevo un tomate pequeño a los labios y digo:

—Vaya asco.

Me meto el tomate en la boca.

Ansel observa cómo mastico y asiento despacio con la cabeza.

—Sí. Es un asco. —Sus ojos se ensombrecen y parpadea una vez. Vuelve a parpadear con más fuerza y su mirada se despeja—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Me siento culpable —reconozco—. Yo lo paso genial por ahí, y tú llevas todo el día encerrado en el despacho.

Deja el cuchillo sobre la encimera y se vuelve hacia mí.

—Entonces... ¿te quedas?

—¿Tú quieres que me quede? —pregunto, incómoda, mientras el pulso me late con fuerza en la garganta.

—Claro que quiero que te quedes —insiste. Con una mano, se afloja la corbata, se la quita y la deja caer en el otro extremo de la encimera—. En vacaciones es fácil fingir que la vida real no existe. No me planteé cómo nos afectaría mi trabajo. O quizá pensé simplemente que tú eras más lista y menos impulsiva que yo.

—Estoy bien, te lo prometo. París no es cualquier cosa —contesto con una alegre sonrisa.

—El problema es que me gustaría disfrutarte mientras estés aquí.

—Te refieres a mi brillante ingenio y gran cerebro, ¿no? —pregunto con una sonrisa, cogiendo un poco más de albahaca.

—No, tu cerebro me da igual. Me refiero a tus tetas. Lo único que me importa son tus tetas.

Me echo a reír, y el alivio me produce un cosquilleo en la sangre. Aquí está Ansel.

—¿Quién dejó que te graduaras en la facultad de derecho, zoquete?

—Hubo que convencer a más de uno, pero mi padre es muy rico.

Me río de nuevo y él da un paso hacia mí, pero, en cuanto lo hace, el momento se vuelve incómodo otra vez, porque alargo el brazo y nuestras manos chocan en el aire. Nos disculpamos al unísono y nos quedamos allí, mirándonos.

—Puedes tocarme —le digo.

En ese preciso momento, pregunta:

—¿Por qué no coges nunca el dinero que te dejo en la mesa?

Al cabo de unos instantes, susurro:

—Menudo diálogo. Parece que sea una prostituta.

Ansel y yo nos partimos de risa.

—Lo siento. No sé cómo decirte todo lo que llevo el día entero practicando. — Se pasa una mano por el pelo y se lo deja alborotado, ridículo y... Mmm, yo también quiero pasarle los dedos—. Es que me siento muy culpable porque no estoy mucho por aquí desde que llegaste, y quiero asegurarme de que te diviertes.

Ay. El sentimiento de culpa le está convirtiendo en una versión robótica del

chico adorable con el que me casé.

—Ansel, no hace falta que cuides de mí.

Su expresión se desinfla un poco, pero recupera la compostura.

—Quiero contribuir de alguna manera.

—Me trajiste aquí —le recuerdo.

—Pero casi no te he visto. Y anoche me dormí... y tú... —Saca la lengua y se humedece los labios. Clava su mirada en mi boca—. Qué raro es esto —susurra.

—Rarísimo —coincido—. Pero no pienso coger tu dinero.

—Estamos casados.

—No estamos tan casados.

Se echa a reír y sacude la cabeza fingiendo exasperación, pero la diversión le marca el famoso hoyuelo en la mejilla. Mi corazón crece hasta multiplicar su tamaño por diez y deja de caberme dentro del pecho. Hola, amante.

Legalmente, sí, estamos casados. Pero ya me está proporcionando alojamiento y comida. No puedo sentirme cómoda aceptando su dinero cuando ni siquiera conozco su segundo nombre.

¡Joder, ni siquiera conozco su segundo nombre!

—Me parece genial que lo estés pasando tan bien —dice, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. ¿Has estado en el *Musée*...?

—¿Cuál es tu segundo nombre? —le suelto de repente.

Ladea la cabeza y esboza una leve sonrisa.

—Charles. Por mi padre.

Tras exhalar, digo:

—Bien. Ansel Charles Guillaume. Un nombre bonito.

Su sonrisa desaparece poco a poco.

—Vale. ¿Y cuál es tu segundo nombre?

—Rose.

—¿Mia Rose?

Me encanta cómo pronuncia «Rose». La «r» suena más como un ronroneo que como una verdadera letra.

—Nadie ha pronunciado nunca tan bien mi nombre.

—Normal —murmura, y me guiña un ojo—. Se acaba de convertir oficialmente en mi nuevo nombre favorito.

Le miro durante unos instantes mientras noto que una sonrisa curva mis labios

despacio.

—Lo estamos haciendo todo al revés —susurro.

Da un pasito hacia mí y susurra:

—Entonces, tengo que volver a seducirte.

Ay, las mariposas.

—¿Sí?

Su sonrisa se intensifica, peligrosa.

—Te quiero en mi cama esta noche. Desnuda debajo de mí.

Está hablando de sexo y, de pronto, comprendo que no voy a poder probar la comida. Mi estómago trepa por mi garganta, y las bragas prácticamente se me caen al suelo.

—Por eso he querido comenzar preparándote la cena —continúa, sin darse cuenta—. Mi madre me despellejaría vivo si supiera cuánta comida preparada tomo.

—Bueno, es que no te imagino llegando a casa a medianoche y preparándote algo para cenar.

—Cierto —dice despacio mientras da otro paso hacia mí—. Quería compensarte por lo de anoche. —Sonríe, sacude la cabeza y me contempla de arriba abajo—. Y por haber tenido que marcharme tan rápido esta mañana después de que utilizaras mis dedos de forma tan ingeniosa. —Hace una pausa para asegurarse de contar con toda mi atención y añade—: Tenía ganas de quedarme.

Oh. Me pregunto si podrá oír cómo se me cae el corazón dentro del estómago, porque me da la sensación de que el estrépito que provoca esa caída reverbera en toda la habitación. Tengo la cabeza repleta de palabras, pero debe de haber una desconexión entre mi cerebro y mi boca, porque no sale nada de nada. Tengo erizado todo el vello de los brazos. Me mira, esperando una reacción.

Él quiere follar esta noche. Yo quiero follar esta noche. Pero lo que era fácil parece de pronto... complicado. ¿Lo hacemos ahora? El sofá estaría muy bien, quizá incluso la mesa... ¿O deberíamos acabar de cenar e irnos al dormitorio para ser civilizados? Miro por la ventana y veo que el sol se filtra aún por la claraboya que está sobre la cama. Verá mis cicatrices. Todas. Lógicamente, sé que ya las ha visto, que las ha palpado en mi piel, pero esto es diferente. No es sexo espontáneo porque piensas que tal vez nunca vuelva a presentarse una



oportunidad así. No es sexo porque piensas no sabes quién soy, podría ser cualquiera. No es sexo porque te ha tocado la lotería, porque ha surgido la ocasión perfecta. Es un sexo planeado, un sexo que podemos disfrutar siempre que queramos. Un sexo accesible.

Todos esos pensamientos y más cruzan mi mente. Él sigue mirándome, esperando con mirada incierta. Estoy pensando demasiado, y el miedo a jorobarla asciende como una columna de humo en mi pecho y en mi garganta.

—¿Tienes hambre? —pregunta, cambiando de tema.

—No tengo por qué tenerlo.

«¿Qué significa eso, Mia?»

—Pero... ¿lo tienes ahora? —Se rasca la sien, confuso—. O sea, podemos cenar antes si lo prefieres.

—No. No deberíamos. ¿Y si no cenamos? Por mí podemos no cenar antes.

Con una suave carcajada, Ansel apaga el fuego y se vuelve. Apoya las cálidas palmas de sus manos en mis mejillas y me besa. Sus labios juegan con los míos; sus dientes los rozan con suavidad. Noto que mete sus dedos entre mi pelo y que inclina mi cabeza hacia atrás. Se aparta el tiempo justo para pasar su nariz por la mía y me levanta la barbilla. Sus dedos tiemblan contra mi piel, contenidos. De su boca salen sonidos tensos, controlados a duras penas.

Cuando introduce la punta de la lengua en mi boca, tomo aire de golpe. Me conduce hacia el dormitorio y se me endurecen los pezones. Noto los pechos pesados y un intenso calor entre las piernas.

Su pie aterriza encima del mío y murmura una disculpa.

—Tranquilo, no pasa nada —susurro mientras me besa.

Tengo los ojos cerrados, pero noto que se quita los zapatos y oigo que caen al suelo de madera. El borde de una pared choca con mi espalda y él murmura otra disculpa contra mi boca, succiona mi lengua y trata de distraerme. Desliza los dedos por mi columna vertebral y por debajo de mi camisa. Me la quita enseguida y la dejamos atrás, olvidada en el suelo. Mi mano tira de su camisa hasta que su piel está desnuda, cálida y apretada contra la mía.

Nos despojamos de toda la ropa. Ansel se quita los pantalones de cualquier manera. La habitación da un vuelco. Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo el techo sobre mi cabeza y noto el tacto suave de las sábanas en la espalda. Me besa el cuello y el hombro, desciende hasta mi pecho lamiendo. El dormitorio está más

oscuro de lo que yo esperaba, y casi olvido que estamos desnudos hasta que Ansel se pone de rodillas, se estira encima de mí, rebusca en la mesilla de noche y regresa con un preservativo.

—Oh —digo, frunciendo el ceño. Supongo que estamos listos para empezar. También supongo que aún no han llegado los resultados de los análisis de sangre—. ¿Estamos...?

Mira el envoltorio de papel de aluminio.

—He mirado el correo y no... Bueno... Si tú quieres...

—¡No! —exclamo—. Bien. Está bien.

¿Podría ser más incómoda la situación? ¿Cree que tengo algo? ¿Cree que lo de Las Vegas fue algo que me ocurre cada día? ¿Y él? ¿Y la otra? Tengo delante de mí kilómetros de pecho desnudo y brazos, su vientre plano, su polla dura entre nosotros. ¿Cuántas mujeres más han disfrutado de estas mismas vistas?

—Mejor usamos condón hasta que lo sepamos. Es lo más maduro, ¿no?

Asiente con la cabeza. No se me escapa cómo le tiemblan las manos al abrir el envoltorio, cogerse el miembro y extender el látex. Se coloca entre mis piernas abiertas y me mira.

—¿Lista? —pregunta.

Asiento y aspiro con fuerza cuando sus dedos encuentran mi humedad y empiezan a dibujar pequeños círculos. De pronto, su polla toma el relevo.

Y oh... vale. Es... muy agradable.

—¿Todo bien? —quiere saber.

Esta vez le rodeo las caderas con las piernas y tiro de él.

Exhala al penetrarme y se queda quieto. Sus leves sonidos vibran contra mi piel, y asiento con la cabeza para indicarle que estoy bien, que siga adelante. Sale y vuelve a entrar. Su pelo me roza el pecho cuando baja la vista y mira entre nosotros, contemplando su propio movimiento en mi interior. Una y otra vez.

Soy consciente de cada vez que respira, cada palabra y gruñido que brota de sus labios, el sonido de su piel al chocar contra la mía. Se oye un grito procedente de la calle y miro hacia la ventana. Ansel me toca la barbilla, sonrío para atraer mi atención y me besa. Aún puedo percibir el sabor del vino que debe de haber tomado mientras empezaba a preparar la cena; noto el rastro persistente de su loción para después del afeitado. Pero también oigo sonidos en la calle y siento el ambiente denso y húmedo del apartamento a nuestro alrededor.

Se me ocurre que no observé ninguno de esos detalles cuando estuvimos juntos en Las Vegas ni en la habitación de su hotel. Estaba tan absorta en la fantasía de dónde estábamos y qué hacíamos, fingiendo ser otra persona con una vida distinta, que me olvidé de pensar o preocuparme. Solo le quería a él.

Ansel acelera el ritmo y alarga el brazo entre nosotros. Sus dedos se deslizan hasta nuestro punto de unión y acto seguido se apoyan en mi clítoris. Y es fantástico, de verdad. Estar con él es fantástico, los sonidos que hace son alucinantes, y solo han pasado unos minutos, pero... oh... noto algo.

¿Ya? Ya.

—Sí —digo en voz baja.

En respuesta, Ansel suelta una palabrota y acelera el ritmo de sus caderas. Vaya, eso está muy bien, porque ahí está otra vez, un destello, una tensión en lo más hondo de mi estómago. La presión crece densa, y vuelvo a estar cerca.

¿Verdad?

Sí.

No.

... ¿tal vez?

Desplazo las caderas y Ansel hace lo mismo. Comienza a moverse con más fuerza, más deprisa, hasta que el cabecero empieza a golpear la pared a un ritmo constante y...

Resulta difícil desconectar de ese ruido. ¿Qué pasa con los vecinos?

«Ay, cerebro, cállate.» Cierro los ojos con fuerza y vuelvo a concentrarme, respiro hondo y alzo la vista. Ansel, guapísimo, me susurra palabras sucias al oído. Algunas las entiendo; otras podrían ser su lista de la compra y seguramente me sonarían sexis de todos modos.

—Prácticamente te oigo pensar, *Cerise* —me susurra al oído—. Para.

Madre mía, lo intento. Deslizo las piernas hacia arriba, junto a los costados de Ansel, e intento guiarle, rogándole en silencio a mi cuerpo que regrese a ese lugar en el que se me derriten los miembros y no oigo nada que no sea el sonido de Ansel entrando y entrando, pero... mierda, no me hace caso. Estúpido cuerpo. Estúpido cerebro. Estúpido orgasmo caprichoso.

—Déjame oírte —dice, pero suena como una pregunta. Como si me estuviera preguntando—. No hace falta que estés callada.

¿Estoy callada? Me siento tan incómoda que suelto un gruñido y cierro los

ojos, preguntándome si debería decirle que no hace falta que me espere y recordarle que a veces mi cuerpo tarda demasiado o, aunque no puedo creer que me lo esté planteando, si debería fingir.

—Ansel —digo, y le agarro de los hombros con más fuerza porque, la verdad, no tengo la menor idea de lo que va a salir de mi boca—. Me gusta mucho, pero...

Al parecer, no necesitaba nada más.

—¡Oh, Dios! —gime—. Aún no, aún no.

Se muerde el labio inferior, me retuerce un mechón de pelo con los dedos y me coge el trasero con la otra mano, levantándome hacia él. Más cerca. Se inclina y gruñe contra mi boca, y si yo no estuviera tan perdida en mi propia cabeza todo esto sería muy sexy.

—¡Joder, joder, joder! —masculla, y me embiste por última vez, tan hondo que tengo la sensación de que prácticamente me doblo por la mitad.

El aire escapa ruidosamente de mis pulmones. Ansel se derrumba contra mí y yo miro el techo, parpadeando.

Este momento me resulta familiar. Es el mismo que he vivido una y otra vez a lo largo de mi vida. El momento en que mi cuerpo no lo ha logrado y me queda la preocupación de que haya algo malo en mí. De que tal vez nunca tenga orgasmos habituales con otra persona.

Ansel me da un beso cálido y persistente en los labios. Agarra el preservativo y sale de mi interior.

—¿Estás bien? —pregunta, acercándose para mirarme a los ojos.

Me estiro, hago lo posible para parecer absolutamente hecha polvo y le sonrío.

—Claro que sí. Solo —hago una pausa para bostezar de forma muy teatral— muy relajada —añado con voz soñolienta.

Puedo ver las palabras en la punta de su lengua, la pregunta: «¿Te has corrido?»

—¿Quieres cenar? —pregunta en cambio, y me da un beso en la barbilla. Su voz contiene un leve temblor, una pizca de incertidumbre.

Asiento con la cabeza y observo cómo se levanta de la cama, se viste y me sonrío tiernamente antes de salir del dormitorio.

## 10

Pasan tres días en un suspiro, entre visitas turísticas, comida rica en grasas, café, pies cansados y unas pocas horas en casa con Ansel. Es fácil estar a su lado; el chico recupera su actitud despreocupada en cuanto tiene tiempo de relajarse tras la jornada laboral. Además, posee una rara habilidad para hacerme hablar y reír por todo, desde las verduras hasta los deportes, pasando por el cine, las correlaciones entre número de calzado y tamaño del pene y los lugares donde más me gusta que me besen.

Sin embargo, ni él ni yo sabemos recuperar la naturalidad del contacto. El miércoles por la noche, en el sofá, me abraza y me da besos en la cabeza mientras me traduce en susurros una película francesa de cine negro. Me da un beso en la sien cada vez que se marcha a trabajar y me telefonea cada día a las doce y a las cuatro.

No obstante, parece haber dejado el sexo en mis manos... por decirlo de algún modo. Y estoy fracasando estrepitosamente. Quisiera decirle que nunca seré una mujer ardiente y seductora, que tiene que desatar al Ansel salvaje para que yo me sienta a gusto, pero llega a casa tan agotado que solo le queda energía para quitarse los zapatos.

Me imagino que estoy en un montaje cinematográfico, desarrollando una nueva rutina matinal en mi fabulosa vida en París. Miro por la ventana y me tomo a sorbos el café que Ansel me ha dejado listo, decidiendo qué voy a hacer durante todo el día y repasando la pequeña lista de traducciones que me ha

preparado.

¿Cómo está usted? *Comment allez-vous?*

Gracias. *Merci.*

¿Habla usted inglés? *Parlez-vous anglais?*

¿Por dónde se va al metro? *Où se trouve le métro?*

¿Dónde está el servicio? *Où sont les toilettes?*

¿Cuánto cuesta? *Combien ça coûte?*

Pues no, no me interesa. Mi marido es perfecto. *Quoi, non, je ne suis pas intéressée. Mon mari est parfait.*

Cada mañana, una vez duchada y vestida, salgo a la calle y le compro una pasta a Simone, la dependienta estadounidense de la pequeña pastelería que está a un par de manzanas de casa. Acto seguido, me voy andando o en metro a algún lugar que todavía no haya visitado: el Barrio Latino, Montmartre, el museo d'Orsay, las Catacumbas... Hasta hago una excursión a Versalles en bicicleta para recorrer el palacio y los inmensos jardines.

Sé que es una vida de ensueño. Tanto, que la yo del futuro casi odia a la yo del presente por sentirse sola a veces, pese a tener tanto tiempo y libertad. Es absurdo. Pero es que... Ansel me gusta mucho. Estoy deseando pasar más tiempo con él. Ojalá supiese cómo recuperar la parte sexy de nuestra relación.

Por lo menos, me consuela saber que puedo llamar a Lola o a Harlow a la hora en que se levantan de la cama. Mis amigas lo están viviendo todo indirectamente a través de mí. El viernes por la tarde encuentro un banco soleado en la puerta del museo d'Orsay y telefono a Harlow para ponerla al día en lo que respecta a mi vida parisina.

Aunque Harlow ha estado aquí un montón de veces, le hablo de nuestro piso, del metro, de la pasta y el café de la mañana y de las calles sinuosas e interminables. Le digo que resulta fácil caminar varios kilómetros sin darse cuenta, que muchos de los monumentos más alucinantes están escondidos en los sitios más corrientes... aunque nada es corriente en París.

—¡Y estoy conociendo gente! —le digo—. O sea, aparte de Ansel.

—Ponme un ejemplo, porfa. ¿Nos molaría a nosotras?

—Puede —digo, reflexionando—. Hay una chica norteamericana que trabaja

en la pastelería donde desayuno. Se llama Simone, es del Valle...

—Puaj.

Me echo a reír.

—Pero el otro día dijo «bárbaro» para decir «guay» y, desde entonces, cada vez que pienso en ella me viene a la cabeza el nombre de «Bárbara».

—Solo por eso sería capaz de volverme lesbiana por ti, Mia —me contesta Harlow—. Casi no hablas, pero luego, de repente, sueltas perlas como esa. Como aquella vez, en séptimo, que tuvimos una pelea y me llamaste Putilow. ¿Recuerdas que me empecé a reír y no pude parar hasta que me meé encima? Pelearnos se nos da fatal.

—Escucha —digo entre risas—: no se habla con su mejor amiga de toda la vida porque ha elegido la misma canción que ella para el primer baile el día que se case.

Harlow guarda un breve silencio antes de decir:

—Ponme otro ejemplo. Eso me parece que lo entiendo.

—¿En serio? —Me aparto el teléfono de la oreja y lo miro como si mi amiga pudiera ver mi expresión escandalizada a través de la llamada—. Pues no te preocupes, Harlow, que ni Lola ni yo escogeremos nada de Céline Dion.

—Me doy cuenta de que te estás burlando, pero esa mujer es increíble. Y en concierto... Uff, no me tires de la lengua.

Suelto un gruñido.

—Vale, te pondré otro ejemplo. —Repaso varias opciones. Podría hablar de la otra camarera, la callada Rhea, a la que he empezado a llamar en mi cabeza «Rheanimada», pero entonces recuerdo la manía más rara de Simone—: Bárbara dice «Me cago en mi puta cabeza» a todas horas.

—¡Ostras! ¿Y lo dice aunque no tenga cáncer ni esté atrapada debajo de un camión?

—Pues sí. Que se le cae el cambio: «Me cago en mi puta cabeza». Que le salpica un poco de café: «Me cago en mi puta cabeza». Que se le rompe una uña: «Me cago en mi puta cabeza». Va en serio. Otra cosa: las calles de esta ciudad parecen cosa de locos. Los coches van a toda leche, pero los peatones bajan de la acera como si pensarán: «Mi vida ha estado muy bien, así que no pasa nada si todo acaba aquí».

Harlow se parte de risa al otro lado de la línea. Ese sonido me reconforta, hace

que mi mundo vuelva a parecer grande.

—¿Y qué te parece comer con una botella de vino y cuatro cafés? —le pregunto entre risitas—. ¿Por qué no?

—Esa ciudad es mi favorita —dice Harlow.

—Si has estado aquí, ¿por qué te la estoy describiendo?

—¿No será porque me echas de menos?

Apoyo la espalda en el respaldo del banco.

—Sí. Mucho.

Se produce un breve silencio.

—¿Y el marido?

Ah. La pregunta del millón.

—Está bien.

—¿Eso es todo? —pregunta en voz más baja—. ¿No vas a decirme nada más? ¿Llevas dos semanas viviendo con Don Adonis y solo puedes decirme que «está bien»?

Cierro los ojos y levanto la cabeza hacia el sol.

—Es un encanto, pero no para de trabajar. Y cuando está en casa, le resulto tan seductora como una caja de cartón.

—Vaya. ¿Has hecho más amigos? Me refiero a amigos que estén buenos. Ya sabes, desde mi punto de vista —añade, y percibo la sonrisa en su voz.

—Mmm. La verdad es que no. Piensa que ha pasado una semana y media, y que he estado enferma buena parte de ese tiempo. Conocí a la mujer del piso de abajo. Casi no habla inglés, pero logramos entendernos.

—Dile a Ansel que te presente a alguien para cuando él no esté.

—Sí, bueno, no conozco a ningún amigo suyo. —Me quedo pensativa unos instantes—. No me malinterpretes, pero pasamos tan poco tiempo juntos que no sé si quiero compartirle con nadie más. De todas formas, ¿no es un poco raro? ¿No te parece extraño que no haya sacado el tema de quedar con sus amigos?

—Mmm, pues... o tiene escondidas a un montón de novias muertas...

—Ja ja.

—... o es como has dicho tú y simplemente está ocupado. Cuando yo era pequeña, en casa nos pasábamos semanas sin ver apenas a mi padre.

Tiro de un hilo suelto de mi camiseta, preguntándome si podría estar en lo cierto.



—Sí, supongo que tienes razón.

—Ooooo —añade—, como es un tío, le gusta imaginar que te conformas con pasearte desnuda por su apartamento durante todo el día. Yo voto por esa hipótesis.

—Vale.

—Te subirás a un avión dentro de pocas semanas. Disfruta de la libertad. Llena los días de sol y vino. De ratos desnuda con tíos buenos franceses. Con uno en concreto.

—La otra noche lo hicimos y fue muy incómodo, porque no pude parar de pensar. Ahora llevamos tres días sin hacer nada y me muero de ganas de tocarle. Es una tortura.

Y es cierto. Nada más decirlo, pienso en la piel lisa de su cuello, en sus suaves mordisquitos, en las líneas marcadas del pecho y del estómago.

—Pues sal de tu cabeza y préstale a su cabeza un poco de atención—dice con un dramático acento ruso—. No sé si lo pillas.

—No lo pillo, Putillow. ¿Me puedes explicar lo de su «cabeza»? ¿Te refieres al pene? Déjate de adivinanzas, anda.

—Bueno, dime una cosa. ¿Por qué fue fácil en Las Vegas y no es fácil ahí?

—No lo sé... —Arrugo la nariz, pensando—. Creo que fingí ser la clase de chica capaz de hacer algo así. Rollo de una noche, sexy y tal.

Se echa a reír y me aconseja:

—Pues vuelve a ser esa chica.

—No es tan fácil. Aquí resulta más raro. Es como si todo estuviera cargado de intención. «Hay que hacerlo porque me atraes mucho y estamos casados. Los casados lo hacen. Bip bip bip, ha fallado el reinicio del sistema.»

—Estás haciendo el baile del robot, ¿a que sí?

Miro mi mano levantada, los dedos juntos y estirados.

—Puede.

Su risa se convierte en carcajada y exclama:

—¡Pues no seas tan neurótica, pedazo de trol!

—¡Putillow, tía, cómo no se me ha ocurrido antes! Solo tengo que ser menos neurótica. ¡Muchas gracias, acabas de resolver todos mis problemas!

—Vale, muy bien —dice, y me parece estar viendo su cara, me parece estar viendo cómo se inclina hacia delante y se pone seria para hablar de su tema

favorito: el sexo—. Si quieres un consejo, guapa, búscate un disfraz.

Tengo la impresión de que el cielo acaba de abrirse y me ha dejado caer un yunque sobre la cabeza.

O un guante.

Cierro los ojos y recuerdo Las Vegas, lo fácil que me resultó mostrarme juguetona en lugar de seria. Fingir ser más valiente de lo que soy. Y la mañana en que utilicé su mano como juguete sexual. Entonces también funcionó. Ser otra persona, perderme en el papel.

La idea me hace cosquillas en la mente antes de abrir del todo las alas.

Jugar.

«¿Qué es lo que más te gustaba de bailar?», me había preguntado él.

«La posibilidad de ser cualquier persona sobre el escenario —le dije—. Quiero tener una vida distinta esta noche.»

Y entonces escogí una vida distinta, pero está ahí, en espera.

—¿A que te conozco muy bien? —pregunta Harlow, y su sonrisa cruza el océano a través de la línea telefónica.

Aunque he comprendido de pronto que fingir me ayuda a relajarme, aún no sé muy bien cómo enfocar la cuestión. Un disfraz... ¿Ropa interior sexy para adoptar la actitud mental adecuada? ¿O lo que Harlow me aconseja es utilizar todos los recursos a mi alcance y lanzarme de cabeza al mundo del espectáculo? Mi móvil no para de sonar: mi amiga me envía mensajes y más mensajes con enlaces y direcciones de tiendas situadas en una zona conocida como Place Pigalle.

Y, por supuesto, todas están en el barrio de nuestro apartamento, por lo que este plan parece todavía más marcado por el destino. Poniéndome las cosas fáciles, ¿no es así, Harlow?

Sin embargo, ninguna de esas tiendas corresponde a lo que estoy buscando. Son oscuras y cavernosas, se anuncian con brillantes rótulos de neón o tienen los escaparates llenos de maniquís vestidos con piezas de inquietante lencería. Sigo andando en busca de la última dirección que me ha enviado Harlow. Recorro un estrecho callejón silencioso y luego otro envuelto en húmedas sombras. Continúo a lo largo de varias manzanas hasta que, en un patio minúsculo,

reaparece el sol. A solo diez metros de distancia, veo una tienda pequeña y discreta con encaje, terciopelo y cuero en el escaparate.

Me siento transportada al Callejón Diagon.

Abro la puerta y me asalta el olor a lirio y salvia, un aroma tan cálido y sencillo que me relajo al instante. Una mujer sale de detrás del mostrador. Por algún motivo, se le ocurre decirme «hola» y no «*bonjour*».

Lleva puesto un corsé de cuero que le levanta los senos. Sus piernas aparecen envueltas en unos vaqueros oscuros, y sus tacones, de un rojo intenso, deben de medir más de doce centímetros.

A mi alrededor, todo son juguetes, consoladores, puños de goma y esposas. Al fondo de la tienda hay estanterías de libros y vídeos, y a lo largo de las paredes laterales veo colgadores con disfraces de todos los colores y para todas las fantasías imaginables.

—¿Buscas un disfraz para llevar puesto o para jugar? —pregunta, al ver dónde centro mi atención.

Aunque la manera de formular su pregunta resulta un tanto confusa y aunque mi cerebro quiere detenerse en el dulce acento con el que ha pronunciado la palabra «disfraz», sé a qué se refiere. Porque ese es precisamente el motivo que me ha llevado a entrar.

—Para jugar —contesto.

En sus ojos se dibuja una cálida sonrisa. Una sonrisa auténtica en una tienda minúscula de una ciudad enorme.

—Empezaremos por lo más sencillo, ¿vale? —Se dirige a un colgador con disfraces que reconozco: enfermera, criada, colegiala, gata. Paso la mano por el colgador mientras florece la excitación debajo de mis costillas—. Y luego vuelves cuando él quiera más.

Al llegar a casa, compruebo con alivio que Ansel no ha llegado todavía. Dejo caer sobre la encimera de la cocina un paquete de comida preparada, voy al dormitorio y saco el disfraz de la bolsa. Cuando lo sostengo delante de mí, noto la primera punzada de incertidumbre. La dependienta me ha medido el pecho, la cintura y las caderas para poder calcular mi talla. Pero no parece que la prenda diminuta que tengo en las manos vaya a caberme.

Resulta que el disfraz me cabe, aunque no parece más grande después de ponérmelo. El corpiño y la falda son de satén rosa y delicado encaje negro. Mis pechos, juntos y levantados, forman un escote que no he tenido nunca. La falda acampanada acaba muchos centímetros por encima de las rodillas. Cuando me incline hacia delante, tienen que verse las braguitas negras con volantes. Me ato el minúsculo delantal, me coloco la pequeña cofia sobre la cabeza y, después de ponerme las medias negras hasta el muslo, enderezo los lazos rosados a la altura de las rodillas. Cuando me he calzado los tacones y cojo el plumero, me siento sexy y ridícula al mismo tiempo, si es que esa combinación es posible. Mi mente fluctúa entre las dos sensaciones. No se trata de que el disfraz no me quede bien; es que, sinceramente, no me imagino qué pensará Ansel cuando llegue a casa y me encuentre así.

Sin embargo, disfrazarse no basta. Los disfraces por sí solos no son suficientes. Necesito un argumento, una historia que contar. Intuyo que esta noche necesitamos perdernos en otra realidad, una realidad en la que el estrés del

trabajo no gravite sobre las horas diurnas de Ansel y yo no tenga la sensación de que la chica a la que ofreció la oportunidad de vivir una aventura se dejó la chispa en Estados Unidos.

Podría ser la criada eficiente que ha hecho su trabajo a la perfección y merece una recompensa. La idea de Ansel dándome las gracias, recompensándome, me enciende la piel. El problema es que el piso de Ansel está impecable. No puedo hacer nada para que tenga mejor aspecto, y él no entenderá qué papel le corresponde hacer.

Eso significa que tengo que meterme en problemas.

Miro a mi alrededor, preguntándome qué puedo desordenar, algo en lo que él se fije enseguida. No quiero dejar comida sobre la encimera por si el plan funciona y acabamos en la cama toda la noche. Mis ojos recorren el apartamento y se detienen en las ventanas.

A la suave luz de las farolas, veo que los cristales relucen sin una sola mancha.

Sé que está a punto de llegar. Oigo el rechinar del ascensor, el ruido metálico de las puertas al cerrarse. Cierro los ojos y apoyo las palmas de las manos en la ventana. Cuando las aparto, quedan en el cristal dos manchas alargadas.

Su llave encaja en la cerradura y gira con un crujido. La puerta se abre con el roce de madera contra madera y yo me sitúo en el recibidor con la espalda recta y las manos sujetando el plumero, delante de mí.

Ansel deja caer las llaves sobre la mesa, coloca el casco debajo y alza la vista. Abre mucho los ojos.

—Vaya. Hola.

Sus manos aprietan con más fuerza los dos sobres que acaba de coger.

—Bienvenido a casa, señor Guillaume —digo, y mi voz se quiebra al pronunciar su nombre.

Me concedo cinco minutos. Si no le apetece jugar, no será el fin del mundo.

No lo será.

Sus ojos se posan primero en la diminuta cofia de volantes que llevo sujeta al pelo con una horquilla. Acto seguido, descienden y se detienen en mis labios, como siempre, antes de deslizarse por mi cuello, mis pechos, mi cintura, mis caderas y mis muslos. Contempla mis zapatos y abre un poco la boca.

—He pensado que a lo mejor le gustaría repasar la casa antes de que me marche.

Ya me siento más fuerte. El rubor de sus mejillas y el calor que hay en sus ojos verdes cuando vuelve a mirarme a la cara me reafirma en mis intenciones.

—La casa tiene buen aspecto —dice, y su voz resulta casi inaudible.

Ni siquiera ha apartado la vista para observar la habitación, por lo que sé que, de momento, me sigue el juego.

Me aparto a un lado y cierro los puños para evitar que me tiemblen los dedos ahora que el juego empieza de verdad.

—Compruébelo todo, si quiere.

El corazón me late tan fuerte que noto cómo se me mueve el cuello, lo juro. Ansel mira instintivamente hacia la ventana, detrás de mí, y frunce el ceño.

—¿Mia?

Me acerco, conteniendo una sonrisa de excitación.

—¿Sí, señor Guillaume?

—¿Has...?

Me mira, buscando las palabras adecuadas, y señala la ventana con los sobres que lleva en la mano. Se siente incómodo porque he descubierto esa compulsión. Está intentando entender qué ocurre, y los segundos van pasando con una lentitud dolorosa.

«Es un juego. Juega. Juega.»

—¿Me he dejado algo por limpiar? —pregunto.

En ese momento lo entiende; entorna los ojos y echa la cabeza ligeramente hacia atrás. El cosquilleo nervioso de mi estómago se convierte en un brusco balanceo. Ignoro por completo si he cometido un tremendo error. Debo de parecerle una lunática.

Pero entonces recuerdo a Ansel en el pasillo del hotel, llevando solo unos bóxers y coqueteando conmigo. Le recuerdo acercándose a mí por detrás y hablándome al oído; recuerdo a Finn acercándosele sigilosamente, a punto de bajarle los pantalones hasta los tobillos. Recuerdo lo que Finn me contó sobre los bronies y la suerte. Sé que, en el fondo, más allá del estrés del trabajo, Ansel está dispuesto a divertirse un poco.

Mierda. Solo espero que esté dispuesto a esto. No quiero equivocarme. Si me equivoco, volveré a las épocas oscuras del silencio incómodo.

Se vuelve despacio hacia mí. En sus labios se dibuja una de esas sonrisas desenvueltas que llevo días sin verle. Vuelve a repasarme desde la parte superior

de la cabeza hasta los tacones de vértigo. Su mirada resulta tangible, un roce de calor sobre mi piel.

—¿Es esto lo que necesitas? —susurra.

Al cabo de un instante, asiento con la cabeza.

—Eso creo.

Una orquesta de bocinas asciende desde la calle, y Ansel espera a que el piso recupere el silencio antes de hablar:

—Oh, sí —dice despacio—. Te has dejado algo.

Frunzo el ceño, fingiendo inquietud, y mi boca forma una «o» suave y redonda.

Con un gesto dramático, se da la vuelta, va hasta la cocina dando fuertes pisotones y saca un frasco sin etiqueta. Huele a vinagre, y me pregunto si tendrá su propia receta de limpiacristales. Sus dedos rozan los míos cuando me entrega el frasco.

—Puedes arreglarlo antes de marcharte.

Segura de mí misma, enderezo los hombros. Me sigue hasta la ventana y observa cómo pulverizo una nube sobre las huellas. Hay un denso zumbido en mis venas, una sensación de poder que no me esperaba. Está haciendo lo que quiero que haga y, aunque me entrega un paño para que limpie la ventana, es porque yo lo he orquestado. Solo me está siguiendo el juego.

—Repásalo otra vez. No dejes rayas.

Cuando acabo, el cristal reluce, impecable. Detrás de mí, Ansel exhala despacio.

—Lo apropiado sería que te disculparas, ¿no te parece?

Cuando me vuelvo hacia él, parece tan sinceramente disgustado que el pulso me palpita en la garganta, caliente y entusiasmado. Balbuceo:

—Lo siento. Es que...

Levanta el brazo y, con ojos chispeantes, me pasa el pulgar por el labio inferior para calmarme.

—Bien. —Mira parpadeando hacia la cocina, inhala despacio y, al percibir el olor del pollo asado, pregunta—: ¿Has hecho la cena?

—He encargado... —Hago una pausa, parpadeando—. Sí, le he preparado la cena.

—Me gustaría cenar ahora.

Con una leve sonrisa, se vuelve y cruza la habitación hasta la mesa de comedor. Se sienta y se apoya en el respaldo. Oigo el ruido de papel rasgado cuando abre el correo que llevaba en la mano y una espiración larga y suave mientras lo deja sobre la mesa, a su lado. Ni siquiera se vuelve a mirarme.

«Joder, qué bien se le da esto.»

Voy hasta la cocina, saco la comida del recipiente de la tienda y, entre miradas subrepticias en dirección a Ansel, se la sirvo en un plato lo mejor que sé. Sigue esperando y leyendo su correo, con paciencia, sin salirse del papel, mientras espera a que yo, su criada, le lleve la cena. De momento, la cosa va bien. Veo una botella de vino sobre la encimera, saco el corcho y le sirvo una copa. El tinto brilla suntuoso, trepando por los lados al oscilar en mi mano. Cojo el plato y le llevo la cena, que deposito sobre la mesa sin hacer apenas ruido.

—Gracias.

—No hay de qué.

Me quedo allí unos instantes, mirando la carta que ha debido de dejar para que yo la vea. Está boca arriba sobre la mesa, y lo primero que capta mi mirada es su nombre en la parte superior, y luego la larga lista de marcas bajo la columna «*négatif*» para cada enfermedad de transmisión sexual para la que nos hicimos las pruebas.

Y entonces veo el sobre sin abrir al lado del suyo, dirigido a mi nombre.

—¿Es mi hoja de salario? —le pregunto.

Espero a que asienta con la cabeza y desliza el sobre por encima de la mesa. Lo abro, leo la carta rápidamente y sonrío. Todo bien.

No me pregunta qué dice mi carta, y no me molesto en decírselo. En cambio, me quedo de pie a un lado, justo detrás de él. El corazón me aporrea el pecho mientras contemplo cómo cena. No me pregunta si he comido, no me ofrece nada.

El juego al que estamos jugando le otorga a Ansel un papel de leve dominación que me llena el estómago de mariposas y me enciende la piel. Me gusta verle comer, utilizando el tenedor y el cuchillo con cada bocado, por supuesto. Se encorva sobre su plato y sus hombros se flexionan, definiendo los músculos de su espalda, que resultan visibles a través de la camisa de color lila.

¿Qué haremos cuando acabe? ¿Continuaremos jugando? ¿O dejará de hacer teatro y me llevará al dormitorio para tocarme? Deseo las dos opciones; deseo



notar cada centímetro de su piel, pero aún deseo más seguir jugando.

Se bebe el vino deprisa, acompañando cada bocado con largos tragos. Al principio, me pregunto si está nervioso e intenta disimularlo. Pero cuando deja la copa sobre la mesa y me indica con un gesto que vuelva a llenársela, se me ocurre que simplemente quiere averiguar hasta cuándo seguiré sirviéndole.

Saco la botella y vuelvo a llenarle la copa.

—*Merci* —se limita a decir en voz baja.

A continuación, regresa a su comida.

El silencio resulta enervante y, por fuerza, tiene que ser intencionado. Puede que Ansel sea adicto al trabajo, pero, cuando está en casa, el piso nunca está en silencio. Canta, parlotea, tamborilea con los dedos sobre cualquier superficie... Comprendo que estoy en lo cierto, que el silencio es intencionado, cuando traga un bocado y dice:

—Háblame. Cuéntame algo mientras ceno.

Me está poniendo a prueba de nuevo, y sabe que lo que me pide me supone una dificultad mayor que rellenarle la copa.

—He pasado un buen día trabajando —le digo.

—Mmm.

Sigue masticando y me mira por encima del hombro. Por primera vez veo un atisbo de vacilación en sus ojos, como si quisiera que yo pudiera contarle todo lo que he hecho realmente hoy, pero no puedo mientras estemos jugando.

—He estado limpiando un rato cerca del museo d'Orsay... y luego cerca de la Madeleine —contesto con una sonrisa, disfrutando de nuestro código.

Ansel regresa a su comida y a su silencio.

Intuyo que debería seguir hablando, pero no sé qué decir. Susurro:

—El sobre... mi hoja de salario está bien.

Hace una pausa breve, aunque suficiente para que me dé cuenta de que se queda sin respiración. Cuando se limpia la boca con cuidado y deja la servilleta junto al plato, el pulso se me acelera en la garganta. Puedo sentirlo a lo largo de los brazos, en lo más hondo del vientre. Se aparta de la mesa, pero no se levanta.

—Bien.

Alargo el brazo hacia el plato vacío, pero me detiene con una mano.

—Si vas a seguir siendo mi criada, deberías saber que nunca paso por alto las ventanas.

Parpadeo, tratando de descifrar este código. Se humedece los labios mientras espera a que yo diga algo.

—Lo entiendo.

Sus labios esbozan una leve sonrisa juguetona.

—¿Lo entiendes?

Cierro los ojos y admito:

—No.

Noto que la punta de su dedo asciende por la cara interna de mi pierna, desde la rodilla hasta media altura del muslo. Cada sensación resulta afilada como un cuchillo.

—Pues te ayudaré a entenderlo —susurra—. Me gusta que hayas subsanado tu error. Me gusta que me hayas servido la cena. Me gusta que te hayas puesto el uniforme.

Me gusta que hayas querido jugar, pretende decir, y lo dice con la lengua que le humedece los labios, con la mirada que recorre mi cuerpo. La próxima vez lo entenderé, está diciendo.

—Oh —exhalo, abriendo los ojos—. Puede que no me olvide de la ventana cada noche. Puede que algunas noches me olvide de otras cosas.

Su sonrisa aparece y se esfuma tan pronto como logra controlarla.

—No pasa nada. Pero aprecio los uniformes en general.

Un nudo se deshace dentro de mi pecho. Me acaba de confirmar que entiende ese aspecto de mí. Ansel se siente cómodo consigo mismo, es el vivo retrato de la naturalidad. Sin embargo, yo nunca he sido esa clase de chica, salvo cuando bailaba. Él me ayuda a sentirme segura mientras exploro distintas formas de salir de mi propia mente.

—¿Te has puesto húmeda al servirme la cena?

Al oír esa pregunta directa, mis ojos se clavan en los suyos y se me desboca el corazón.

—¿Qué?

—Que si te has puesto húmeda al servirme la cena.

—Me parece... que sí.

—No te creo. —Sonríe, pero su sonrisa presenta una curva deliciosamente siniestra—. Enséñamelo.

Bajo una mano temblorosa y la introduzco en mis bragas. En efecto, estoy

húmeda. Embarazosa y licenciosamente húmeda. Sin pensar, me acaricio a mí misma bajo su mirada sombría.

—Deja que lo pruebe.

Al oír esas palabras, algo se abre en mi interior con un estallido. Saco la mano de mi ropa interior soltando un gemido. Ansel observa el trayecto de mis dedos desde mi entrepierna hasta su boca, su cualidad escurridiza, visible a la tenue luz de la habitación.

Le rozo los labios y, cuando los abre, le introduzco dos dedos en la boca. Su lengua tibia se enrosca alrededor de ellos. Es una tortura, y él lo sabe: quiero sentir su boca entre mis piernas ahora mismo. Me sujeta por la muñeca, y no puedo apartarme mientras me chupa la punta del dedo, lamiéndola como me lamería el clítoris, atormentándome hasta que un anhelo me invade el cuerpo entero, la clase de anhelo que llega con el placer pisándole los talones, prometiendo más.

—Otra vez.

Gimoteo un poco; no quiero volver a sentir la presión de mi mano sin que llegue el alivio. No recuerdo cuándo fue la última vez que necesité sexo con tanta intensidad. Estoy todavía más mojada que antes. Esta vez, Ansel deja que deslice mis dedos adelante y atrás durante más tiempo; tanto, que intuyo mi orgasmo a lo lejos, sabiendo que mi cuerpo ansía dejarse llevar.

—¡Para! —me ordena. Me agarra del brazo y saca mi mano de las bragas. Chupa todos y cada uno de mis dedos, mirándome a los ojos—. Súbete a la mesa.

Rodeo a Ansel, aparto el plato bien lejos y me siento en la mesa del comedor, delante de él. Sus muslos se sitúan a ambos lados de los míos.

—Túmbate —exige.

Obedezco, y exhalo temblorosa cuando sus manos suben y bajan por mis piernas antes de quitarme los altísimos tacones negros. Se apoya mis pies en los muslos, se inclina hacia delante y me besa la cara interna de la rodilla.

La tela de sus pantalones de vestir es suave contra las plantas de mis pies, y su aliento se desliza hacia arriba, desde los tobillos hasta los muslos. Su pelo suave me roza la piel, sus manos se cierran en torno a mis pantorrillas, sujetándome las piernas.

Lo noto todo, y es como si estuviese hecha de ansia pura. Es un ansia líquida y

caliente que me invade los miembros y agota mi paciencia. «Tócame», grita mi cuerpo. Me retuerzo en la mesa, y Ansel me sujeta apoyándose una mano firme en el abdomen.

—¡Estate quieta!

Exhala una vez, un prolongado chorro de aire impulsado directamente entre mis piernas.

—Por favor... —le ruego con voz entrecortada.

Me encanta este aspecto suyo. Quiero más, quiero provocar el matiz áspero de su tono, pero también quiero que esté satisfecho de mí. Dudo entre probar a desafiarle y ahondar cada vez más en este sencillo papel de obediencia.

—¿Por favor qué? —Besa la delicada piel situada justo al lado de las bragas de volantes—. ¿Que te premie por ser tan buena criada?

Abro la boca, pero solo sale de ella un suave sonido suplicante. Clava la nariz contra mi coño, bajo la tela, presionando, besando, deslizado sus dientes por los labios y el monte de Venus hasta llegar a la cadera.

—¿O que te castigue por ser tan mala y apoyar las manos en las ventanas?

Las dos cosas. Sí. Por favor.

Estoy increíblemente húmeda. Mis caderas se impulsan hacia arriba, y unos leves sonidos escapan de mi garganta cada vez que siento la presión caliente de su aliento contra mi piel.

—Tócame —suplico—. Quiero sentir tu boca.

Introduce un dedo bajo la tela, aparta a un lado las bragas empapadas y me lame directa y firmemente, con un prolongado lametón. Lanzo un grito ahogado y arqueo la espalda.

Abre la boca, succionando con urgencia.

Bien, Dios, qué bien.

Me lame con la lengua plana, clavándome los dedos. Se aparta con un leve gruñido.

—Mírame —dice, y pronuncia las cuatro palabras siguientes contra la delicada piel del clítoris—. Mira cómo te beso.

Su exigencia es más una amenaza que una orden, porque no podría apartar de mi cuerpo su mirada posesiva aunque quisiera.

—Tienes el sabor del mar —dice entre gemidos.

Succiona, tira de mí con los labios y la lengua. La sensación es demasiado

intensa para llamarla placer. Es algo más grande que aparta a un lado todas mis inhibiciones, que me hace sentir tan fuerte y atrevida que me incorporo sobre un codo y le paso la otra mano por el pelo para guiarle suavemente mientras balanceo las caderas.

Parece imposible que pueda sentir algo más, pero, cuando se da cuenta de que voy a correrme, comienza a gemir contra mí, alentándome con la vibración de su voz, la firme penetración de dos dedos y la lengua húmeda que se desliza sobre el clítoris una y otra vez.

Me embiste una breve oleada de vértigo y caigo rodando, flotando y temblando entre gozosos espasmos, tan buenos que se sitúan en la finísima línea que separa el placer del dolor. El orgasmo es tan intenso que mis piernas quieren cerrarse y mis caderas se alzan de la mesa.

Pero Ansel me mantiene abierta, metiendo y sacando los dedos entre mis piernas hasta que empiezo a jadear desmadejada, me incorporo con un esfuerzo y le atraigo hacia mí.

Se pone de pie tambaleándose y se pasa el brazo por la boca.

—Así es como sueñas cuando te corres.

Le he revuelto el pelo y tiene los labios hinchados de tanto succionarme.

—Voy a llevarte a mi cama —dice, apartando su silla.

Me tiende la mano y bajo de la mesa con piernas temblorosas. De camino hacia el dormitorio, se afloja la corbata, se desabrocha la camisa y se despoja de los zapatos. Cuando llegamos, empieza a quitarse los pantalones y me indica con un gesto que me siente en el borde de la cama.

En dos pasos se sitúa delante de mí. Se sujeta la base de la polla y me la ofrece, diciendo simplemente:

—Chupa.

Se inclina hacia delante. Tengo tantas ganas de saborearle que se me tensa la mandíbula. La almohada sobre la que duermo cada noche no contiene su auténtico aroma, a sudor limpio, hierba y agua salada. Ese olor resulta comestible, y decir que está duro no describe la sensación que me produce cuando envuelvo su verga con la mano. Ansel es como acero en mi palma. Tiene el cuerpo tan rígido que no sé cuánto podrá aguantar.

Le doy un lametón y otro más. Ascendo y descendo por su miembro hasta que está resbaladizo y húmedo, hasta que se desliza con facilidad dentro de mi

boca. Estoy temblando, enloquecida por su sabor y por la visión de su cuerpo sobre mí. Jamás me había parecido tan fuerte, casi salvaje, mientras desliza su mano entre mis cabellos, guiándome al principio cuidadosamente y sujetándome después para poder empujar a fondo. En un momento determinado, lanza un gruñido entrecortado de alivio. Por lo demás, guarda silencio. Me aprieta el cuero cabelludo con las puntas de los dedos y deja que yo recupere el control. Solo empuja hondo de vez en cuando. En mi boca parece tan hinchado como mis maltratados labios, voluminoso y necesitado de ser devorado. Y le devoro. Nunca me había gustado tanto hacer esto como me gusta con él, su gruesa verga y la piel lisa y estirada sobre la punta congestionada. Enrosco la lengua en torno a la cresta, succionando, anhelando más.

Se aparta con un sonido grave y bestial, sujetándose la polla con el puño.  
—Desnúdate.

Me levanto con las piernas temblorosas, me quito las medias, me despojo de la falda, el corpiño y, por último, las bragas de volantes. Me observa con una mirada sombría e impaciente, y masculla:

—*Allonge-toi*. —Alza la barbilla y repite en voz baja—: Túmbate.

Retrocedo sin dejar de mirar a Ansel con los ojos muy abiertos, me tiendo y abro las piernas. Quiero sentirle. Ahora mismo sabe que estoy dispuesta a darle cualquier cosa, a dárselo todo. Lo veo en su mirada. Se abalanza hacia mí, apoya una mano en la cara interna de mi muslo extendido y me penetra de un solo empujón prolongado.

Me abandona todo el aire y, durante unos segundos de aturdimiento, no puedo recuperarlo. Intento recordar cómo se inhala y se exhala, intento recordar que su polla no está expulsando realmente todo el aire que se hallaba en mi interior, que solo lo parece. Había olvidado qué impresión me produce tenerle en mi interior así: seguro de sí mismo, dominante. Pero la sensación de su calor, de que nada se interpone entre nosotros... me roba el aire, los pensamientos, la claridad mental.

Durante una eternidad no se mueve; se limita a recorrer con la mirada cada centímetro de mi cuerpo que puede ver desde su posición ventajosa. Está tan duro que tiene que sentirse casi incómodo, y noto cómo tiembla la mano que se agarra a la sábana, cerca de mi cabeza.

—¿Necesitas que te lo recuerde? —susurra.

Asiento con la cabeza, frenética, agarrándome a sus costados mientras mis

caderas se alzan de la cama, anhelantes. Sale tan despacio de mi interior que le clavo las uñas en la piel sin poder evitarlo. Sisea y vuelve a estrellarse contra mí con un gemido.

Retrocede de nuevo y vuelve a avanzar, duro y a un ritmo torturador, como si quisiera castigarme. Castigarme por las huellas en el cristal, castigarnos a los dos por la distancia que se interpuso entre nosotros. Castigarme por olvidar que el sexo para nosotros es así y que no existe nada mejor. Se inclina sobre mí y su piel frota la mía donde más le necesito. El sudor le humedece la frente y el pecho amplio y liso. Me hago un ovillo contra él para pasarle la lengua por la clavícula y el cuello, para atraer su cabeza hacia la mía y notar el retumbo de su placer contra mis dientes, mis labios, mi lengua.

Mis muslos tiemblan a ambos lados de su cuerpo mientras el placer va en aumento. Le necesito aún más, con más fuerza, y mis dedos tiran desesperados de sus caderas entre ininteligibles palabras de súplica. El placer inminente se retuerce en mi interior, cada vez más tenso, hasta que estalla y se abre en un convulsivo latigazo de sensación abrumadora que me obliga a arquear la espalda y a gritar su nombre una y otra vez.

Se levanta sobre las manos, contemplando cómo me desmonto debajo de su cuerpo. A través de la bruma de mi orgasmo, observo cómo va subiendo él. Sus embestidas son prolongadas y fuertes. Su piel entra en contacto con la mía, generando un sonido crudo que me vuelve más salvaje, que me lleva a preguntarme si realmente estoy a punto de correrme de nuevo tan pronto.

—¡Ahh! —exclamo—. Me estoy...

—¡Enséñame! —masculla, dejando caer una mano entre los dos, acariciándome el clítoris en pequeños círculos perfectos.

Mi espalda se arquea. Mi cuerpo entero se contrae en un segundo orgasmo, tan fuerte que se me nubla la vista.

Se le marcan los tendones en el cuello tenso, aprieta los dientes y entorna los ojos.

—¡Joder! —susurra.

Sus caderas, brutales, se estrellan ruidosamente contra mis muslos. Se deja caer encima de mí y noto que se crispa dentro, que se estremece bajo mis manos.

Suelto el aire, temblorosa, y enrosco las piernas alrededor de sus caderas cuando empieza a retirarse.

—No —digo contra la piel de su cuello—. Quédate.

Se inclina y su boca se pone a succionar mi pecho. Su lengua asciende por mi cuello hasta llegar a la mandíbula mientras sus caderas oscilan despacio adelante y atrás. Parece insaciable y, aunque sé que ya se ha corrido, no siento que hayamos terminado. Una vez que su boca encuentra la mía, vuelvo a perderme, a perderme en el húmedo deslizamiento de su lengua, en su lenta presión dentro y fuera de mí. Durante unos momentos su cuerpo se relaja en mi interior, pero no tardo en notar que vuelve a la vida, que se alarga y se mueve decidido, con prolongados empujones, sin separar su piel de la mía.

Esta vez el ritmo es lento. Ansel me besa a cada segundo, ahondando, buscando, dejándome oír todo el placer y la agonía de nuestros cuerpos. Me vuelvo loca de alegría.

Se aparta de mí con un suspiro de alivio. Me acurruco contra él en la oscuridad, con el corazón aún acelerado y la piel sudorosa.

—Ah —susurra, y me da un beso en la cabeza—. Aquí estás.

Le beso la garganta. Mi lengua se desliza sobre la parte hueca, levemente salada por el sudor de los dos.

—Gracias por esto —dice—. Me encanta lo que has hecho esta noche.

Mi mano asciende perezosa por su estómago y se apoya en su pecho. Cierro los ojos y le pido:

—Cuéntame lo de las ventanas.

A mi lado, se queda paralizado unos instantes. Luego exhala de forma lenta y prolongada.

—Es algo complicado.

—A mí no me esperan en ningún sitio —digo, sonriendo en la oscuridad.

Le miro a la cara, pero me cuesta distinguir sus rasgos.

Apoya sus labios en mi sien y dice:

—Mi madre, como te dije, es estadounidense. Se vino a Francia al salir del instituto y se puso a trabajar de criada.

—¡Oh! —exclamo, y me echo a reír—. Entonces puede que el disfraz que he elegido te haya resultado un poco raro.

Lanza un gruñido y me hace cosquillas.



—Te aseguro que esta noche no me has recordado nada a mi madre.

Cuando me quedo quieta, continúa diciendo:

—Le dieron su primer empleo en la regia casa de un empresario llamado Charles Guillaume.

—Tu padre —adivino.

Asiente con la cabeza.

—Mi madre es una mujer estupenda. Afectuosa, meticulosa... Me imagino que debía de ser un ama de llaves perfecta. Supongo que habré heredado esas tendencias de ella, aunque también de mi padre. Él exigía que la casa estuviera impecable. Era obsesivo en eso. Exigía que yo nunca dejara marca alguna en ninguna parte. Ni en los espejos, ni en las ventanas. Ni una miga en la cocina. Consideraba que a los niños no se les debe ver ni oír. —Hace una pausa y, cuando vuelve a hablar, su voz suena más ligera—: Tal vez nuestros padres no sean muy simpáticos, pero ¿se llevarían bien?

Contengo el aliento. Me da miedo moverme, parpadear incluso. No quiero estropear este momento. Las palabras de Ansel me parecen un regalo. Estoy ansiosa por oír cada pedacito de su historia.

—Háblame más de ellos.

Ansel me atrae hacia sí y desliza sus manos entre los cabellos de la parte posterior de mi cabeza.

—Iniciaron una relación cuando mi madre tenía solo veinte años y mi padre cuarenta y cuatro. Por lo que me ha contado ella, parece que su historia fue muy apasionada. Se obsesionó por Charles. No tenía previsto permanecer tanto tiempo en Francia, pero se enamoró de él, y creo que nunca se ha recuperado.

—¿Recuperado?

—Mi padre es un cabrón —declara, y suelta una risita seca—. Es controlador. Obsesivo con la casa, como te he dicho. Al hacerse mayor, no ha hecho más que empeorar, aunque supongo que tiene cierto carisma, cierto encanto que la atrajo a ella.

Cuando dice eso, sonrío en la oscuridad. Sé que, aunque él sea mejor persona, sin duda alguna ha heredado el encanto de su padre.

—Resulta que mi padre estaba casado con otra mujer que vivía en Inglaterra. Él se negaba a abandonar su casa para vivir con ella, y mi madre ignoraba por completo la existencia de esa esposa. Cuando *maman* se quedó embarazada de

mí, mi padre no quiso que saliera de las habitaciones del servicio ni le permitió contarle a nadie que el hijo era suyo. —Se ríe de mala gana—. De todos modos, todo el mundo lo sabía. Además, a los tres o cuatro años yo era clavadito a él. Al final, la esposa se enteró y se divorció de mi padre, pero él no quiso casarse con mi madre.

Se me encoge el corazón.

—Oh.

—Él la quería —dice en voz baja.

Su forma de hablar me obsesiona. Su inglés es perfecto, pero su acento eleva las palabras, las inclina; sus erres suenan siempre levemente guturales. Se las arregla para hablar de forma refinada y vulgar al mismo tiempo.

—La quería a su modo —añade—. Siempre se aseguró de que no nos faltara nada, e incluso insistió en pagar cuando mi madre quiso asistir a una escuela de cocina. Pero no es un hombre que ame generosamente; es un egoísta. No quería que mi madre le abandonara, aunque en esos años tuvo a muchas otras mujeres, en casa o en el trabajo. Era un infiel compulsivo, aunque también era posesivo y estaba loco por mi madre. Decía que nunca había querido tanto a nadie. Esperaba que entendiera que su deseo hacia otras mujeres no era un ataque personal contra ella. Pero, por supuesto, ella jamás debía acostarse con otro hombre.

—Vaya —digo en voz baja.

La verdad es que no me imagino cómo sería saber tanto acerca del matrimonio de mis padres. En comparación con esto, su relación parece un paisaje descolorido y estéril.

—Exacto. Así que, cuando mi abuela se puso enferma, mi madre aprovechó la oportunidad para irse de Francia, volver a Connecticut y cuidar de ella hasta que murió.

—¿Qué edad tenías cuando se marchó?

Traga saliva y dice:

—Dieciséis. Estuve viviendo con mi padre hasta que empecé la universidad.

—¿Tu madre volvió?

Noto que niega con la cabeza, a mi lado.

—No. Creo que le costó mucho marcharse, pero, una vez que se fue, supo que había hecho lo correcto. Abrió una panadería y se compró una casa. Ella quería

que yo acabase mis estudios aquí, con mis amigos, pero sé que estar tan lejos la corroía. Por eso me fui a Estados Unidos para estudiar derecho. Quizá habría vuelto aquí si yo se lo hubiera pedido, pero no podía hacerlo, ¿verdad?

Cuando asiento con la cabeza, continúa diciendo:

—Fui a la Universidad Vanderbilt. No está demasiado cerca de donde vive ella, pero sí mucho más cerca que Francia, claro. —Vuelve la cabeza y se aparta para poder mirarme—. Algún día pienso vivir allí. En Estados Unidos. Mi madre no tiene a nadie más.

Asiento con la cabeza y apoyo la cara en el hueco de su cuello. Experimento un alivio tan inmenso que me siento mareada.

—¿Te quedarás conmigo hasta que tengas que irte a Boston? —pregunta en voz baja.

—Sí, si tú también quieres.

Contesta con un pico que se convierte en un beso más profundo. El tacto de sus manos sobre mi pelo y sus gemidos contra mi lengua me invaden de una emoción un tanto desesperada. De pronto, me aterra la posibilidad de albergar hacia él sentimientos verdaderos e intensos, de tener que poner fin en algún momento a este matrimonio de juguete, regresar a la vida real e intentar olvidarle. Sin embargo, dejo mi pánico a un lado, porque no quiero estropear un momento tan perfecto. Sus besos se vuelven más lentos y sosegados, hasta que simplemente está presionando su sonrisa contra la mía.

—Bien —dice.

Por ahora es suficiente. Noto el peso del sueño detrás de mis ojos, en mis pensamientos. Mi cuerpo se siente fatigado, exprimido. Al cabo de pocos segundos, oigo el ritmo lento y constante de la respiración de Ansel, que acaba de dormirse.

## 12

Soy vagamente consciente de un puño que aporrea la puerta y me incorporo desorientada. Junto a mí, Ansel se sienta de golpe y me mira con los ojos desorbitados, aparta las sábanas y sale corriendo de la habitación. Oigo su voz soñolienta y profunda mientras habla con la persona que ha venido, sea quien sea. Nunca le había oído hablar con dureza. Debe de haber salido al rellano y cerrar la puerta a su espalda, porque percibo un chasquido y su voz desaparece. Intento no volver a dormirme. Intento esperarle para asegurarme de que no pasa nada y decirle cuánto me gusta su voz. Sin embargo, debo de estar más agotada de lo que pensaba, y ese es el último pensamiento aturdido que acude a mi mente antes de que mis ojos se cierren de nuevo.

Noto que el aire se desliza bajo las sábanas y me barre la piel. Ansel regresa a la cama. Huele a sí mismo, a hierba, sal y especias. Me vuelvo hacia él con el cerebro aún nublado, lleno de imágenes de sueños apasionados... Tan pronto como su piel fresca toca la mía, estalla un anhelo en mi vientre. Le deseo con una especie de ansia instintiva, apenas despierta. El reloj junto a la cama me indica que están a punto de dar las cuatro de la mañana.

En el pecho liso, duro y desnudo, su corazón late con fuerza bajo la palma de mi mano. Atrapa mi mano errante con la suya y la inmoviliza para que no pueda deslizarla hacia el estómago y más abajo.

—Mia —dice en voz baja.

Poco a poco, me viene a la memoria que ha ido a abrir la puerta.

—¿Va todo bien?

Exhala despacio, tratando de calmarse, y, más que verlo, intuyo su gesto de asentimiento en la oscuridad. La claraboya situada sobre la cama deja entrar la luz de la luna, pero cae a nuestros pies, iluminando solo el borde de la cama.

Me estrecho contra él y deslizo mi pierna sobre la suya. Los cuádriceps aparecen firmes y definidos bajo la tibia piel lisa. Paro al llegar a la cadera. Se arquea contra mí y suelta un gemido. Solo lleva unos bóxers, y noto que está empalmado a medias. Su corazón recupera poco a poco el ritmo normal.

No puedo estar tan cerca de él, ni siquiera medio dormida, y no desear más. Quiero subirme la camiseta y bajarle los bóxers. Quiero el calor de sus caderas apretando las mías. Emito un sonido grave contra su piel y me balanceo de forma instintiva. Al cabo de unos momentos, noto que su cuerpo despierta del todo.

Cuando lo hace, vuelve a gemir en voz baja y se sitúa de cara a mí. Sin ceremonias, me desliza las bragas piernas abajo y se baja los bóxers lo justo para poder liberar su erección.

—*J'ai envie de toi* —dice contra mi pelo, y frota la punta de su polla contra mí, probando, antes de penetrarme con un sonido ansioso—. Siempre te deseo.

Es sexo sin palabras ni pretextos; solo nosotros dos, luchando por llegar al mismo sitio. Mis movimientos resultan lentos, cargados de una somnolencia perezosa y de esa valentía de medianoche que me lleva a subirme encima de él y a apoyar la cabeza en su hombro mientras me deslizo a lo largo de la verga. Sus movimientos también son lentos: se esfuerza por ser tierno, por tratarme con cuidado.

Esta vez habla poco, quizá porque es muy tarde, pero no puedo desprenderme de la sensación de que está haciendo un esfuerzo por olvidarse del rellano y volver al dormitorio.

Pero entonces su mano desciende por mi costado y me agarra la cadera, y cualquier inquietud se disuelve, reemplazada por un placer creciente, progresivo.

—¡Qué bien follas! —masculla, oscilando contra mí, correspondiendo a mis movimientos.

El polvo ha dejado de ser soñoliento y relajado. Yo estoy a punto, él está a punto, y persigo los sonidos de su orgasmo tanto como el placer que me asciende

por las piernas y me desciende por la columna vertebral. Estoy tan llena de él, tan llena de sensaciones, que me convierto en un ente cristalino y caliente, ansioso y salvaje.

Me empuja y me siento con la espalda erguida. Sus manos impulsan mis caderas sobre su cuerpo, adelante y atrás, apremiándome a montarle con aspereza mientras me penetra más hondo y más fuerte.

—¡Fóllame! —masculla, levantando una mano para agarrarme el pecho con brusquedad—. ¡Fóllame más fuerte!

Y lo hago. Me afianzo con las manos en su pecho y me dejo llevar, deslizándome sobre él una y otra vez. Nunca me he mostrado tan salvaje estando encima, nunca me he movido tan deprisa. La fricción entre nosotros es increíble, resbaladiza y áspera, y con un grito ahogado empiezo a correrme, clavándole las uñas con fuerza, mientras brotan de mis labios sonidos tensos y desesperados:

Quiero

Tan

Me corro tan

Fuerte oh

Oh Dios mío

Mi incoherencia le arranca un feroz gruñido de la garganta. Se incorpora, me clava los dedos en las caderas y apoya sus dientes en mi clavícula mientras se estrella bruscamente contra mí, corriéndose con un ronco grito tras un último y brutal impulso.

Sus brazos forman una tensa cinta en torno a mi cintura mientras aprieta su rostro contra mi cuello, recuperando el aliento. Estoy mareada; tengo las piernas cansadas. No parece tener ganas de soltarme, pero necesito cambiar de postura, así que me levanto con cuidado y me tiendo en la cama junto a él. Sin hablar, se sitúa de cara a mí, coloca mi pierna sobre su cadera y balancea despacio contra el clítoris la polla todavía dura mientras me besa la barbilla, las mejillas y los labios.

—Quiero más —reconoce en la habitación a oscuras—. No tengo bastante.

Bajo el brazo y vuelvo a deslizar su miembro cuidadosamente en mi interior. La cosa no durará mucho, pero la intensidad de sentirle así, oscilando apenas, sin espacio entre nosotros, con la negrura de la noche extendida sobre la cama como una manta de terciopelo, me provoca una agradable sensación en los huesos.

—Quiero pasarme el día entero haciéndote el amor —dice contra mi boca, y se pone encima de mí—. No quiero pensar en el trabajo, en mis amigos, ni en comer siquiera. Quiero existir solo en ti.

Entonces me acuerdo de preguntarle qué ha pasado en la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí. Quiero dormirme dentro de ti. Puede que nuestros cuerpos vuelvan a hacer el amor mientras nuestros cerebros duermen.

—No —empiezo a decir con cuidado—. ¿Quién ha venido?

Se queda quieto.

—Perry.

Perry. El amigo que no fue a Las Vegas con los demás.

—¿Qué quería?

Vacila y me da un beso en el cuello. Finalmente, dice:

—No lo sé. ¿En plena noche? No tengo ni idea.

## 13

No me hace falta abrir los ojos para saber que aún es de noche. La cama es un nido de abrigadas mantas; las sábanas suaves huelen a Ansel y a detergente de lavadora. Estoy muy cansada, flotando en ese lugar situado entre la vigilia y los sueños, así que las palabras que me susurra al oído suenan como burbujas que ascienden desde debajo del agua.

—¿Duermes con el ceño fruncido?

Unos labios tibios se apoyan en mi frente, la punta de un dedo alisa mi piel. Ansel me besa las mejillas; luego pasa su nariz por mi mandíbula mientras regresa a mi oreja.

—He visto tus zapatos junto a la puerta —susurra—. ¿Ya te has pateado todo París? Llevas las suelas gastadísimas.

No anda muy desencaminado. París es como un plano interminable que se despliega justo delante de mí. A la vuelta de cada esquina hay otra calle, otra estatua, otro edificio, más antiguo y bonito que todos los que he visto hasta ese momento. Voy a un lugar y solo siento deseos de ver qué hay más lejos, y más lejos todavía. Nunca había tenido tantas ganas de perderme en un sitio.

—Me encanta que te esfuerces por conocer mi ciudad. Y pobres de los chicos que te vean pasar con ese vestidito tan fino que he visto colgado en el baño. Tus admiradores te seguirán hasta casa, y me veré obligado a echarlos.

Noto que sonrío contra mi mejilla. Se mueve la cama, y su aliento me despeina. Mantengo el rostro relajado y respiro con suavidad, porque no quiero



despertar. No quiero que deje de hablarme así.

—Vuelve a ser sábado... Esta noche intentaré llegar pronto a casa.

Percibo el agotamiento en sus palabras. No sé si he sido muy consciente de cuánto debe de costarle conseguir el equilibrio entre lo que considera su responsabilidad hacia mí y su responsabilidad hacia el trabajo. Me imagino que debe de ser como si tirasen de él en dos direcciones opuestas.

—Te pedí que vinieras y siempre estoy fuera. No pretendía que las cosas fueran así. Simplemente... no lo pensé bien. —Se ríe contra mi cuello—. Toda la gente que conozco pondría los ojos en blanco. Oliver, Finn... y, sobre todo, mi madre —añade con cariño—. Dicen que soy impulsivo, pero quiero mejorar. Quiero portarme bien contigo.

Casi me pongo a gimotear.

—¿No piensas despertarte, *Cerise*? ¿No vas a darme un beso de despedida con esa boca tuya, con esos labios que no paran de meterme en líos? Ayer estuve en una reunión y, cuando dijeron mi nombre, resultó que no tenía ni idea de lo que estaban discutiendo. Solo podía pensar en tus labios abiertos alrededor de mi polla, y luego lo de anoche... ¡Ay! Las cosas que me imaginaré hoy. Vas a conseguir que me echen, y cuando estemos en la calle sin un céntimo solo podrás echarle la culpa a esa boca.

No puedo seguir estando serio y me echo a reír.

—Por fin —masculla contra mi cuello—, empezaba a plantearme la posibilidad de activar la alarma de incendios.

Un par de horas más tarde, al despertar a solas, recuerdo que ha murmurado unas palabras contra mis hombros y después me ha susurrado algo al oído. Me he tumbado boca arriba sin abrir los ojos y le he rodeado con todo el cuerpo en un abrazo soñoliento. La tela de su traje era áspera; la de su corbata, sedosa y sugestiva al deslizarse entre mis pechos desnudos. Si hubiera estado más despierta, habría tirado de él para que apoyara las puntas de sus dedos sobre los cardenales de mi piel.

Ansel me ha dejado preparado el desayuno. Hay café y un cruasán esperando sobre la encimera y, junto a la cofia de encaje de mi disfraz de criada, una nueva lista de frases garabateadas descansa bajo mi plato.

¿Qué hora es? *Quelle heure est-il?*

¿A qué hora cierran? *À quelle heure fermez-vous?*

Quítate la ropa, por favor. *Déshabille-toi, s'il te plaît.*

Fóllame. Más fuerte. *Baise-moi. Plus fort.*

Quiero el consolador más grande, el de la talla de mi marido. *Je voudrais le gros gode, celui qui se rapproche le plus de mon mari.*

Ha sido el mejor orgasmo de mi vida. *C'était le meilleur orgasme de ma vie.*

Voy a correrme en tu boca, preciosa. *Je vais jouir dans ta bouche, beauté.*

Sigo sonriendo mientras voy al cuarto de baño y entro en la ducha. Las imágenes de anoche desfilan por mi mente una y otra vez. En el apartamento de Ansel, el agua sale apenas tibia y con muy poca presión. Vuelvo a recordarme que no estoy en San Diego, donde, a estas horas de la mañana, solo tengo que disputarle el agua caliente a mamá, tras su clase matinal de yoga. Aquí hay siete pisos llenos de gente, y decido que mañana me levantaré más temprano y sacrificaré una hora extra de sueño con tal de disfrutar de una ducha caliente. Pero el sueño no es lo único que me perdería. Esos breves momentos de despiste en que Ansel cree que aún duermo bien podrían valer una ducha fría. Un montón de duchas frías.

Bárbara está en la calle, fumando, cuando paso por delante de la pastelería de camino hacia el metro.

—¡Vaya día llevo! ¡Ha sido una puta pesadilla! —Expulsa el humo por un lado de la boca—. Se nos han acabado los bollos que le encantan a todo el mundo, y me he tirado encima un puto café. Me cago en mi puta cabeza.

No sé muy bien por qué me siento con ella mientras dura su descanso y escucho cómo echa pestes de la dura vida de una veinteañera en París. Me cuenta que su novio nunca cierra el bote de café antes de marcharse y que le gustaría dejar de fumar, pero que, si lo hace, se pondrá a asesinar clientes. La verdad es que no es muy simpática. Quizá me quedo porque es estadounidense y porque resulta reconfortante conversar a menudo con alguien que no sea Ansel en un idioma que entiendo. O quizá es que estoy realmente hambrienta de contacto humano exterior. Lo cual es... muy deprimente.

Cuando se ha terminado el último cigarrillo y mi café lleva mucho rato frío, me despido de ella y me dirijo hacia el metro. Me dedico a explorar Le Marais

todo cuando es posible en una mañana.

Aquí se encuentran algunos de los edificios más antiguos de la ciudad. El barrio se ha hecho muy popular por sus galerías de arte, pequeños cafés y *boutiques* de lujo. Lo que más me gusta son sus calles estrechas y tortuosas y los minúsculos patios que aparecen de la nada, suplicándome que los explore o simplemente que me sienta a leer una novela, perdiéndome en la historia de otra persona.

A la hora de comer, justo cuando mi estómago empieza a protestar, mi teléfono vibra en el bolso. Aún me sorprende el delicioso vuelco que me da el corazón cuando veo aparecer en la pantalla el nombre y la cara de Ansel, un tonto selfi en el que sale con las mejillas sonrosadas y sonrisa de loco.

¿Es cariño lo que siento? Desde luego. Le he tomado mucho cariño y, cada vez que le tengo cerca, me entran ganas de abalanzarme sobre él. No solo es guapísimo y encantador, sino que además se muestra amable y considerado, y nunca se le ocurriría hablar con brusquedad ni juzgar a nadie. Posee una naturalidad irresistible, y no tengo la menor duda de que deja por donde pasa un rastro involuntario de corazones rotos, masculinos y femeninos.

Estoy casi segura de que la señora mayor que lleva la tienda de la esquina está un poco enamorada de él, como casi toda la gente que le conoce. Y no puedo reprochárselo. Una tarde vi que le hablaba en francés a toda velocidad y después le apoyaba las manos arrugadas en la cara como si acabara de decirle que estaba colada por él. Más tarde, mientras íbamos por la acera comiéndonos un helado, Ansel me explicó que le había dicho que le recordaba al chico del que se enamoró en la universidad y que pensaba en él cada mañana cuando se paraba a tomar un café.

—Me ha dado las gracias por hacer que volviera a sentirse como una colegiala —dijo de mala gana, y luego se volvió hacia mí con una sonrisita llena de coquetería—. Y me ha felicitado por haberme casado con una chica tan guapa.

—Así que pones cachondas a las señoras mayores...

—La única señora que me importa es esta —replicó, y me dio un beso en la mejilla—. Y no quiero ponerte cachonda. Lo que quiero es tenerte desnuda y suplicando correrte contra mi boca.

Nunca he conocido a nadie que sepa combinar tan bien la sexualidad descarada y la falsa inocencia. Por eso, mientras avanzo por la acera llena de

gente, leo su mensaje con una mezcla de excitación y miedo.

LO DE ANOCHE FUE DIVERTIDO, dice.

Me mordisqueo el labio inferior mientras decido mi respuesta. Que entendiera lo que yo pretendía, que me siguiera el juego e incluso sugiriera repetirlo, bueno...

Inspiro hondo. MUY DIVERTIDO, respondo.

¿NO ESTUVO BIEN DEJAR DE PENSAR UN POCO?

El sol luce muy alto en el cielo y la temperatura debe de ser de unos treinta grados, pero Ansel ha logrado con una sola frase que se me erice el vello de los brazos y las piernas y se me endurezcan los pezones. Que reconozca de ese modo lo que hicimos me produce una sensación tan obscena como ver ese disfraz diminuto colgado en el armario esta mañana, junto a la ropa que se pone cada día para ir a trabajar.

SÍ QUE ESTUVO BIEN, tecleo, y, si un mensaje de texto pudiera sonar jadeante, este lo haría sin lugar a dudas.

Se produce una pausa prolongada hasta que empieza a teclear de nuevo, y me pregunto si es posible que esté tan nervioso como yo. ¿CREES QUE TE GUSTARÍA REPETIRLO?

Ni siquiera tengo que pensármelo. Sí.

Su respuesta llega despacio, pasa una eternidad tecleando. VE A LA ESTACIÓN DE MADELEINE, LÍNEA 14, HASTA CHÂTELET. VETE ANDANDO HASTA 19 RUE BEAUBOURG - CENTRO GEORGES POMPIDOU (EL MUSEO GRANDE Y BLANCO, NO TIENE PÉRDIDA). SUBE CON LAS ESCALERAS MECÁNICAS HASTA LA ÚLTIMA PLANTA. ESPÉRAME EN EL BAR DEL RESTAURANTE GEORGES A LAS 7 DE LA TARDE. TIENE LAS MEJORES VISTAS.

La emoción asciende poco a poco por mi columna vertebral y se desliza como un baño tibio sobre mi piel. De pronto, me pesan los miembros. Me invade el deseo, y tengo que pararme ante el escaparate de una pequeña librería para recuperar la compostura. Me imagino que así se sentirá un velocista en los últimos instantes que preceden al pistoletazo de salida.

No tengo la menor idea de lo que planea Ansel, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

El Centro Pompidou es fácil de encontrar. Gracias a Google, sé que está situado en la margen derecha de París, en el barrio Beaubourg. Después de explorar la ciudad durante tantos días, tengo una idea bastante precisa de dónde

estoy. Sin embargo, aunque he visto una foto del museo en Internet, no estoy en absoluto preparada para la extraña estructura monstruosa y esquelética que parece alzarse del suelo a su alrededor.

Es como si hubieran despojado el inmenso edificio de sus capas exteriores, revelando las piezas internas que lo mantienen erguido. Unos tubos de color verde, azul, amarillo y rojo se intercalan con vigas metálicas. Resultan tan artísticos como las piezas que alberga el museo.

Sigo un cartel que me dirige hacia una gran plaza adoquinada por la que pasean estudiantes, familias y grupos de turistas. Hay músicos rodeados de pequeñas multitudes y niños corriendo, cuyas voces resuenan en los descomunales espacios vacíos que crea el enorme edificio.

Tal como me ha indicado Ansel, tomo las escaleras mecánicas más grandes que he visto en mi vida hasta la última planta. Todo el trayecto de subida aparece encapsulado en túneles de plexiglás, ofreciendo vistas de una enorme extensión de París, con edificios a lo lejos que solo he visto en los libros. Distingo de inmediato la Torre Eiffel, perfilada contra el cielo de un azul intenso.

Mi reflejo me devuelve un guiño. Llevo un vestido de punto, corto y sencillo; mis cabellos brillan al sol de la tarde. Tengo el rostro encendido de expectación y hago un esfuerzo por hacer caso omiso del escalofrío de inquietud que me produce ignorar por completo lo que está pasando y haberle entregado a Ansel el control de la situación. ¿Sigo siendo su criada? Me detengo un instante entre una escalera mecánica y la siguiente mientras contemplo esa posibilidad. El reparto de poder entre los dos ya estaba desequilibrado desde que llegamos aquí. ¿En qué me estoy metiendo?

«Pero —razono—, cuando te dejaste llevar anoche, él tomó las riendas de la situación y te proporcionó la noche más intensamente erótica de tu vida. Confía en él.»

Al llegar arriba, respiro hondo y entro en el famoso restaurante. Una mujer muy guapa con el pelo rojo tomate y un vestido corto de color blanco me guía a través de un espacio que más parece el estudio de rodaje de una película de ciencia ficción que un lugar donde cenar. Todo es metal bruñido y blanco deslumbrante, vigas de acero y brillantes esculturas amorfas. Las mesas son estilizadas, de estilo industrial, y encima de cada una hay una rosa de tallo largo de color rojo rubí. La zona exterior está protegida por un cristal bajo para no

tapar las vistas, porque, vaya... menudas vistas.

Le doy las gracias y tomo asiento en la barra. Compruebo el móvil por si tengo mensajes. Acabo de empezar a escribirle a Ansel cuando noto que me dan un golpecito en el hombro.

—¿Te importa que me siente aquí? —pregunta, nervioso.

Oh. Este juego no es el mismo de anoche. Se me debe notar la confusión, porque continúa diciendo:

—A no ser que estés esperando a alguien, claro.

Extraños. Eso puedo hacerlo. Eso lo conocemos.

—No. Mmm... para nada. No faltaba más —contesto, y le indico con un gesto el asiento situado a mi derecha.

Ansel acomoda su metro ochenta y nueve de estatura en el taburete de aluminio bruñido y se pone a toquetear la servilleta de tela doblada con pulcritud. No he tenido ocasión de contemplarle a mis anchas antes de que se fuera esta mañana, así que intento observarle con disimulo mientras se mueve inquieto, interpretando su nuevo papel.

Lleva una camisa verde oscura con un estampado tan delicado que tengo que mirarlo de cerca para distinguirlo. Los pantalones negros de vestir le sientan como un guante; un toque de barba le cubre la mandíbula, y el pelo, algo más alborotado que de costumbre, le cae sobre la frente. De repente, me asalta el deseo de peinarlo con los dedos mientras atraigo su cara entre mis piernas.

Tengo que apartar la mirada para recuperar el aliento. Este tío es mi marido.

«Estás guapísimo», me gustaría decir.

«¿Cómo pude encontrar a alguien tan perfecto y natural, y en Las Vegas nada menos?», me gustaría preguntar.

Sin embargo, guardo silencio y dejo que él me muestre cómo va a evolucionar esta noche.

—Me parece que me han dado plantón —dice.

Ahora que he recuperado la compostura, me vuelvo hacia él.

—Eso es terrible. ¿No te han llamado ni te han mandado un mensaje?

Niega con la cabeza y se pasa una mano por el pelo para arreglárselo.

—Seguramente es mejor así —dice, alzando la barbilla con determinación—. De todos modos, creo que tampoco somos muy compatibles.

Me inclino hacia él.

—¿Iba a ser la primera cita?

Menea la cabeza y abre la boca para hablar, pero se interrumpe cuando el camarero se detiene ante nosotros.

—*Un whisky-soda, s'il vous plaît* —le dice al hombre antes de volverse hacia mí, expectante.

—Mmm... ¿Gin *et...* tonic?

El camarero sonríe con superioridad y se aleja.

Ansel se queda mirando la espalda del camarero y carraspea antes de continuar:

—Llevamos juntos algún tiempo, pero... —Se detiene bruscamente, negando con la cabeza. Se acerca más y baja la voz para decir—: No, no me hagas caso. No quiero fingir que estoy siendo infiel.

Me muerdo el labio inferior para contener una sonrisa. Pero qué mono es.

—Quiero decir que hemos hablado por teléfono varias veces —dice, y sus ojos se clavan en los míos como para comprobar si esa fantasía suena mejor—. La cosa nunca ha ido bien del todo, pero pensaba que, si nos conocíamos en persona...

—Mmm —respondo, sacudiendo la cabeza con empatía—. Siento que ella no haya venido.

Respira hondo, relaja los hombros y pone morritos. Está para comérselo.

—¿Y tú? Dices que no has quedado con nadie. ¿Cenarás sola? —Alza las manos—. Y te lo pregunto de la forma más inofensiva posible. No llames a los de seguridad, por favor.

Me echo a reír y me pongo a darle vueltas a mi móvil, apoyado en la barra.

—Soy nueva en la ciudad. He tenido un día muy largo en el trabajo y necesitaba una copa. Un amigo me ha dicho que este sitio ofrecía las mejores vistas de la ciudad.

—¿Un amigo?

—Un tío que conozco —le aclaro.

Ansel sonríe y mira por encima del hombro.

—Puede que tu amigo se equivoque. Me parece que las vistas desde allí son aún mejores —dice, indicando con un gesto la Torre Eiffel.

El camarero deja las bebidas delante de nosotros y alargo el brazo hacia mi vaso.

—Pero allí arriba no hay alcohol.

—Pues sí, hay champán en la última planta. Servido en las mejores copas de plástico del mundo. No te lo pierdas ya que estás aquí.

—Me están entrando ganas de afrontar las aterradoras colas y los ascensores claustrofóbicos.

—No desperdicies esta oportunidad. Es una visita típica de turistas, pero hay que hacerla al menos una vez en la vida.

—La verdad es que subí hasta arriba —reconozco, y doy un sorbo—. Fui sola cuando llevaba pocos días en la ciudad. Pero no sabía que hubiera alcohol allí. Me habría quedado mucho más rato.

—Quizá la próxima vez pueda acompañarte alguien —dice en voz baja, y un aire de disculpa ensombrece su expresión.

Él se siente culpable por dejarme sola tanto tiempo. Yo me siento culpable por trastornar su rutina. Vivimos tanto en nuestra propia cabeza que no es de extrañar que finjamos.

—Quizá —contesto con una sonrisa—. ¿Y tú? ¿Vives en París?

Ansel asiente con la cabeza y da otro sorbo.

—Sí, pero mi madre es norteamericana y estuve viajando por Estados Unidos al acabar mis estudios.

—¿Qué quieres decir? ¿Te pateaste el país en plan mochilero?

—Más o menos —dice con una carcajada—. El verano antes de empezar derecho, participé en un programa llamado Bike & Build. ¿Sabes de qué va?

Sacudo la cabeza con suavidad y me limito a decir:

—Me suena vagamente...

Ansel lo había mencionado, claro, pero me siento un poco culpable por no haberle pedido más detalles.

—Viene a ser un grupo de gente, sobre todo universitarios, que recorre el país en bicicleta durante tres meses, haciendo paradas por el camino para trabajar en varias obras.

—Yo fui a Las Vegas después de graduarme. Me parece que ganas tú.

—Bueno, eso también puede ser divertido —dice con intención, y me mira con aire burlón mientras da un trago—. Me han dicho que en Las Vegas puede pasar cualquier cosa.

—Sí —digo, y sonrío—. Pero tres meses en una bicicleta me parecen una



pasada.

Ansel se echa a reír.

—Tres meses. Bueno, once semanas para ser exactos. Recorriendo unos ciento diez kilómetros al día.

—Yo estaría muerta. A los cuatro días tendrías que llamar a mi madre para que viniera a recogerme.

Me mira de arriba abajo, evaluándome.

—Tengo la impresión de que te las apañarías muy bien.

Niego con la cabeza.

—Te aseguro que no se me da nada bien pedalear. Bueno, dime, ¿dormíais en hoteles o...?

—A veces —contesta, encogiéndose de hombros—. Algunos grupos, sobre todo familias, se alojaban en iglesias o en otros sitios. Mi grupo acostumbraba a... —Hace una pausa para buscar la palabra, frunciendo el ceño—. ¿Cómo se dice dormir fuera, en una tienda?

—Acampar —digo con una carcajada.

Chasquea los dedos.

—Exacto. Solíamos pasar varios días en un sitio mientras trabajábamos, así que montábamos una especie de campamento itinerante. Compartíamos entre tres o cuatro una tienda de lona, durmiendo en los peores catres que te puedas imaginar.

Le miro ahora, con su camisa impecable y sus pantalones bien planchados, y ya me cuesta recordarle tal como iba en Las Vegas, así que me resulta absolutamente imposible imaginármelo sudoroso y trabajando en una obra. Mi mirada se detiene en su cuello y disfruto de la fantasía durante unos instantes.

—Eso es tremendo.

Asiente con la cabeza.

—Éramos cuatro y pasábamos todo el día juntos. A veces nos moríamos de calor. Hacía mucha humedad, y no parábamos hasta que se hacía de noche. Era duro, pero nunca en mi vida me había divertido tanto. Creo que nunca conoceré a nadie tanto como conozco a esos tres amigos.

Fascinada, me salgo del personaje solo un momento:

—Te refieres a Oliver, Finn y Perry.

Su rostro se ensombrece y asiente despacio.

Mierda.

—Lo siento, no quería...

Pero ya está levantando la mano.

—No. Mi relación con ellos es una de las mejores y... más complicadas de mi vida. ¿Tiene algún sentido?

Asiento con la cabeza.

—Algunos días pedaleaba junto a ellos nueve o diez horas. Dormíamos los cuatro en un espacio parecido al de un cuarto de baño normal. Juntos, echábamos de menos a nuestras familias y nos sentíamos orgullosos de nuestro trabajo. Nos consolábamos mutuamente. A esa edad, vivir en una relación tan estrecha hizo que tres meses nos parecieran toda una vida, y... Supongo que debe de ser duro que tu vida cambie de un modo que no esperabas ni podías imaginar.

No sé qué le estará ocurriendo al tal Perry, pero es evidente que a Ansel le cuesta sobrellevarlo. Guarda silencio durante unos momentos y se queda mirando el vaso. No estoy acostumbrada a verle así y se me encoge el corazón. No me había dado cuenta de hasta qué punto ansiaba conocer más detalles de su vida hasta que nos hemos encontrado aquí, fingiendo compartir esa información con la seguridad que ofrece un extraño.

—No hables de eso si no te apetece —digo en voz baja.

—Es que, en realidad, no puedo hacer nada para solucionar lo que le está ocurriendo a Perry, y... no quiero darme importancia, pero no es una situación con la que esté familiarizado.

—Cualquiera que sea su problema —digo—, puedes apoyarle, pero es su vida. Tú no puedes hacer que sea perfecta.

Me observa en silencio unos instantes, abre la boca y vuelve a cerrarla.

—No... Es que... —Hace una pausa e inspira hondo—. Lo sé. Tienes razón.

Me gustaría decirle que lo entiendo, que sé lo que es sentirse tan cerca de alguien, sentir que se aleja y no poder traerle de vuelta, pero no puedo. Las personas más cercanas en mi vida han sido siempre Harlow y Lorelei. Son mis constantes y han estado ahí desde que íbamos a primaria. Cuando Luke y yo cortamos después del accidente, yo ya estaba lista para dejarle marchar. Y, aunque de vez en cuando siento un vacío en el espacio que él ocupaba en mi vida, creo que siempre supe que no iba a estar con él para siempre.

Para cambiar de tema, susurro:

—Bueno, desde mi punto de vista, la que te ha dejado plantado es una absoluta imbécil.

Por su expresión, veo que me ha entendido. Se vuelve completamente hacia mí y apoya un codo sobre la barra.

—No estoy muy seguro —responde al cabo de un momento, mordiéndose el labio inferior—. Empiezo a pensar que quizá me haya hecho un favor... —Deja que el comentario flote significativamente entre nosotros y seguimos sentados en silencio mientras los graves acordes de la música resuenan en torno a nosotros—. ¿Tienes novio? —pregunta de pronto.

—¿Novio?

Niego con la cabeza, conteniendo una sonrisa.

—No. —Es técnicamente cierto—. ¿Novia? —pregunto a mi vez.

Menea la cabeza, y sus ojos se clavan un instante en mi boca antes de reunirse con los míos.

Una vez que la conversación sobre Bike & Build da paso a otros temas, desaparece de los ojos de Ansel todo rastro de tristeza y pesar. Igual que la primera noche que estuvimos juntos, nos quedamos solos él y yo, hablando durante horas. Eso me ayuda a recordar los detalles que aún no habían regresado a mi mente. Por ejemplo, que habla moviendo las manos y que solo las deja quietas cuando olvida una palabra y se para a reflexionar, frunciendo el ceño hasta que me echo a reír y, entre bromas, le ayudo a encontrar la correcta. O que me escucha con tanta atención que inclina la cabeza hacia mí, observando constantemente mi expresión. Hace que me sienta como si fuese la única persona del planeta. Me mira como si estuviera a punto de devorarme.

No me extraña haberle pedido que se casara conmigo.

Me pregunta por mi vida en San Diego y escucha con la misma atención embelesada, como si nunca hubiera existido la noche en Las Vegas y no hubiese oído cada detalle antes. Ha abandonado el vaso vacío sobre la barra.

—Y te encantaba bailar —dice con una sonrisa. No es una pregunta, sino una observación.

—Sí.

—Y actuar.

Suspiro.

—Me encantaba actuar.

Ansel entorna los ojos: Un instante de silencio cargado de significado se extiende entre nosotros hasta que dice:

—De eso estoy seguro.

Sin ninguna vergüenza, repasa mi cuerpo de arriba abajo con la mirada, demorándose en mis pechos. Su tono sugestivo y el ansia que hay en sus ojos me pone la piel de gallina y me endurece los pezones.

—Pero la escuela de negocios... —añade, y vuelve a mirarme a la cara— no te interesa de la misma forma.

Me echo a reír.

—¡Uy, qué va!

—Entonces ¿por qué vas a ir allí? ¿Por qué vas a dedicar una parte tan grande de tu vida a algo con lo que no estás contenta?

Una chispa de pánico se enciende en mi pecho, pero logro apagarla rápidamente. Este es mi lugar seguro, ese espacio extraño que hemos encontrado Ansel y yo en el que puedo decir, hacer y hasta ser lo que quiera.

Así pues, decido no contestar y volver a centrar la atención en él.

—Son muchas las personas que no están contentas con su trabajo. ¿A ti te encanta el tuyo?

—Este en concreto no —dice.

—Pero continúas haciéndolo.

—Sí... —dice, reflexionando—. Pero el mío es temporal. Sé muy bien lo que quiero hacer con mi vida; este trabajo no es más que una puerta que me llevará a otra. Este trabajo me permitirá escoger un puesto que sea mucho más de mi gusto en cualquier lugar del mundo. Dos años dedicados a unos estudios que no te van es mucho tiempo, y he visto cómo has reaccionado cuando he sacado el tema. —Se ríe suavemente—. Como si tu vida acabara de pasar ante tus ojos. Si la perspectiva de estudiar te hace desdichada...

Me observa, esperando a que yo misma termine la frase.

—Ya no puedo bailar —le recuerdo—. Por más que me esfuerce, no puedo sobreponerme a los tornillos ni a los tres centímetros de hueso artificial que llevo en la pierna. No es una cuestión de voluntad.

Hace girar el vaso vacío, ensanchando el cerco de condensación que se ha formado en el posavasos. El hielo tintinea contra las paredes de cristal. Ansel parece estar reflexionando cuidadosamente antes de hablar.

—Profesionalmente no —replica, encogiéndose de hombros.

Niego con la cabeza pero no digo nada. No lo entiende.

—Tu carrera de estríper, terminada antes de empezar.

Una carcajada brota de mi garganta.

—Y es un asco, porque ya tenía el nombre elegido y había encargado pezoneras con mis iniciales.

Ansel se apoya en la barra y se vuelve hacia mí. Sus ojos escrutan mi rostro, se deslizan hasta mi boca y siguen descendiendo... El intento de seducción es tan tonto y evidente que no logro contener la risa. Este es el tío del que no podía apartar los ojos en Las Vegas, el que atraía mi atención desde cualquier punto de la habitación. El tío al que le conté toda mi vida en unas pocas horas, el tío con el que me casé, el tío con el que me acosté muchas veces.

—Me alegro mucho de que te hayan dejado plantado —digo, confiando en que mi forma de mirarle haga que se sienta la mitad de deseado que me siento yo.

Me pasa un dedo por la rodilla.

—Yo también.

No sé muy bien cómo seguir, así que decido ser valiente.

—¿Te gustaría que nos marcháramos? —pregunto—. ¿Y si vamos a dar un paseo?

Sin vacilar un instante, se levanta y le indica con un gesto al camarero que desea pagar la cuenta.

—Voy un momento al servicio —anuncio.

Me observa con una mirada llena de deseo.

—Te estaré esperando aquí.

Sin embargo, cuando salgo de los grandes servicios de estilo *art déco*, me lo encuentro allí mismo, delante de mí, con la cabeza gacha y la cara ensombrecida por la falta de luz. Peligroso. Levanta la vista al oír la puerta. Entre las sombras, sus rasgos parecen más duros y pronunciados, perfilados bajo el resplandor de las luces de neón. En este rincón poco iluminado, sus pómulos parecen de piedra tallada; sus ojos, oscurecidos; sus labios, gruesos y exagerados.

No me da tiempo para dudar y cruza el minúsculo espacio para acorralarme contra la pared.

—No he podido esperar —dice.

La palma de su mano, fresca y firme, me sujeta el cuello mientras su pulgar se

aprieta contra el pulso que late salvajemente en mi garganta. Es un gesto posesivo, y tan impropio del Ansel que conozco que un silencioso grito de miedo asciende por mi columna vertebral. En este juego al que jugamos, vuelve a ser un extraño. No me conoce y, aparte de lo que me ha contado en la última hora, se supone que yo tampoco sé nada de él.

«Una chica lista se iría —me digo a mí misma—. Una chica lista y tranquila fingiría que la están esperando unas amigas y saldría derechita por la puerta. Jamás permanecería en un pasillo oscuro con un hombre desconocido, disfrutando tanto de la brusquedad con que la trata que ni siquiera se le ocurre marcharse.»

—Casi puedo oír tus pensamientos —susurra, sujetándome con más fuerza—. Déjate llevar. Juega conmigo.

Y eso es exactamente lo que necesito. Relajo los hombros y se me despeja la mente. La tensión que invadía mi cuerpo se desvanece y me estrecho contra él.

Aunque llevo tacones y él mide unos centímetros más que yo, solo tengo que alzar la barbilla para que la punta de su nariz roce la mía.

—No suelo hacer esto —digo, pensando en vivir un rollo de una noche. En dejar que este extraño tan sexy haga conmigo lo que quiera—. No acostumbro a besar en la primera cita, y nunca...

Cierro los ojos y trago saliva. Al volver a abrirlos, me lo encuentro sonriendo.

—Lo sé.

Y su sonrisa dice: «Salvo aquella vez que te casaste conmigo en Las Vegas».

Salvo aquello.

Mete el muslo entre mis piernas y noto lo duro que está. Saboreo los leves movimientos de sus caderas mientras se balancea contra mí.

—Te deseo —masculla, y me da un beso casto y suave. Se aparta y se humedece los labios con la lengua. Vuelve a aproximarse y gime suavemente contra mi boca—: ¿Puedo?

—¿Ahora?

El corazón me da un vuelco y empieza a latirme con tanta fuerza bajo el esternón que noto cómo se me mueve el pecho.

Asiente mientras me besa.

—Aquí. Esto se está llenando de gente —dice, indicando con un gesto la sala del restaurante—. Tendríamos que darnos prisa.

Es como si alguien encendiera una cerilla dentro de mi pecho. Clavo los dedos en la tela de su camisa y tiro de él hacia los servicios vacíos. Me sigue sin pronunciar una palabra, besándome hasta que la puerta se cierra a nuestra espalda y corro el pestillo.

De pronto, estoy acalorada, hipersensible. Noto cada centímetro de tela que nos separa. Sus manos sujetan mi rostro, su lengua se desliza contra la mía. Tiene tan buen sabor que casi me mareo.

El cuarto está en penumbra; brilla en el techo un tubo de neón rosado. Aquí dentro me resulta fácil fingir, perdida en una luz que hace que todo parezca ficticio, rodeada de los sonidos que proceden del otro lado de la puerta. Siento el ritmo de la música que brota del suelo y llega a mis pies, y es lo único que me recuerda que hay otras personas en este planeta más allá de nuestros besos, de nuestras manos frenéticas que intentan acercarnos más, apartar la ropa que nos estorba.

Me sube el vestido, le saco la camisa de la cinturilla de los pantalones y le paso las uñas por el estómago. Ahogo un grito cuando el aire fresco encuentra mi piel entre las piernas, bajo las bragas húmedas. Me pasa la palma de la mano por el ombligo; sus dedos se deslizan bajo la exigua cinturilla de encaje y se apoyan en mi vulva. Empieza a acariciarme por todas partes, salvo en el lugar donde más le necesito.

—Quiero probar esto —dice.

Me balanceo contra su mano y lanzo un grito al notar la punta de sus dedos, que entran y salen de mí recogiendo humedad, moviéndose adelante y atrás sobre el clítoris.

Me levanta en vilo y me lleva hasta la encimera del lavabo. Me deposita allí y se arrodilla entre mis piernas abiertas. Contemplo cómo se inclina hacia delante y me mira a través de sus pestañas. Alarga el brazo, aparta las bragas hacia un lado y mueve la punta de la lengua contra mí.

—¡Oh! —grito demasiado fuerte.

Respiro con tanta intensidad que temo desmayarme. De forma instintiva, mi mano se apoya en la parte posterior de su cabeza para sujetarle contra mí. ¡Madre mía! Resulta tan obsceno verle así, con la cabeza gacha y bañado en neón, mientras me lame y gime contra mí...

Intento quedarme quieta, no balancear las caderas ni mostrarme exigente, pero

cada nervio de mi cuerpo se concentra en esa lengua que se desliza sobre mi clítoris.

—Dedos —exijo entre jadeos.

Suelta una maldición y desliza dos dedos en mi interior mientras su lengua se mueve con gestos bien controlados, alternando leves golpecitos y largos lametones lentos.

—Ay, Dios... —digo.

Estoy al borde de algo que me empieza en el vientre y va ascendiendo por mi columna vertebral. Enredo mis manos en su pelo y balanceo las caderas contra él mientras la sensación va creciendo. Miro hacia abajo y casi me quedo sin aliento al ver su mano en la bragueta, su brazo desenfocado que se mueve a toda velocidad.

—Ven aquí —suplico, jadeante—. Por favor.

Estoy a punto, a punto, pero quiero que nos corramos juntos.

—¡Dios, sí! —exclama.

Se levanta y se baja los pantalones.

Tiene el pelo alborotado; los pómulos y el cuello, cubiertos de manchitas. La punta de su polla se desliza contra mí. Estoy tan húmeda que con solo dar un pasito hacia delante empieza a penetrarme.

Lanza un grito ahogado y entierra su cabeza en mi cuello. Comienza a respirar profundamente para calmarse.

—Necesito un momento —dice, y me sujeta las caderas—. *S'il te plaît.*

Se pone derecho, alarga el brazo por encima de mi hombro y se apoya en el espejo.

—Estar dentro de ti es demasiado bueno —me explica, saliendo despacio antes de volver a penetrarme—. Es la hostia.

Establece un ritmo, balanceando sus caderas contra las mías. La hebilla de su cinturón suena contra la encimera del lavabo mientras me folla. Enrosco las piernas en torno a su cintura. Levanta el brazo, me coge la cara e introduce su pulgar entre mis labios. Noto mi propio sabor en sus dedos y en su boca, aunque no se concentra el tiempo suficiente para besarme.

—Quiero ver cómo te corres —murmura, paseando su mirada por mi rostro. Saca el pulgar de mi boca y dibuja una línea húmeda a lo largo del labio inferior—. Quiero notar cómo me estrujas, quiero devorar tus gemidos de deseo.



Ahogo un grito, cerrando los puños sobre los bajos de su camisa, atrayéndole con más fuerza.

—Di qué quieres tú —masculla.

—Quiero que sea más brusco.

—No te cortes —dice, lamiéndome la boca—. Puedes fingir que nunca tendrás que volver a verme. ¿Cuál es tu pensamiento más vergonzoso?

Mi mirada se fija en su boca y le digo:

—Quiero que alguien nos oiga follar.

Sus pupilas se dilatan, devolviéndome el reflejo de la luz de neón. Me agarra los muslos con fuerza y empieza a estrellarse contra mí, emitiendo ásperos gruñidos cada vez que sus caderas presionan la cara interna de mis muslos.

Alguien llama a la puerta en el momento más oportuno. Está cerrado, pero si entraran oírían el golpeteo de su piel contra la mía, verían mis piernas a cada lado de las caderas de Ansel, mi vestido levantado mientras me folla.

—¡Date prisa! —grito, probablemente más fuerte de lo que debería.

Echo los brazos hacia atrás y me agarro al grifo. Mis dedos resbalan contra el frío metal. Tengo la piel encendida y sudorosa.

Me siento llena, extendida, con los miembros flojos. Su cuerpo encaja a la perfección dentro del mío, su pelvis convexa se frota contra el clítoris a cada impulso. La sensación de opresión crece en mi vientre, más cálida, más caliente, hasta que echo la cabeza hacia atrás y me corro con un grito, ajena a todo salvo a la necesidad que tiene mi cuerpo de atraerle hacia mí mientras me derrumbo a su alrededor.

Me sigue instantes después. Sus movimientos se vuelven frenéticos y entrecortados, hasta inmovilizarse sobre mí con un gemido ahogado contra mi piel.

La brisa del anochecer me alborota el cabello, y las puntas me hacen cosquillas en la barbilla. De camino hacia el metro, pasamos por delante de la puerta de un café que huele a pan y a tabaco.

Echo un vistazo por encima del hombro y veo hileras de motocicletas aparcadas junto a la acera.

—¿Dónde está tu moto? —pregunto.

—En casa —responde—. La he dejado allí para poder caminar contigo.

Como no lo dice para obtener una reacción, se le escapa mi mirada. Aunque esta tarde no hemos hablado mucho del accidente, es una presencia constante cada vez que surge el tema de los estudios y de la vida que me espera. Sin embargo, Ansel acaba de demostrarme que tiene siempre en cuenta lo que sucedió y que nunca me agobiará, a diferencia de mi padre, que me regaló una bicicleta por mi primer cumpleaños fuera del hospital y me sugirió reiteradamente que volviera a «subirme al caballo». La franqueza de Ansel sigue sorprendiéndome. Yo tengo tendencia a angustiarme por todo lo que digo y hasta a preocuparme por si seré capaz de decirlo, mientras que él jamás se reserva nada. Las palabras brotan de su boca de color caramelo sin que se lo piense dos veces. Me pregunto si habrá sido siempre tan abierto, si será así con todo el mundo.

Ya ha pasado la hora punta, pero aun así tenemos suerte de podernos sentar juntos. Nos instalamos el uno al lado del otro en el vagón lleno de gente, y contemplo nuestro reflejo en la ventanilla de enfrente. Pese al cristal mugriento y a la luz cegadora y parpadeante de los fluorescentes, es imposible no ver lo precioso que es. Nunca he utilizado ese adjetivo para describir a un tío, pero cuando le miro, observando los ángulos de su mandíbula y la prominencia de sus pómulos equilibrada por la boca suave, casi femenina, es el único que parece encajar con él.

Se ha aflojado la corbata y se ha desabrochado el primer botón de la camisa, dejando al descubierto un triángulo de piel lisa y bronceada. La camisa abierta enmarca su largo cuello, el tentador atisbo de las clavículas asomando lo justo para que yo me pregunte por qué nunca me han parecido sexis las clavículas.

Como si notase mi mirada, los ojos de Ansel se apartan de la otra vía, que pasa borrosa al otro lado de la ventanilla, y se encuentran con los míos en el cristal. Nuestros reflejos se balancean con el movimiento del tren y Ansel me contempla también, esbozando una sonrisita de complicidad. ¿Cómo es posible que estemos sentados así, en un silencio sereno y agradable, cuando hace solo una hora le tenía dentro de mí y trataba de agarrarme al grifo con los dedos sudorosos?

Suben más pasajeros en la siguiente parada y Ansel cede su asiento a un señor mayor que lleva dos pesadas bolsas. Cambian unas palabras en francés que, evidentemente, no comprendo, y él se queda de pie delante de mí, agarrado a la

barra suspendida del techo.

Es la ocasión ideal para disfrutar de la vista de su torso y su bragueta. Ñam.

Oigo unas risas y veo a un grupo de chicas sentadas a pocas filas de distancia. Deben de ser universitarias, un poco más jóvenes que yo. Demasiado mayores para ir al instituto, pero aún estudiantes. Están sentadas con las cabezas juntas y, a juzgar por sus risitas ahogadas y sus ojos desorbitados, sé exactamente qué están mirando. O, mejor dicho, a quién.

Alzo la mirada y me lo encuentro mirando y escuchando al señor mayor, sin percatarse de las miradas lascivas que le están echando.

Comprendo a esas chicas, por supuesto. Si yo viese a Ansel en un vagón de metro, estoy segura de que prácticamente me rompería el cuello intentando verle mejor. Ahora, la noche en que le vi en el bar de Las Vegas parece quedar muy atrás. En estos momentos me entran ganas de felicitarme a mí misma por haber sido capaz de atraer la atención de Ansel por primera vez y, por algún misterio que sigo sin entender, retener esa atención. A veces, creo que fui una genia.

Suelta una risa profunda y masculina por algo que ha dicho el hombre. ¡El hoyuelo ha reaparecido! Miro enseguida a las chicas como la novia o, mejor dicho, la esposa celosa en la que me he convertido. Naturalmente, todas ellas han vuelto la cabeza babeantes, con los ojos muy abiertos y la boca más abierta todavía.

Y, aunque no he dicho absolutamente nada, empiezo a preguntarme si cada pensamiento que tengo se proyecta de algún modo en una pantalla, encima de mi cabeza. Porque ese es el momento que escoge Ansel para mirarme con ojos cálidos y tiernos mientras alarga el brazo y me pasa un dedo por el labio inferior. El instinto de posesión se enciende en mi pecho y me vuelvo contra su mano para apretar la boca contra la palma.

Cuando el tren se detiene en nuestra estación, Ansel sonrío de oreja a oreja. Me coge de la mano mientras me levanto y salimos por la puerta. Tan pronto como estamos en el andén, me pasa el brazo por la cintura.

—Has salido pronto de trabajar —digo.

Se echa a reír.

—¿Y ahora te das cuenta?

—No. Bueno... sí. No lo había pensado. —Lo que me contó sobre su jefa y su empleo se repite como un eco en mi cabeza—. No tendrás problemas, ¿verdad?

Se encoge de hombros como suele hacer, con un gesto desenvuelto y relajado.

—Puedo trabajar desde casa —dice—. He llegado antes que nadie y, aunque me haya ido tan pronto, aun así he trabajado la jornada completa. Simplemente, no me he pasado allí catorce horas como hago todos los días. Van a tener que adaptarse.

Sin embargo, es evidente que no se adaptarán hoy. Ansel me da un tierno beso cuando entramos en el piso, va hasta su escritorio y arranca el portátil. En ese preciso momento, le suena el móvil y me mira con aire de disculpa, encogiéndose de hombros.

—¿Diga? —dice en tono seco.

Oigo una profunda voz masculina al otro lado. Una feliz sonrisa sustituye en la cara de mi marido a su expresión de hartazgo laboral.

—¡Hola, Olls! Sí, estamos en casa.

Le hago un gesto para pedirle que salude a Oliver de mi parte y luego cojo mi libro del sofá, me voy al dormitorio y cierro la puerta para proporcionarles intimidad.

Me tumbo a lo ancho en la cama amplia y perfecta, abriendo brazos y piernas como si fuese una estrella de mar. Oigo los sonidos de la calle y dejo que el olor a pan y ajo frito se filtre a través de mis sentidos mientras miro el libro, preguntándome ociosamente qué podríamos preparar para la cena. Pero, por supuesto, no puedo concentrarme en una sola palabra de la página.

No dejo de pensar en la sonrisa de Ansel mientras habla por el móvil y en su voz profunda, aliviada y relajada, tan distinta de la que le he oído en las últimas semanas. Aunque nunca se dirige a mí de manera forzada y acabamos de pasar la velada más increíble de la historia, sigue mostrándose un poquito formal conmigo, y solo me doy cuenta ahora que he asistido a su conversación íntima con un amigo. Habla igual que hablo yo con Lola o Harlow: de forma abierta, sin filtros.

Escucho su voz a través de la puerta, queriendo absorber su suavidad aterciopelada, la risa profunda. Pero entonces oigo que carraspea y baja la voz:

—Es muy maja. Bueno, en realidad es increíble. —Hace una pausa y luego se ríe suavemente—. Ya sé que lo piensas. Lo pensarás aunque llevemos treinta años casados.

Mi estómago dibuja una pirueta deliciosa, pero se me revuelve un poco cuando

dice:

—No, no se lo he contado. —Otra pausa antes de añadir, en voz más baja—: Claro que Perry no ha venido a casa. No quiero que ese follón ponga en peligro a Mia.

Aguzo el oído. ¿Por qué no le dice a Oliver que Perry estuvo aquí la otra noche aporreando la puerta?

Percibo un insólito tono de frustración en su voz cuando dice:

—Lo haré. ¡Lo haré, Oliver, calla de una puta vez!

Sin embargo, luego vuelve a reírse, eliminando cualquier tensión de la conversación que estoy oyendo a través de la puerta. Parpadeo, absolutamente confusa. ¿Qué está pasando con Perry? ¿Cuál es ese follón desconocido? ¿Cómo es que no me ha contado por qué no viajó a Estados Unidos? ¿Y cómo podría ponerme en peligro a mí?

Muevo la cabeza para despejarme y pienso que tengo dos opciones: salir a decirle que le estoy oyendo o marcharme. O ambas cosas. Ya tenemos bastantes secretos involuntarios... al menos los tiene él.

Abro la puerta del dormitorio, entro en el salón y le apoyo una mano en el hombro. El contacto le produce un leve sobresalto. Ansel se vuelve hacia mí y levanta mi mano para besarla.

—Te estoy oyendo —le digo con aire de disculpa, como si fuese culpa mía—. Voy a la tienda de la esquina a comprar algo para la cena.

Asiente agradecido y señala su cartera, en la mesa del recibidor. No le hago caso y salgo por la puerta. No me atrevo a respirar tranquila hasta que cierro la puerta del minúsculo ascensor.

Ansel sale a trabajar cada mañana, esforzándose al máximo por sacar tiempo para mí. Mientras tanto, yo intento olvidar que mis días con él y esa novedad que acabo de descubrir llamada «tiempo libre» pertenecerán pronto al pasado. La negación es mi amiga.

Sus preocupaciones parecen haberse solucionado, está más contento y menos inquieto, nuestra vida sexual se ha vuelto mucho más intensa y menos chapucera, y nadie ha vuelto a mencionar a Perry ni su visita de madrugada.

Una mañana se levanta antes de que amanezca y se pone a trastear en la cocina diminuta. Pero en lugar de despedirse con un beso y salir por la puerta, me saca de la cama, me pone una manzana en una mano, una tacita de café en la otra y me dice que tiene un día libre, un domingo entero que se extiende ante nosotros. La ilusión me caldea la sangre y me despierta de golpe, aún más deprisa que el aroma fuerte del café que invade el pequeño piso.

Muerdo la pieza de fruta, sonrío mientras prepara un picnic y le sigo de regreso al dormitorio para observar cómo se viste. Me fascina la comodidad con que maneja su propio cuerpo mientras se pone los bóxers y los vaqueros, el gesto de sus dedos al abrocharse cada botón de la camisa. Me entran tentaciones de quitarle la ropa solo para ver cómo se la vuelve a poner.

Me mira, me sorprende observándole y, en lugar de reconocerlo como me gustaría, aparto la vista parpadeando, me pongo a mirar por la ventana y vacío de un solo trago la taza de café caliente.

—¿Por qué te muestras tímida conmigo? —pregunta, acercándose desde atrás—. Después de lo que hicimos anoche...

Anoche tomamos mucho vino después de una cena escasa, me volví loca y fingí ser una estrella de cine que va a pasar una sola noche en la ciudad. Él era mi guardia de seguridad. Me acompañaba a su piso para protegerme... y seducirme después. Resulta extraño, pero una pregunta tan sencilla puede ser imposible de contestar. Soy tímida. No es un rasgo de carácter que se manifieste en ciertas situaciones; es mi estado natural. Lo curioso no es por qué aparece con él, sino la facilidad con que se desvanece.

Sin embargo, sé a qué se refiere: soy impredecible en su presencia. Hay noches, como la de principios de esta semana, en que me resulta fácil pasar horas hablando, como si, pese a ser perfectos desconocidos, nos conociésemos desde hace años. Y luego hay momentos como este en los que debería sentirme cómoda pero le vuelvo la espalda, haciendo que la energía circule con dificultad entre nosotros.

Me pregunto si pensará que se ha casado con una chica con dos personalidades: mujer sexy y jovencita recién salida del cascarón. Pero antes de que me consuman los pensamientos, noto la cálida presión de sus labios en la nuca.

—Hoy fingiremos que es nuestra primera cita, chica tímida. Trataré de impresionarte y puede que luego me permitas darte las buenas noches con un beso.

Si continúa deslizando las manos por mis costados y succionando la zona sensible que tengo justo debajo de la oreja, quizá le deje llegar hasta el final antes incluso de salir del apartamento.

Sin embargo, se ha cansado de estar en casa y me guía hacia la cómoda. Ahora le toca a él mirar cómo me visto. No oculta su franca admiración mientras me pongo unas bragas, un sujetador, una camiseta blanca de tirantes y una larga falda de punto de estilo lápiz. Una vez estoy vestida, suelta un suave silbido, se acerca y coge mi rostro entre sus manos. Con dos dedos, me aparta el cabello oscuro hacia un lado para verme mejor los ojos. Me observa con detenimiento.

—Eres la mujer más guapa que he visto en mi vida. —Me besa la comisura de los labios y añade—: Esto sigue sin parecer real, ¿a que sí?

Acto seguido, sonrío como si esa verdad, que solo me quedan unas pocas

semanas aquí, no le preocupase en absoluto.

«¿Cómo lo haces? —quisiera preguntarle—. ¿Cómo es que el final de todo esto, que ya nos acecha a la vuelta de la esquina, te hace gracia en lugar de agobiarte?»

Me siento adorada y muy protegida dentro del semicírculo que forma el brazo de Ansel a mi alrededor. Pasamos junto a su motocicleta aparcada en la acera y nos dirigimos hacia el metro. En la otra mano lleva la bolsa del almuerzo y la hace oscilar a cada paso. Tararea una canción, saluda a los vecinos, se para a acariciar a un perro que pasea de la correa. El cachorro le mira con sus grandes ojos castaños y se vuelve como si quisiera seguirle. Como si quisiera seguirnos a los dos, creo. Me cuesta entender que, después de elegir el derecho como profesión, no lo haya ejercido de algún modo libre y disparatado, como ayudar a ancianitas o hacer de profesor extravagante y divertido que se dedica a gritar y saltar sobre las mesas.

—¿Adónde vamos? —pregunto, cuando subimos al tren hacia Châtillon.

—A mi lugar favorito.

Golpeo su hombro con el mío para reprocharle en broma que no me cuente nada, pero en realidad me encanta. Me encanta que lo haya planeado, aunque haya sido esta mañana al salir el sol. Hacemos transbordo en Invalides, y el proceso de esquivar otros cuerpos en los túneles, seguir indicadores y subir a otro tren me resulta ya tan familiar, tan automático, que me asalta el pensamiento doloroso de que, por mucho que empiece a parecerlo, esta ciudad no es la mía.

Por primera vez desde que llegué, hace casi un mes, sé con absoluta certeza que no me quiero ir.

La voz de Ansel atrae mi atención hacia la puerta.

—*Ici* —murmura.

Me coge de la mano y tira de mí cuando las puertas del vagón se separan.

Salimos del recinto del metro y caminamos un par de manzanas hasta que aparecen las vistas y me paro sin darme cuenta, plantando los pies en la acera.

El Jardin des Plantes aparece en las guías que Ansel me deja a mano y en los diminutos planos de París que encuentro en mi bolsito con bandolera. Sin embargo, aún no he ido y él debe de saberlo, porque aquí estamos, delante de lo



que debe de ser el jardín más bonito que he visto en mi vida.

Los terrenos, sumamente extensos, aparecen cubiertos de un césped tan verde que casi parece fluorescente y de flores de unos colores que no creo haber visto jamás en la naturaleza.

Caminamos por senderos serpenteantes, mirándolo todo. Cada flor que crece en suelo francés está representada en este jardín, me explica Ansel con orgullo. A lo lejos, veo los diferentes museos: de evolución, mineralogía, paleontología y entomología. Los arcos de mármol y muros de cristal que albergan esas ciencias tan francas y puras le recuerdan al mundo su nobleza.

Ante mis ojos todo es tierra, pero tan llena de color que mi mirada no se detiene. Mientras clavo la vista en un denso macizo de violetas y pensamientos de tonos morados, llama mi atención un deslumbrante parterre de caléndulas y cinnias.

—Deberías ver... mmm... —Ansel se apoya dos dedos en los labios mientras intenta hallar la palabra en mi idioma. Aunque es poco frecuente que le cueste traducir algo, su expresión cuando eso ocurre me tiene obsesionada. Puede que sea el leve chasquido de su lengua o que acostumbre a rendirse y decir la palabra en un francés suave y sensual—. *Coquelicots?* —dice—. Es una flor delicada de primavera. Roja, aunque también puede ser anaranjada o amarilla.

Niego con la cabeza, insegura.

—Antes de abrirse, los capullos parecen testículos.

Me echo a reír y aventuro:

—¿Amapola?

Asiente con la cabeza, chasqueando los dedos. Parece tan contento de mí como si yo misma hubiese plantado todas estas flores.

—Amapola. Deberías ver las amapolas de aquí en primavera.

Pero dejamos que la idea se desvanezca en el aire; Ansel vuelve a cogerme de la mano y seguimos andando.

Señala todo lo que hay ante nosotros: flores, árboles, acera, agua, edificio, piedra..., y me dice las palabras en francés, pidiéndome que las repita de un modo cada vez más apremiante, como si al estar lastrada con conocimientos no pudiese subirme a un avión y despegar dentro de pocas semanas.

En la bolsa de lona, Ansel ha metido pan, queso, manzanas y galletitas de chocolate. Aquí no podemos hacer picnic, pero encontramos un banco a la

sombra y devoramos la comida como si lleváramos días sin probar bocado. Estar cerca de él me provoca muchas clases de apetito, todas deliciosas. Cuando observo cómo saca el pan de la bolsa y arranca un trocito, tensando los músculos del brazo, me pregunto cómo me tocará nada más volver a casa.

¿Utilizará las manos, o los labios y los dientes, dándome mordisquitos? ¿O estará tan impaciente como me siento yo y apartará la tela a toda velocidad para ponerse encima de mí, penetrarme y empezar a moverse con urgencia?

Cierro los ojos, saboreando el sol y el tacto de sus dedos deslizándose por mi espalda, cerrándose sobre mi hombro. Habla durante un rato de lo que más le gusta del parque: la arquitectura, la historia... Después, deja que las palabras se desvanezcan y que los pájaros tomen el relevo, agitando las alas y parloteando en los árboles. Durante un minuto perfecto, puedo imaginar una vida sin fin: sábados soleados en el parque con Ansel y la promesa de su cuerpo sobre el mío al ponerse el sol.

Es la primera vez que pasamos juntos un día entero y no podemos desnudarnos, tocarnos, hacer el amor. Tras casi once horas de pasear y ver todo lo visible en un solo día, he contemplado tantas veces sus labios pronunciando palabras perfectas, sus manos anchas y hábiles señalando edificios importantes y sus maliciosos ojos verdes fijándose en mi boca y mi cuerpo que estoy deseando sentir su peso moviéndose encima de mí.

Me aferro a esa idea y a la familiaridad sencilla y relajada que hemos cultivado hoy. Sin embargo, en cuanto volvemos al apartamento, me da un beso en la cabeza, me sirve una copa de vino y enciende el portátil para comprobar el correo electrónico del trabajo, prometiendo ser rápido. Mientras permanece sentado ante el pequeño escritorio, de espaldas a mí, me siento sobre las rodillas en el sofá y me tomo a sorbos el vino, observando cómo regresa la tensión a sus hombros. Escribe rápidamente un correo que debe de ser bastante intenso, porque sus dedos aporrean el teclado. Después de enviarlo, se apoya en el respaldo de la silla y se pasa una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—*Putain* —maldice, tenso.

—¿Ansel?

—¿Mmm?

Se inclina hacia delante y se frota la cara con las manos.

—Ven aquí, ¿vale?

Respira hondo, se levanta y se acerca, pero en cuanto le miro a la cara y veo su mirada apagada y su expresión seria sé que el encanto se ha roto y que me acostaré sola. Volvemos a la realidad, donde su vida es ese trabajo misterioso y agotador y yo soy solo algo temporal.

Volvemos a jugar a las casitas.

—Al tomarte el día libre, ahora tienes más trabajo, ¿verdad?

Se encoge de hombros y, con gesto cuidadoso, me coge el labio inferior entre el pulgar y el índice.

—Me da igual. —Se agacha y me da un beso en la boca, succionándome el labio antes de apartarse—. Pero sí. Mañana tendré que irme al despacho muy temprano.

Mañana es lunes, y la semana ya empieza mal.

—¿Por qué lo haces?

Las palabras suenan raras en mi boca; nuestras conversaciones acerca de su trabajo han consistido sobre todo en disculpas por parte suya por trabajar tanto y en frases de comprensión por mi parte. Pero no lo entiendo en absoluto y, en este momento, me mortifica no haberle preguntado nunca por su trabajo. Aparte de saber que su jefa es una déspota y que este trabajo le permitirá escoger el puesto de sus sueños algún día, lo cierto es que no tengo ni idea de lo que hace allí.

—Porque, si dejo este puesto demasiado pronto, no podré encontrar otro bueno. Este es muy prestigioso, ¿sabes? Tengo que participar en este pleito hasta el final.

Solo tiene que hablarme un poquito del litigio, contarme unas cuantas vaguedades acerca de las compañías en guerra y el asunto de propiedad intelectual y tácticas de venta en que se centra el caso, para que le mire sorprendida.

He oído hablar de ese pleito. Conozco el nombre de las dos empresas enfrentadas. Es un caso tan importante que no para de salir en los telediarios, en los periódicos. No me extraña que trabaje tantas horas.

—No tenía ni idea —le digo—. ¿Cómo te las arreglaste para ir a Las Vegas?

Se peina con los dedos y se encoge de hombros.

—Fueron las tres únicas semanas en que no me necesitaron. Estaban reuniendo

declaraciones y tuve por fin un pequeño descanso. Creo que aquí en Europa hacer unas largas vacaciones es más normal que en Estados Unidos.

Tiro de él hasta que se sienta a mi lado en el sofá, pero su postura me indica que solo va a pasar aquí un minuto. Se levantará y regresará al ordenador en lugar de seguirme a la cama.

Le paso la mano por la camiseta y me sorprende deseando verle mañana vestido para ir a trabajar. Al instante, noto que se me forma en el estómago un apretado nudo de culpabilidad.

—¿Llevas traje y corbata en el tribunal?

Ansel se echa a reír, se inclina hacia mí y dice contra la piel de mi cuello:

—Yo no voy al juzgado, pero no, aquí los abogados visten una toga tradicional. Soy el equivalente en Francia de un socio júnior. Creo que el derecho de sociedades francés es algo diferente del estadounidense, aunque ambos son distintos del derecho penal. Aquí, creo que el proceso se desarrolla en torno a una mesa en mayor medida que en Estados Unidos.

—Si es distinto y también tienes licencia para ejercer aquí... ¿por qué volviste al acabar tus estudios de derecho?

—Mmm.

Menea levemente la cabeza y me da un beso en la mandíbula. Es la primera vez que no contesta una pregunta, y no sé muy bien si me siento decepcionada o fascinada.

—Espero que acabes pronto —le digo, apoyándole la mano en la cara. No puedo resistirme a la tentación de pasarle el pulgar por el labio inferior en su habitual gesto tranquilizador—. Espero que las cosas no siempre sean así. Me gusta que estés aquí conmigo.

Cierra los ojos y exhala despacio, esbozando una sonrisa.

—Al decir eso, pareces una esposa de verdad.

Cuando se va al despacho el lunes, casi me siento aliviada. Así puedo volver a la tiendecita del callejón, conteniendo el aliento con la esperanza de que esté abierta. Creo que el juego de roles es divertido para Ansel; al menos, espero que sea tan divertido para él como lo es para mí. Gracias a esos instantes nos damos a conocer mientras fingimos lo contrario.

Y esta noche quiero tirarle de la lengua.

La tienda está abierta y me recibe la misma dependienta, con su cálida sonrisa y su aroma de lirio. La mujer me coge de la mano y me acompaña hacia la lencería, los accesorios.

—¿Quién eres hoy? —pregunta.

Tardo varios segundos en encontrar las palabras y, cuando lo hago, no contesto a su pregunta.

—Tengo que encontrar una forma de rescatarle.

Me observa durante unos instantes y selecciona un uniforme de soldado sexy. Sin embargo, no es eso lo que estoy buscando. Mi mirada se posa en un salto de cama de un rojo tan vibrante que tengo la impresión de que podría quemarme los dedos.

Su risa suena fuerte y gutural.

—Sí, hoy rescatas con eso. Esta vez, cuando entres, tu barbilla ha de estar más alta, tus ojos un poco maliciosos, creo.

Alarga el brazo hacia la pared y me entrega un solo accesorio. Cuando miro lo

que me ha dado, parece vibrar en mis manos. Yo nunca habría escogido esto, pero es perfecto.

—Que te diviertas, *chérie*.

Me he maquillado tantas veces para subirme a un escenario que puedo cargar un poco las tintas. Mis ojos aparecen oscuros y ahumados; mis labios, muy gruesos y rojos. Cubro mis pómulos con la cantidad de colorete justa para que se note que tengo malas intenciones.

Doy un paso atrás y me examino en el estrecho espejo de la puerta del dormitorio. El pelo, negro, liso y brillante, me cae recto hasta la barbilla. Mis ojos castaños presentan ahora más matices amarillos que verdes. Tengo que cortarme el flequillo; me roza las pestañas cuando parpadeo. Sin embargo, a la mujer que me devuelve la mirada le gusta la sombra que proporciona. Sabe mirar a través de sus pestañas y coquetear, sobre todo con los cuernos rojos que sobresalen ligeramente de la delgada diadema negra que se oculta en su pelo.

El salto de cama es de encaje, con aplicaciones de tul y macramé. Las aplicaciones aparentan cubrir la piel, pero, a la tenue luz de las velas que he encendido por todo el apartamento, mis pezones resultan claramente visibles. Aparte de eso, solo llevo un pequeño tanga rojo.

Esta vez no me pongo nerviosa al oír que el ascensor se abre en el rellano y que los pies de Ansel se dirigen hacia nuestra puerta.

Entra, deja caer las llaves en el cuenco y desliza el casco debajo de la mesa. Entonces se vuelve y me encuentra sentada en una de las sillas del comedor, que he colocado a unos tres metros de la entrada.

—¡Dios, *Cerise*!

Poco a poco, se pasa la bandolera por la cabeza y la deposita con cuidado en el suelo. Una sonrisa ardiente comienza en una de las comisuras de su boca y se extiende perezosamente hasta el otro lado cuando se fija en los cuernos.

—¿Voy a tener problemas?

Niego con la cabeza y me estremezco al oír cómo pronuncia «problemas», mi nueva palabra favorita. Me levanto y me acerco para que me vea bien.

—No —digo—, pero me han dicho que te gustaría cambiar tu situación.

Se queda quieto y arquea las cejas.

—¿Mi situación?

—Sí. Tu situación laboral.

—Ya —replica con ojos traviesos.

—Puedo ayudarte. —Doy un paso más hacia él y mi mano asciende por su pecho hasta llegar a la corbata. La aflojo un poco y le digo—: He sido enviada aquí para negociar un trato.

—¿Quién te ha enviado?

—Mi jefe —digo, y le guiño un ojo.

Me mira de arriba abajo una vez más y alarga el brazo para pasarme el pulgar por el labio inferior. Es ya un contacto familiar, pero, en lugar de abrir la boca y lamerle el dedo, se lo muerdo.

Lo retira sobresaltado y se echa a reír.

—Eres irresistible.

—Soy poderosa —le corrijo—. Si todo sale bien esta noche, con solo chasquear los dedos puedo poner fin a ese horrible pleito que te tiene tan ocupado.

Termino de aflojarle la corbata y le miro a la cara. Su expresión divertida se ha vuelto más sincera, más suplicante.

—¿En serio?

—Si me entregas tu alma, haré que desaparezcan todos tus problemas.

Ansel recupera la sonrisa y apoya sus manos en mis caderas.

—Con lo guapa que eres, no creo que necesite un alma. —Se inclina hacia delante, desliza su nariz por mi cuello e inhala—. Es toda tuya. ¿Cómo negociaremos la transacción?

Aparto sus manos de mis caderas, le quito la corbata y me la coloco en torno al cuello.

—Me alegro de que lo preguntes. —Empiezo a desabrocharle la camisa y le explico—: Te haré unas preguntas para poder determinar el valor de tu alma. Si eres puro, acabaré con la situación esta noche y haré que quedes como un héroe que ha vencido a la otra parte. Si estás mancillado... —Me encojo de hombros—. El pleito se acabará, aunque sea complicado. Y entonces me cobraré lo que me debes.

Su hoyuelo hace una aparición estelar.

—¿Y qué clase de preguntas tengo que contestar?

—Tengo que ver lo malo que has sido —respondo, y luego añado en voz más baja—: Espero que hayas sido muy malo. A mi jefe no le gusta pagar mucho, y hacerte quedar como un héroe sale bastante caro en este negocio.

Parece sinceramente confuso.

—¿Es que mi alma no te resultará más valiosa cuanto más depravado sea?

Niego con la cabeza y le digo:

—Solo estoy negociando para alejarte de los ángeles. Te conseguiré por un precio mejor si, de todos modos, es poco probable que te quieran.

—Ya —dice, con una sonrisa divertida.

El silencio se desliza entre nosotros y la amenaza de la tensión acecha fuera del pequeño círculo que forman nuestros cuerpos, tan cerca el uno del otro. Por una vez, las normas son solo mías, el juego es solo mío, y tengo una sensación de poder. Mis dedos tiemblan contra su pecho al percibir que el círculo está completo, cerrado. Soy su igual. Soy su esposa y quiero salvarle.

—Entonces, supongo que estoy a tu merced —dice en voz baja—. Si puedes hacer lo que dices, me apunto.

—Desnúdate —le ordeno, ladeando la cabeza.

—¿Del todo?

La diversión regresa a su rostro.

—Del todo.

Se pasa por los hombros la elegante camisa a cuadros azules. Me esfuerzo por mantener la atención en su rostro, a sabiendas de que la piel que está revelando poco a poco es posiblemente lo que más me gusta de Francia.

—¿Cómo te metiste en esto? —pregunta, desabrochándose el cinturón.

—Mi jefe me encontró vagando sola por las calles —contesto, cediendo a la tentación de alargar los brazos y pasarle las manos por el pecho con un toque ligero. Me encanta comprobar que se le entrecorta el aliento, que su piel parece tensarse bajo mis dedos—. Pensó que sería buena negociadora. ¿Cómo iba a resistirme cuando supe que debería jugar con chicos tan atractivos como tú?

Su mano tira del cinturón, tan rápido que el suave cuero produce un sonido restallante y cae al suelo, seguido muy de cerca por los pantalones.

Cuando sus pulgares se detienen sobre la cinturilla de los bóxers, comprendo que me está atormentando, que espera a que le mire a la cara.

Pero no lo hago.



—¡Fuera esos bóxers! —ordeno—. Necesito ver con qué estoy trabajando.

Se baja la prenda y termina de quitársela poco a poco, con gesto seguro. Nunca me acostumbraré a ver a Ansel completamente desnudo. Está bronceado, es fuerte y parece tener buen sabor. Yo sé que lo tiene. He de contenerme para no arrodillarme y dibujarle una línea húmeda con la lengua desde los huevos hasta la tensa punta de la polla.

Sin embargo, logro resistir la tentación, aunque se rodea la base del miembro con el pulgar y el dedo corazón y me lo tiende como si me lo estuviera ofreciendo. Me quito la corbata del cuello y le cojo las manos, guío sus brazos detrás de la espalda y se los ato por las muñecas. El nudo está apretado, pero no tanto como para impedir que se libere si así lo desea.

Le doy la vuelta, le planto los dedos en el pecho y empujo un poco.

—Ve a sentarte en el sofá. Ha llegado el momento de que respondas a mis preguntas.

—Estoy un poco nervioso —admite con un guiño.

No obstante, camina con seguridad y se sienta cuidadosamente, con las manos atrapadas a su espalda.

—Todos los hombres os ponéis nerviosos cuando llega esta parte. —Le sigo y me siento sobre sus muslos, con una pierna a cada lado. Alargo el brazo y dibujo un círculo con el índice alrededor de la punta de la polla—. A ninguno le gusta reconocer todas las cosas terribles que ha hecho.

—¿Y con cuántos hombres has hecho esto?

Esta vez su voz contiene una emoción peculiar. Celos, tal vez. O tal vez la oscura agitación que le causa imaginarme haciéndole esto a otro.

Ese es el tipo de cosas que tengo que averiguar sobre el hombre con el que me he casado.

—Con miles —susurro. Observo con deleite que su mirada se endurece. Celos, pues—. Soy la mejor negociadora de todas. Si quieres que recuerde esta noche, tendrás que impresionarme luego.

Apoyo el culo sobre sus muslos y me deslizo hacia delante, regalándole a su polla una brevísima fricción contra mí antes de echarme atrás. Bajo las palmas de mis manos, se le encorvan los hombros cuando tira de la corbata que le inmoviliza las muñecas.

—¿Te pone húmeda tener el control, *Cerise*? —susurra, con el ánimo dividido.

Se ha salido del papel, pero tengo la impresión de que no puede evitarlo—. Ojalá pudiera decirte cómo me siento al verte así.

No hace falta que me lo diga; veo muy bien cómo se siente. En un instante, comprendo qué me está pidiendo. Es lo mismo que me pidió la primera noche que jugamos a la criada y el señor: «deja que lo pruebe».

Simplemente, lo está haciendo de otro modo.

Alargo el brazo e introduzco la mano entre mis piernas, deslizo los dedos bajo el satén y decido regalarle un breve espectáculo: cierro los ojos y empiezo a gemir suavemente mientras me acaricio, balanceando las caderas. Sin embargo, cuando retiro la mano, en lugar de meterle los dedos en la boca le sujeto la barbilla con la mano libre y dibujo una línea húmeda en su labio superior, justo debajo de la nariz.

Suelta un gruñido, un sonido increíble, ronco y acongojado que me entran ganas de grabar y reproducir en bucle mientras me deslizo sobre él y le monto. Está tan duro que la polla se le arquea hacia el ombligo, a punto de tocarlo. Una brillante gota de humedad se forma en la abertura y resbala miembro abajo.

Se me hace la boca agua, se me encoge el pecho. No quiero abreviar el juego, pero Ansel está tan duro que me imagino que debe de resultarle incómodo. La tensión de su cuello y la expresión vulnerable de su rostro me infunden deseos de cuidar de él.

—¿Quieres que me la meta en la boca antes de las preguntas? —susurro, saliéndome brevemente del papel.

—*Non* —se apresura a contestar, más rápido de lo que yo esperaba. Tiene los ojos muy abiertos y los labios húmedos, pues acaba de lamérselos intentando limpiar su piel de mi sabor—. Atórmame.

Me aparto de sus muslos, me pongo de pie y exclamo en tono tajante:

—¡Muy bien!

Me inclino sobre la mesita baja para recoger el portapapeles y el bolígrafo. De paso, le regalo una prolongada visión de mi trasero, de mis muslos y de las braguitas de seda roja. A mi espalda, exhala un suspiro largo y tembloroso.

Vuelvo a centrar mi atención en él y repaso mi breve lista. He anotado unas cuantas cosas solo para recordarme a mí misma lo que quiero preguntarle, porque sabía que, con el acaloramiento del momento y sentada sobre los muslos desnudos de Ansel, que me mira como si tuviese que echar mano de toda su

voluntad para no desatarse, sería fácil que lo olvidase.

Me instalo de nuevo encima de Ansel y deslizo el bolígrafo por la piel suave de su pecho. Acto seguido, me balanceo ligeramente sobre la tensa musculatura de sus muslos.

—Podemos empezar por una pregunta fácil.

Asiente con la cabeza, mirándome los pechos sin disimulo.

—*D'accord.*

—Si has matado a alguien, no valdrás gran cosa para mí, porque al final nos haremos con tu alma de todos modos.

Sonríe y se relaja un poco. Acaba de entender de qué va el juego.

—No he matado a nadie.

—¿Torturado?

Se echa a reír.

—Me temo que en este momento soy yo la víctima, pero no.

Vuelvo a mirar mi lista y digo:

—Podemos repasar deprisa los pecados capitales. —Le miro y me humedezco los labios—. Es aquí donde los hombres suelen perder más valor.

Asiente con la cabeza y me mira con atención, como si yo pudiera realmente cambiar su destino esta noche.

—¿Avaricia? —pregunto.

Ansel se ríe con suavidad.

—¡Soy abogado!

Asiento y finjo tomar nota.

—Para un bufete que detestas, pero que te paga sumas desorbitadas por representar a una corporación enorme que demanda a otra. Supongo que eso significa que también puedo apuntarte en «gula», ¿no?

Se ríe y se le marca el sugestivo hoyuelo por un instante.

—Supongo que tienes razón.

—¿Soberbia?

—¿Yo? —dice con una sonrisa encantadora—. No se puede ser más humilde.

—De acuerdo. —Reprimiendo mi propia sonrisa, vuelvo a mirar mi lista—. ¿Lujuria?

Levanta las caderas, y la polla se convierte en una fuerte presencia entre nosotros. Le miro a la cara mientras espero su respuesta, pero no contesta en voz

alta.

Oleadas de calor asaltan mi piel. Su mirada es tan penetrante que finalmente tengo que apartar la mía de su rostro.

—¿Envidia?

Tarda tanto en responder que vuelvo a mirarle para observar su expresión. Se ha puesto extrañamente contemplativo, como si este fuera un ejercicio serio. Y por primera vez me doy cuenta de que tal vez lo sea. No podía preguntarle estas cosas como Mia, sentada a la mesa del comedor frente a él, aunque me habría gustado. Nadie puede ser tan perfecto como parece él, y una parte de mí necesita entender dónde está herido, dónde es más feo. Por algún motivo, es más fácil disfrazarse de sierva de Satanás para averiguarlo.

—Siento envidia, sí —dice en voz baja.

—Necesito que me digas algo más. —Me inclino hacia delante y le doy un beso en la mandíbula—. ¿De qué tienes envidia?

—Nunca la he tenido. Si acaso, tiendo a ver lo positivo en todas las personas y situaciones. Finn y Oliver... a veces pierden la paciencia conmigo y me dicen que soy impulsivo e inconstante. —Aparta los ojos y pasea la mirada por la habitación—. Pero ahora miro a mis amigos y veo que tienen cierta libertad. Una libertad que me gustaría tener a mí. Supongo que eso tiene que ser envidia.

Eso escuece. El escozor se vuelve quemadura y asciende por mi garganta, cubriéndome la tráquea. Trago saliva varias veces hasta que logro decir:

—Ya.

Ansel se da cuenta al instante de lo que ha dicho y agacha la cabeza. Le miro.

—No me refiero a que yo estoy casado y ellos no —se apresura a decir, mirándome a los ojos—. No es por la anulación; yo tampoco quería. No fue solo porque te lo había prometido.

—Vale.

—Si envidio su situación, no es por lo que tú crees. —Hace una pausa y espera a que mi expresión se suavice antes de reconocer en voz baja—: Yo no quería volver a París. No por este trabajo.

Entorno los ojos.

—¿No?

—Me encanta la ciudad, la llevo en el corazón, pero no quería regresar como lo hice. A Finn le encanta su ciudad natal; no quiere marcharse. Oliver va a abrir

una tienda en San Diego. Envidio lo felices que son al estar exactamente donde quieren estar.

Se agolpan en mi lengua demasiadas preguntas, luchando por salir. Finalmente, repito la misma que le hice anoche:

—Entonces ¿por qué volviste aquí?

Me mira, evaluándome. Finalmente, se limita a decir:

—Supongo que me sentí obligado.

Doy por sentado que habla de la obligación que le suponía aceptar un empleo que habría sido insensato rechazar. Aunque Ansel lo deteste, comprendo que era una oportunidad de esas que se presentan una sola vez en la vida.

—¿Dónde preferirías estar?

Se humedece los labios con la lengua.

—Como mínimo, me gustaría tener la posibilidad de acompañar a mi mujer cuando se marche.

Me da un vuelco el corazón. Decido saltarme la pereza y la ira, mucho más interesada en seguir con este tema.

—¿Estás casado?

Asiente con la cabeza, pero su expresión no es traviesa. Ni siquiera un poco.

—Sí, estoy casado.

—¿Y dónde está tu esposa ahora mismo, mientras yo me siento sobre tus muslos desnudos con estas braguitas tan diminutas?

—No está aquí —susurra con aire de conspiración.

—¿Haces esto a menudo? —pregunto con una sonrisa burlona. Quiero despejar la nube de seriedad que desciende sobre nosotros—. ¿Dejas entrar a mujeres mientras tu esposa está fuera? Me alegra que la hayas mencionado, porque la infidelidad es el siguiente punto de mi lista.

Su expresión se ensombrece. Mierda. He tocado un punto sensible. Cierro los ojos al recordar lo que me contó sobre su padre: que nunca fue fiel a la madre de Ansel, que el gran número de mujeres que pasó por la casa acabó empujándola a volver a Estados Unidos cuando Ansel era solo un adolescente.

Empiezo a disculparme, pero sus palabras son más rápidas que las mías:

—He sido infiel.

Un enorme agujero negro se abre en mi interior, devorando mis órganos en el orden más doloroso posible: los pulmones, luego el corazón y, por último,

cuando siento que me ahogo, el estómago.

—Nunca a mi esposa —dice poco a poco y tras una larga pausa, sin percatarse de mi pánico. Cierro los ojos, mareada de alivio. Aun así, mi corazón regresa a mi cuerpo un tanto mustio, latiendo débilmente. En lo que a infidelidad se refiere, Ansel se parece más a su padre que a su madre—. Intento hacerlo mejor esta vez.

Transcurren largos instantes hasta que puedo hablar. Sin embargo, cuando lo hago, mis palabras brotan agudas, casi sin aliento:

—Pues eso, desde luego, inclina la negociación a mi favor.

—Seguro que sí —susurra.

Mi voz tiembla un poco:

—Necesito los detalles, por supuesto.

Finalmente, una leve sonrisa insegura le ladea la boca.

—Por supuesto. —Ansel apoya la cabeza en el respaldo del sofá y me mira con cautela—. Conocí a una mujer de aquí cerca. De Orleans.

Se interrumpe brevemente y cierra los ojos. Veo que el pulso le late en la garganta. Aunque su explicación sea tan objetiva, tan imparcial, él parece un tanto alterado.

¿Será solo porque yo llevo lencería y él está completamente desnudo? ¿O estará preocupado por mi reacción?

Le apoyo una mano en el pecho.

—Cuéntamelo —susurro, y la inquietud me inunda las venas—. Quiero saberlo todo.

Pero una parte de mí no quiere.

Se relaja bajo la palma de mi mano.

—Yo estudiaba derecho en Estados Unidos y ella moda en París. Mantuvimos la relación a distancia. —Se echa hacia atrás y me observa antes de decir—: A veces soy impulsivo con mis emociones, ya lo sé. Al cabo de un par de meses... comprendí que éramos más amigos que amantes. Pero estaba convencido de que la relación volvería a ser apasionada cuando yo regresara aquí. Di por sentado que mi pérdida de entusiasmo era temporal, que se debía a la distancia. —Cada frase suena cuidadosamente compuesta—. Me sentía solo y... compartí mi cama en dos ocasiones. Minuit sigue sin saberlo.

*Minuit...* Busco en mi limitado vocabulario y recuerdo que significa

«medianoche». Me imagino a una belleza de pelo alborotado que pasa las manos por el pecho de Ansel igual que yo deslizo ahora las mías, con el culo apoyado en sus muslos igual que se apoya el mío en este momento. Me imagino esta polla, erecta por ella igual que se endurece por mí ahora.

Me pregunto si el lujo de su pasión es solo temporal. Me entran ganas de apuñalar mis celos con un instrumento puntiagudo.

—Me sentí obligado —repite, y finalmente vuelve a mirarme—. Me esperó, así que regresé. Acepté ese empleo que detesto, pero me equivoqué. No fuimos felices ni siquiera después de volver aquí.

—¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

Exhala un suspiro.

—Demasiado tiempo.

Hace casi un año que volvió aquí, y acabó la carrera de derecho justo antes de volver. «Demasiado» no me dice gran cosa.

Pero es hora de regresar a algo mejor. El tema es denso, un reclamo que pesa en mi mente y que hunde mis pensamientos por debajo de la clara superficie de nuestro juego para llevarlos a un punto sombrío y grave. No es propio de nosotros.

Estaremos casados un verano. Los matrimonios de verano no se dejan arrastrar a temas chungos. Además, llevo puesto un disfraz de diablesa y él está en pelotas. ¿Hasta qué punto podemos tomarnos en serio ahora mismo?

Finjo tomar unas notas en el portapapeles y vuelvo a mirarle.

—Creo que tengo toda la información que necesito.

Se relaja por partes: primero las piernas, después el abdomen y los hombros; por último, la expresión. Cuando sonrío, siento que un nudo se desata en mi interior.

—Entonces ¿ya está todo?

Chasqueo los dedos y asiento con la cabeza.

—No puedo hacer que consigas un ascenso, pero creo que, de todos modos, no lo querrías.

—No si me obliga a quedarme mucho más tiempo —coincide con una carcajada.

—Mañana Capitaux retirará los cargos y todo el mundo sabrá que se debe a que encontraste el documento que exige a Biologiques Régál de toda

irregularidad.

Suelta un suspiro dramático y se pasa la mano por la frente.

—Me has salvado.

—Pues ahora me toca a mí —le recuerdo—. Llegó la hora de reclamar mi pago. —Me inclino y le succiono el cuello—. Mmm, ¿quieres sentir mi mano o...?

—Tu boca —me interrumpe.

Retrocedo con una sonrisa malvada, sacudiendo la cabeza.

—Esa no iba a ser una de las opciones.

Resopla, impaciente. Mis manos recorren su pecho una vez más. Le paso las uñas cortas por la piel y se le tensan todos los músculos.

—Pues dime qué opciones tengo —masculla.

—Mi mano o tu mano. —Apoyo mis dedos en sus labios para impedir que vuelva a precipitarse en su respuesta—. Si eliges mi mano, no conseguirás nada más y permanecerás atado. Si eliges tu mano, te desataré, claro está... pero también podrás verme utilizar mi mano en mí misma.

Abre mucho los ojos, como si de pronto no supiera muy bien quién soy. Si he de ser franca, yo también estoy sorprendida. Nunca he hecho esto delante de nadie, pero las palabras han brotado de mis labios sin pretenderlo.

Y estoy segura de saber lo que va a escoger.

Se inclina hacia delante y me da un piquito antes de contestar:

—Yo utilizo mi mano y tú la tuya.

Mientras estiro los brazos y le desato las manos, no sé si sentirme aliviada o nerviosa. Más rápido de lo que yo esperaba, me agarra por las caderas y tira de mí hacia delante para deslizar la tela húmeda de mis bragas sobre su polla, frotándose contra mí con un grave gemido. Sin pensar, me muevo con él, balanceándome sobre la deliciosa presión de su duro miembro contra mi clítoris. No me había dado cuenta de lo mucho que me he excitado al pasar tanto rato cerca de él, escuchándole y jugando, pero ahora soy consciente de que estoy empapada.

Le deseo. Deseo su grueso miembro deslizándose en mi interior, sentir mi cuerpo tan lleno del suyo que no pueda imaginarme sintiendo otra cosa. Deseo oír su voz, alentándome al oído en tono apremiante, en una mezcla confusa de inglés y francés, y, por fin, los sonidos roncós e ininteligibles de su placer.



Sin embargo, para bien o para mal, esta noche estoy yo al mando, y ninguna enviada directa de Satanás dejaría nunca que un hombre alterara sus planes, por muy cálida que sea su piel, por muy obsceno que suene cuando dice:

—Noto hasta qué punto me necesitas. Tienes las bragas empapadas.

Me levanto, me bajo la breve pieza de tela roja y se la lanzo de una patada. Ansel se lleva mis bragas a la cara y me mira mientras me siento sobre la mesita baja. Veo que cierra el puño en torno a su polla y lo mueve una vez hacia arriba, muy despacio.

Aunque lo que vamos a hacer se me antoja depravado, me sorprende comprobar que no me siento rara. Nunca he visto nada tan sexy como la imagen de Ansel dándose placer. Me imagino que está solo, pensando en mí. Me imagino que estoy sola, pensando en él. Y así, mis dedos se deslizan por mi piel y él empieza a mover la mano más fuerte, más rápido, y su respiración se convierte en una serie de leves gruñidos.

—Muéstramelo —susurra—. Muéstrame cómo te follas a ti misma cuando estoy en el trabajo, pensando en ti.

Me tumbo, vuelvo la cabeza para poder seguir mirándole y empiezo a utilizar ambas manos. Quiere que me deje llevar. Al fin y al cabo, de eso va este juego: los disfraces, la simulación. Va de permitirnos hacer todo lo que queramos. Deslizo dos dedos en mi interior y uso la otra mano para dibujar círculos por fuera... se me acelera el pulso cuando él suelta un gemido, aumenta su propia velocidad y me dice con voz ronca que quiere ver cómo me corro.

Es una mala aproximación a sus dedos y una aproximación aún peor a su polla. Sin embargo, al ver sus ojos clavados en mí y el ritmo constante del puño que sube y baja por su miembro, noto que la sangre afluye a mis muslos y que el denso anhelo entre mis piernas crece y crece hasta que arqueo la espalda, separándola de la mesa, y me corro con un grito agudo. Con un gemido de alivio, Ansel se deja llevar después de mí. Me incorporo sobre un codo y contemplo cómo se derrama en su propia mano, en su vientre.

En un instante, Ansel se pone de pie y me tiende en el suelo. Acto seguido, se deja caer encima de mí, todavía lo bastante duro para penetrarme con fuerza, de un solo impulso. Se ciernen sobre mí, tapando la minúscula luz de las pocas velas que siguen ardiendo, y alarga el brazo para bajarme la tira del salto de cama y dejar al descubierto uno de mis pechos.

—¿Acabas de correrte? —susurra contra mi piel.

Asiento con la cabeza. Aunque mi pulso empezaba a recuperar la normalidad, al notar su miembro en mi interior todas mis sensaciones regresan a la superficie. Siento la humedad de su orgasmo en la piel de su vientre, en la mano con que me rodea la cadera. Pero notar que empieza a endurecerse dentro de mí otra vez, tan pronto, me produce una embriagadora sensación de poder.

—Si yo hubiera sido Satanás esta noche... —empieza a decir, y luego se interrumpe. Su respiración entrecortada me acaricia la oreja.

El aire entre nosotros parece inmovilizarse por completo.

—¿Qué, Ansel?

Sus labios encuentran mi oreja y mi cuello. Me succionan con suavidad. Luego pregunta:

—¿Alguna vez has sido infiel?

—No. —Mientras mis manos ascienden por su espalda, susurro—: Pero una vez maté a un hombre solo por verle morir.

Se echa a reír y noto que mi cuerpo estruja el suyo mientras su miembro se alarga levemente, endureciéndose todavía más.

Me aparto un poco para mirarle.

—¿Acaso te pone la idea de haberte casado con una asesina? Tú no estás bien de la cabeza.

—Me encanta que me hagas reír —aclara—. Eso es lo que me pone. Me pone también tu cuerpo y lo que has hecho esta noche.

A través del salto de cama, cubre mi otro pecho con su mano y empieza a pasarme el pulgar por el pezón, una y otra vez. Ansel es lo bastante fuerte para partirme por la mitad, pero acaricia mi piel como si yo fuese demasiado valiosa para arriesgarse a hacerme daño.

Pensaba que yo era la única que se había fijado en la nueva y fascinante oscilación de mis caderas, en la pesadez de mis senos, pero resulta que no es así. Ansel se entretiene con mis pechos, jugando con ellos y empujándolos. La cocina francesa me ha sentado bien... aunque quizá me esté pasando un poco. No importa; me encantan mis curvas. Ahora solo tengo que descubrir el secreto de las francesas para disfrutar de esa cocina y seguir estando delgadas.

—Te estás cuidando —murmura contra mi pecho, y desliza la lengua por mi clavícula—. Sabes que tu marido te quiere con más carne. Me gusta que tengas

las caderas más anchas. Me gusta poder estrujarte el culo con las manos, notar que tus pechos se mueven sobre mi cara cuando te pones encima.

¿Cómo lo hace? El pelo le cae sobre un ojo y casi parece un chaval, pero sus palabras suenan ásperas contra mi piel. Su aliento y sus dedos me rozan las costillas, la parte inferior de los senos, los pezones.

Empieza a balancearse despacio en mi interior mientras sus labios ascienden por mi cuello hasta llegar a mi oreja. Mi cuerpo responde, tenso e ilusionado, esperando el placer que me hará explotar. Como si estuviera compuesta por un millar de diminutas alas.

—Esta noche, *Cerise*... gracias por querer salvarme a mí —dice, haciendo hincapié en la última palabra.

Mi cerebro tarda un instante en procesar su tono. La adrenalina corre tan deprisa por mis venas que se me encienden las puntas de los dedos y se me acelera el pulso.

«Ven a Francia a pasar el verano.»

Ansel sabía que su vida no dejaba espacio para lo nuestro, pero no le importó. Intentaba salvarme.

## 16

En algún punto de mi subconsciente noto que Ansel se mete en la cama y se ciernen sobre mí bajo una manta calentada por el sol. Me despierta con la presión de su mirada.

Me desperezo y frunzo el ceño al ver su camisa bien planchada, blanca y con pequeñas formas geográficas de color morado.

—¿Te vas a trabajar? —pregunto con voz soñolienta—. Espera —añado una vez que la conciencia se abre paso hasta la superficie—. Es martes. Claro que te vas a trabajar.

Me da un beso en la nariz y pasa la cálida palma de su mano por mi hombro y uno de mis senos, hasta llegar a la cintura.

—Solo me quedan unas semanas para que termine esta locura.

—A mí también —digo, y me echo a reír. Pero mi sonrisa se desvanece de repente y me pongo a hacer pucheros—. ¡Vaya! ¿Cómo se me ocurre decir eso? Ahora me entran ganas de tragarme mis palabras en forma de enorme cruasán de chocolate.

—Cruasán —repite, y me da un beso antes de susurrar—: Esta vez lo has dicho mejor, *Cerise*. Pero nosotros lo llamamos *pain au chocolat*.

Me toca el labio con el índice. Sonrío y le muerdo la punta del dedo. No quiero que se sienta frustrado por mi inminente partida. Ambos somos mucho más felices cuando fingimos que no existe.

Aparta la mano y vuelve a pasarla por uno de mis senos.

—Estoy convencido de que Capitaux acabará aceptando un acuerdo extrajudicial.

—Ojalá no tuvieras que irte.

—Ya. Yo tampoco quiero marcharme.

Me da un beso tan suave y serio que algo se hincha dolorosamente dentro de mi pecho. No puede ser solo el corazón, porque mi cuerpo entero se queda sin aire. Tampoco pueden ser únicamente los pulmones, porque se me acelera el pulso. Es como si Ansel hubiera fijado su residencia dentro de mi caja torácica, desbaratándolo todo.

—¿Tienes planes de aventura importantes para hoy? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Pues hoy te dedicarás a practicar el francés —dice, muy decidido.

—¿Con quién?

—Con madame Allard, la señora de la planta baja. Le caes muy bien y cree que vas a tener un bebé.

Abro mucho los ojos y me llevo las manos al vientre.

—No he ganado tanto peso. —Me miro las manos y pregunto—: ¿O sí?

Se echa a reír y se inclina para darme un beso.

—No estás muy distinta de cuando llegaste. Dime cómo se dice «no estoy embarazada» en francés. Puedes bajar y decírselo tú misma.

Cierro los ojos, reflexionando.

—*Je ne... suis pas...* —le miro— embarazada.

—*Enceinte* —dice—. O *pleine*, o sea, llena. Decimos «llena» para referirnos a una mujer embarazada.

Recorre mi cuerpo con los ojos y me desperezo bajo su mirada, preguntándome qué posibilidades hay de que se quite la ropa y me haga el amor antes de irse a trabajar.

Se aparta, pero veo el tenso bulto de sus pantalones, bajo la cremallera.

Apoyo la palma de mi mano en su erección y arqueo la espalda.

—Diez minutos.

Lo digo en broma, pero sus ojos expresan cierta congoja.

—No puedo.

—Ya lo sé.

—Lo siento mucho, Mia. —Sus ojos escudriñan los míos—. Sabía que estaría

ocupado. ¿En qué estaba pensando? Pero estás aquí y estoy loco por ti. ¿Cómo puedo arrepentirme?

—Para —le digo, rodeando la forma de su miembro con la mano—. Es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo.

Sus ojos se cierran cuando pronuncio esas palabras, empuja contra la palma de mi mano y se tiende sobre mi cuerpo desnudo.

—Es extraño, ¿no? —pregunta en voz baja, apoyando la cara en mi cuello—. Esto no es ninguna broma. En realidad, nunca ha sido mera ficción.

Siento un arrebató de nostalgia y mucha emoción. En un frenético estallido de color, irrumpen en mi visión imágenes de las últimas semanas: las dos primeras semanas de desorientación en que él estuvo ausente casi cada minuto del día, el sentimiento de incomodidad la primera vez que hicimos el amor después de nuestra llegada, nuestra pasión renovada la noche que me disfracé de criada. Tengo tantas probabilidades de pedirle a Ansel la anulación como de volver nadando a casa dentro de unas semanas.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto, y mi voz se apaga en la última sílaba.

El Ansel alegre que conozco regresa y se aparta sonriendo, como si supiera que solo por turnos debemos considerar el lado más oscuro de nuestra impulsiva y maravillosa aventura.

—Cuando vuelva del trabajo, lo haremos un montón de veces. —Me doy cuenta de que esta vez está decidido a irse—. Muéstrame otra vez tu lado travieso.

El edredón cae sobre mí con una ráfaga de aire. Cuando se posa, Ansel se ha marchado y solo oigo el fuerte chasquido de la puerta de la calle.

Madame Allard se empeña en compartir conmigo su opinión sobre el cachorro que acaba de llegar al edificio y las uvas que venden en el supermercado de la esquina. La anciana tarda un rato en decidirse a preguntarme si vamos a tener un bebé, y yo tardo todavía más en convencerla de que no es así. Su alegría al oír mi sencilla frase: «*Madame, je ne suis pas enceinte*» basta para infundirme deseos de intentar pedir mi comida en francés.

Sin embargo, el irritable camarero de cejas alborotadas del restaurante de la esquina, mucho menos amable, me lleva a reconsiderar mi decisión, y al final

opto por pedir mi plato favorito, *soupe à l'oignon*, en mi clásico inglés teñido de disculpa.

Me pregunto cuántas de las personas de la vida de Ansel darán por sentado que vine aquí con él porque me quedé embarazada. Aunque solo estuvo fuera tres semanas, ¿quién sabe qué darán por sentado las personas de su vida? Y luego me pregunto: ¿se lo habrá dicho a su madre? ¿Y a su padre?

¿Cómo es que la idea de estar embarazada ahora mismo me hace reír y luego me produce un ligero cosquilleo? «*Pleine*» es una palabra preciosa. Aún más preciosa es la idea de estar «llena», llena de él, del futuro y de esa cosa que se desarrolla entre nosotros. Aunque no haya un bebé creciendo en mi interior, sí crece una emoción auténtica.

Y también una radiante esperanza. Al instante, se me cae el alma a los pies.

Impulsivamente, saco el móvil y le envío este mensaje: ¿SABEN TUS PADRES QUE ESTÁS CASADO?

¿Por qué no se me ha ocurrido preguntárselo hasta ahora?

No contesta mientras como. Cuando ha transcurrido casi una hora y estoy a un kilómetro de distancia del apartamento, vagando sin rumbo fijo por tortuosos callejones, suena mi teléfono dentro del bolso.

MI MADRE LO SABE, MI PADRE NO. Y luego: ¿TE PREOCUPA?

A sabiendas de que está en el trabajo y es posible que cuente con su atención durante pocos instantes, me apresuro a teclear: NO. MIS PADRES NO LO SABEN. SIMPLEMENTE ACABO DE DARME CUENTA DE LO POCO QUE HEMOS HABLADO DE ESO. YA HABLAREMOS, PERO ESTA NOCHE NO.

Me quedo mirando el móvil. Eso es muy críptico. ¿POR QUÉ ESTA NOCHE NO? PORQUE ESTA NOCHE TE TOCA SER TRAVIESA, NO BUENA CHICA.

Estoy tecleando mi respuesta, esencialmente «claro que sí» y «vuelve a casa lo antes posible», cuando mi teléfono vuelve a sonar y recibo otro mensaje... esta vez de Harlow.

ESTOY EN CANADÁ.

Abro mucho los ojos mientras busco alguna explicación distinta de la que surge inmediatamente en mi cerebro. Harlow no tiene familia en Canadá, no se le ha perdido nada allí. Tecleo mi pregunta tan rápido que tengo que corregir siete errores tipográficos en cinco palabras: ¿¿¿TE ESTÁS TIRANDO A FINN???

No contesta enseguida y, sin pensar, le envío un mensaje a Ansel para que me lo confirme.

No a Lola.

En realidad, resulta natural que me comunique con Ansel en primer lugar... Maldita sea, tenemos amigos en común, una comunidad compartida. Me tiemblan los dedos mientras tecleo: ¿HA IDO HARLOW A CANADÁ A VISITAR A FINN ESTE FIN DE SEMANA?!

Ansel contesta al cabo de unos minutos: DEBEN DE HABERNOS ENVIADO UN MENSAJE AL MISMO TIEMPO. AL PARECER, LLEGÓ VESTIDA CON SOLO UNA GABARDINA.

Asiento con la cabeza mientras tecleo: ESO ES TÍPICO DE HARLOW. ¿CÓMO PASÓ POR EL CONTROL DE SEGURIDAD SIN TENER QUE QUITÁRSELA?

NI IDEA, dice. PERO MÁS VALE QUE NO INTENTEN COPIARNOS EL JUEGO DE LOS DISFRACES.

La sangre me hierve deliciosamente con solo pensar en lo que me espera. ¿A QUÉ HORA LLEGARÁS?

TENGO QUE QUEDARME AQUÍ, CON EL OGRO, MÁS O MENOS HASTA LAS NUEVE.

¿Las nueve? Me desanimo al instante. Tecleo VALE y vuelvo a guardarme el móvil en el bolso. Pero entonces se me ocurre una idea: quería que fuese traviesa, ¿no? Pues se va a enterar.

Últimamente, Ansel me envía mensajes de texto a la hora de la cena, cuando él está trabajando y yo estoy en casa. La rutina se generó hace solo cuatro días, pero espero recibir algún mensaje suyo sobre las siete, cuando se toma un descanso.

Estoy lista, en el dormitorio, cuando suena mi móvil a mi lado, sobre el edredón.

NO OLVIDES LO QUE QUIERO ESTA NOCHE. CENA BIEN. NO TE DEJARÉ DORMIR.

Con las manos temblorosas, pulso su nombre para llamarle y espero mientras le suena el móvil una vez... dos...

—¿Allo? —contesta, y luego cambia a mi idioma—: ¿Mia? ¿Va todo bien?

—¿Profesor Guillaume? —pregunto con voz aguda y vacilante—. ¿Es buen momento para llamarle? Ya sé que no es su horario de atención...

Un silencio me recibe al otro lado de la línea. Al cabo de unos momentos, carraspea en voz baja.

—La verdad, Mia —dice con una voz distinta, la de un hombre seco que se siente irritado por la interrupción—, estoy muy liado. ¿Qué pasa?

Mi mano se desliza por mi tórax, sobre el ombligo y más abajo, entre mis



piernas abiertas.

—Tengo varias dudas sobre lo que usted me enseñó, pero puedo volver a llamar en otro momento.

Necesito oír su voz, perderme en ella para encontrar el valor necesario para hacer esto cuando no se lo espera. Cuando quizá está sentado a su mesa frente a otra persona.

Casi puedo imaginarme cómo se inclina hacia delante, escuchando atentamente cada sonido que llega del otro extremo de la línea.

—No, estoy aquí ahora. Adelante.

Mi mano se desliza arriba y abajo, mis dedos presionan mi piel. Me imagino que es su mano y que Ansel se cierne sobre mí, observando todas y cada una de mis expresiones.

—Esta mañana, en clase... —empiezo a decir, y se me corta la respiración cuando oigo que exhala con fuerza. Trato de recordar algún término rudimentario de derecho de la asignatura de ciencias políticas que cursé hace dos años—. Cuando usted hablaba de política judicial...

—¿Sí? —susurra.

Ahora sé que debe de estar solo en su despacho. Su voz se ha vuelto ronca, apremiante y grave. Si estuviera aquí, sé que desaparecería de sus ojos el buen humor para ser sustituido por una falsa mirada dura y calculadora.

—Creo que jamás me había interesado tanto una clase. —Sujeto el móvil entre la oreja y el hombro, y deslizo la otra mano sobre mi pecho. A Ansel le encantan mis senos. Siempre me han gustado porque no entorpecen mis movimientos, pero ahora, cuando él me toca, me doy cuenta de lo sensibles que son, de lo bien que responden a las caricias—. Ninguna asignatura me ha gustado tanto como me gusta la suya.

—¿No?

—Y no dejo de pensar... —Hago una pausa para mantener la emoción, y también porque le oigo respirar y quiero sumergirme en la lenta y profunda cadencia de ese sonido. Algo en mi interior se enciende de deseo—. No dejo de pensar qué sucedería si quedáramos fuera de la universidad.

Transcurren varios latidos tensos y palpitantes antes de que conteste:

—Sabe que no puedo hacer eso, señorita Holland.

—¿No puede por las normas? ¿O porque no lo desea?

Mis dedos se mueven más deprisa, deslizándose fácilmente sobre una piel que se ha vuelto resbaladiza al sonido de su voz, al sonido de su respiración a través de la línea. Me lo imagino sentado detrás de un escritorio, agarrándose el miembro a través de la cremallera. La mera idea me deja sin respiración.

—Por las normas. —Su voz se convierte en un leve susurro—: Además, no puedo desearlo. Es mi alumna.

Se me escapa un suave gemido, porque sí que lo desea. Me desea a mí, aunque esté inundado de trabajo y a kilómetros de distancia.

¿Qué sensación me produciría ser realmente su alumna, o una de las chicas del metro que le miran, que le desean? ¿Y si fuese de verdad mi profesor y yo tuviese que sentarme a escuchar cada día su voz grave y profunda sin poder adelantarme, llamar su atención ni pasar mis manos por su pecho y entre sus espesos cabellos?

—Mia, no estarás haciendo nada... inapropiado en este momento, ¿verdad? —pregunta, recuperando el tono seco. Es la primera vez que no puedo verle la cara mientras jugamos, pero le conozco ya lo suficiente para saber que está fingiendo. Para mí su voz nunca es seca, aunque esté disgustado. Ansel se muestra siempre equilibrado, siempre imperturbable.

Mi espalda se arquea, separándose del colchón. La sensación se acumula, se calienta en mis muslos, en mi bajo vientre.

—¿Quieres oírme? ¿Te gusta imaginarme haciendo esto aquí, en tu cama?

—¿Estás en mi cama? —pregunta, separando las sílabas como si estuviera enfadado—. ¡Mia! ¿Te estás tocando?

La emoción del juego me invade, me mareo, me pone como una moto. Recuerdo cómo me ha mirado esta mañana, con el ánimo dividido, deseando poseerme antes de irse a trabajar. Recuerdo la sensación de su boca en mi cuello cuando se metió en la cama anoche, cómo me abraza desde atrás todas las noches, estrechándose contra su pecho.

—¡Oh, oh, Dios! —susurro levemente.

Oigo un sonoro gemido al otro lado de la línea y me desmonto por completo bajo mi propia mano, imaginando que es la suya, a sabiendas de que la sensación será mucho mejor más tarde, cuando lo sea de verdad.

Y Ansel puede imaginarme ahora, porque me ha visto hacerlo.

Con las piernas temblorosas, suelto un grito a través del teléfono, cabalgando

la ola de calor y deleite que resbala por mi piel. Pronuncio su nombre y otras palabras, tal vez incoherentes. El simple hecho de saber que está escuchando y que no puede hacer nada, que no puede tocarme ni verme, prolonga mi placer hasta que estoy agotada y jadeante, hasta que mi mano se apoya en mi cadera y luego en el colchón, al lado de mi cuerpo.

Sonríó contra el teléfono, soñolienta y satisfecha... de momento.

—Mia.

Parpadeo, trago saliva y susurro:

—Ay, Dios. No puedo creerme que haya hecho eso. Lo sien...

—No te vayas a ninguna parte —masculla—. Llegaré pronto para ocuparme de esta... esta indiscreción.

Me he quedado dormida esperándole. La puerta se abre de golpe y el pomo choca contra el yeso de la pared. Me incorporo sobresaltada y me bajo la faldita, frotándome los ojos. Ansel entra en el dormitorio hecho una furia.

—¿Qué cojones estás haciendo? —ruge.

Retrocedo rápidamente hacia el cabecero de la cama, desorientada y con el corazón desbocado, mientras mi cerebro asimila poco a poco la adrenalina que corre por mis venas.

—Pues... me has dicho que no me fuera a ninguna parte.

Se acerca con gesto airado, se detiene junto a la cama y se desata la corbata de un tirón impaciente.

—Has irrumpido en mi casa...

—La puerta estaba abierta...

—... y te has metido en mi cama.

—Es que...

Le miro con los ojos muy abiertos. Parece verdaderamente disgustado, pero entonces alarga el brazo y me recuerda que todo es un juego pasando su pulgar con delicadeza por mi labio inferior.

—Mia, esta noche has infringido un centenar de normas universitarias y varias leyes. Podría hacer que te detuvieran.

Me pongo de rodillas y deslizo las manos por su pecho.

—No sabía cómo llamar tu atención.

Cierra los ojos y me pasa los dedos por la mandíbula, el cuello y los hombros desnudos. Solo llevo una falda corta y unas bragas, y las palmas de sus manos se deslizan por mis pechos. De pronto, aparta las manos y aprieta los puños.

—¿Crees que no me he fijado en ti en clase? —masculla—. ¿En primera fila, sin quitarme los ojos de encima en toda la hora, con los labios tan gruesos y rojos que no dejo de pensar en la sensación que me producirían en la lengua, el cuello y la polla?

Me humedezco los labios y me muerdo el inferior.

—Puedo mostrártelo.

Vacila y entorna los ojos.

—Me despedirían.

—Te prometo que no se lo contaré a nadie.

Sus dudas parecen sinceras: cierra los ojos y aprieta la mandíbula. Cuando vuelve a abrir los ojos, se inclina hacia mí.

—Si lo consideras un premio por irrumpir en mi casa...

—No...

Pero ve la mentira en mi rostro. Estoy consiguiendo todo lo que quiero, y mi sonrisa siniestra le lleva a lanzar un gruñido y a agarrarme los pechos de nuevo con un gesto brusco.

Mi piel acude al encuentro de sus manos. En mi interior, los músculos y órganos vitales se retuercen como si los estuvieran escurriendo. El calor me invade el pecho y el bajo vientre, se acumula entre mis piernas. Le deseo tanto que me siento ansiosa e impaciente, con una necesidad elemental que se me aferra a la garganta. Enredo las manos en su pelo y le sujeto contra mí, impidiendo que se aparte lo más mínimo.

Pero todo es una trampa. Se libera con facilidad y retrocede para mirarme con un fuego convincente en los ojos.

—Cuando me has llamado con tu pequeño espectáculo, tenía mucho trabajo en mi mesa.

—Lo siento —susurro.

Estar cerca de él me vuelve líquida. Mis entrañas se funden, se derriten.

Cierra los ojos, y sus fosas nasales se ensanchan.

—¿Qué crees que ha pasado con mi concentración al saber que estabas aquí pensando en mí, tocando una piel que podía ser mía?

Para subrayar sus palabras, clava sus ojos en los míos y desliza una mano brusca en mis bragas. Dos dedos buscan, se hunden en mi abertura, y me encuentran empapada.

—¿Quién te ha puesto tan húmeda?

No contesto. Cierro los ojos y empujo contra su mano. Si no se mueve, le agarraré la muñeca y me follaré sus dedos. Estoy encendida, en todo el cuerpo y sobre todo aquí. Me inunda una necesidad apremiante de correrme, de que él haga que me corra.

De un tirón, saca los dedos de mi interior y me los mete en la boca, presionando mi sabor contra mi lengua. Su mano me agarra la mandíbula, sus dedos se curvan en el hueco de mis mejillas para mantener mi boca abierta.

—Quién. Te ha puesto. Húmeda.

—Tú —logro contestar pese a la presencia de sus dedos.

Se aparta y me pellizca el labio inferior entre el índice y el pulgar.

—He pensado en ti todo el día —añado—. No solo cuando te he llamado. — Le miro fijamente a los ojos, tan llenos de rabia y deseo que me quedo sin aliento. Su mirada se suaviza poco a poco, y noto que a los dos nos cuesta concentrarnos en nuestro papel. Tengo ganas de fundirme con él, de sentir su cálido peso sobre mí—. Pienso en ti durante todo el día.

Ve la verdad en mi expresión y sus ojos se posan en mis labios mientras sus manos se abren suavemente a ambos lados de mi cintura.

—¿Sí?

—Y no me importan las normas —le digo—. Ni que tengas mucho trabajo. Quiero que pases del trabajo.

Se le tensa la mandíbula.

—Te deseo. El curso acabará muy pronto.

—Mia...

Veo la duda en sus ojos. ¿Siente también ese anhelo enorme que siento yo, que arrincona todo lo demás dentro de mi pecho? Nuestro tiempo juntos también está a punto de acabar. ¿Cómo podré alejarme de él en solo un par de semanas?

¿Qué vamos a hacer?

El corazón me da un vuelco. Me late tan fuerte que el ritmo deja de ser seguro. Son platillos y bombos sonando ensordecedores. Son guitarras trash bajo mis costillas. Reconozco este sentimiento. Él tiene que saberlo.

Pero ¿es demasiado pronto? Llevo aquí apenas un mes.

—Ansel... Te...

Sus labios se estrellan contra los míos, su lengua abre mi boca, la saborea, recorre mis dientes. Me aprieto contra él, hambrienta de notar su gusto a hombre, a mar y a pasión.

—No lo digas —dice contra mi boca, intuyendo que me disponía a decir algo sincero y serio. Se aparta y me mira a los ojos con gesto frenético, suplicante—. No puedo hacerme el duro si lo dices esta noche. *D'accord?*

Asiento aceleradamente y sus pupilas se dilatan, una gota de tinta en el iris verde. Casi puedo ver cómo se le acelera el pulso.

Ansel es mío. Lo es.

Pero ¿durante cuánto tiempo? La pregunta inoportuna me desespera y alargo los brazos hacia él. Le necesito muy hondo, en cada parte de mí, sabiendo que no puede dejarme realmente sin respiración, pero ofreciéndosela de todos modos en leves ráfagas constantes.

Se acerca más y me agarra del pelo. Alargo el brazo ansiosamente hacia su camisa y tiro de ella hasta que se le sale de los pantalones. Desabrocho cada botón con dedos temblorosos. Cuando su torso cálido y liso queda al desnudo, oigo mi propio gemido febril y veo que mis manos se deslizan frenéticas por su piel. ¿Qué sensación me produciría desearle tanto como le deseo y no poder acceder a él? ¿Qué sentiría si solo por esta noche, a pesar del peligro, permitiera que le tocase, que le saborease, que me lo follase?

Me volvería loca. Me volvería insaciable.

Ansel lanza un gruñido. Cree que me entretengo demasiado pasándole las manos por el pecho, rascándole las tetillas con las uñas, acariciando la coqueta línea de vello que sale del ombligo y se pierde dentro de sus pantalones. Con gesto impaciente, me tira del pelo e impulsa las caderas hacia delante. Suelta un gemido de aprobación cuando me apresuro a desabrocharle el cinturón y la bragueta para bajarle los pantalones y liberar la polla.

Oh.

Su miembro se proyecta delante de mí, grueso y cálido; cuando lo cojo, parece acero contra mi palma. Lo agarro con las dos manos y las deslizo hacia abajo. Ansío que me suelte el pelo para poder inclinarme y succionarlo con todo mi anhelo.

Muevo el puño arriba y abajo y exhala un tenso gemido. De pronto, se inclina y atrapa mi boca en un beso brutal e imperioso. Su boca succiona la mía, separando mis labios mientras me agarra del pelo con más fuerza. Desliza su lengua dentro, muy hondo, follándome con un ritmo inconfundible.

«No seré tierno —me está diciendo—. Ni siquiera lo intentaré.»

Muy excitada, me retuerzo para liberarme. Quiero chupársela hasta que se corra. Pero suelta un taco, me tumba sobre la cama de un empujón y se agacha a recoger la corbata, con la que me ata las manos al cabecero.

—Tu cuerpo es para mi placer —me dice con mirada sombría—. Estás en mi casa, pequeña. Te poseeré como me dé la gana.

Se quita los pantalones a patadas y se coloca encima de mí. Me baja las bragas y me levanta la falda por encima de las caderas. Con las manos planas sobre mis muslos, me separa las piernas, se inclina hacia delante y me penetra bruscamente.

El alivio es tan inmenso que lanzo un grito; nunca me he sentido tan llena de él. Estoy hambrienta y satisfecha, deseando que se quede para siempre donde está. Pero no permanece mucho tiempo dentro de mí. Se retira y acto seguido se abalanza hacia delante, se agarra al cabecero y me posee con tanta brusquedad que cada impulso me hace castañetear los dientes y vacía de aire mis pulmones.

Nuestro abrazo es una frenética locura: su cuerpo sobre el mío, mis piernas apretadas en torno a su cintura, con tanta fuerza que me pregunto si le estaré haciendo daño. Quiero hacerle daño. De un modo oscuro y enfermizo, quiero sacar cada sensación a la superficie, hacer que lo sienta todo a la vez: el deseo, el dolor, la necesidad y el alivio. Y sí, incluso el amor que siento.

—Esta noche quería hacer cosas —silabea, sujetándome los muslos. Se mueve fuerte y rápido, follándome tan bruscamente que el sudor le gotea de la sien y aterriza en mi pecho. Su rabia es aterradora, emocionante, perfecta—. En cambio, tengo que venir a casa y ocuparme de una alumna traviesa.

Sus caderas se estrellan contra mí una y otra vez. Empieza a gemir y entorna los ojos. Las grandes manos ásperas se apoyan en mis pechos, su pulgar se desliza sobre un pezón.

—Por favor, haz que me corra —suplico en un susurro.

Quiero dejar de jugar.

Quiero jugar para siempre.

Quiero su aprobación, quiero su rabia. Quiero su brusco manotazo en mi seno instantes antes de que me lo dé. Lo ha intuido.

—Por favor —suplico—. Seré buena.

—Las alumnas malas no obtienen placer. Yo disfrutaré y disfrutaré, y tú solo podrás mirarme.

Se mueve con tanta fuerza que la cama tiembla y cruje debajo de nosotros. Nunca hemos sido tan bruscos. Los vecinos deben de estar oyéndonos. Cierro los ojos, disfrutando al saber que mi marido está tan bien atendido en la cama. Se lo daré todo.

—Mira cómo me corro —susurra, apartándose de mí violentamente y agarrándose la polla.

Su mano sube y baja por el miembro a toda prisa. Ansel suelta una maldición sin dejar de mirarme.

El primer impulso de su placer me cae en la mejilla; luego les llega el turno al cuello y a los senos. Nunca podré imaginarme un sonido más sexy que el profundo gemido que emite cuando se corre, su forma de mascullar mi nombre, su forma de mirarme. Se inclina, sudoroso y sin aliento, y sus ojos recorren mi rostro y mi pecho, inspeccionando las huellas de su orgasmo. Ascende por mi cuerpo hasta que sus caderas quedan a la altura de mi cara, aprieta la polla contra mis labios y ordena en voz baja:

—Límpiala a lametones.

Abro la boca y le chupo la punta. Acto seguido, voy succionando el resto de la aterciopelada piel.

—Ansel —susurro cuando me aparto, queriendo recuperarnos. Queriendo recuperarle.

Su mirada expresa un gran alivio. Me pasa un dedo por el labio inferior.

—Te gusta esto —murmura—. Complacerme.

—Sí.

Se inclina para besarme la frente y me desata las manos con cuidado.

—*Attends* —susurra. «Espera.»

Ansel vuelve con un paño mojado y me limpia la mejilla, el cuello y los senos. Arroja el paño en la papelería del rincón y me besa tiernamente.

—¿Te ha gustado, *Cerise*? —pregunta en un susurro. Me succiona el labio inferior, introduce con delicadeza la punta de la lengua en mi boca y gime bajito



mientras sus dedos danzan sobre la curva de mi seno—. Has estado perfecta. Me encanta estar contigo así. —Su boca se posa en mi mejilla, en mi oreja, y pregunta—: ¿Puedo ser tierno ahora?

Asiento con la cabeza, sujetándole la cara. Me vuelve loca con su juego, con esa exigencia que tan fácilmente se convierte en adoración. Cierro los ojos y enredo las manos en su pelo mientras desciende por mi cuello dándome besos, me succiona los pechos y el ombligo y me separa las piernas con las manos.

Estoy cansada tras la brusquedad de hace unos minutos, pero ahora actúa con delicadeza, sopla suavemente sobre mi piel y susurra:

—Déjame verte.

Se agacha y me besa el clítoris, pasea la lengua alrededor.

—Me encanta saborearte. ¿Te has dado cuenta?

Cierro los puños en torno a la almohada.

—Creo que esta dulzura es solo para mí. Me imagino que tu deseo nunca ha sido así. —Introduce un dedo en mi interior y lo acerca a mis labios—. Esto nunca ha sido tan sedoso y dulce para nadie más. Dime que es cierto.

Dejo que meta su dedo en mi boca y succiono, deseando que esta noche dure varios días. Estoy loca por él y espero que se quede aquí conmigo. Espero que no se vaya a la oficina a trabajar hasta el alba.

—¿Verdad que es perfecto? —pregunta—. Nunca me ha encantado el sabor de una mujer tanto como me encanta el tuyo. —Asciende por mi cuerpo y me succiona los labios, la lengua. Está duro otra vez, o quizá está duro todavía, y se frota contra mi muslo—. Me apetece. Me apetece. Estoy demasiado loco por ti. Creo que te deseo demasiado.

Sacudo la cabeza, queriendo decirle que podría desearme más y de forma más loca, pero las palabras se atascan en mi garganta cuando devuelve sus labios a mi coño para lamerlo y succionarlo hábilmente. Arqueo la espalda y lanzo un grito.

—¿Te gusta? —pregunta con voz sensual.

—¡Sí!

Mis caderas se levantan del colchón, deseando sentir también sus dedos.

—Sería tu esclavo —susurra, deslizando dos dedos en mi interior—. Con que solo me dieras esto, tu boca y tus palabras susurradas, sería tu esclavo, *Cerise*.

No sé cómo ni cuándo ha sucedido, pero sabe interpretar mi cuerpo, conoce los gestos que me delatan. Me atormenta, prolongando y tensando cada

sensación, haciéndome esperar el orgasmo que me parece desear desde hace días. Con su lengua, sus labios, sus dedos y sus palabras, me lleva al límite una y otra vez hasta que me retuerzo bajo su cuerpo, sudando y suplicando.

Y justo cuando creo que por fin va a hacer que me corra, se aparta y se limpia la boca con el antebrazo mientras se pone encima de mí.

Me incorporo sobre el codo con los ojos desorbitados.

—¡Ansel...!

—¡Chis! Necesito estar dentro cuando te corras.

Con manos ágiles me pone boca abajo, me abre las piernas y me penetra tan hondo que lanzo un grito ahogado y arrugo la almohada con los puños. Su gemido vibra a través de mis huesos, a lo largo de mi piel, y noto su rumor continuado mientras empieza a moverse con el pecho en mi espalda, echándome el aliento caliente en la oreja.

—Me pierdo en ti.

Asiento con gesto frenético y digo entre jadeos:

—Yo también.

Desliza su mano debajo de mi cuerpo y me presiona el clítoris dibujando círculos. Estoy a punto.

A punto.

A punto.

Y estallo como una bomba tan pronto como apoya sus labios en mi oreja y susurra:

—¿Qué has dicho, *Cerise*? Yo también lo siento. Joder, Mia, siento por ti todo lo que se puede sentir.

Ya me pasaba una considerable proporción del tiempo pensando en Ansel, pero después de lo de anoche no he podido dejar de pensar en él. Esta tarde estoy sentada en la terraza del café con Simone y siento la tentación de tratar de convencerla de que haga novillos mañana o de pasarme a verla esta noche para variar. Hacer eternamente de turista yo sola se está volviendo aburrido, pero mantenerme ocupada es una alternativa estupenda a quedarme en casa con mis pensamientos todo el día, mientras el reloj que marca la cuenta atrás suena cada vez más fuerte en mi cabeza.

—Qué día de mierda. Se me ha hecho larguísimo —masculla Simone.

Mete las llaves en su bolso y se pone a revolver en el interior. Buscando su omnipresente cigarrillo electrónico, supongo. Estar con Bárbara me supone un consuelo paradójico: es tan desagradable que me empuja a querer a Harlow y a Lola todavía más, y el único aspecto de regresar a casa que me hace ilusión es que voy a verlas. Los ojos de Simone se iluminan cuando encuentra el familiar cilindro negro en uno de los compartimientos interiores.

—¡Por fin, joder! —exclama, y se lo lleva a la boca. Luego frunce el ceño—. Maldita sea. No chuta. Menuda mierda. ¿Dónde están mis Marlboro?

Nunca en mi vida me había sentido tan inútil, pero ni siquiera me importa. Cada vez que me planteo la posibilidad de organizar el regreso a casa, mi mente se distrae con la vida bonita y luminosa que tengo delante de mis narices. Esa vida tan preferible a la mía en que puedo imaginar que el dinero es inagotable,

no hace falta que vaya a estudiar y resulta fácil silenciar la voz persistente que suena en mi cabeza diciéndome que tengo que ser un miembro activo de la sociedad. Solo unos días más, me repito una y otra vez. Ya me preocuparé dentro de unos días.

Bárbara saca de su bolso un paquete arrugado de tabaco y un Zippo de plata. Enciende un cigarrillo a mi lado e inhala con un gemido, como si ese pitillo superase con creces a la suma de un pastel de chocolate y un orgasmo. Por un momento, me planteo seriamente la posibilidad de empezar a fumar.

Da otra larga calada. La punta brilla anaranjada a la luz del anochecer.

—¿Cuándo me dijiste que te ibas? ¿Dentro de tres semanas? Ya me gustaría a mí llevar esa vida, te lo juro. Vivir en París durante un verano entero sin dar un palo al agua...

Sonrío y me aparto un poco; apenas puedo verle la cara a través de la nube de humo acre. Pronuncio las palabras a modo de prueba, para ver si siguen produciéndome la misma sensación de pánico:

—En otoño empiezo a estudiar en una escuela de negocios.

Cierro los ojos un momento y respiro. Pues sí, continúan causándome el mismo efecto.

Las farolas de la calle cobran vida, proyectando halos de luz sobre la acera. Por encima del hombro de Simone, veo aparecer una silueta familiar, alargada y esbelta, las caderas estrechas que contrastan con unos hombros anchos y fuertes. Por un momento recuerdo lo de anoche, mis manos agarrándose a su cintura mientras se movía encima de mí, su dulce expresión cuando preguntó si podía ser tierno. He de sujetarme a la mesa para no perder el equilibrio.

Ansel alza la vista cuando ya está cerca de la esquina. Al verme, acelera el paso.

—Hola —dice, inclinándose hacia mí y depositando un prolongado beso en cada una de mis mejillas.

Cómo me encanta Francia. Sin percatarse de los ojos desorbitados y la expresión boquiabierta de Simone, Ansel se aparta el tiempo justo para sonreír de oreja a oreja antes de volver a besarme, esta vez en la boca.

—Has salido pronto —murmuro mientras volvemos a besarnos.

—Últimamente me cuesta trabajar hasta tarde —dice con una sonrisilla—. ¿Por qué será?

Me encojo de hombros, risueña.

—¿Puedo invitarte a cenar? —pregunta, ayudándome a levantarme y entrelazando sus dedos con los míos.

—Hola —dice Simone, acompañada del sonido de sus tacones de aguja contra la acera.

Ansel la mira por fin.

—Soy Ansel.

Él le da los dos besos de costumbre y se aparta enseguida. Observo secretamente complacida la expresión de abatimiento de Simone.

—Ansel es mi marido —le explico, y obtengo como recompensa una sonrisa del propio Ansel capaz de encender todas y cada una de las farolas de la rue Saint-Honoré—. Esta es Simone.

—Tu marido —repite, y parpadea como si me viese por primera vez.

Acto seguido, repasa a Ansel ostensiblemente de arriba abajo. Es evidente que está impresionada. Sacude la cabeza y se cuelga el bolso al hombro. Acto seguido dice algo de una fiesta a la que ya llega tarde y se va tras lanzarme un «bien hecho».

—Qué simpática —dice Ansel, volviéndose a mirarla.

—En realidad no lo es —replico con una carcajada—, pero algo me dice que puede que en adelante lo sea.

Después de caminar unas pocas manzanas en un silencio agradable, llegamos a una calle abarrotada de gente. El restaurante, como casi todos los locales de este barrio, tiene una fachada estrecha y modesta, apenas lo bastante ancha para acoger cuatro mesas exteriores. En el toldo, marrón y naranja, leo la palabra «Ripaille». Hay paneles de madera de color crema, pizarras con los platos del día y unas ventanas alargadas que arrojan sombras parpadeantes sobre la calle adoquinada.

Ansel me sostiene la puerta abierta y le sigo al interior. Nada más entrar, nos recibe un hombre alto y muy delgado de afable sonrisa. El restaurante es pequeño pero acogedor. Huele a menta, a ajo y a algo oscuro y delicioso que no logro identificar. Unas pocas mesas y sillas pequeñas llenan la única sala del local.

—*Bonsoir. Deux d’entre vous?* —dice el hombre, cogiendo un par de cartas.

—*Oui* —digo, y sorprendo la sonrisa orgullosa de Ansel con hoyuelo y todo. El hombre nos acompaña a una mesa situada cerca del fondo y Ansel espera a que me acomode antes de tomar asiento a su vez—. *Merci*.

Mi dominio de dos de las palabras más básicas del francés debe de ser alucinante, porque, dando por sentado que hablo bien el idioma, el camarero se lanza a enumerar los platos del día. Ansel me mira y muevo un poco la cabeza para indicarle que estaré más que encantada de escuchar y que ya me lo explicará todo después. Mientras hace unas preguntas, me surge la duda de si alguna vez dejará de parecerme supersexy su forma de hablar, de gesticular y, en general, de hacer cualquier cosa.

Madre mía, estoy coladita por él.

Cuando se marcha el camarero, Ansel se inclina sobre la mesa y señala los distintos platos con sus manos largas y elegantes. Tengo que parpadear varias veces y recordarme que he de prestar atención.

Las cartas de los restaurantes son lo que más me cuesta entender. Tengo claras algunas equivalencias, como *bœuf*/vaca, *poulet*/pollo, *veau*/ternera y *canard*/pato. *Poisson* es pescado (no me avergüenza en absoluto reconocer que eso lo sabía de tantas veces como vi *La sirenita*). Sin embargo, en la mayoría de los casos aún necesito ayuda con la forma de preparar los alimentos y los nombres de las diversas salsas o verduras.

—El plato del día es crema de *langoustine*, que es... —Hace una pausa, arruga la frente y alza la vista al techo—. Pues... es marisco.

Sonrío. Solo Dios sabe por qué me resulta tan atractiva su cara de confusión.

—¿Langosta?

—Eso, langosta —dice, y asiente satisfecho—. Crema de langosta con menta, servida con una pizzeta muy crujiente con langosta y tomates secos. También está *le bœuf*...

—La crema —decido.

—¿No quieres saber qué más hay?

—¿Es que puede haber algo mejor que sopa y pizza con langosta? —De pronto, caigo en la cuenta—. A no ser que luego no vayas a poder besarme...

—Eso da igual —dice, agitando la mano—. Seguiré pudiendo besarte hasta dejarte inconsciente.

—Pues ya está. Crema.

—Perfecto. Creo que yo pediré el pescado.

El camarero regresa y escucha pacientemente junto a Ansel mientras yo insisto en pedir mi propia cena junto con un sencillo plato de verdura en vinagreta. Con una sonrisa que no logra disimular, Ansel pide su comida y una copa de vino para cada uno. Luego se arrellana en su asiento y apoya un brazo en el respaldo de la silla vacía que está a su lado.

—Vaya, ya no te hago falta para nada —comenta en tono de broma.

—Te equivocas. Si no me ayudas, ¿cómo podré pedir el consolador más grande? Es un detalle importante.

Ansel suelta una carcajada y abre mucho los ojos. Al instante se lleva las manos a la boca para contener el sonido. Algunos comensales se vuelven hacia nosotros, pero no parece que a nadie le importe la explosión.

—Eres una mala influencia —dice cuando recupera la compostura, y coge su copa de vino.

—¿Yo? No soy yo quien dejó anotada la traducción de «consolador» una mañana, así que... te lo tienes bien merecido.

—Pero fuiste tú la que encontró la tienda de disfraces —me dice por encima del borde del vaso—. Y he de decir que siempre estaré en deuda contigo.

Noto que se me enciende el rostro bajo su mirada, bajo el significado implícito de sus palabras.

—Cierto —admito en un susurro.

Llegan nuestros platos y, aparte de algún que otro gruñido de satisfacción y de un comentario en el que expreso mi deseo de que el chef me haga un hijo, cenamos en silencio.

Se llevan los platos vacíos y Ansel pide un postre para compartir, *petit gâteau*, una especie de versión elegante del pastel de lava de chocolate que hacemos en mi país, servido caliente con helado de vainilla a la pimienta rosa. Ansel gime con la cuchara en la boca.

—Verte comer así resulta un poco obsceno —digo.

Al otro lado de la mesa, ha cerrado los ojos y hace un ruidito grave sin sacarse la cuchara de la boca.

—Es mi postre favorito —comenta—. Aunque no es tan bueno como el que me prepara mi madre cuando voy a verla.

—¡Ah, sí! Había olvidado que asistió a una escuela de cocina. Que yo recuerde, mi madre nunca nos ha servido un postre que no haya comprado en una tienda. No le van mucho las cazuelas.

—Un día, cuando vaya a visitarte a Boston, te llevaré a la panadería que tiene en Bridgeport y te preparará lo que quieras.

Prácticamente puedo oír el ruido de unos frenos chirriando en los pensamientos de los dos. Acaba de aparecer en la conversación una barrera muy visible que lanza odiosos destellos y es imposible no ver.

—¿Cuánto tiempo te queda aquí? —pregunta—. ¿Dos semanas? ¿Tres?

Surge en mi cabeza la frase «podrías pedirme que me quedase». Sin embargo, no pienso pronunciarla porque es la peor idea de la historia.

Con la cabeza gacha y la vista clavada en el plato que se halla entre nosotros, me dedico a dibujar espirales de chocolate líquido dentro de un charco de helado de vainilla medio derretido.

—Creo que debería marcharme en dos semanas. Tengo que buscar piso, apuntarme a las asignaturas...

«Llamar a mi padre —pienso—. Buscar trabajo. Iniciar una nueva vida. Hacer amigos. Decidir qué quiero hacer con mi título. Tratar de encontrar un modo de estar contenta con esta decisión. Contar los segundos que transcurran hasta que vengas a verme.»

—A pesar de que no quieres.

—No —digo en tono inexpresivo—. No quiero pasarme los dos próximos años de mi vida estudiando para poder entrar a trabajar algún día en una oficina que deteste con personas que preferirían estar en cualquier otro sitio y tener que mirar las cuatro paredes de una sala de juntas.

—Ha sido una descripción muy detallada —comenta—, pero creo que, si tienes esa impresión de la escuela de negocios, es porque... te han informado mal. No tienes por qué acabar con esa vida si no la eliges.

Dejo la cuchara sobre el plato y me arrellano en la silla.

—He vivido desde pequeña con el hombre de negocios más entregado a su trabajo del mundo y he conocido a todos sus colegas y a casi todos los colegas de sus colegas. Me aterra la posibilidad de llegar a ser como ellos.

Llega la factura y Ansel alarga el brazo. Solo le falta apartarme la mano de un manotazo. Le miro con el ceño fruncido: bien puedo invitar a cenar a mi...



marido. No me hace caso y responde a lo que acabo de decirle:

—No todos los hombres y mujeres de negocios son como tu padre. Creo que quizá deberías... plantearte otros usos para tu título. No tienes por qué seguir sus pasos.

Volvemos a casa en silencio, y sé que es porque no he respondido a lo que me ha dicho y no quiere insistir. No se equivoca; la gente utiliza los títulos universitarios para toda clase de cosas interesantes. El problema es que aún no sé qué me interesa. Decido ahondar un poco más en la cuestión:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Aceptaste el empleo en el bufete, aunque no es lo que quieres hacer.

Asiente con la cabeza y espera a que termine.

—Tu empleo no te gusta.

—No.

—¿Y cuál es el empleo de tus sueños?

—Enseñar —dice, encogiéndose de hombros—. Me fascina el derecho de sociedades. Bueno, me fascina el derecho en general. Nuestro modo de organizar la moral y la ética, unas nociones tan vagas, en forma de normas y, sobre todo, nuestro modo de desarrollar esas cosas cuando surge tecnología nueva. Pero no seré muy buen profesor si no he ejercido y, después de ocupar este cargo, podré encontrar un puesto académico en cualquier parte.

Recorremos de la mano las últimas manzanas que faltan para llegar a nuestro apartamento y Ansel se detiene un par de veces para llevarse mis dedos a los labios y besarlos. El faro de un escúter arranca destellos de oro de su alianza. Noto que mi estómago se contrae sobre sí mismo y que un denso sentimiento de pavor se instala en él. No quiero abandonar París: la ciudad me encanta, aunque no puedo negar que echo de menos la familiaridad de mi tierra, hablar con la gente en un idioma que entiendo, mis amigas, el mar... Sin embargo, empiezo a comprender que tampoco quiero dejarle a él.

Insiste en que nos metamos en el pequeño café de la esquina a tomar una taza. Me he acostumbrado a eso que los europeos llaman café, unas tacitas del más delicioso e intenso brebaje. Voy a echarlo mucho de menos.

Nos sentamos a una mesita de la terraza, bajo las estrellas. Ansel desliza su silla tan cerca de la mía que solo puede apoyar el brazo sobre mis hombros.

—¿Te gustaría conocer a algunos de mis amigos esta semana?

Le miro sorprendida.

—¿Qué?

—Christophe y Marie, dos de mis más viejos amigos, organizan una cena para celebrar que a ella la han ascendido. Marie trabaja en una de las compañías más grandes de mi edificio, y he pensado que quizá quieras venir. Les encantaría conocer a mi mujer.

—Suena bien. —Asiento con la cabeza, sonriente—. Tenía la esperanza de conocer a algunos de tus amigos.

—Me doy cuenta de que debería haberlo hecho antes, pero... reconozco que he sido egoísta. Pasamos muy poco tiempo juntos y no quería compartirlo con nadie.

—Has estado trabajando —digo de un tirón, porque prácticamente está repitiendo mi conversación con Harlow.

Coge mi mano, me besa los nudillos y entrelaza sus dedos con los míos.

—Quiero presumir de ti.

Vale. Conocer a sus amigos. Que me presente como su mujer. Esto es la vida real. Esto es lo que hacen las parejas casadas.

—Vale —digo con voz débil—. Suena divertido.

Sonríe, se inclina hacia delante y me da un beso en los labios.

—Gracias, señora Guillaume.

Vaya, reaparece el hoyuelo. Pobre de mí.

La camarera se detiene ante nuestra mesa y me apoyo en el respaldo mientras Ansel pide nuestros cafés. Hay un grupo de niñas de ocho o nueve años que bailan al son de la guitarra de un músico callejero. Sus risas resuenan contra los edificios apiñados, por encima del sonido de los escasos coches y de la fuente del otro lado de la calle.

Una de ellas está dando vueltas y pierde el equilibrio. Aterrizo justo debajo de la pequeña terraza entarimada en la que estamos sentados.

—¿Estás bien? —pregunto mientras bajo a ayudarla.

—*Oui* —dice, sacudiéndose el polvo del vestido a cuadros.

Su amiga cruza hasta nosotros y, aunque no sé muy bien qué dice, al ver que

estira los brazos hacia un lado y le habla en tono de regañina, creo que le está diciendo que ha hecho mal el giro.

—¿Intentas girar? —pregunto, pero no responde y se limita a mirarme con expresión confusa—. ¿Pirueta?

Su rostro se ilumina.

—*Oui!* —exclama, ilusionada—. *Pirouette. Tourner.*

—Dar vueltas —me aclara Ansel.

Estira los brazos hacia un lado, se pone de puntillas y da una vuelta, tan rápido que casi se cae de nuevo.

—¡Cuidado! —exclamo. La sujeto y las dos nos echamos a reír—. Puede que si... —Endezco la espalda y me doy una palmada en la tripa—. Aprieta.

Me vuelvo hacia Ansel, que traduce:

—*Rentre ton ventre.*

La niña pone cara de concentración y me imagino que estará tensando los abdominales.

Han acudido más niñas, así que durante unos instantes me dedico a colocarlas de forma que quede suficiente espacio entre ellas.

—Cuarta posición —digo, levantando cuatro dedos. Alargo el pie izquierdo con la punta estirada, dejando el otro pie un poco atrás—. Brazos arriba, uno hacia un lado y el otro hacia delante. Bien. Ahora, *plié*. —Las niñas doblan las rodillas y asiento con la cabeza mientras corrijo sutilmente su postura—. ¡Sí! ¡Bien!

Me señalo los ojos y acto seguido indico un punto a lo lejos mientras oigo a Ansel traduciendo detrás de mí.

—Tenéis que situaros. Buscad un punto y no apartéis la mirada. Así, cuando giréis —les explico, enderezando la espalda, doblando las rodillas y poniéndome de puntillas antes de dar una vuelta y aterrizar en *plié*—, volveréis al lugar en el que empezasteis.

Es un movimiento tan familiar y ha pasado tanto tiempo desde la última vez que lo hice que encuentro a faltar los gritos de aliento. Las niñas hacen turnos ilusionadas, animándose unas a otras y pidiéndome ayuda.

Se está haciendo tarde y las niñas tendrán que marcharse. Ansel me coge de la mano, sonriente, y miro por encima del hombro mientras nos alejamos. Creo que habría podido pasarme toda la noche mirándolas.

—Ha sido divertido —dice.

Le miro, sonriendo aún.

—¿Qué parte?

—Verte bailar así.

—Solo ha sido un giro, Ansel.

—Es lo más sexy que he visto en mi vida. Eso es lo que deberías hacer.

Exhalo un suspiro.

—Ansel...

—Algunas personas asisten a una escuela de negocios y luego abren un cine o un restaurante. Otras abren una panadería o un estudio de danza.

—¡Oh, no! ¿Tú también? —Ya he oído esa sugerencia antes, de labios de Lorelei, de toda la familia de Harlow—. No sabría ni por dónde empezar.

Con un gesto cargado de intención, mira por encima del hombro, hacia el lugar del que venimos.

—Discrepo respetuosamente.

—Esas cosas requieren dinero, y no soporto aceptar dinero de mi padre.

—Y entonces ¿por qué lo aceptas? —pregunta.

—¿Acaso tú no aceptas dinero de tu padre? —replico.

—Sí —admite—, pero decidí hace mucho tiempo que solo me sirve para eso. Además, hace unos años, cuando tenía tu edad, no quise que mi madre se sintiera en la obligación de mantenerme.

—Sin la ayuda de mi padre, no tengo dinero suficiente para vivir en Boston. Y supongo que en cierto modo... creo que me lo debe, puesto que estoy haciendo lo que él quiere.

—Pero si estás haciendo lo que tú quieres...

—No es lo que yo quiero.

Se para y alza la mano, nada perturbado por el peso de la conversación.

—Lo sé. Y no me hace ninguna ilusión que vayas a dejarme tan pronto. Pero, dejando eso aparte, si fueras a la escuela de negocios y con esos estudios hicieras algo que quisieras tú, harías que la decisión fuese tuya, no de él.

Suspiro, mirando calle abajo.

—Que no puedas bailar a nivel profesional no significa que no vayas a poder ganarte la vida con la danza. Busca un punto a lo lejos y no apartes la mirada. ¿No es eso lo que les has dicho a esas niñas? ¿Cuál es tu punto? ¿Encontrar una

forma de seguir bailando?

Me vuelvo parpadeando hacia el lugar en el que las niñas siguen haciendo piruetas entre risas. El punto de Ansel es enseñar derecho. No ha apartado los ojos de ese punto desde que empezó.

—Muy bien —prosigue, pensando que quien calla otorga—. ¿Vas a formarte para ser profesora, o vas a aprender a llevar tu propio negocio? Son dos caminos distintos.

La idea de tener un estudio de danza desencadena en mi estómago dos reacciones enfrentadas: entusiasmo y pánico. No puedo imaginarme nada más divertido, pero esa decisión cortaría de raíz mi relación con mi familia.

—Ansel —digo, sacudiendo la cabeza—, aunque quiera tener mi propio estudio, el problema sigue siendo cómo empezar. Mi padre pensaba pagarme el alquiler de un piso durante dos años mientras yo me sacaba el título. Ahora no me habla, y jamás en la vida apoyaría ese plan. La danza le saca de quicio... Es como si visceralmente no la soportara. Ahora me doy cuenta de que, haga lo que haga, tendré que arreglármelas sin su ayuda. —Cierro los ojos y trago saliva. Me he tomado unas vacaciones mentales tan profundas respecto a la realidad de mi futuro que, tras una discusión tan breve, ya me siento agotada—. Me alegro de haber venido. En ciertos aspectos, es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Pero también lo ha complicado todo.

Se echa hacia atrás y me observa. Adoro al Ansel travieso, al que me guiña el ojo desde el otro lado de la sala sin ningún motivo o les habla con cariño a mis muslos y pechos. Pero creo que podría amar a este Ansel, el que parece querer de verdad lo que es mejor para mí, el que claramente es lo bastante valiente por los dos.

—Estás casada, ¿no? —pregunta—. ¿Tienes un marido?

—Sí.

—Un marido que ya se gana bien la vida.

Me encojo de hombros y miro hacia otro lado. Hablar de dinero resulta sumamente incómodo.

Por muy travieso y bobalicón que sea a veces, solo hay sinceridad en su voz cuando pregunta:

—¿Y por qué vas a depender de tu padre para hacer lo que tú quieres?

Arriba, en nuestro apartamento, sigo a Ansel hasta la cocina y me apoyo contra la encimera mientras saca una botella del armario. Se vuelve, me echa dos comprimidos de ibuprofeno en la palma y me da un vaso de agua. Miro fijamente mis manos y luego le miro a él.

—Sé que te hacen falta —comenta, encogiéndose levemente de hombros—. Después de dos copas de vino, siempre tomas ibuprofeno con un gran vaso de agua. No pesas mucho.

Acaba de recordarme de nuevo lo observador que es: se las arregla para captar detalles cuando ni siquiera me parece que esté prestando atención. Contempla cómo me trago las pastillas y deja el vaso vacío sobre la encimera, junto a mi cadera.

A cada segundo que transcurre sin que estemos besándonos o tocándonos, me aterra la posibilidad de que el plácido bienestar de que disfrutamos esta noche se evapore, de que Ansel se siente ante su escritorio y yo me vaya al dormitorio sola.

Pero esta noche, mientras nos miramos a la tenue luz de la única bombilla colgada sobre los fogones, la energía entre nosotros se vuelve eléctrica. Lo que tenemos parece muy real.

Se rasca la mandíbula. Acto seguido, ladea la barbilla hacia mí.

—En mi vida he visto a una mujer más guapa que tú.

El corazón me da un vuelco.

—No sé si creerme...

—¡Quédate! —me interrumpe en un tenso susurro—. Me aterra la idea de que te vayas. Me vuelvo loco con solo pensarlo.

Cierro los ojos. Sus palabras son al mismo tiempo lo que más ansiaba que dijera y lo que más miedo me daba oír. Me apoyo los dientes en el labio inferior, mordiéndome la sonrisa, y le miro.

—Creía que acababas de decirme que estudiara para abrir mi propio negocio algún día.

—Tal vez deberías esperar a que acabe con este caso. Luego podemos irnos juntos. Vivir juntos. Yo trabajo y tú estudias.

—¿Cómo podría quedarme aquí hasta la primavera? ¿Qué haría?

Ha sido maravilloso, pero no puedo imaginarme otros nueve meses viviendo ociosamente como una turista.

—Puedes buscar trabajo o dedicarte a investigar lo que se necesita para abrir un estudio. Viviremos juntos, y puedes aplazar tus estudios un año.

Esa idea resulta todavía más descabellada que la de venir aquí. Si me quedo, lo nuestro no se acabará, no habrá anulación ni matrimonio de mentira. Ante nosotros se abre un camino completamente nuevo.

—No creo que pueda quedarme aquí y pasar tanto tiempo sola...

Hace una mueca y se pasa una mano por el pelo.

—Si quieres empezar ahora, vete y yo iré la próxima primavera. Es que... ¿De verdad es eso lo que quieres?

Sacudo la cabeza y veo en sus ojos que interpreta bien el significado de mi gesto. No lo sé.

Durante mis primeras semanas aquí, me sentí completamente libre, pero también como una sanguijuela. Sin embargo, Ansel no me invitó a venir solo para ser generoso o para salvarme de pasar todo el verano en casa, mentalizándome para iniciar mis estudios. Lo hizo por esas razones y porque quería estar conmigo.

—¿Mia?

—¿Mmm?

—Me gustas —dice en un susurro y, por el ligero temblor de su voz, creo saber lo que está diciendo realmente. Noto las palabras como un aliento cálido en el cuello, aunque no se ha acercado más. Ni siquiera me está tocando. Tiene las manos apoyadas en la encimera, a su espalda. Por algún motivo, esa simple confesión resulta más íntima a cierta distancia, sin la seguridad que ofrecen los besos o el contacto de su cara contra mi cuello—. No quiero que te vayas sin mí. Una esposa debe estar con su marido, y un marido con su esposa. Ya sé que fui un egoísta al pedirte que vinieras y que vuelvo a serlo al querer que te quedes hasta que me convenga a mí, pero no puedo evitarlo.

No puede evitarlo.

Aparto mis ojos de los suyos y los clavo en mis pies descalzos, dejando que el frenético tamborileo de mi corazón domine mis sentidos por un instante. Estoy aliviada, aterrada... pero, sobre todo, estoy eufórica. La otra noche me dijo que no podía jugar si yo lo decía en voz alta, y quizá haya vuelto el mismo miedo, el de no poder seguir como si nada, no poder dejarlo todo atrás dentro de unas semanas si uno de nosotros pronuncia la palabra «amor».

Al cabo de unos instantes de silencio, pregunta sonriendo:

—¿Crees que alguna vez podría gustarte yo a ti?

El corazón se me encoge en el pecho al ver la franca vulnerabilidad de su expresión. Asiento con la cabeza y trago saliva. Parece que una bola de bolos desciende por mi garganta.

—Ya me gustas.

En sus ojos se enciende una llama de alivio, y las palabras brotan de sus labios de un tirón:

—Te compraré otro anillo. Empezaremos de nuevo. Podemos buscar un piso nuevo con recuerdos que sean solo nuestros...

Me asalta un sollozo inesperado y me echo a reír.

—Este piso me encanta. Me gusta mi alianza. Me gustan mis recuerdos fragmentados de nuestra boda. No necesito nada nuevo.

Ladea la cabeza y me sonrío, exhibiendo su hoyuelo sin vergüenza alguna. No puedo más. Alargo el brazo, engancho un dedo en una de las presillas de su cinturón y tiro.

—Ven aquí.

Ansel da los dos pasos que le separaban de mí y aprieta su cuerpo contra el mío, tan fuerte que tengo que ladear la cabeza para mirarle.

—¿Se acabó la charla, entonces? —pregunta, y sus manos se deslizan en torno a mi cintura para sujetarme.

—Sí.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —inquire, y su mirada logra ser divertida y voraz al mismo tiempo.

Deslizo una mano entre nosotros y le palpo el miembro a través de los vaqueros, deseando notar cómo adquiere vida bajo mi palma.

Pero ya está duro, y gruñe cerrando los ojos cuando me aprieto contra él. Sus manos ascienden por mi pecho, rodean mis hombros y se sitúan a ambos lados de mi cuello.

Al notar su pulgar recorriendo mi labio inferior, es como si alguien apretase un gatillo: una sensación cálida se extiende por mi cuerpo y se convierte enseguida en un ansia tan intensa que se me doblan las rodillas. Abro la boca y le chupo la yema del pulgar. Me lo introduce en la boca y, con la mirada ensombrecida, observa cómo lo succiono. Contra la palma de mi mano, su miembro se alarga



todavía más y tiembla un poco.

Me dirige hacia mi derecha y me saca de la cocina caminando hacia atrás, pero se detiene al cabo de pocos pasos y me coge la cara para besarme.

—Dilo otra vez.

Le miro a los ojos hasta que entiendo a qué se refiere.

—¿Que me gustas?

Ansel asiente con la cabeza y sonrío. Cierra los ojos y se inclina para pasarme la punta de la lengua por los labios.

—Que te gusto. —Ansel me mira por debajo de la espesa cortina de pelo que le cae sobre la frente, apoyándome la mano en la mandíbula para ladear mi cabeza hacia atrás—. Déjame ver tu cuello. Enséñame toda esa piel tan preciosa.

Arqueo el cuello y las puntas de sus dedos recorren mi clavícula, fuertes y tiernas al tiempo.

Ansel me desnuda sin prisas. Una vez que mi piel está expuesta al aire fresco del piso y al calor de su atención, tiro de su camisa y forcejeo con su cinturón. Quiero tocar cada centímetro de su cuerpo, pero mis manos siempre gravitan hacia la suave extensión de su pecho. Todo lo que me resulta sexy lo encuentro aquí: la piel lisa y cálida, el fuerte latido de su corazón, los bruscos espasmos de su abdomen cuando paso mis uñas cortas por sus costillas, la línea de suave vello que siempre me tienta a seguir descendiendo.

Aunque el piso es pequeño, el dormitorio parece hallarse demasiado lejos. Sus dedos descienden por mi pecho, pasando despreocupadamente junto a mis senos como si no fuese allí donde quieren estar. Recorren mi estómago y siguen bajando; dejan atrás ese punto donde espero que deslice dos dedos para empezar a jugar. Su mano me acaricia el muslo, sus ojos observan mi rostro mientras las puntas de sus dedos se entretienen en mi cicatriz, en esa piel a medio camino entre la sensibilidad y la insensibilidad.

—Quizá sea raro que me guste tanto tu cicatriz.

Tengo que recordarme a mí misma que debo respirar.

—Creíste que fue lo primero en lo que me fijé, pero no fue así. Ni siquiera le presté atención hasta bien avanzada la noche, cuando por fin te tumbaste en la cama y te estuve besando desde el dedo gordo del pie hasta la cadera. Puede que tú la detestes, pero yo no. Te la ganaste y te admiro.

Se aparta levemente para poder arrodillarse, y sus dedos son sustituidos por

sus labios y su lengua, caliente y húmeda contra mi piel. Dejo que mi boca se abra, que se cierren mis ojos. Sin esa cicatriz, no estaría aquí. Tal vez nunca hubiese conocido a Ansel.

Su voz suena áspera contra mi muslo:

—Para mí, eres perfecta.

Me arrastra hasta el suelo, de espaldas a él, con las piernas por fuera de las suyas. Al otro lado del salón, veo nuestro reflejo en la ventana oscura, veo lo abierta que estoy en torno a sus muslos.

Me mete mano, deslizando los dedos arriba y abajo por el pliegue de mi sexo, haciendo ademán de penetrarme para retroceder luego. Su boca me succiona y lame el cuello hasta llegar a mi mandíbula. Vuelvo la cabeza para que pueda besarme en los labios, para que su lengua resbale dentro y se enrosque sobre la mía. Ansel introduce el dedo corazón en mi interior y lanzo un grito. Sin embargo, continúa acariciándome despacio como si estuviera palpando cada centímetro de mí.

Suelta mi labio, que estaba atrapado entre sus dientes, y pregunta:

—*Est-ce bon?*

¿Es bueno? Qué palabras tan pobres para algo que necesito tanto. La palabra «bueno» parece tan vacía y corriente como un papel descolorido.

Mi voz llena la habitación antes de saber siquiera que he contestado:

—Más. Por favor...

Con la otra mano, Ansel recorre mi cuerpo hasta llegar a mi boca, mete dos dedos en ella, contra mi lengua, y los saca mojados. Acto seguido los desliza sobre mi pezón, dibujando círculos al mismo ritmo con que mueve la otra mano entre mis piernas. El mundo se reduce a esos dos puntos de sensación, la punta de mi seno y sus dedos en mi clítoris, y luego se encoge aún más hasta que lo único que siento son círculos húmedos y cálidos y la vibración de sus palabras sobre mi piel:

—¡Oh, Mia!

He estado indefensa otras veces: atrapada debajo de un coche, a las órdenes de un profesor, quemada por el ardiente desdén de mi padre. Pero nunca así. Esta clase de indefensión es liberadora, es lo que siento cuando cada terminación nerviosa aflora a la superficie y absorbe sensación. Es lo que siento cuando me toca alguien en quien confío con mi cuerpo, en quien confío con mi corazón.

Sin embargo, quiero sentirle dentro cuando me desmonte, y mi placer está demasiado cerca de la superficie. Levanto las caderas, le agarro el miembro y desciendo sobre él mientras los dos gemimos estremecidos.

Permanecemos inmóviles unos segundos, mientras mi cuerpo se adapta al suyo.

Me deslizo hacia delante y hacia arriba, hacia atrás y hacia abajo, una y otra vez. Cierro los ojos cuando la voz temblorosa de Ansel escapa de sus labios y me pide que acelere el ritmo. Sus manos ascienden por mi cuerpo hasta llegar al cuello. Con el pulgar, acaricia la piel delicada del hueco de mi garganta.

No debería ser tan fácil volver a traerme a este punto una y otra vez, pero, cuando Ansel deja caer una mano sobre mi muslo y la sitúa entre mis piernas, dibujando círculos con sus anchos dedos mientras su voz grave y ronca me dice cuánto le gusta... no puedo impedir que mi cuerpo ceda.

—*C'est ça, c'est ça.*

No necesito que me lo traduzca. «Eso es», ha dicho. Es él tocándome de forma perfecta, y mi cuerpo respondiendo tal como él esperaba.

No sé en qué sensación centrarme; es imposible sentirlo todo a la vez. Sus dedos clavándose en mis caderas, su grueso miembro frotándose por dentro, el tacto de su boca en mi cuello succionando más y más, perfectamente, hasta llegar a ese minúsculo destello de dolor en el que me marca la piel.

Tengo la impresión de que se adueña de cada parte de mi cuerpo: llena mi visión con las cosas que está haciendo, alarga el brazo hasta mi pecho y me acelera el ritmo cardíaco hasta que resulta tan aterrador como electrizante.

Impulsa las caderas hacia arriba, debajo de mi cuerpo, y quedo apoyada sobre las manos y las rodillas. Ambos lanzamos un gemido ante la nueva profundidad, ante el nuevo reflejo en la ventana de él agarrándome por detrás. Sus manos sujetan mis caderas, su cabeza se echa atrás y sus ojos se cierran cuando empieza a moverse. Es la viva imagen de la dicha, el retrato mismo del alivio. Cada músculo de su torso está flexionado y empapado en sudor, pero se las arregla para parecer más relajado que nunca mientras se impulsa perezosamente contra mí.

—Más fuerte —murmuro, y mi voz suena quebrada por el deseo.

Abre los ojos y una sonrisa siniestra se extiende por su rostro. Clava sus dedos con más fuerza en la carne de mis caderas y se impulsa brutalmente contra mí.

Hace una pausa y adopta un ritmo perfecto, constante y agotador.

—¡Más fuerte!

Aferra mis caderas para ladearlas. El esfuerzo le arranca un gruñido al penetrarme muy hondo y alcanzar un punto en mi interior que ignoraba que existiese. Lanzo un grito, asaltada por un orgasmo tan repentino y abrumador que pierdo la capacidad de usar los brazos. Caigo sobre los codos mientras Ansel me sujeta por las caderas y sigue moviéndose rítmicamente entre hondos gruñidos entrecortados.

—Mia —dice con voz áspera, inmovilizándome desde atrás y temblando al correrse.

Me dejo caer al suelo, sin fuerzas. Ansel me sujeta y se lleva mi cabeza al pecho. Con la oreja apretada contra él, oigo el latido fuerte y vital de su corazón.

Ansel me tumba boca arriba y vuelve a deslizarse en mi interior como hace siempre, aunque hayamos terminado. Me mira a la cara con sus ojos claros y serios.

—¿Te ha gustado? —pregunta en voz baja.

Asiento con la cabeza.

—¿Te gusto?

—Sí.

Nuestras caderas se balancean juntas, poco a poco, tratando de prolongar el momento.

—¿Y a qué hora es esa fiesta? —mascullo contra mi almohada. El peso de Ansel descansa encima de mí, sobre mi espalda; la tela de su traje se aprieta contra mi piel desnuda, su pelo me hace cosquillas en un lado de la cara. Me echo a reír, forcejeando para escapar, pero solo consigo animarle—. Mmm. Pesas un montón. ¿Es que llevas ladrillos en el bolsillo? Quítate de encima, anda.

—Es que estás muy calentita —gimotea—. Y blandita. Y hueles muy bien. A mujer, a sexo y a mí. —Comienza a hacerme cosquillas, implacable, hasta que me coloca boca arriba y se cierne sobre mí, pasándome el pulgar por el contorno de la boca—. La fiesta es a las siete —dice, y el peso presente en sus ojos verde musgo me indica que preferiría despojarse del traje a salir de esta cama—. Pasaré a buscarte e iremos juntos. Prometo no llegar tarde.

Se inclina y me besa. Emite un sonido a medio camino entre la satisfacción y el anhelo, y sé que se está prohibiendo a sí mismo dejarse llevar, a sabiendas de que ya habrá tiempo para eso. Después de trabajar.

Metó la mano bajo su chaqueta y le saco la camisa de los pantalones, buscando su piel descaradamente.

—Te oigo pensar —digo, repitiendo la frase que me ha dicho él al menos una docena de veces—. ¿Te estás preguntando cuánto tiempo tienes?

Suelta un gemido y deja caer la cabeza contra mi cuello.

—No puedo creerme que hubo un tiempo en que me levantaba y prácticamente

salía por la puerta antes incluso de que me sonara el despertador. Ahora no quiero marcharme.

Enredo las manos en su pelo y le rasco levemente el cuero cabelludo. Se esfuerza por no descargar todo su peso sobre mí, pero noto que a cada instante se relaja un poco más.

—«*Je ne veux pas te quitter* —repite con voz un tanto áspera—. *Et je ne veux pas que tu me quittes.*»

«Y no quiero que te marches.»

Clavo la vista en el techo, deseando grabar en mi memoria cada detalle de este momento.

—Estoy deseando presumir de ti esta noche —dice, más animado, incorporándose sobre un codo y mirándome—. Estoy deseando contarle a todo el mundo cómo te engañé para que me propusieras matrimonio. Pasaremos por alto el fastidioso detalle de que vas a dejarme muy pronto.

—Si escondes mi pasaporte, tendré que quedarme.

—¿Crees que no se me ha ocurrido? No te extrañes si vuelves a casa un día y ha desaparecido. —Me da un beso y se aparta de nuevo—. Vale, eso da mal rollo; está en su sitio, en el primer cajón de la cómoda.

Me río y le doy un manotazo.

—Vete a trabajar.

Lanza un gruñido y se retira para tumbarse en la cama, boca arriba.

—Si no tuviera una reunión hoy con un cliente con el que llevo meses esperando hablar, llamaría para decirles que me encuentro mal.

Apoyo la barbilla en su pecho y le miro.

—¿Es importante?

—Mucho. Lo que suceda hoy podría hacer que este caso finalizase en las próximas seis semanas en lugar de seguir arrastrándose durante meses y meses.

—Pues deberías marcharte.

—Lo sé —dice con un suspiro.

—Estaré aquí, esperándote a las siete. —Aún no he acabado la frase y ya se vuelve hacia mí, sonriendo de nuevo—. Y no llegarás tarde.

Se incorpora y atrapa mi rostro entre sus manos para darme un beso profundo, lenguas y dientes, dedos que se deslizan por mi cuerpo para rozarme el pezón.

Se levanta bruscamente y ejecuta junto a la cama la versión más divertida del

mundo del baile del robot. Pronuncia las palabras con voz de autómeta:

—No llegaré tarde.

—¿Acabas de hacer eso para que piense que eres adorable aunque llegues tarde?

—¡No llegaré tarde!

De todos modos, repite el baile del robot con el pelo sobre la frente y sale de la habitación haciendo el moonwalk.

—¡Eres el peor bailarín del mundo! —vocifera a su espalda.

Pero es absolutamente falso. Ansel posee ritmo, y una naturalidad que no se puede enseñar. Es divertido contemplar a un auténtico bailarín, tanto si está bailando como si no, y yo podría pasarme horas mirándole a él.

Se ríe y exclama desde lejos:

—¡Pórtate bien, esposa!

A continuación cierra la puerta con un chasquido.

Pero, por supuesto, llega tarde.

A las siete y media Ansel irrumpe en el piso y se transforma en un torbellino de actividad: se quita rápidamente la ropa de trabajo y se pone unos vaqueros y una camisa informal. Después me da un beso apresurado, echa a correr hasta la cocina, saca de un armario una botella de vino, me coge de la mano, salimos del apartamento y entramos en el ascensor.

—Hola —dice sin aliento mientras me estruja contra la pared y alarga el brazo para pulsar el botón de la planta baja.

—Hola.

Apenas tengo tiempo de contestar, pues me besa al instante con labios ansiosos y exigentes. Acto seguido, me succiona el labio inferior, la mandíbula y el cuello.

—Dime que te mueres de ganas de conocer a mis amigos o te vuelvo a meter en casa para desnudarte y follarte hasta que te quedes ronca.

Me echo a reír, le empujo ligeramente y le beso una vez más en los labios.

—Me muero de ganas de conocer a tus amigos. Puedes desnudarme después.

—Pues cuéntame alguna anécdota sobre madame Allard, porque solo así voy a perder rápidamente esta erección.

El edificio de Marie y Christophe está a pocas manzanas de distancia de la salida del metro y, cuando aparece ante nuestros ojos, me quedo paralizada. El apartamento de Ansel es pequeño y espacioso al mismo tiempo. No tiene nada de elitista o pretencioso: es una vivienda antigua, tan desenfadada y acogedora como él mismo. Este sitio... es muy distinto.

La fachada es de piedra y, aunque tiene aspecto de ser muy antigua y armoniza perfectamente con las construcciones de la zona, es evidente que la han reformado sin escatimar en gastos. Cada apartamento de la planta baja presenta un tramo de anchos peldaños, rematado por una puerta roja con una reluciente aldaba de bronce. En la segunda planta, otras puertas y unas ventanas en forma de arco se abren a unos balcones privados. Dentro del patio, amplio y abierto, la tercera y la cuarta planta se adornan con recargadas florecitas metálicas de hierro colado que brotan de elaboradas enredaderas.

Hay una hilera de árboles en cada una de las aceras de la transitada calle y, bajo la agradable sombra que ofrecen, me tomo un instante para poner en orden mis ideas y prepararme para entrar en una habitación llena de extraños, cuyas conversaciones seguramente no entenderé. Ansel apoya la palma de su mano en la parte baja de mi espalda y susurra:

—¿Lista?

Hace solo unas semanas, la mera idea de hacer esto sin contar con la presencia de Lola o Harlow para que lleven el peso de la conversación si pierdo de vista a Ansel y me quedo muda me habría hecho reír. No sé cómo será lo de arriba, pero, a juzgar por las carcajadas que se oyen por la ventana, la fiesta está ya en plena efervescencia, aunque todavía sea pronto. Solo espero que todo el mundo sea tan simpático como me ha prometido Ansel. Sorprendo en un cristal nuestro reflejo y me sobresalto levemente. Cada mañana me miro al espejo, pero ahora me veo distinta. Llevo el pelo más largo, con el flequillo peinado hacia un lado en vez de caer recto sobre la frente. He ganado algo de peso y me siento menos varonil, más mujer. Mi falda procede de una pequeña tienda situada cerca de Montmartre; llevo muy poco maquillaje, pero aun así estoy radiante. Es lógico que parezca diferente, porque me siento diferente. A mi lado, Ansel, mucho más alto que yo, me pasa un brazo por la cintura con gesto protector. En ese momento veo en el reflejo que se inclina para llamar mi atención.

—¿Qué tal?



—Estaba mirando a esa pareja tan mona —comento, indicando la ventana con un gesto de la cabeza.

Después de observarnos en silencio durante unos instantes, me besa en los labios con dulzura.

—Vamos, *Cerise*.

Marie abre la puerta con un alegre chillido, nos introduce en pleno barullo, me suelta un par de besos y me deja entre los brazos abiertos de Christophe.

—¡Es Mia y viene con Ansel! —vocifera este en mi idioma para que le oigan todos los presentes.

Una habitación llena de gente se vuelve a mirarme con los ojos muy abiertos, llenos de curiosidad, mientras Ansel le entrega a Marie la botella de vino.

—Hola —saludo, levantando la mano y agitándola débilmente.

Me dejo caer contra Ansel cuando su brazo vuelve a encontrar mi cintura.

—¡Teníamos ganas de conocerte! —exclama Marie, y vuelve a besarme en ambas mejillas—. Eres aún más guapa que en la foto.

Abro mucho los ojos y Marie se echa a reír. Me coge del brazo y me introduce aún más en el apartamento, alejándome de mi marido, que desaparece enseguida en mitad de un círculo de amigos. Ansel alza la barbilla y observa cómo avanzamos por el pasillo.

—Estaré bien —le digo, aunque solo es cierto a medias. No esperaba tener que separarme de él nada más cruzar la puerta.

El interior es tan sofisticado como lo imaginaba desde la calle. Las paredes están cubiertas de papel pintado barroco en suaves tonos dorados. Desde donde estoy, veo dos chimeneas de mármol enmarcadas por delicadas molduras. Unas librerías repletas de libros y preciosos jarroncitos cubren una de las paredes; la de enfrente presenta varios ventanales que dan a un exuberante jardín. A pesar de la cantidad de chismes que hay aquí dentro, el apartamento es encantador, y tan grande que, pese al montón de gente que pulula por él, queda mucho espacio para hablar con cierta intimidad.

Pasamos por delante de una pequeña biblioteca y recorremos un pasillo lleno de gente. Tengo la sensación de que al verme dejan de hablar y de beber; quizá me esté volviendo paranoica, aunque no lo creo. Al final, entramos en una cocina amplia y muy blanca.

—Saldremos luego, pero es que son como lobos. Les hace mucha ilusión ver a

Ansel y conocerte a ti. Que le aborden a él primero. —Me sirve una generosa copa de vino y me la pone en la mano con una carcajada—. ¿Cómo se dice... «fuerza en una copa»?

—¿El alcohol infunde valor? —sugiero.

—¡Eso! —Chasquea los dedos y me da otro beso en la mejilla—. Aquí hay mucha gente maja que quiere a tu marido y también te querrá a ti. Echa un vistazo. ¡Te presentaré a todo el mundo dentro de un momento!

Vuelve a sonar el timbre y sale corriendo. Alguien entra en la cocina, pero no es Ansel, y me vuelvo a mirar por las altas y estrechas ventanas, que ofrecen unas vistas impresionantes de Montmartre.

—Nunca me canso de contemplar esas vistas.

Al volverme, me encuentro con una hermosa pelirroja que mira por las cristaleras adyacentes. Debe de tener varios años más que yo. Habla con mucho acento, hasta el punto de que tardo unos instantes en entender lo que ha dicho.

—Son fantásticas —coincido.

—¿Eres norteamericana? —me pregunta. Al ver que asiento con la cabeza, añade—: ¿Vives aquí o estás de visita?

—Vivo aquí —contesto, y hago una pausa—. Bueno... de momento. Es complicado.

—Y estás casada —comenta, señalando mi anillo.

—Pues sí.

Distraída, empiezo a dar vueltas al anillo alrededor de mi dedo. Si ella no ha oído el ruidoso anuncio de Christophe cuando hemos entrado hace cinco minutos, me resulta un poco raro que sea una de las primeras cosas que dice.

—¿Cómo se llama él?

—Ansel. Ansel Guillaume.

—¡Le conozco! —exclama con una amplia sonrisa—. Le conozco hace muchos años. —Se inclina hacia mí con aire de conspiración y añade—: Un hombre muy guapo, encantador.

En mi pecho, el orgullo se mezcla con la inquietud. La mujer parece simpática, aunque también un poco avasalladora. Tengo la sensación de que nos hemos saltado alguna que otra etapa al iniciar esta conversación.

—Sí que lo es.

—Entonces ¿has venido como estudiante o a trabajar? —pregunta, y da un

sorbo de su copa de vino tinto.

—Solo he venido a pasar el verano —le explico, relajándome un poco. Mi timidez puede parecer frialdad, razono. Es posible que mucha gente confunda la intensidad de esta mujer con una actitud agresiva—. En otoño empiezo mis estudios.

—Entonces te marchas pronto —dice, frunciendo el ceño.

—Sí... Aún no sé cuándo.

—¿Y qué pasa con tu marido? Su trabajo es muy importante, ¿no? No puede marcharse de París sin más e irse contigo, ¿verdad? —Su expresión solo revela un amable interés, pero su avalancha de preguntas vuelve a causarme nerviosismo. Al ver que no contesto, insiste—: ¿No lo habéis hablado?

—Mmm... —empiezo, aunque no tengo la menor idea de qué responder.

Sus ojos azules son grandes y penetrantes, y tras ellos veo algo mayor. Angustia. Ira contenida. Miro a mi alrededor y veo que ahora hay varias personas en la cocina y que todas nos miran fascinadas, con un aire compasivo, como si observaran un accidente de tráfico a cámara lenta.

Me vuelvo de nuevo hacia ella, preocupada y suspicaz.

—Perdona... No recuerdo cómo te llamas.

—Es que no te lo he dicho —dice, ladeando un poco la cabeza—. Puede que te esté confundiendo al fingir que no conozco tu situación. Conozco a Ansel muy, muy bien, ¿sabes?

De repente lo entiendo todo.

—¿Eres Minuit?

Sonríe entusiasmada, y su expresión resulta inquietantemente perversa.

—¡Minuit! Sí, exacto, soy Minuit.

—Di por sentado que tenías el pelo negro. No sé por qué —mascullo, más para mí misma que para ella.

Tengo la sensación de estar montada en un balancín, y aún no sé si caeré de pie cuando acabe esta conversación. Me asaltan unas ganas desesperadas de salir a buscar a Ansel o a Marie, pero Minuit me observa como un halcón y parece disfrutar con mi desasosiego.

A mi espalda, oigo la risa profunda de Ansel que se acerca por el pasillo, le oigo cantar unos cuantos versos de la absurda canción de rap francesa que lleva dos semanas sonando en su apartamento por las mañanas, mientras se afeita.

—T-tengo que irme —digo, dejando mi copa sobre una mesa cercana.

Quiero ir con Ansel. Quiero llevármelo aparte y hablarle de esta conversación. Quiero que me lleve a casa y borre de mi memoria la expresión desagradable de esa mujer.

Minuit me sujeta del brazo.

—Pero dime, Mia, ¿qué te parece mi apartamento? ¿Y mi cama? ¿Y mi prometido?

Se me ha parado el corazón. Veo borroso.

—¿Tu prometido?

—Íbamos a casarnos hasta que llegaste tú. Imagina mi sorpresa cuando volvió de sus vacaciones con una esposa.

—Yo no... —susurro.

Miro a mi alrededor como si alguien fuera a ayudarme. Algunas personas siguen mirando con gesto compasivo, pero ninguna parece lo bastante valiente para interrumpir.

—Me llamaba Minuit porque nunca me dormía —me explica, y el pelo rojo se desliza sobre su hombro cuando se inclina hacia delante—. Compramos una cama nueva para nuestro bonito piso. Lo intentábamos todo con tal de cansarme. —Ladea la cabeza y pregunta—: ¿Qué te parece dormir en esa fantástica cama nueva de nuestro bonito piso?

Abro la boca y vuelvo a cerrarla, sacudiendo la cabeza. Tengo el pulso acelerado; la piel, húmeda y encendida.

«Te compraré otro anillo. Empezaremos de nuevo. Podemos buscar un piso nuevo con recuerdos que sean solo nuestros...»

Necesito salir de aquí.

—Estuvimos juntos seis años. ¿Te imaginas siquiera cuánto tiempo es eso? Hace seis años no eras más que una cría.

Habla mi idioma con tanto acento que me cuesta seguirla, que capto palabras sueltas con las que me las apaño para comprender lo que dice. Pero entiendo «seis años». Ansel lo llamó «demasiado tiempo», pero jamás habría soñado que fuese una fracción tan significativa de sus vidas. O que fueran a casarse. Ni siquiera sé cuándo rompieron. Suponía que lo habían hecho en cuanto él volvió aquí, hace casi un año. Sin embargo, las ojeras de la mujer y el temblor de la mano que sostiene la copa me indican que estaba equivocada.

El corazón se me rompe en mil pedazos.

Oigo que Ansel entra en la cocina, oigo que vocifera:

—*J'ai acheté du vin!*

Alza dos botellas de vino abiertas ante la pequeña multitud reunida. Pero su expresión se derrumba al verme al otro lado de la habitación y percatarse de la presencia de la mujer que está junto a mí.

Ella se acerca más y me susurra directamente al oído:

—Hace seis años todavía no te habían atropellado, ¿verdad?

Vuelvo la cabeza de golpe y me quedo mirando unos ojos azules. Están tan llenos de ira que se me corta la respiración.

—¿Qué?

—Él me lo cuenta todo. Eres un minúsculo lapso de tiempo —silabea, juntando el pulgar y el índice—. ¿Sabes acaso cuántas cosas absurdas ha hecho? Eres su impulso más ridículo, y no tiene la menor idea de cómo solucionar su error. Aún tenía mi sabor fresco en la boca cuando te vio en ese hotel tan cutre.

Me entran ganas de vomitar. Lo único que sé es que necesito moverme. Sin embargo, antes de que logre poner un pie delante del otro, Ansel se sitúa a mi lado y me coge del brazo.

—Perry —le dice a la mujer en tono rabioso—. *Arrête. C'est ma femme. C'est Mia. Qu'est-ce que tu fais là?*

¿Perry?

Espera. ¿Perry?

Clavo la vista en el suelo, parpadeando, mientras todo adquiere sentido. Sus mejores amigos, Ansel, Oliver, Finn y Perry. Perry no es otro hombre, es una mujer.

Una mujer con la que estuvo durante seis años.

«Éramos cuatro y pasábamos todo el día juntos... Creo que nunca conoceré a nadie tanto como conozco a esos tres amigos. Mi relación con ellos es una de las mejores y... más complicadas de mi vida... Juntos, echábamos de menos a nuestras familias y nos sentíamos orgullosos de nuestro trabajo.»

Noto la cara caliente. Mis labios dejan escapar un grito ahogado. ¿Cuántas veces ha permitido Ansel que yo diera por sentado que Perry era otro hombre, un amigo? Se lo he contado todo sobre mí, le he hablado de mi vida, de mis miedos y de mis relaciones, y él solo ha compartido conmigo imprecisas vaguedades

acerca de Minuit y la relación entre ellos, esa relación que duró «demasiado tiempo».

Ella parece tan entusiasmada como una leona que acaba de capturar a una gacela. Agarra a Ansel por el bíceps, pero él se la quita de encima y vuelve a cogerme del brazo.

—Mia.

Me libero de un tirón.

—Creo que voy a marcharme.

Podría decir un millón de cosas más, cosas que alguien como Harlow o como Lola diría en este momento. Sin embargo, por una vez me alegro de callarme.

Ansel me llama, pero ya corro por el pasillo y empiezo a bajar a trompicones la escalera de caracol. Sus pasos retumban contra los peldaños de madera, más arriba, y mi nombre resuena a lo largo del pasamanos.

—¡Mia!

Mi mente se niega a entender lo que acaba de pasar en la fiesta. Dos imanes repeliéndose, separándose con fuerza.

Me recibe una acera vacía, agrietada y torcida. Me meto por la rue La Bruyère y voy corriendo hasta la pequeña curva de Saint-Georges. Es curioso, pero ahora que quiero escapar sé muy bien por dónde voy.

Recupero el aliento entre dos edificios. Creo que Ansel ha ido a buscarme en dirección contraria, porque ya no le oigo.

Tengo que averiguar muchas cosas: cuándo puedo tener la maleta lista, cuándo puedo marcharme, por qué ha permitido Ansel que yo cayera en la trampa de una mujer con la que tenía previsto casarse antes de que apareciera yo... Ignoro por completo por qué me lo ha ocultado, pero noto que unas esquirlas de pánico penetran en mis pulmones, impidiéndome respirar.

La placa del edificio me recuerda lo antigua que es esta ciudad. Fue construido en 1742. Es más viejo que ninguna historia de amor que pueda seguir viva en este país. La nuestra podría ser la más joven, aunque siempre me pareció que la retomábamos en el punto en que nuestras almas la habían dejado, mucho tiempo atrás.

Ahora sé que le quiero, que lo nuestro es real y que probablemente le quise ya tan pronto como le vi desde el otro lado de aquella sala, disfrutando de mi felicidad tanto como yo. Digan lo que digan Lola y Harlow, lo creo a pies

juntillas.

Es posible enamorarse así de rápido.

A unas dos manzanas de casa, me percató de que Ansel me ha estado siguiendo; lo bastante lejos para darme espacio, lo bastante cerca para saber dónde estoy. Ya en el estrecho descansillo, trato torpemente de abrir la cerradura cuando se abre de golpe la puerta de la escalera y aparece él, sin aliento. Por lo menos, ha tenido el acierto de dejar que subiera sola en el ascensor.

Ya ha anochecido y el piso está a oscuras, pero no me molesto en encender las luces. Me apoyo contra el marco de la puerta del dormitorio y clavo la mirada en el suelo. Él se para delante de la cocina, justo enfrente de mí, dejando cierta distancia entre ambos. Poco a poco, su respiración recupera la normalidad. Ni siquiera tengo que mirarle directamente para saber que se siente muy desdichado. Veo de soslayo sus hombros caídos, sus ojos fijos en mí.

—Háblame —susurra por fin—. Me siento tremendamente mal, Mia. Es nuestra primera pelea y no sé cómo arreglarlo.

Sacudo la cabeza, mirándome los pies. No sé ni por dónde empezar. Esto es mucho más que una primera pelea. Una primera pelea es lo que ocurre cuando el chico se empeña en dejar la tapa del váter abierta o lava el vestido de seda nuevo de la chica en agua caliente. Él me ha ocultado lo de Perry y que estaba prometido durante la friolera de dos meses, y ni siquiera sé por qué.

Me siento humillada. Fuimos muy ingenuos al creer que este matrimonio podía ser algo más que una broma. Todo esto ha sido un error de proporciones épicas, una muestra de la enorme impulsividad de Ansel. Pasa seis años con esa



mujer y luego va y se casa con una desconocida. Casi resulta cómico.

—Quiero volver a casa. Creo que me iré mañana —digo, aturdida—. De todos modos, pensaba marcharme pronto.

Creía que Ansel estaba apoyado contra la pared, pero veo que no es así cuando deja caer la espalda sobre ella.

—No —susurra, incrédulo—. Mia, no. No puedes marcharte antes por culpa de esto. Habla conmigo.

En ese momento estalla toda mi rabia contenida:

—¡Tengo todo el derecho a querer marcharme! ¿Cómo has podido permitir que me viera en esa situación? ¡Me has ocultado lo que ocurría!

—¡No sabía que ella estaría allí! —insiste—. Marie y Christophe son amigos míos desde hace años, ella apenas les conoce. ¡No sé por qué estaba allí!

—¿Porque estabais prometidos, quizá? No sé ni por dónde empezar. Me has mentido, Ansel. ¿Cuánto tiempo ibas a dejarme creer que Perry era un tío? ¿Cuántas veces hablamos de «él»? ¿Por qué no me lo contaste en Las Vegas?

Da un paso y extiende las manos hacia delante, con prudencia, como si se estuviera aproximando a un animal herido.

—La primera vez que hablaste de Perry como si fuera un chico, a ninguno se nos ocurrió corregirte porque estábamos en un bar. No tenía ni idea de que nos emborracharíamos y nos casaríamos al cabo de pocas horas...

—¡Llevo aquí varias semanas! ¡Podrías haberme contado en cuanto llegué aquí que tu prometida vivía cerca y, ah, por cierto, que es Perry, el cuarto miembro de esa pandilla tan unida que no es un tío! —Me apoyo en la frente una mano temblorosa al recordar la noche que llamaron a la puerta mientras dormíamos, al recordar lo alterado que estaba Ansel cuando regresó a la cama, cuando le pregunté quién era y contestó que era Perry, pero, una vez más, no me corrigió cuando hablé de Perry como si fuera un chico—. ¡Madre mía! ¡Aquella noche que llamaron a la puerta! Y cuando volví a casa estabas hablando por teléfono con ella, ¿verdad? ¡Saliste de la habitación para irte a hablar con la chica con la que ibas a casarte cuando, oh, te casaste conmigo! ¡No me extraña que esté tan cabreada!

Ha estado intercalando leves ráfagas suplicantes, diciendo: «no», «Mia» y «espera». Por fin, logra meter baza:

—No es eso, para nada. ¡Después de lo de Las Vegas no supe cómo decírtelo!

¿Hacía falta que te lo contara tan pronto? ¡Ya no era mi novia! Pero luego llamó y vino...

—Prometida —le corrijo—, no novia.

—Mia, no. Cortam...

—¿La has visto aparte de esa noche?

Me mira con inquietud.

—Hemos comido dos veces.

Me entran ganas de darle un puñetazo. Sobre todo porque jamás he logrado comer con él en un día laborable.

—Lo sé, Mia —dice, interpretando correctamente mi expresión—. Lo sé. Lo siento. Esperaba que, si hablábamos cara a cara, dejaría de llamar y...

—¿Y lo ha hecho?

—No —contesta, tras vacilar unos instantes.

Se saca el móvil del bolsillo.

—Puedes leer sus mensajes, si quieres. O escuchar sus notas de voz.

Me paso las manos por la cabeza, deseando gritarle pero incapaz de abrir la boca sin echarme a llorar. Lo último que quiero es volver a oír esa voz.

—La noche que jugamos al pecador y la diablesa quise contártelo, pero no supe cómo, y luego cambiamos de tema. Después me pareció imposible.

—¡No es imposible, es muy sencillo! Solo tenías que corregirme alguna de las veces que lo entendí mal y decirme: «No, Mia, Perry es una tía y estuvimos juntos seis putos años y, ah, por cierto, iba a casarme con ella». En cambio, vas y me hablas de Minuit y me confundes deliberadamente.

—¡No quería que te preocuparas! ¡Tampoco esperaba que os conocierais!

Le miro boquiabierta, hecha polvo. La verdad, por fin. Simplemente confiaba en no tener que afrontarlo.

—¿Crees que así lo arreglas? ¿Que como nunca la conocería no pasaría nada? Me mentiste sobre ella por omisión.

Ya está sacudiendo la cabeza.

—¡No me refiero a eso! Necesitábamos una base más firme —dice, haciendo gestos frenéticos que van del uno al otro. Cierra los ojos mientras busca las palabras adecuadas. Incluso ahora, el corazón me duele por él al ver que parece perder su capacidad de hablar mi idioma con fluidez cuando está alterado. Inspira hondo y, cuando abre los ojos y vuelve a hablar, su voz suena más firme

—: Tú y yo estábamos en una situación precaria cuando llegaste aquí. Los dos actuamos de forma muy impulsiva. El trabajo es una pesadilla para mí en este momento, pero quería buscar tiempo para ti. Y luego lo nuestro se convirtió en algo más que diversión y aventura. Se hizo... —Hace una pausa y añade con voz entrecortada—: Se hizo real. Necesitábamos pasar más tiempo los dos solos. No quería que entrara en este piso nada más, y menos ella.

Tan pronto como pronuncia esas palabras parece arrepentirse, porque su rostro se ensombrece.

—¡Ella vivió aquí! —le recuerdo—. Incluso cuando me hablaste de Minuit, no dijiste que vivisteis juntos, que estuvisteis comprometidos, que llevabais juntos un montón de años. Que os acostabais en esa cama. Si me hubieras hablado de ella cuando llegué aquí, si me lo hubieras contado todo, ni siquiera habría sido un problema. Pero esta noche la única persona en ese apartamento que no sabía lo que pasaba era yo, ¡tu esposa!

Me vuelvo y entro en el dormitorio. Tengo la intención de meterme en la cama hasta que recuerdo que es la cama que compraron juntos, la cama para su bonito piso en la que esperaban que Perry durmiera mejor. Suelto un gruñido, doy media vuelta y me estrello contra el ancho pecho de Ansel.

Cuando intento apartarle de un empujón, me detiene y me agarra de los hombros con manos temblorosas.

—No te vayas, por favor.

Tengo la impresión de que un tornado está arrasando mi mente. Sin embargo, como de costumbre, aunque siento tanta rabia hacia él que podría gritar, la proximidad de su cuerpo y el contacto de sus manos subiendo y bajando por mis brazos son tan reconfortantes que empiezan a ordenar el caos. Su mirada se suaviza y se clava en mi boca.

—Tenemos que seguir hablando de esto.

Cuando trato de hablar, las palabras salen atascadas, atrofiadas:

—Es-es-es-es-estuviste...

¡Joder!

Abro los ojos sin saber qué reacción veré en su cara, porque nunca me ha oído tartamudear y ya casi no me pasa.

Tiene los ojos desorbitados y el rostro contorsionado de dolor, como si me hubiera destrozado.

—Mierda, Mia.

—N-n-no...

—Mia... —gime, apretando la cara contra mi cuello.

Le aparto de un empujón. Ahora mismo no quiero su compasión. La ira hace que las palabras broten de mis labios más precisas, y mi lengua se relaja cada vez que pronuncio una:

—Estuviste con ella mucho tiempo. Esta noche... me he sentido como si fuese la otra, ¿sabes? Ayer, por primera vez, me sentí como tu esposa. Pero esta noche me he sentido como si te hubiera arrancado de sus brazos.

—No —dice con expresión aliviada; me aparta el pelo de la cara para poder darme un beso en la mejilla—. Cortamos antes de que tú y yo nos conociéramos, por supuesto.

Joder. Tengo que preguntárselo.

—Pero ¿cuánto tiempo antes de que te marcharas?

Se le descompone el semblante. Me parece oír cada segundo que pasa mientras vacila antes de responder.

—Ansel.

—Unos días.

Se me cae el alma a los pies. Cierro los ojos, incapaz de mirarle.

—Se marchó de aquí mientras tú estabas fuera, ¿verdad?

Otra vacilación.

—Sí.

—Cortaste con la que fue tu novia durante seis años solo unos días antes de casarte conmigo.

—Bueno, técnicamente cortamos tres semanas antes de que tú y yo nos conociéramos. Había viajado en bicicleta por Estados Unidos antes de ir a Las Vegas —me recuerda—, pero creo que todo había terminado mucho antes. Los dos sabíamos que se había acabado. Ella se está aferrando a algo que ya no existe. —Apoya su mano en mi mejilla y espera a que le mire—. Yo no buscaba nada, Mia, y por eso confío en lo que siento por ti. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti. No se parece a nada que haya vivido.

Cuando ve que no digo nada, pregunta:

—¿Puedo contártelo todo ahora?

No me molesto en responder en voz alta. Por un lado, parece un poco tarde

para una explicación completa. Por otra, una parte morbosa de mí quiere saberlo todo.

—La temporada de Bike & Build comenzó en mayo y duró hasta septiembre —empieza—. Finn, Olls, Perry y yo nos hicimos muy amigos a los pocos días. Era esa clase de experiencia en la que todo el mundo se conoce y surgen algunas amistades, aunque otras no, ¿vale? Pero la nuestra surgió.

Hace una pausa y me pasa los dedos por el brazo.

—Pero Perry y yo no nos liamos enseguida. Ella quería; al menos, Oliver y Finn siempre insisten en que quiso tener algo conmigo desde los primeros días. Creo que empecé a entender sus indirectas más o menos en julio. Para cuando llegó agosto, sentía tanto cariño y amistad por todos que a ella le habría dado cualquier cosa. —Se aparta para poder mirarme a la tenue luz de la luna y dice —: Incluso sexo. Durante ese viaje solo nos acostamos dos veces: una noche de agosto en la que estábamos muy borrachos y luego, después de pasar varias semanas bastante incómodas, la última noche antes de que acabara la temporada.

Una extraña combinación de alivio y dolor contrae mi estómago. Cierro los ojos y expulso de mi mente la imagen de las manos de Ansel sobre el cuerpo de Perry, de sus bocas entrelazadas.

—Después de eso, Perry volvió aquí y yo me mudé a Nashville para iniciar mis estudios. Estábamos juntos, aunque nunca habíamos llegado a hablarlo. Ella dio por sentado que así era, y yo quise complacerla. Nos veíamos un par de veces al año, y todo lo demás que te conté era verdad. Llegó a conocerme bien durante el viaje, claro. Pero yo tenía veintidós años. Entonces no era el mismo hombre que soy ahora y nos distanciamos muy deprisa.

Baja la voz, afligido:

—Como historia de amor, nunca fue apasionada, Mia. Fue... —Maldice y se pasa una mano por la cara—. Como en... ¿Cómo se dice? —Me mira y aparto la vista, incapaz de resistirme al gesto adorable de sus labios poniendo morritos mientras busca las palabras adecuadas—. *Cendrillon*? ¿El cuento de la madrastra?

—¿*La Cenicienta*?

Chasquea los dedos, asintiendo, y continúa:

—Como en *La Cenicienta*. Creo que los dos queríamos que el zapatito de cristal tuviese el tamaño adecuado. ¿Me entiendes?

—Sí.

—La engañé dos veces. Es lo peor que he hecho, Mia. Me di cuenta de que no podía seguir así, de que había hecho exactamente lo que siempre dije que no haría, como mi padre, ¿vale? La llamé para hacer lo correcto por una vez y romper con ella, pero... —Hace una pausa e inspira hondo—. Perry estaba deseando contarme que había rechazado un empleo como diseñadora en Niza para que por fin pudiéramos estar juntos en París.

Aparto la vista, negándome a compadecerle.

—Así que...

Se interrumpe para buscar la palabra adecuada, y estoy encantada de ayudarle:

—Te acobardaste.

Asiente con la cabeza.

—Vale, sí. Y no me porté bien. Tendría que haber roto con ella.

—Los dos sabemos que vine aquí huyendo de mis problemas, pero te has pasado todo el tiempo actuando como una especie de benefactor cuando tú también estás huyendo. Me has utilizado para no tener que enfrentarte con ella. Eres impulsivo y haces cosas sin pensar, como casarte conmigo. Te convenciste a ti mismo de que al traerme aquí estabas siendo responsable o haciendo lo correcto, pero, en realidad, solo estabas reparando tus errores con Perry. Yo soy tu forma de repararlos. Yo soy la prueba de que no eres tu padre.

—*Non* —insiste, y su voz suena afilada como un cuchillo—. Hui hacia ti, sí. Pero no porque te estuviera utilizando para demostrarme algo a mí mismo o reparar algún error. No tenía por qué comprarte un billete; no tenía por qué buscarte en el zoo. Ya sé que no soy mi padre; por eso me sentía decepcionado conmigo mismo y con la forma en que traté a Perry. Hui hacia ti porque me enamoré de ti.

Dejo que sus palabras resuenen en la habitación hasta quedar sofocadas por el sonido de las bocinas, las motos y las furgonetas de reparto que rugen por las estrechas calles adoquinadas en plena noche. No sé qué pensar. Mi corazón me dice que confíe en él, que no me ha estado ocultando la situación intencionadamente, por razones perversas, y que era complicado y difícil encontrar el momento adecuado.

Sin embargo, mi mente me dice que todo es mentira y que, si hubiera querido generar verdadera confianza entre nosotros, no habría utilizado el apodo de ella

al hablar conmigo y me habría dicho qué papel tenía en su vida y que habían vivido juntos aquí. Que una de sus mejores amigas es ahora su ex. Me entran ganas de darle un empujón por haberme ocultado información en el lugar más seguro y sincero que tenemos: nuestros juegos.

Lo que me molesta no es que Ansel tenga un pasado, sino que me haya mantenido en la ignorancia, que me haya mantenido separada del resto de su vida, mintiendo en espera de llegar a alguna meta imaginaria que iba a permitirle ser sincero. Y, en realidad, no importa si su forma de actuar ha sido o no intencionada. Puede que creyera que no duraríamos más allá del verano.

—¿Has sentido auténtica pasión por mí? —me pregunta—. ¿Crees que es amor verdadero? De pronto, me preocupa mucho haberlo estropeado.

Asiento con la cabeza al cabo de un instante. En cierto modo, me preocupa estar respondiendo a ambas preguntas. La pasión que siento por él es tan intensa que me ha hecho caer en sus brazos incluso en este momento, a pesar de mi rabia. Mi piel se enciende cuando le tengo tan cerca; su aroma es irresistible. Pero también me preocupa que todo se haya estropeado.

—Nunca he sentido esto —dice contra mi pelo—. Un amor así.

Pero mi mente regresa una y otra vez a la misma pregunta, a la misma traición oscura.

—¿Ansel?

—¿Mmm? —responde, rozándome la sien con los labios.

—¿Cómo pudiste contarle lo de mi accidente? ¿Qué te hizo pensar que podías compartir eso con ella?

—No lo hice —contesta, paralizado.

—Pues lo sabía —digo, enfadándome de nuevo—. Ansel, sabía que me habían atropellado. Sabía lo de mi pierna.

—Yo no se lo conté —insiste—. Mia, te lo juro. Si sabe algo de ti, aparte de tu nombre y de que eres mi esposa, se lo deben de haber contado Oliver o Finn. Siguen siendo amigos. Esto ha sido muy raro para todos. —Me mira a los ojos y baja la voz cuando dice—: No sé por qué te ha hablado. No sé por qué se te ha acercado esta noche. Sabía que no iba a parecerme bien.

—Hablaste con ella por teléfono —le recuerdo—. Vino aquí en plena noche. Quedaste con ella para comer cuando estabas demasiado ocupado hasta para desayunar conmigo. Puede que no crea que lo nuestro se ha acabado realmente.

Tarda unos instantes en responder, pero su mano se extiende con gesto posesivo sobre mi esternón, pasándome el pulgar por el hueco de la garganta.

—Ella sabe que hemos terminado, pero no ha sido una ruptura fácil. Le cuesta aceptar que estás aquí, conmigo.

Hay en su voz una dulzura que ahora no puedo soportar, una compasión hacia ella y lo mal que lo está pasando que me saca de mis casillas. En algún punto de mi mente racional me alegra saber que le importa cómo está ella; eso quiere decir que no es un cabrón, que es un buen tío. Pero la ha cagado tantísimo que no me queda energía para admirarle mientras me dedico a estar furiosa.

—Ya. Pues yo no me preocuparía demasiado, porque no cabe duda de que esta noche ha ganado ella.

Alarga el brazo hacia mí y le aparto de un empujón.

—Mia, eso no es...

—Para de una vez.

Cuando empiezo a alejarme, me agarra del brazo y me da la vuelta. Me apoyo contra la pared. Me dedica una mirada tan intensa que aparto la mía y se me pone la piel de gallina.

—No quiero que lo paséis mal ninguna de las dos —dice con voz deliberadamente paciente—, y sé que he manejado la situación muy mal.

Cierro los ojos y aprieto los labios para dominar el zumbido vibrante que me provoca su firme contacto. Tengo ganas de empujarle, de tirarle del pelo, de sentir su peso inmovilizándome.

—He salido del apartamento detrás de ti —me recuerda, y me da un beso en la barbilla—. Ya sé que no es asunto mío asegurarme de que ella esté bien. Pero si lo que siente por mí se parece vagamente a lo que siento por ti, quiero tratarla con delicadeza, porque no puedo imaginarme qué haría yo si me dejaras.

Al oír esas sencillas palabras, siento que mi pecho cede.

Me lame el lóbulo de la oreja y murmura:

—Eso me destrozaría. Necesito saber que estás bien.

Sus manos recorren mi cuerpo con gesto tenso, desesperado. Tal vez para distraerme, tal vez para tranquilizarse. Va bajando hasta los muslos, me agarra la falda y me la sube por encima de las caderas.

—Ansel... —le advierto.

Sin embargo, mientras aparto la cabeza de sus labios estoy ladeando la pelvis



contra sus manos. Cierro los puños a ambos lados del cuerpo. Quiero más, y lo quiero más fuerte. Necesito seguridad.

—¿Estás bien? —pregunta, y me besa la oreja.

No me aparto cuando vuelve a besarme la barbilla, ni siquiera cuando sigue ascendiendo para besar mi boca con ojos muy abiertos y cautos. Pero entonces mete la mano entre mis piernas y masculla:

—Voy a ponerte muy húmeda.

Y desliza los dedos bajo mis bragas. Entonces encuentro la determinación necesaria para apartarle el brazo.

—No puedes arreglar esto a base de sexo.

Se aparta y me mira confuso, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—¿Crees que lograrás calmarme haciendo que me corra? —pregunto, incrédula.

Parece desconcertado, casi enfadado por primera vez.

—Si te calma, si te hace sentir mejor, ¿a quién puñetas le importa cómo ocurra? —Un rubor acalorado le enciende las mejillas—. ¿No es eso lo que hemos estado haciendo todo este tiempo, buscar una forma de estar casados, de tener una relación de intimidad aunque la situación dé miedo, sea nueva o simplemente sea demasiado surrealista para asimilarla?

Estoy perpleja, porque tiene razón. Es exactamente lo que hemos estado haciendo, y quiero de verdad que me arranque de este momento. Quiero distraerme, superarlo, salir del paso... Sea lo que sea, lo quiero. Quiero dejar de hablar de todo esto. Quiero que aparte todas las dudas que hay en mi cabeza y me muestre la parte de él que no he visto hasta ahora.

—Muy bien. Distráeme —le desafío, apretando los dientes—. Veamos si puedes hacerme olvidar la rabia que siento.

Tarda unos momentos en asimilar lo que he dicho. Luego vuelve a inclinarse hacia mí y me roza la mandíbula con los dientes. Exhalo por la nariz, arrimo la cabeza a la pared y me rindo. Sus manos, más bruscas que antes, regresan a mi cintura, tiran de mi camiseta y me despojan de ella. Acto seguido, me baja la falda y la deja en el suelo de cualquier manera.

Me apoya la palma de la mano en la vulva, inhalando entrecortadamente a través de los dientes y susurrando:

—*Tu es parfaite.*

Soy incapaz de tocarle con ternura. Deseo castigarle; me siento egoísta y muy enfadada. La combinación arranca de mi boca un tenso sonido atragantado, y su mano, que acababa de apartar las bragas a un lado, se queda paralizada.

—Enfádate —dice con voz áspera—. Quiero verte enfadada.

Las palabras ascienden por mi garganta al cabo de un instante. Sin embargo, cuando salen de mis labios no reconozco mi propia voz:

—Con la boca.

Libero a la chica capaz de estar furiosa, capaz de castigar, y le planto a Ansel las palmas de las manos en los pectorales para darle un fuerte empujón. Retrocede trastabillando, con la boca y los ojos muy abiertos. Le empujo otra vez y sus rodillas chocan contra el borde de la cama. Se desploma hacia atrás, se acerca al cabecero y observa entusiasmado cómo le sigo, me subo encima de él para ponerle mis caderas a la altura de la cara y le agarro del pelo.

—¡No estoy bien!

Intenta echarse hacia delante, besarme, lamerme, quizá incluso morderme, pero le sujeto para impedirselo.

—Lo sé —dice con una mirada sombría y apremiante—. ¡Lo sé!

Bajo las caderas y oigo que brota de su garganta un grito primitivo. Su boca abierta entra en contacto con el clítoris y succiona. Levanta los brazos y me rodea las caderas con fuerza. Frenético y ansioso, emite perfectos gruñidos suplicantes y gemidos satisfechos cuando empiezo a balancearme sobre él, sin soltarle el pelo.

Su boca es suave y fuerte al tiempo, pero me permite controlar la velocidad y la presión. Qué bueno.

—¡Dios! ¡Quiero tenerte dentro, tan hondo que te sienta en la garganta!

Oigo la risa de Ansel contra mi piel y comprendo que he dicho en voz alta lo que estaba pensando. La irritación me invade en forma de rubor acalorado y me aparto, humillada. Vulnerable.

—No —susurra—. No, no. *Viens ici.*

«Ven aquí.»

Le obligo a convencerme, a engatusarme con el movimiento de sus dedos y con esos sonidos suplicantes, hasta que, de un tirón, vuelve a bajar mis caderas y me clava las yemas en la carne para instarme a perseguir mi placer de nuevo, a

darle lo que necesita sentándome en su cara mientras jugamos a este retorcido juego.

Tengo el cuello y los brazos hipersensibles, erizados, encendidos. Pero la sensibilidad es casi insoportable cuando me lame, porque es demasiado bueno, es casi imposible que pueda estar tan a punto, tan pronto, pero así es.

La parte superior de mi cuerpo cae hacia delante, mis dedos se aferran al cabecero con los nudillos blancos y me corro gritando, apretándome tan fuerte contra su boca que no sé cómo logra respirar. Sigue agarrándome las caderas con brutalidad, sin dejar que me aparte ni un instante, hasta que se me aflojan los músculos y noto que mi orgasmo se disipa contra sus labios.

Me siento devastada y adorada mientras me dejo caer sobre la cama, sin fuerzas. Siento su miedo, su amor y su pánico y, por fin, suelto el sollozo que llevaba horas contenido en mi garganta. En un instante, soy serenamente consciente de que ambos estamos seguros de una cosa: me marchó.

Se acerca a mi oreja, y su voz suena tan entrecortada que apenas resulta reconocible cuando pregunta:

—¿Alguna vez sientes que se te retuerce el corazón dentro del pecho, como si alguien lo agarrara con el puño y lo estrujara?

—Sí —susurro.

Cierro los ojos. No puedo verle así, no puedo ver la tristeza que, sin duda, impregna su rostro.

—¿Mia? Mia, lo siento mucho.

—Lo sé.

—Dime que aún te gusto.

Pero no puedo. Mi rabia no funciona así. Por eso, en lugar de esperar a que conteste, Ansel se inclina para besarme la oreja y el hombro, susurrando contra mi cuello palabras que no entiendo.

Poco a poco recuperamos el aliento y su boca encuentra el camino hasta la mía. Me besa durante mucho tiempo, y yo se lo permito. Es la única forma en que puedo decirle que le quiero, aunque también le estoy diciendo adiós.

Ser la primera en levantarse y vestirme a oscuras, mientras él duerme, parece ir en contra de todos mis instintos. Sin hacer ruido, saco mi ropa de la cómoda y

la dejo caer en mi maleta. Mi pasaporte está justo donde él dijo que estaría, en el cajón superior, y, por algún motivo, ese detalle desgarró la delgada envoltura que aún me mantiene en pie. Dejo aquí casi todos mis potingues. Si los guardara en el neceser haría ruido, y no quiero despertarle. Voy a echar mucho de menos la carísima crema facial que me he comprado, pero no creo que fuese capaz de dejarle si estuviera despierto, mirándome en silencio o, peor aún, intentando disuadirme.

Las dudas son un goteo que quizá debería escuchar: puede que no sea la mejor idea que he tenido. Sin embargo, no lo escucho. Hasta evito mirarle, tumbado sobre la colcha, casi totalmente vestido, mientras hago la maleta, me visto y busco en el escritorio del salón un trozo de papel y un bolígrafo.

Porque, si vuelvo al dormitorio y le veo, ya no podré apartar la vista. Solo ahora caigo en la cuenta de que anoche no me paré a apreciar lo guapísimo que estaba. La camisa azul marino, cuyo corte ajustado se ciñe a su pecho ancho, a la estrechez de la cintura, está desabrochada justo debajo del hueco de la garganta, y noto la lengua ansiosa por succionar mis zonas favoritas: del cuello al pecho, del pecho al hombro. Sus vaqueros gastados son perfectos, descoloridos por el tiempo en los mejores puntos, en los más familiares: el muslo, la bragueta de botones. Antes de dormir, ni siquiera se quitó su cinturón marrón favorito, que cuelga abierto sobre los pantalones desabrochados y un poco bajos. De pronto, mis dedos ansían sacar el cuero de las trabillas para ver, tocar y saborear su piel solo una vez más.

Tengo la sensación de verle el pulso en la garganta. No me cuesta nada imaginar el sabor de su cuello tibio contra mi lengua. Sé que, si le bajase los bóxers, sus manos soñolientas se enredarían en mi pelo. También sé que asomaría a sus ojos un enorme alivio si le despertase ahora mismo, y no para despedirme de él, sino para hacer el amor por última vez. Para concederle mi perdón sin palabras. Sin duda, el sexo de reconciliación con Ansel sería tan maravilloso que olvidaría bajo sus manos que alguna vez nos hemos distanciado.

Y ahora que estoy aquí, esforzándome por no hacer ruido y marcharme sin despertarle, empiezo a asimilar que no podré tocarle antes de irme. Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta, para ahogar un sollozo que escaparía de mi boca en forma de grito, como vapor a presión saliendo de una tetera. El dolor es como un puño en mi estómago que me golpea una y otra vez

hasta que me entran ganas de devolverle el golpe.

Soy una idiota.

Pero él tampoco se queda corto.

Tardo muchos segundos en apartar los ojos de su cuerpo tendido en la cama y clavarlos en el bolígrafo y el papel que tengo en las manos.

¿Qué demonios se supone que voy a escribir? No es un adiós; no lo creo. Conociéndole como le conozco, a pesar de lo que ocurrió anoche, sé que no dejaré que todo esto quede en unas pocas llamadas telefónicas y varios correos electrónicos. Querrá volver a verme. Pero me estoy marchando mientras duerme y, dada su situación laboral, puede que no le vea en unos cuantos meses. En cualquier caso, este no es exactamente el momento adecuado para escribirle una nota que diga «nos vemos pronto».

Así que opto por lo más fácil y sincero, aunque mi corazón parece retorcerse en un nudo dentro de mi pecho mientras lo escribo:

Esto no es un «nunca». Es simplemente un «ahora no».

Me gustas mucho,

Mia

Necesito resolver mis propios problemas antes de acusarle a él de meter los suyos en una caja imaginaria y guardarlos debajo de la cama.

¡Joder! ¡Cuánto me habría gustado que esto no se acabase!

Aún no ha amanecido cuando salgo a la acera y la puerta del edificio se cierra a mi espalda. Me espera un taxi junto al bordillo, con los faros apagados y la silueta envuelta en un círculo de luz artificial amarilla procedente de la farola más cercana. El taxista me echa un vistazo por encima de su revista. Tiene cara de mal genio y una expresión de disgusto que imagino permanente.

De pronto soy consciente de mi aspecto: jersey y vaqueros oscuros, despeinada y con el maquillaje de anoche corrido en torno a los ojos. Como una delincuente que se escabulle entre las sombras. Acude a mi mente la frase «huir de la escena del delito», y apenas puedo soportar lo acertada que resulta.

El hombre se baja del coche y se reúne conmigo en la parte trasera, frente al portaequipajes abierto. Un cigarrillo encendido cuelga de sus labios fruncidos.

—¿Americana? —pregunta, y su acento es tan espeso como las bocanadas de humo que se le escapan con cada sílaba.

Aunque la irritación me altera los nervios, me limito a asentir con la cabeza sin molestarme en preguntar cómo o por qué lo ha sabido. No me hace falta: ya sé que canto como una almeja.

O no se percata de que no le contesto o le da igual, porque coge mi maleta, la levanta sin ningún esfuerzo y la deposita en el maletero.

Es la misma maleta con la que llegué, la misma que escondí al cabo de unos días porque parecía demasiado nueva y fuera de lugar en mitad del piso cálido y confortable de Ansel. Al menos, eso fue lo que me dije a mí misma mientras la

metía en el armario situado junto a la puerta del dormitorio, donde no me recordase a diario que mi estancia era temporal y que mi presencia en su vida terminaría en cuanto acabase el verano.

Me subo al coche y cierro la puerta procurando no hacer ruido. Sé que los sonidos de la calle entran por las ventanas abiertas, así que me prohíbo a mí misma alzar la vista o imaginarle tumbado en la cama, despertando en el piso vacío y oyendo cómo se cierra la puerta de un taxi.

El taxista se deja caer en el asiento del conductor y me mira expectante por el retrovisor.

—Aeropuerto —le digo, y aparto la vista rápidamente.

Mientras mete una marcha y sale a la calzada, ni siquiera sé lo que siento. ¿Es tristeza? Sí. ¿Preocupación, rabia, pánico, traición, culpa? Todo eso. ¿He cometido un error? ¿Todo este asunto no ha sido más que una sucesión de pésimas decisiones? Tenía que irme de todos modos, me digo a mí misma, solo he adelantado un poco mi marcha. Y aunque no tuviera que hacerlo, está bien tener un poco de espacio, un poco de perspectiva, un poco de claridad mental, ¿no es así?

Casi me echo a reír, porque lo que menos siento en este momento es claridad mental.

Vacilo tan ferozmente entre «lo de anoche no fue para tanto» y «lo de anoche rompió nuestro acuerdo», entre «marcharte era lo mejor que podías hacer» y «¡da la vuelta, estás cometiendo un terrible error!» que empiezo a dudar de todos y cada uno de mis pensamientos. Pasar trece horas en un avión, sola y obsesionada, va a ser una tortura.

El taxi circula a toda velocidad por las calles vacías. Se me revuelve el estómago igual que la mañana en que llegué a París, aunque esta vez el motivo es totalmente distinto. Hay una parte de mí que casi se alegraría si vomitara ahora mismo, que lo consideraría preferible al malestar constante e insistente que experimento desde anoche. Al menos, sé que el vómito pasaría y que podría cerrar los ojos e imaginar que el mundo no está dando vueltas, que, en realidad, no hay en mi pecho un agujero de bordes irregulares.

La ciudad pasa a toda velocidad por la ventanilla en una imagen desdibujada de piedra y hormigón, con siluetas industriales que salpican el mismo horizonte que unos edificios que llevan cientos de años en pie. Apoyo la frente en el cristal

y trato de olvidar cada momento de aquella primera mañana con Ansel. Lo dulce y atento que se mostró, y cuánto me preocupaba estar estropeándolo todo y que terminase aun antes de empezar.

Todavía no ha salido el sol, pero puedo distinguir árboles y campos de hierba, manchas fangosas de verde que bordean la carretera y salvan la distancia entre construcciones. Tengo la extraña sensación de retroceder en el tiempo, de borrarlo todo.

Saco el móvil, abro la aplicación de la compañía aérea, inicio sesión y examino los vuelos disponibles. Mi decisión de marcharme resulta aún más evidente a la intensa luz de la pantalla, que corta limpiamente la oscuridad y se refleja en las ventanillas.

Mi dedo titubea sobre la ciudad de llegada, y el dilema imaginario casi me arranca una carcajada, porque sé que ya he decidido lo que voy a hacer.

El primer vuelo del día despega en poco más de una hora. Selecciono las opciones necesarias y reservo mi viaje de regreso sin apenas dificultades.

Al acabar, apago el móvil y lo guardo en el bolso. Me pongo a contemplar la ciudad soñolienta, que empieza a despertar al otro lado del cristal.

No he recibido ningún mensaje, así que doy por sentado que Ansel sigue durmiendo. Si cierro los ojos, aún veo su cuerpo tumbado sobre el colchón, los vaqueros colgando de sus caderas. Recuerdo el aspecto de su piel a la tenue luz mientras recogía mis cosas, las sombras que le perfilaban como carboncillo en una tela. No quiero imaginarle despertando y comprendiendo que me he ido.

El taxi para junto al bordillo y veo el precio en el taxímetro. Con dedos temblorosos, saco el monedero y cuento el dinero. Los anchos billetes de colores siguen pareciendo tan exóticos en mi mano que, obedeciendo a un impulso, doblo todo el fajo y lo dejo en la palma del taxista.

A bordo del avión no hay móviles ni correos electrónicos. No me he molestado en pagar por tener Internet, así que no hay nada que me distraiga del bucle de imágenes y palabras que se repite en mi cerebro a una enloquecedora cámara lenta: la expresión de Perry pasando poco a poco de amistosa a calculadora y de calculadora a airada. Su voz al preguntar qué me parecían su cama y su prometido. El sonido de pisadas, de Ansel, de sus gritos, la sensación de la sangre acudiendo a mi cabeza, de mi pulso ensordecedor.

Aparte de las pocas horas que logro dormir, esa es la banda sonora de todo el



vuelo, por lo que, cuando por fin aterrizamos, me siento aún peor.

Bajo del avión con la mente confusa, paso por la aduana y llego a la sala de recogida de equipajes, en cuya cinta me aguarda mi enorme maleta. Ya no parece nueva; está estropeada en varios puntos, como si la hubieran sacudido y dejado caer, como si se hubiera quedado atascada antes de salir. Su aspecto se asemeja mucho a mis propias sensaciones.

En una cafetería cercana abro el portátil y un archivo que no he mirado en todo el verano. Se llama «Boston».

Dentro está toda la información que necesito para mis estudios, los correos sobre horarios y orientación que han llegado en las últimas semanas, ignorados pero guardados cuidadosamente con la promesa de ocuparme de ellos más tarde.

Al parecer, «más tarde» es hoy.

Con la energía que me proporciona una jarra de café y la emoción creciente de haber tomado por fin la decisión correcta, inicio la sesión en el portal de estudiantes de la escuela de negocios de la Universidad de Boston.

Renuncio a mi beca.

Renuncio a mi plaza.

Tomo por fin la decisión que debería haber tomado hace siglos.

Y después llamo a mi antigua asesora académica, dispuesta a arrastrarme.

Me quedo mirando la sección ALQUILERES del diario local. Parte del trato por el que accedí a realizar estudios de posgrado consistía en que mi padre me pagase el apartamento. Sin embargo, después de lo que acabo de hacer, no creo que vaya a ayudarme, aunque, desde mi punto de vista, es el mejor compromiso posible. Sé que las probabilidades de que me dé un solo céntimo son ahora muy escasas. De todos modos, ya no puedo seguir viviendo bajo su dominio. Vivir en París ha dejado mi presupuesto hecho unos zorros, pero, al echar un vistazo al periódico, encuentro varios pisos que puedo permitirme... sobre todo, si encuentro trabajo relativamente pronto.

Aún no estoy lista para encender el móvil y enfrentarme a una montaña de llamadas perdidas y mensajes de texto de Ansel o, lo que sería aún peor, nada en absoluto. Por eso, utilizo un teléfono público que está delante de un 7-Eleven, a escasa distancia de la cafetería.

Mi primera llamada es para Harlow.

—¿Diga? —dice con voz suspicaz, al ver el número desconocido.

La he echado tanto de menos que las lágrimas asoman a mis ojos.

—Hola —digo, y esa sencilla palabra suena densa y cubierta de nostalgia.

—¡Mia! ¿Dónde coño estás? —Hay una pausa en la que imagino que se aparta el teléfono de la oreja y vuelve a mirar el número—. ¡Joder! ¿Estás aquí?

Contengo un sollozo.

—He aterrizado hace un par de horas.

—¿Estás en casa? —grita.

—Estoy en San Diego, sí.

—¿Por qué no has venido a verme?

—Tengo que organizar varias cosas.

Como, por ejemplo, mi vida. En Francia encontré mi punto a lo lejos. Ahora solo tengo que mantener los ojos clavados en él.

—¿Qué tienes que organizar? Mia, ¿qué ha pasado con lo de Boston?

—Ya te contaré. Oye, ¿podrías hablar con tu padre de mi parte? —Espiro entrecortadamente—. Es sobre la anulación.

Y ahí está, la palabra que me hacía cosquillas en el subconsciente. Es un asco decirla en voz alta.

—Oh. Así que la cosa se estropeó.

—Es complicado. Habla con tu padre de mi parte, ¿vale? Tengo que ocuparme de varios asuntos, pero te llamaré.

—Pásate a verme, anda.

Me aprieto la sien con la palma de la mano y hago un esfuerzo para contestar:

—Mañana me paso. Hoy tengo que aclarar mis ideas.

Al cabo de unos momentos, dice:

—Esta tarde le pido a mi padre que llame a su abogado y te digo algo.

—Gracias.

—¿Necesitas algo más?

Trago saliva y me fuerzo a responder:

—Creo que no. Tengo que mirar pisos. Pero antes me iré a un motel a echar una siesta.

—¿Pisos? ¿Un motel? Vente a vivir conmigo, Mia. Tengo un apartamento enorme. Además, estoy dispuesta a bajar el volumen durante el sexo con tal de

tenerte como compañera de piso.

Su apartamento resultaría ideal, en La Jolla y perfectamente situado entre la playa y el campus. Sin embargo, mi decisión es inquebrantable.

—Sé que parezco una psicópata, pero prometo explicártelo.

Al cabo de unos momentos, intuyo que Harlow lo acepta. Para ser ella, ha sido extraordinariamente fácil. Debo de parecer tan decidida como me siento.

—Vale. Te quiero, guapa.

—Y yo a ti.

Harlow me envía por correo electrónico una breve lista de apartamentos para visitar, con sus opiniones y comentarios sobre cada uno. Estoy segura de que habrá llamado a la agente inmobiliaria de sus padres para pedirle que buscase pisos que se ajustasen a unas características precisas en cuanto a seguridad, espacio y precio. Aunque Harlow no sabe dónde quiero vivir, agradezco tanto su carácter entrometido que me entran ganas de llorar.

El primer piso que veo es bonito y asequible, pero está demasiado lejos de la universidad. El segundo está a cuatro pasos del campus, pero se halla situado justo encima de un restaurante chino. Me paso una hora entera dándole vueltas al asunto y acabo decidiendo que no soportaría oler a pollo Kung Pao las veinticuatro horas del día.

El tercero es un pequeño apartamento amueblado, sobre un garaje. Está en un tranquilo barrio residencial, a dos manzanas de una parada de autobús por la que pasa una línea que va directa al campus. Me vendría genial; después de pagar el aparcamiento del aeropuerto, nunca podría permitirme un permiso para estacionar en el campus. Menos mal que el apartamento no se ha anunciado hasta esta mañana, porque estoy segura de que alguien se lo habría quedado ya. Esta Harlow es una diosa.

La calle está bordeada de árboles. Me paro delante de la amplia casa amarilla. Una gran extensión de césped se extiende a ambos lados de las losas de piedra, y la puerta principal está pintada de verde oscuro. A la persona que vive aquí se le dan muy bien las plantas, porque el jardín está impecable y los macizos aparecen cubiertos de flores.

Me recuerda el Jardin des Plantes y el día que pasé allí con Ansel aprendiendo los nombres en francés de tantas cosas, aunque ya no me acuerde de nada, paseando de su mano durante horas. Ante mí se extendía la promesa de un futuro

en el que podría hacer eso con él siempre que quisiera.

La propietaria de la casa, Julianne, me acompaña al apartamento, que se acerca tanto a la perfección como cabría imaginar. Es diminuto, pero cálido y acogedor, con paredes marrón claro y molduras blancas. Un sofá de color crema ocupa el centro de la habitación principal. En un rincón se abre una pequeña cocina, cuya ventana da a un jardín trasero compartido. La estructura abierta me recuerda tanto al piso de Ansel que, por un doloroso instante, tengo que cerrar los ojos y respirar hondo.

—Un dormitorio —dice, y cruza la habitación para encender una lámpara.

Me asomo al interior. Una cama grande llena casi todo el espacio. Sobre el cabecero, cuelga una estantería blanca.

—El baño está ahí dentro. Suelo marcharme antes de que amanezca, así que puedes aparcar aquí atrás.

—Gracias —le digo.

—Y ahora viene lo mejor: los armarios son pequeños, la presión del agua es horrible y te garantizo que los adolescentes que se ocupan del césped se comportarán como cerditos cuando te vean, pero el apartamento es mono y tranquilo, y en el garaje hay lavadora y secadora que puedes usar siempre que quieras.

—Es perfecto —digo, mirando a mi alrededor—. La lavadora y secadora me vendrán de perlas, y seguro que puedo manejar a unos cerditos adolescentes.

—¡Yupi! —dice con una amplia sonrisa.

Durante un brevísimo instante de impaciencia me imagino viviendo aquí, cogiendo el autobús que va a la universidad, empezando a decidir qué quiero hacer con mi vida en este agradable estudio situado sobre el garaje de esta señora. Me entran ganas de decirle: «por favor, déjeme mudarme ahora mismo».

Pero, por supuesto, es una mujer sensata. Así que, con una mirada de disculpa, me pide que rellene el formulario para comprobar mis antecedentes.

—Estoy segura de que todo irá bien —dice, guiñándome un ojo.

Resulta surrealista estar en mi ciudad natal y registrarme en un motel. Mi madre me mataría. Harlow quiere matarme. Sin embargo, a pesar de la escasa luz y el estruendo de la Interestatal 5 al otro lado de la ventana, es justo lo que

necesito. Compruebo mi saldo bancario por enésima vez desde mi aterrizaje. Si soy prudente, el dinero puede alcanzarme hasta que empiece el curso, y a partir de ese momento, gracias a mi antigua asesora, que además me ha ayudado a entrar en el programa de gestión empresarial de la Universidad de California en San Diego, contaré con un pequeño subsidio que me permitirá llegar a fin de mes. Aunque el alquiler del estudio tiene un coste razonable, no me sobrará nada, y se me revuelve el estómago con solo imaginar que tenga que pedirle dinero a mi padre. Llevo más de un mes sin hablar con él.

«¿Estás casada? Tienes un marido, ¿no?», dijo Ansel. Dios, parece que haya transcurrido una eternidad desde aquella noche. Mientras me acurruco bajo unas sábanas que huelen a lejía y tabaco en lugar de oler a hierba y especias, me esfuerzo por respirar y no volverme loca a las ocho de la tarde, a oscuras en la habitación de un motel.

De pronto, el descuidado móvil me pesa en el bolsillo. Lo saco, dejo que mi dedo se inmovilice sobre el botón y finalmente lo enciendo.

Tarda un momento en cargarse pero, cuando lo hace, veo que tengo doce llamadas perdidas de Ansel, seis notas de voz y un número aún mayor de mensajes de texto.

¿DÓNDE ESTÁS?, dice el primero.

TE HAS MARCHADO, ¿VERDAD? TU MALETA HA DESAPARECIDO.

NO TE LO HAS LLEVADO TODO. Le imagino despertándose, descubriendo que me he marchado y yendo de habitación en habitación, viendo qué debo de haberme llevado y qué he dejado atrás.

NO ESTÁ TU ANILLO. ¿TE LO HAS LLEVADO? LLÁMAME.

Borro el resto de los mensajes, pero no las notas de voz. Una parte secreta de mí sabe que querré escucharlos más tarde, cuando esté sola y le eche de menos. Es decir, cuando le eche de menos aún más que ahora.

Ni siquiera sé cómo responder.

Ahora me doy cuenta de que Ansel no puede ser la respuesta a mis problemas. La cagó al no contarme la verdad acerca de Perry y su pasado, pero estoy convencida de que tuvo más que ver con su estupidez que con la intención de ocultarme nada. Por eso hay que conocer a una persona antes de casarse con ella. Y lo cierto es que su mentira también me convino a mí: he estado escondiéndome en París, utilizándole a él y a los miles de kilómetros que hay entre Francia y Estados Unidos para evitar las cosas que andan mal en mi vida,

como mi padre, mi pierna y mi incapacidad para crearme un futuro distinto del que perdí. Puede que Perry fuese una absoluta arpía, pero tenía razón en una cosa: el único que avanzaba en esta relación era Ansel. Yo me conformaba con quedarme sentada, esperando, mientras él salía a conquistar el mundo.

Me tumbo boca arriba y, en lugar de responderle a Ansel, escribo un mensaje de grupo para mis niñas.

CREO QUE HE ENCONTRADO DÓNDE VIVIR. GRACIAS POR ENVIARME LA LISTA, H. AHORA MISMO INTENTO NO PERDER LA CALMA.

DEJA QUE VAYAMOS A TU MOTEL, contesta Harlow. SE NOS ESTÁ YENDO LA OLLA AL NO SABER QUÉ DEMONIOS ESTÁ PASANDO.

MAÑANA, les prometo.

AGUANTA, dice Lola. LA VIDA ESTÁ HECHA DE PEQUEÑOS MOMENTOS HORRIBLES Y GIGANTESCOS PERÍODOS ALUCINANTES ENTRE ELLOS.

TE QUIERO, respondo. Porque tiene razón. Este verano ha sido el periodo más alucinante que he vivido jamás.

## 21

Julianne es una verdadera diosa, porque llama antes de las ocho de la mañana. Con el cambio de hora, me he despertado antes de las cinco y me he dedicado a recorrer como una loca la diminuta habitación del motel, rezando para que todo saliera bien y no tuviera que pasarme otro día buscando piso.

—¿Diga? —contesto, y el teléfono oscila en mi mano temblorosa.

Puedo percibir la sonrisa en su voz:

—¿Lista para mudarte?

Le doy mi más agradecido y entusiasta sí, cuelgo y paseo la mirada por la habitación cutre, echándome a reír. Estoy lista para mudarme a un apartamento situado a diez minutos de la casa de mis padres y casi no tengo nada que llevarme.

Sin embargo, antes de irme he de hacer otra llamada. Aunque mi padre se negara a aceptar mi pasión por la danza, hay una persona que asistió a cada función, que me llevó en coche a cada ensayo y actuación, que cosió a mano mis trajes. Me maquilló cuando era pequeña y miró cómo me maquillaba yo cuando me hice mayor y obstinadamente independiente. Lloró durante mis solos y se puso en pie para lanzarme gritos de aliento. Me horroriza darme cuenta solo ahora de que mamá se enfrentó a la desaprobación de mi padre durante años simplemente porque bailar era lo que yo quería. Estuvo a mi lado cuando pasé un mes en la habitación de un hospital y me acompañó en silencio, hundida y deprimida, a la residencia universitaria.

Yo no fui la única que tuvo que renunciar a un sueño después del accidente. Si alguna persona de mi vida va a entender la decisión que estoy tomando, esa será mi madre.

—¿Mia? —responde, sorprendida.

—Hola, mamá. —Cierro los ojos con fuerza, abrumada por una emoción que no estoy segura de poder expresar. En mi familia no se habla de sentimientos; si yo he aprendido a hacerlo, ha sido bajo las amenazas de tortura de Harlow. Aun así, debería haberme percatado hace mucho de que mi madre supo mostrarse muy fuerte durante mi infancia y me ayudó a perseguir mi sueño—. Estoy en casa. —Hago una pausa y añado—: No voy a irme a Boston.

Mi madre llora en silencio. Lo hace todo en silencio. Sin embargo, conozco la cadencia de sus leves espiraciones entrecortadas tanto como el olor de su perfume.

Le doy la dirección de mi apartamento; le digo que me mudo hoy y que se lo contaré todo si viene a verme. No necesito mis cosas, no necesito su dinero. Solo necesito a mi mamá.

Decir que me parezco a mi madre es quedarme corta. Siempre que estamos juntas, tengo la sensación de que la gente cree que soy una versión más joven de ella misma, como un Marty McFly de *Regreso al futuro* que ha viajado desde los años ochenta hasta la actualidad. Tenemos la misma complexión, idénticos ojos castaños, la piel aceitunada y el pelo oscuro y liso. Sin embargo, cuando se baja de su enorme Lexus y la veo por primera vez en más de un mes, me parece estar mirando mi propio reflejo en uno de esos espejos mágicos de los parques de atracciones. Está igual que siempre, es decir, bastante mustia. Su resignación, su conformismo vital, podrían haber sido los míos. Papá nunca ha querido que trabajara fuera de casa, ni se ha interesado mucho por sus aficiones: la jardinería, la cerámica, la alimentación ecológica... Ella quiere a mi padre, pero se ha resignado a tener una relación que no le aporta nada.

Parece diminuta entre mis brazos. Cuando me aparto, esperando ver en su rostro una expresión preocupada o vacilante («no debería estar fraternizando con el enemigo, ¡David se pondrá furioso!»), solo veo una enorme sonrisa.

—Estás guapísima —dice, poniéndome los brazos a ambos lados del cuerpo



para mirarme bien.

Eso... vale, eso me sorprende un poco. Me he duchado bajo el triste chorrillo de la ducha de un motel, no llevo maquillaje y sería capaz de acostarme con cualquiera con tal de poder usar una lavadora. La imagen mental que tengo de mí misma se sitúa a medio camino entre una persona sin techo y una zombi.

—Gracias.

—¡Menos mal que no te vas a Boston!

Dicho esto, se vuelve y abre la parte trasera del monovolumen, de donde saca una caja gigantesca con sorprendente facilidad.

—Te he traído tus libros, el resto de tu ropa y tu ordenador. Cuando se calme tu padre, podrás venir a buscar lo que me haya dejado. —Se queda mirando durante unos instantes mi expresión de sorpresa y señala el coche con un gesto de la cabeza—. Coge una caja y enséñame tu casa.

Con cada peldaño que subimos hacia mi pequeño apartamento sobre el garaje, me asalta una revelación cada vez más intensa:

Mi madre necesita un objetivo, igual que lo necesitamos todos.

Ese objetivo solía ser yo.

Ansel temía tanto afrontar su pasado como yo afrontar mi futuro.

Abro la puerta del piso. Casi se me cae al suelo la gigantesca caja, pero me las arreglo para llegar hasta la mesa del salón-comedor. Mamá deja la caja con mi ropa en el sofá y mira a su alrededor.

—Es pequeño, pero muy mono, Piruleta.

Creo que no me llamaba así desde que tenía quince años.

—La verdad es que me encanta.

—Si quieres colgar algo en las paredes, puedo traerte unas fotografías del estudio de danza.

La sangre zumba en mis venas. Por eso he vuelto a casa. Mi familia. Mis amigas. Una vida que quiero construirme aquí.

—Vale.

Sin más preámbulos, se sienta y me mira a los ojos.

—¿Y bien?

—¿Sí?

Su atención se centra en mi mano izquierda, que cuelga inmóvil junto a mi cuerpo, y solo ahora me doy cuenta de que sigo llevando mi alianza. Ni siquiera

parece sorprendida.

—¿Qué tal en París?

Respiro hondo, me siento a su lado en el sofá y se lo cuento todo atropelladamente. Le hablo de la suite en Las Vegas, le cuento que sentí que, en cierto modo, era mi última oportunidad de divertirme hasta llegar a algún punto indeterminado en el que espabilaría y comprendería por arte de magia que quería ser como mi padre. Le cuento cómo conocí al alegre Ansel y que esa noche sentí que me confesaba ante él. Que me descargaba. Que me aliviaba.

Le cuento lo de la boda y paso por alto toda la parte del sexo.

Le cuento que escapé de mi vida para irme a París, le hablo de la perfección de la ciudad, de cómo me sentí al principio, al despertarme y comprender que me había casado con un absoluto desconocido. Pero también que esa sensación fue desapareciendo para dar paso a una relación a la que no estoy segura de querer renunciar.

De nuevo, paso por alto todos los detalles de la parte del sexo.

Resulta difícil explicar la historia de Perry, porque, en cuanto empiece a hacerlo, ella intuirá que es el motivo por el que me fui. Por eso, nada más llegar a la parte de la fiesta y al momento en que me acorraló La Bestia, casi me siento como una idiota por no haberlo visto venir de lejos.

Pero mamá tampoco lo ve. Toma aire con fuerza, y esa leve reacción desata en mí un mar de lágrimas, porque me he estado preguntando durante todo este tiempo qué clase de idiota soy. ¿Soy una idiota pequeña que debería haberse quedado a hablar largo y tendido con el hombre más guapo del mundo?, ¿o soy una idiota enorme por marcharme a causa de algo que cualquier otra persona consideraría minúsculo?

El problema de estar en el ojo del huracán es que no tienes ni idea de cuál es su tamaño real.

—¡Cariño! —dice mamá.

No añades nada más, y no importa. Esa sencilla palabra contiene un millón de palabras más que comunican comprensión y un sentimiento de protección típico de una feroz mamá osa. Pero también: preocupación por Ansel, puesto que le he descrito fielmente, creo. Es bueno y es cariñoso. Y le gusto...

—Cariño —repites en voz baja.

Me asalta otra revelación: no soy callada porque tartamudee. Soy callada

porque soy como mi madre.

—Y eso no es todo. —Me llevo las rodillas al pecho—. Aún hay más. Y por eso estoy aquí y no en Boston.

Le hablo de mis paseos por la ciudad con Ansel y de nuestras conversaciones acerca de mis estudios, de mi vida y de lo que quiero hacer. Le digo que ha sido él quien me ha convencido, aunque no lo sepa, de volver a casa, regresar a mi antiguo estudio de danza por las noches para dar clases y asistir a la universidad durante el día a fin de prepararme al máximo para dirigir algún día mi propio negocio. Para enseñar a niñas a moverse y bailar como su cuerpo desee. Le aseguro que la profesora Chatterjee ha accedido a admitirme en el programa de gestión empresarial de mi antigua universidad.

Mamá se apoya en el respaldo y me observa unos instantes.

—¿Cuándo te has hecho mayor, Piruleta?

—Cuando le conocí a él.

Ay. Puñalada en las tripas. Y mamá también se da cuenta. Apoya su mano en la mía, sobre mi rodilla.

—Parece... buena persona.

—Es buena persona —susurro—. Aparte de haber mantenido en secreto lo de La Bestia, es alucinante. —Hago una pausa y añado—: ¿Papá me dará la espalda toda la vida?

—Tu padre es difícil, ya lo sé, pero también es inteligente. Quería que asistieras a la escuela de negocios para que tuvieras opciones, no para que fueras exactamente como él. La cuestión es, preciosa, que no tenías que hacer con el título lo que él quisiera. Él lo sabe muy bien, por más que te presione para que sigas sus pasos. —Mi madre se levanta y se dirige a la puerta. Mientras trato de asimilar que, en realidad, no conozco demasiado a mi padre, se para un momento—. Ayúdame a traer las dos últimas cajas y luego me iré a casa. Ven a cenar la semana que viene. Ahora mismo tienes otros asuntos que solucionar.

Les había prometido a Lola y a Harlow que podrían venir a verme en cuanto me mudase, pero después de sacarlo todo de las cajas estoy agotada y solo me apetece dormir.

En la cama, sujeto el móvil con tanta fuerza en la mano que noto la palma

resbaladiza mientras me esfuerzo por no releer cada uno de los numerosos mensajes de Ansel por enésima vez. El que ha llegado desde que he deshecho las cajas dice: SI FUESE HASTA AHÍ, ¿QUERRÍAS VERME?

Me echo a reír, porque, a pesar de todo, no puedo decidir dejar de quererle sin más; jamás me negaría a verle. Ni siquiera soy capaz de quitarme la alianza.

Miro el móvil, abro la ventana de texto y respondo por primera vez desde que le dejé dormido en el apartamento: ESTOY EN SAN DIEGO, SANA Y SALVA. CLARO QUE QUERRÍA VERTE, PERO NO VENGAS HASTA QUE TE LO PERMITA EL CASO. HAS TRABAJADO DEMASIADO. Releo lo que he escrito y añado—: No pienso irme a ninguna parte.

«Salvo de vuelta a Estados Unidos mientras estás dormido», pienso.

Responde inmediatamente. ¡POR FIN! MIA, ¿POR QUÉ TE MARCHASTE SIN DESPERTARME? HE ESTADO VOLVIÉNDOME LOCO.

Y luego otro: NO PUEDO DORMIR. TE ECHO DE MENOS.

Cierro los ojos. Hasta ahora no me había percatado de cuánto necesitaba oír eso. La sensación me encoge el pecho como si una cuerda se enroscara alrededor de mis pulmones y los aplastara uno contra otro. Mi mente prudente me aconseja que me limite a contestar «gracias», pero me apresuro a teclear YO TAMBIÉN. Arrojo el móvil a un lado, sobre la cama, antes de poder decir nada más.

Le echo tanto de menos que me siento como si estuviera atrapada en un corsé, incapaz de introducir suficiente aire en mis pulmones.

A la mañana siguiente vuelvo a coger el móvil y veo que hay tres mensajes nuevos: TE QUIERO. Y luego: DIME QUE NO LO HE ESTROPEADO.

Y luego: POR FAVOR, MIA, DI ALGO.

Es entonces cuando me derrumbo por segunda vez, porque el registro de hora me indica que lo escribió en su oficina, en el trabajo. Le imagino mirando fijamente el móvil, incapaz de concentrarse ni de hacer nada hasta que yo respondiese. Pero no respondí. Me hice un ovillo y me dormí. Necesitaba apagarme como si me hubieran desenchufado.

Vuelvo a coger el móvil. Aunque son las siete de la mañana, Lola contesta al primer timbrado.

Tan solo una hora después, abro la puerta de golpe y me precipito contra una masa de brazos y pelo alborotado.

—Deja de acapararla —dice una voz por encima del hombro de Harlow, y me

envuelve otro par de brazos.

Nadie adivinaría que no han pasado ni dos meses al ver que empiezo a sollozar sobre el hombro de Lola, agarrándolas a las dos como si fueran a alejarse flotando.

—Os he echado mucho de menos. No dejaré que os marchéis. El piso será pequeño, pero podemos vivir aquí las tres. He estado en Europa, puedo arreglármelas con esto ahora.

Entre risas y lágrimas, entramos a trompicones en mi diminuta sala de estar y cierro la puerta.

Me vuelvo y encuentro a Harlow observándome, intentando calibrarme.

—¿Qué? —pregunto, mirando mi camiseta y mis mallas de yoga. Soy consciente de que no voy vestida para pisar la alfombra roja, pero su inspección me parece un poco innecesaria—. No te pases, experta en moda. ¡He estado deshaciendo cajas y durmiendo!

—Estás distinta —dice.

—¿Distinta?

—Sí. Más sexy. La vida de casada te ha sentado bien.

Pongo los ojos en blanco.

—Supongo que te refieres a mi pequeño flotador. Tengo una relación nueva e insana con el *pain au chocolat*.

—¡No! —exclama, y se acerca a examinar mi cara—. Estás... ¿más blandita? Pero en el buen sentido. Femenina. Y me gusta el pelo un poco más largo.

—Y el bronceado —añade Lola, dejándose caer en el sofá—. Tienes muy buen aspecto. Tu delantera también ha mejorado.

Me echo a reír y me siento a su lado.

—Esto es lo que se consigue viviendo en Francia sin trabajo y con una pastelería a la vuelta de la esquina.

Nos quedamos calladas y, tras un silencio que se me hace eterno, me doy cuenta de que soy yo la que tiene que contarles cómo y por qué he vuelto a casa.

—Me siento como un monstruo por haberme ido como me fui.

—¡No será verdad! —protesta Lola, fulminándome con la mirada.

—Cuando lo explique, igual estás de acuerdo.

Harlow ya ha levantado la mano en el aire.

—No hace falta. Sabemos lo que pasó, aunque no gracias a ti.

Han oído toda la historia, claro. Para ser exactos, Harlow la oyó de Finn, quien la oyó de Oliver, quien tuvo la suerte de telefonar a Ansel solo una hora después de que se despertase y descubriese que su esposa se había ido con todas sus pertenencias. Para ser tíos, resultan tremendamente chismosos.

Nos ponemos al día con el estilo breve y taquigráfico que hemos desarrollado a lo largo de casi veinte años, y es mucho más fácil soltarlo todo por segunda vez desde mi regreso. Cuando llego a la parte en que Ansel y yo nos dirigimos a la fiesta, Harlow me asegura:

—La cagó bien cagada, y todo el mundo lo sabe. Al parecer, Finn y Oliver llevaban semanas aconsejándole que te informara de la situación. Esa Perry le telefona a todas horas, le envía montones de mensajes y no para de llamar a Finn y a Oliver con el mismo rollo. A nadie le sorprendió que cortaran salvo a ella, y hasta eso parece discutible. Supongo que a Ansel le daría miedo que te asustaras. Tiene que estar contando cuántos días faltan para poder venir. Por lo que nos han explicado, se ve que está completamente enamorado de ti.

—Todos estamos de acuerdo en que debería habértelo dicho —añade Lola—. Según parece, te viste en una situación horrible.

—Desde luego. La primera vez que me lleva a una fiesta, aparece de repente una chica muy simpática y se pone a hablar conmigo. De repente, le cambia la cara y se transforma en un demonio vengativo. —Apoyo la cabeza en el hombro de Lola—. Yo ya sabía que había tenido una novia durante bastante tiempo, así que no sé por qué le parecía tan grave decirme que esa novia era Perry y que habían vivido juntos, e incluso que estaban prometidos. Puede que hubiera quedado un poco raro, pero acabó siendo más raro todavía porque se convirtió en un gran secreto. Además, ¿cómo es posible pasar seis años con una persona a la que no quieres? Es de locos.

Lola se calla y luego dice:

—Mmm. Lo sé.

No soporto la leve sensación de deslealtad que experimento al criticarle así. El carácter de Ansel fue moldeado por la experiencia de crecer en medio de la relación extraña, posesiva y llena de infidelidades que mantenían sus padres. Estoy segura de que la lealtad y la fidelidad significan más para él que el amor romántico, o que al menos así era hasta hace poco. Me pregunto si pasó tanto tiempo con Perry por la necesidad de demostrar que no era tan inconstante como

su padre. Estoy segura de que sigue casado conmigo por el mismo motivo, al menos en parte, aunque yo fuese la primera en insistir. Tengo que decidir si puedo aceptar que la supervivencia de nuestro matrimonio se deba tanto a su intención de demostrarse algo a sí mismo como al amor que siente hacia mí.

—¿Cómo está? —pregunta Harlow.

Me encojo de hombros y me distraigo jugando con las puntas del pelo de Lola.

—Bien —digo—. Trabajando.

—No te estoy preguntando eso.

—Bueno, por todo el jaleo que os traéis con el teléfono, me imagino que sabréis más que yo. —Para distraer la atención, pregunto—: ¿Cómo está Finn?

Harlow se encoge de hombros.

—No lo sé. Bien, supongo.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No acabas de verle?

Se echa a reír y dibuja unas comillas en el aire mientras repite la palabra «verle» en un susurro.

—Te aseguro que no fui hasta Canadá por la conversación de Finn ni por su personalidad chispeante.

—Así que fuiste por el sexo.

—Exacto.

—¿Y estuvo lo bastante bien como para volver?

—No lo sé. Si he de ser sincera, tampoco es que me guste tanto. Desde luego, está mucho más guapo cuando no habla.

—Eres una auténtica trol.

—Me encanta que finjas sorpresa. ¿Finn y yo? ¡Venga ya!

—Vale, Mia, basta de eludir la cuestión —dice Lola en voz baja—. ¿Qué va a pasar ahora?

Exhalo un suspiro y le digo con franqueza:

—No lo sé. En fin, se supone que lo que debo hacer es esto, ¿no? Estudiar, averiguar qué quiero hacer con mi vida. Lo irresponsable fue irme a Francia. Lo maduro ha sido volver a casa. Entonces ¿por qué tengo la sensación de que todo está al revés?

—Mmm... No sé —contesta Harlow—. ¿Porque parece que estabais haciendo planes nuevos los dos juntos?

Asiento con la cabeza. Es verdad.

—Me sentía tan segura con él... Como si mi cerebro no siempre supiera lo que tenía que hacer pero mi cuerpo sí. No sabía cuál era su color favorito ni qué quería ser de mayor a los diez años, pero nada de eso importaba. Y las tonterías que sabía de Luke, la lista gigantesca de detalles que conocía de él, toda esa información que yo creía que nos hacía compatibles... Todo eso resulta muy ridículo cuando lo comparo con lo que siento por Ansel.

—Si pudieras borrar lo que pasó en la fiesta —dice Harlow—, ¿seguirías allí con él?

Ni siquiera tengo que pensármelo.

—Por supuesto.

—Oye, vi cómo perdías lo más importante de tu vida, y ni yo ni nadie pudimos hacer nada para mejorar la situación. No pudimos retroceder en el tiempo. No pudimos curar tu pierna para que volvieras a bailar. —Su voz suena insólitamente temblorosa—. Pero puedo decirte que no seas idiota. El amor es muy difícil de encontrar, Mia. No lo desperdicies por unas estúpidas líneas en un mapa.

—Por favor, deja de hablar con sentido común. Mi vida ya es bastante confusa ahora mismo sin que tú lo empeores.

—Si te conozco un poco, estoy convencida de que ya habías llegado a la misma conclusión. Solo necesitabas que alguien te lo dijera. En fin, no le estoy quitando importancia a lo que hizo, fue una gilipollez. Solo estoy haciendo de abogado del diablo.

Cierro los ojos y me encojo de hombros.

—Así que estamos hablando de esa palabra que empieza con «A» mayúscula, ¿no?

—«¿Afeminado?» —sugiero.

Harlow me mira mal. Cuando se pone en plan serio y sensible, más vale no tomarle el pelo.

—Lo que quiero decir —prosigue, ignorándome— es que la cosa no iba solo de tirarte a ese francés tan buenorro y cachondo.

—Ni desde la primera noche. Creo que fue eso lo que os alucinó.

—Es que es enorme —dice. Al instante, la choca conmigo mientras las tres chillamos—: ¡Eso fue lo que ella dijo!

Pero entonces se pone seria.



—Cuando Luke se marchó —dice—, supe que te recuperarías, ¿sabes? Le dije a Lola: «Lo está pasando mal, pero dentro de unas semanas estará mucho mejor». Esto es... distinto.

—Es tan distinto que casi da risa.

—Entonces ¿de qué vas? —pregunta. Antes de que logre adivinar a qué se refiere, añade—: Me pediste que hablara con mi padre de la anulación, pero ¿es de verdad lo que quieres? ¿Ansel y tú os habláis? Y no vuelvas a encogerte de hombros si no quieres que salte de este sofá y te dé un puñetazo.

Hago una mueca y me encojo de hombros.

—Nos mandamos mensajes.

—¿Es que aún vais al instituto? —pregunta Harlow, apartando mi mano de un manotazo—. ¿Por qué no le llamas?

Entre risas, les digo:

—Aún no estoy preparada para oír su voz. Acabo de empezar a instalarme. Si le oyese decir mi nombre, creo que me subiría al primer avión que despegase hacia París. —Me incorporo, me vuelvo para poder mirarlas a las dos y añado—: Además, Ansel está escalando posiciones y yo he estado hasta ahora como un hámster en su ruedecita. Tengo que ponerme las pilas para que, cuando llegue a la cima, no sienta que tiene que cuidar de mí. —Dejo de hablar y alzo la vista; me están mirando con una expresión absolutamente neutra—. Yo necesitaba madurar, y que Ansel se comportara como un idiota me empujó fuera del nido, por así decirlo. Fue él quien me dio ganas de volver a estudiar aquí. Ojalá no me hubiera marchado tan enfadada.

—No seas demasiado dura contigo misma —dice Lola—. Me alegro mucho de que estés aquí.

—¡Y yo! —exclama Harlow—. Estaba perdiendo muchas horas de sueño con tantas llamadas en plena noche.

Le lanzo un cojín.

—Ja, ja.

—¿Y qué pasa con el trabajo? Ya sabes que mi padre te contrataría para que te pasaras el día sentada en una de sus oficinas. ¿Quieres volver locos a unos cuantos ejecutivos de mediana edad?

—La verdad es que tengo trabajo.

—¡Eso es fantástico! —exclama Lola, cogiéndome la mano.

Harlow, siempre la más escéptica, continúa mirándome.

—¿Dónde?

—En mi antiguo estudio.

Y no hace falta que diga nada más, porque al cabo de un instante Lola y Harlow prácticamente se sientan sobre mis rodillas.

—Estoy muy orgullosa de ti —susurra Lola, rodeándome con fuerza los hombros.

—Echábamos de menos verte bailar. Joder, creo que me voy a echar a llorar —añade Harlow.

Me echo a reír e intento apartarlas de mala gana.

—No será lo mismo, chicas. Voy a...

—Para nosotras sí lo será —dice Lola, apartándose lo justo para mirarme a los ojos.

—Vale, vale —dice Harlow, y se pone de pie para observarnos a las dos—. Basta de ñoñerías. Vámonos a comer algo y luego nos marchamos de compras.

—Id vosotras. Yo he de acercarme al estudio dentro de un rato para hablar con Tina. Tengo que ducharme.

Lola y Harlow cambian una mirada.

—Muy bien, pero cuando termines nos vamos por ahí. Yo invito a las copas. Una pequeña fiesta de bienvenida para nuestra querida Mia.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Harlow estira uno de sus largos brazos hacia el aparato y me aparta con el otro.

—Otra cosa, Mia.

—¿Sí? —digo, intentando rodearla.

—Coge el puñetero teléfono cuando él te llame o llámale tú. Tienes cuarenta y tres notas de voz, por no hablar de los mensajes. No hace falta que sea hoy ni mañana, pero deja de portarte como una cobarde. Puedes ponerte a estudiar y a trabajar y fingir que no estás casada, pero no podrás hacernos creer que no estás totalmente colada por ese tío.

Esa tarde, el trayecto en coche hasta el estudio se me hace muy raro. Esperaba sentir nervios y nostalgia, pero en cuanto salgo a la carretera caigo en la cuenta de que, si bien he hecho este viaje centenares de veces, mamá me acompañó en

cada recorrido. En realidad, nunca he conducido yo.

Al tomar el control de un rumbo por el que me he movido de forma tan pasiva durante tanto tiempo, algo se relaja en mi interior. El modesto centro comercial aparece justo después del transitado cruce de Linda Vista y Morena, y, después de aparcar, tardo unos minutos en asimilar cuánto ha cambiado. Hay una nueva tienda de yogur helado y un Subway. El gran local que ocupaba un restaurante chino es ahora un gimnasio de kárate. Sin embargo, en el centro mismo de la hilera de establecimientos, con un cartel nuevo y una nueva fachada de ladrillo liso, se encuentra el estudio de Tina. Lucho por contener el nudo que se me forma en la garganta, los nervios que invaden mi estómago. Me siento muy feliz al ver este lugar, por más que haya cambiado, aunque también un poco triste, porque sé que nunca volverá a ser lo que era para mí.

Estoy aturdida por las emociones, el alivio, la tristeza y muchas cosas más, pero en este momento no necesito a mamá, a Harlow ni a Lola. Necesito a Ansel.

Saco el móvil del bolso. El aire caliente me oprime como si fuera una pared, pero ignoro esa sensación mientras tecleo la clave de acceso con manos temblorosas y encuentro la foto de Ansel en mi lista de favoritos.

Respiro con tanta fuerza que me preocupa sufrir un ataque de asma. Tecleo las palabras que sé que está esperando, las palabras que debería haber tecleado el día que me fui: ME GUSTAS. Y pulso «Enviar». SIENTO HABERME MARCHADO COMO ME MARCHÉ, añado de un tirón. QUIERO QUE ESTEMOS JUNTOS. YA SÉ QUE ES TARDE, PERO ¿PUEDO LLAMARTE? VOY A LLAMARTE.

El corazón me late tan fuerte que la sangre me palpita en los oídos. Me tiemblan las manos. Me apoyo contra el coche unos momentos para recuperar la compostura. Tras recobrar cierta serenidad, vuelvo a abrir mis contactos y pulso su nombre. La conexión tarda solo un segundo y oigo el sonido de llamada.

El teléfono suena y suena hasta que acaba saltando el buzón de voz. Cuelgo sin dejar mensaje. Sé que en París es plena noche, pero tiene el teléfono encendido y, si quisiera hablar conmigo, lo cogería. Aparto a un lado el hilillo de inquietud y cierro los ojos, tratando de consolarme con la idea de que el simple hecho de reconocer ante mí misma y ante él que no quiero que esto se acabe ya resulta agradable.

Abro la puerta del estudio y veo a Tina allí, de pie. Su expresión, esa mandíbula tensa y esas lágrimas acumuladas sobre los párpados inferiores, me

indica que me ha estado observando desde que me he bajado del coche.

Parece más mayor, claro está, pero tan serena y delicada como siempre, con el pelo canoso recogido en un tenso moño y el rostro sin maquillar, a excepción de ese bálsamo labial rojo cereza que tanto le gusta. No ha cambiado de uniforme: ajustada camiseta de tirantes negra, pantalones de yoga negros, zapatillas de ballet. La mera presencia de esta mujer me trae un millón de recuerdos. Tina me estrecha entre sus brazos y tiembla contra mí.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Pronto lo estaré.

Se aparta y me mira de arriba abajo con los ojos azules muy abiertos.

—Bueno, cuéntame.

Hacía cuatro años que no veía a Tina, así que doy por sentado que quiere decir «cuéntamelo todo». Al principio, cuando me dieron de alta en el hospital, venía a casa a visitarme al menos una vez por semana. Sin embargo, empecé a poner excusas para salir de casa o para encerrarme en mi habitación. Al final, dejó de venir.

Aun así, sé que no hace falta que me disculpe. A cambio, le ofrezco la versión abreviada de los últimos cuatro años y termino con Las Vegas, Ansel y mi nuevo plan. Juro que la historia me resulta cada vez más fácil de contar.

Deseo con todas mis fuerzas conseguir este empleo. Necesito que sepa que estoy bien de verdad, por lo que me aseguro de hablar con seguridad y calma. Me siento orgullosa de mí misma al comprobar que mi voz no se quiebra ni una sola vez.

Cuando acabo, sonrío y admito:

—Me parece un sueño que trabajes conmigo.

—Lo mismo digo.

—Antes de lanzarnos de cabeza, hagamos una pequeña observación. Quiero asegurarme de que recuerdas nuestra filosofía y de que tus pies recuerdan lo que deben hacer.

Ha mencionado por teléfono una entrevista informal, pero no una auténtica sesión de instrucción. El corazón se me acelera al instante; mis latidos son rápidas llamaradas que se estrellan contra mi esternón.

«Puedes hacerlo, Mia. Esto era toda tu vida.»

Cruzamos el pequeño vestíbulo, dejamos atrás el estudio más grande,

reservado a la clase para adolescentes, y llegamos al estudio pequeño del fondo, que se utiliza para las lecciones privadas y la clase de principiantes. Sonríó para mis adentros, preparada para ver una fila de niñas aguardándome con sus mallas negras, sus medias rosas y sus minúsculas zapatillas.

Cuando se abre la puerta, todas las cabezas se vuelven hacia nosotras. El aire abandona mi cuerpo en una brusca exhalación.

Hay seis niñas alineadas en el aula, tres a cada lado del hombre alto que ocupa el centro, cuyos ojos verdes, llenos de esperanza y malicia, se encuentran con los míos.

Ansel.

¿Ansel?

Pero ¿qué...?

Si está aquí, es que ya estaba en el edificio hace media hora, cuando le he telefoneado. ¿Habrás visto la llamada? ¿Habrás visto mis mensajes?

Lleva una ajustada camiseta negra que se le pega a los músculos del pecho y unos pantalones de vestir gris marengo. Va descalzo y cuadra los hombros igual que las niñas, muchas de las cuales le miran de soslayo y a duras penas contienen las risitas.

Lola y Harlow le han enviado aquí, estoy segura.

Abro la boca para hablar, pero Tina me interrumpe al instante. Con una sonrisa de complicidad y la barbilla alzada, pasa junto a mí mientras anuncia a la clase:

—Niñas, esta es mademoiselle Holland y...

—En realidad, soy madame Guillaume —la corrijo en voz baja.

Oigo que Ansel emite un sonido involuntario de sorpresa y me vuelvo bruscamente hacia él.

La sonrisa de Tina es radiante.

—Perdón. Madame Guillaume es nueva aquí y os enseñará los estiramientos y la primera rutina. Niñas, ¿queréis dar la bienvenida a nuestra nueva profesora?

Seis niñas y una voz profunda corean:

—Hola, madame Guillaume.

Me muerdo el labio, conteniendo una carcajada. Vuelvo a mirarle a los ojos y sé al instante que ha recibido mis mensajes y que está conteniendo su propia emoción por estar aquí y oír que me refiero a mí misma como su mujer. Parece cansado pero aliviado, y mantenemos toda una conversación con esa simple

mirada. He de controlarme con todas mis fuerzas para no ir hasta él y dejarme envolver por esos brazos largos y fuertes.

En ese preciso momento Tina carraspea con intención, como si me hubiera adivinado los pensamientos. Parpadeo y enderezo la espalda mientras contesto:

—Hola, niñas. Y monsieur Guillaume.

Se oyen unas risitas, sofocadas al instante por una mirada de Tina.

—Además, como ya habréis visto, hoy tenemos un invitado. Monsieur Guillaume está decidiendo si le gustaría matricularse en la academia. Haced lo posible por portaros bien y mostrarle cómo nos comportamos sobre el escenario.

Para mi absoluta diversión, Ansel parece dispuesto a convertirse en una pequeña bailarina. Tina retrocede y se sitúa contra la pared. La conozco lo suficiente para saber que esto no es ninguna prueba; solo es una sorpresa para mí. Podría tomármelo a risa. Podría decirles que empiecen con los estiramientos mientras hablo con Ansel. Sin embargo, parece listo para la acción. Además, quiero demostrarle a Tina que soy capaz de hacerlo incluso con la distracción más grande y atractiva del mundo justo delante de mí.

—Empecemos con unos estiramientos. —Pongo una música suave y les indico a las niñas que hagan lo mismo que hago yo: sentarme en el suelo con las piernas estiradas hacia delante. Me inclino y alargo los brazos hasta que mis manos llegan a los dedos de los pies. Entonces les digo—: Si duele, doblad un poco las piernas. ¿Quién puede contar hasta quince por mí?

A todo el mundo le da vergüenza. Es decir, a todo el mundo menos a Ansel, que se pone a contar en francés:

—*Un... deux... trois...*

Las niñas le miran y se remueven en el suelo.

Seguimos con los estiramientos: el estiramiento en la barra de ballet más baja, las aperturas de piernas, que las niñas ejecutan entre chillidos y temblores... Practicamos unas cuantas piruetas. Nunca dejaré de reírme en mi cabeza ante la imagen de Ansel haciendo una pirueta. Les enseño a estirar los aductores sentada con las piernas abiertas (es posible que lo haga pensando solamente en Ansel, aunque nunca lo admitiré). Las niñas lo intentan y se ríen un poco más. Algunas se animan a mostrarle a Ansel cómo poner los brazos. Varias ejecutan unos cuantos saltos y vueltas.

Cuando la clase toma un giro ruidoso y caótico, Tina interviene dando unas

palmas y me abraza.

—Ya sigo yo. Creo que tienes que ocuparte de otra cosa. Nos vemos el lunes a las cinco de la tarde.

—Te quiero mucho —digo, estrechándola entre mis brazos.

—Yo también te quiero, cariño —dice—. Ahora ve a decírselo a él.

Ansel y yo salimos de la sala y echamos a andar por el pasillo sin decir nada. Mi corazón palpita tan fuerte que mi visión se vuelve borrosa a cada latido. Noto su calor detrás de mí, y ambos guardamos silencio. Aún no nos hemos recuperado del impacto. Fuera del estudio y pasada la sorpresa inicial, me siento tan abrumada que al principio no sé ni por dónde empezar.

Abrimos la puerta de la calle y nos envuelve una brisa caliente. Ansel me mira con cautela, esperando a que diga algo.

—*Cerise* —empieza, e inhala entrecortadamente.

Cuando vuelve a mirarme a los ojos, percibo el peso de cada instante de silencio. Aprieta la mandíbula mientras nos miramos fijamente. Traga saliva y se le marca el hoyuelo en la mejilla.

—Hola —digo con voz tensa y jadeante.

Se baja del bordillo, pero sigue siendo mucho más alto que yo.

—Me has llamado justo antes de llegar.

—Te llamaba desde el aparcamiento. Estar aquí suponía mucho... No has cogido la llamada.

—No se permiten móviles en el estudio —contesta con una sonrisa encantadora—, pero he visto la luz de llamada en la pantalla.

—¿Has venido directamente desde el trabajo? —pregunto, y levanto la barbilla para indicar los pantalones de vestir.

Asiente con la cabeza. Lleva al menos un día sin afeitarse. Se me doblan las rodillas al imaginarle saliendo del trabajo y yendo directamente hacia el aeropuerto, viniendo hacia mí, tomándose apenas el tiempo suficiente para meter unas cuantas cosas en una maleta pequeña.

—No te enfades, por favor. Lola me ha llamado para decirme que estabas aquí. Iba a cenar con vosotras. Además, Harlow me ha amenazado con romperme las dos piernas y cualquier otro apéndice saliente si no te trataba como te merecías.

—No estoy enfadada. —Sacudo la cabeza, tratando de despejarme—. Es que... no puedo creerme que estés aquí.

—¿Pensabas que me quedaría allí esperando a arreglarlo en algún punto impreciso del futuro? No podía estar tan lejos de ti.

—Pues... me alegro.

Me doy cuenta de que quiere preguntar: «¿Por qué te marchaste así? ¿Por qué no te despediste al menos?». Pero no lo hace. Y le doy muchos puntos por ello. Porque, aunque tanto mi entrada como mi salida de Francia fueron impulsivas, él fue la causa las dos veces: entré feliz; salí desconsolada. Tengo la impresión de que lo sabe. Me mira de arriba abajo, y sus ojos se detienen en mis piernas, visibles bajo las medias de color carne y la falda corta de danza.

—Estás preciosa —dice—. De hecho, estás tan preciosa que casi no sé qué decir.

Me siento tan aliviada que me abalanzo hacia él. Me abraza y apoya el rostro en mi cuello. Sus brazos parecen lo bastante largos para rodear mi cintura varias veces. Noto su aliento en mi piel, noto cómo tiembla contra mí.

—Qué bueno —murmuro.

Se limita a asentir con la cabeza, y nuestro abrazo parece eterno.

Sus labios se posan en mi cuello, en mi mandíbula, que succiona y mordisquea. Su aliento cálido huele a menta. Empieza a susurrar en francés. Pronuncia palabras que no sabría traducir, aunque no me hace falta. Oigo «amor», «vida», «mía» y «lo siento». De repente, sus dedos temblorosos me sujetan la cara y su boca se apoya en la mía. Es un beso casto, sin lengua, sin ahondar. Sin embargo, me estremezco contra su cuerpo y sé que él lo interpreta como una promesa, porque se aparta con aire victorioso.

—Vámonos —dice, y su hoyuelo se hace más profundo—. Quiero darles las gracias a tus amigas.

Le deseo con todas mis fuerzas, ansío que estemos a solas, pero, por algún motivo, me encanta sencillamente tenerle aquí, con mis amigas. Le cojo del brazo y le llevo hasta mi coche.

Ansel se pone la camisa mientras habla del vuelo y de la extraña sensación de marcharse al salir del trabajo, llegar aquí al amanecer y tener que esperar todo el



día para verme... Todo un lujo de detalles que le sirve para eludir cuidadosamente la pregunta del millón: «¿Y ahora qué?». Mientras conduzco, le lanzo una ojeada de vez en cuando. A la luz menguante del atardecer, no se puede negar que está guapísimo y muy elegante con su camisa de color lila y sus finos pantalones gris marengo. Aunque mi aspecto deja muy claro que acabo de salir de una clase de danza, no voy a molestarme en cambiarme. Si fuésemos a mi casa, seguro que nos quedaríamos, y necesito ver a mis niñas, darles las gracias y, lo que es más importante, dejar que se las dé él.

Me calzo unos zapatos bajos y más prácticos, y le llevo directamente al bar Dynamite, donde nos esperan Harlow y Lola. Tiro de él mientras me abro paso entre la multitud, sonriendo de oreja a oreja porque está conmigo mi mejor amigo, mi marido, mi Ansel. Están sentadas en un banco curvado, tomando unas copas, y Lola me ve antes que Harlow. Que me parta un rayo si sus ojos no se llenan de lágrimas al instante.

—¡No! —exclamo, riéndome. Aunque va de dura, mi querida Lola es una tremenda llorona—. ¡Prohibido echarse a llorar!

Ella se ríe, sacudiendo la cabeza y enjugándose las lágrimas. Lo que viene a continuación es una extraña confusión de saludos, de mi gente favorita y mi marido abrazándose como si fuesen los mejores amigos, aunque no se hayan visto más que un rato.

Sin embargo, no deja de ser cierto. Como quiero a Ansel, ellas también le quieren. Como quiero a Harlow y Lola, él también las quiere. Ansel saca dos chocolatinas del bolsillo interior de su americana, que lleva apoyada en el brazo, y les da una a cada una.

—Por ayudarme. Las he comprado en el aeropuerto, así que nos emocionéis demasiado.

Ambas las aceptan. Harlow mira la suya y luego alza la vista hasta él.

—Si ella no se acuesta contigo esta noche, lo haré yo.

El rubor que se extiende por sus mejillas, el hoyuelo, una risa suave y sus dientes presionando el labio... Estoy perdida. Que me maten ahora mismo.

—No te preocupes, no habrá problema —contesto a mi amiga.

Tiro la americana sobre el asiento y me lo llevo a rastras a la pista de baile. Abre mucho los ojos y exhibe una gran sonrisa. La verdad, me da igual qué canción pongan, porque no pienso dejar que se separe de mí en toda la noche.

Me situé entre sus brazos y me aprieto contra él.

—¿Bailamos otra vez?

—Va a haber mucho más baile —contesto—. No sé si te habrás dado cuenta, pero he seguido tu consejo.

—Estoy muy orgulloso de ti —susurra. Apoya su frente contra la mía, se aparta y me mira a los ojos—. Acabas de insinuar que te vas a acostar conmigo esta noche.

Su sonrisa se ensancha aún más mientras me pasa la mano por la cintura.

—Juega bien tus cartas.

—Me he dejado las cartas —replica, y su sonrisa se desvanece teatralmente—. Pero he traído el pene.

—Esta vez intentaré no romperlo.

—De hecho, creo que deberías intentarlo con todas tus fuerzas.

Los acordes graves de la música, que sacuden la pista, nos han forzado a gritar. Sin embargo, ahora el clima entre nosotros se enrarece, se enfría, y el momento se vuelve un poco denso. Siempre se nos ha dado muy bien coquetear, follar, pero hemos tenido que fingir ser otras personas para poder abrirnos sinceramente.

—Háblame —me susurra al oído—. Dime qué pasó la mañana en que te marchaste.

—Sentí que tenía que dar un paso adelante y afrontar lo siguiente —digo en voz baja, pero sigue estando muy cerca y sé que me ha oído—. Fue una putada que no me contaras lo de Perry, aunque en realidad me dio el empujón que necesitaba.

—Lo siento, *Cerise*.

Se me encoge el corazón al oír ese nombre cariñoso. Le paso las manos por el pecho.

—Si vamos a intentarlo, necesito saber que me contarás las cosas.

—Te lo prometo. Lo haré.

—Siento haberme marchado como me marché.

El hoyuelo reaparece brevemente.

—Muéstrame que sigues llevando mi alianza y te perdono.

Levanto la mano izquierda y se la queda mirando un instante. Luego se inclina para besar el fino anillo de oro.

Oscilamos suavemente mientras la gente salta, se agita y baila a nuestro alrededor. Apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos, inhalando cada parte de él.

—En fin, todo eso ha quedado atrás. Esta noche te toca a ti parlotear sin parar.

Con una leve sonrisa, se inclina para besarme la mejilla derecha y luego la izquierda. Y después, posa sus labios en los míos durante varios segundos perfectos.

—Mi color favorito es el verde —dice contra mi boca, y suelto una risita. Sus manos descienden por mis costados, sus brazos rodean mi cintura mientras se inclina y sube por mi cuello dándome besos—. Me rompí el brazo cuando tenía siete años, tratando de ir en monopatín. Me encanta la primavera y no soporto el invierno. Mi mejor amigo de la infancia se llamaba Auguste, y su hermana mayor era Catherine. A ella le di mi primer beso, cuando yo tenía once años y ella doce, en la despensa de la casa de mi padre.

Mis dedos se deslizan por su pecho, ascienden por su garganta y se entrelazan sobre su nuca.

—Mi mayor trauma fue que mi madre se marchara a Estados Unidos, pero, por lo demás, aunque mi padre era un tirano, disfruté de una infancia muy feliz. En el colegio, las mates se me daban de puta pena. Perdí la virginidad a los catorce años, con una chica que se llamaba Marie. —Me da un beso en la mejilla—. La última mujer con la que me he acostado ha sido mi esposa, Mia Rose Guillaume.

Me besa la punta de la nariz.

—Mi comida favorita es el pan. Ya sé que suena tremendamente aburrido. Y no me gustan los frutos secos.

Me echo a reír y le atraigo hacia mí para darle, por fin, un beso de verdad. ¡Madre mía! Su boca cálida ya está acostumbrada a la mía. Sus labios resultan suaves y dominantes a la vez. Percibo su necesidad apenas contenida de tocarme, saborearme y follarme. Sus manos se deslizan sobre mi trasero y atraen mis caderas contra su cuerpo. Su lengua roza la mía. Exhalamos un gemido y nos apartamos jadeantes.

—Creo que antes de conocerte no había hecho correrse a ninguna mujer solo con la boca —admite—. Me encanta besarte ahí. Y me encanta tu culo, es perfecto. —Mientras pronuncia esas palabras, noto que su miembro despierta contra mi vientre y sus manos me estrujan las nalgas—. Contigo me gustan todas

las posturas, pero prefiero ponerme encima... Con esa forma tuya de agarrarme y moverte debajo de mí, haces que la postura del misionero parezca el colmo de la lascivia.

¡Joder! Me retuerzo entre sus brazos.

—Ansel.

—Conozco el sonido exacto que haces cuando te corres; nunca podrías fingir conmigo. —Sonríe y añade—: Nunca más.

—Cuéntame cosas normales —le suplico—. Esto me está matando.

—No me gusta nada matar arañas, porque me alucinan, pero estoy dispuesto a hacerlo por ti si es que te dan miedo. No me gusta nada ir de copiloto en un coche, porque prefiero conducir. —Sube hasta mi oreja dándome besos y susurra—: Podemos vivir en San Diego, pero al menos quiero pasar los veranos en Francia.

Casi me duele el pecho por la fuerza de cada latido.

—Vale.

Sonríe y toco su hoyuelo con la punta del dedo.

—¿De verdad vas a venirte aquí?

—En febrero, creo —dice, encogiéndose levemente de hombros.

Como si fuera tan fácil. Como si fuera un hecho consumado.

Me siento aliviada y destrozada al mismo tiempo. Me hace mucha ilusión que todo se solucione con tanta facilidad, pero aún estamos en julio. Febrero está muy lejos aún.

—Falta mucho para eso.

—Vendré a visitarte en septiembre, octubre. Noviembre. Diciembre. Enero...

—¿Cuánto tiempo te quedas?

¿Cómo es que no se lo he preguntado todavía? De pronto, me da pánico oír su respuesta.

—Solo hasta mañana por la noche —contesta. Se me cae el alma a los pies; de pronto, siento un gran vacío—. Puedo faltar el lunes, pero tengo que ir a trabajar el martes porque empieza la primera fase de la vista.

No hay tiempo suficiente y me pongo a tirar de él.

—Chicas... —empiezo a decir en cuanto llegamos a la mesa.

—Lo sé, guapa —dice Harlow, asintiendo con la cabeza—. Tenéis doce horas. No tengo ni puta idea de lo que estáis haciendo aquí. Marchaos de una vez.

Así pues, no solo sabían que venía, sino también cuándo se iba. Lo han discutido todo en detalle. ¡Joder, cuánto quiero a mis amigas!

Le doy un beso a Harlow, le doy un beso a Lola y nos abrimos paso a empujones hasta la salida.

De algún modo nos las arreglamos para llegar a mi apartamento con toda la ropa puesta. Rezo para no despertar a Julianne mientras recorremos a trompicones el camino de entrada y nos estampamos contra un lateral del garaje, donde Ansel me mete las manos bajo la falda, bajo las bragas, suplicando que le permita tocarme. Sus dedos cálidos y exigentes apartan a un lado el frágil encaje y se deslizan sobre mi piel.

—Pareces irreal —susurra—. Te necesito desnuda. Necesito verte.

—Pues llévame arriba.

Tropezando y armando un escándalo de mil demonios, subimos los peldaños de madera hasta mi apartamento y nos estrellamos contra la puerta. Ansel me besa el cuello mientras sus manos hambrientas me agarran las nalgas, atrayéndome contra su cuerpo.

—¡Ansel! —exclamo entre risas, apartándole de un empujón en el pecho para poder sacar las llaves del bolso.

Una vez dentro, no me molesto en encender las luces; no quiero apartar las manos de su cuerpo ni siquiera el tiempo necesario para buscar el interruptor. Mis llaves caen al suelo, seguidas del bolso y de la americana. Estamos solos en la oscuridad. Con los zapatos puestos, casi soy lo bastante alta para besarle, pero en cuanto me los quito tiene que inclinarse hacia mí y pasarme los brazos por la cintura para alzarme hasta su boca.

—Me gusta tu casa —comenta Ansel entre besos, sonriente.

Asiento con la cabeza, tirándole de la camisa para sacarla de la cinturilla de los pantalones.

—¿Quieres que te la enseñe?

Se echa a reír cuando me frustró al intentar quitarle la camisa a oscuras. ¿Por qué puñetas hay tantos botones?

—Me enseñarás la cama, ¿no?

Aparta mi mano de un manotazo, se desabrocha rápidamente los últimos

botones y se despoja por fin de la camisa.

—Y la mesa. Y el sofá —digo, distraída por los kilómetros de piel lisa y perfecta que de pronto se extienden ante mí—. Puede que el suelo. Y la ducha.

Solo hace unos días que le toqué por última vez, pero parece que haya transcurrido un año. Las palmas de mis manos descienden por su pecho, mis uñas dibujan una línea curva sobre el vientre tonificado. Cuando me inclino hacia delante y le doy un beso en el esternón, emite un sonido ávido, a medio camino entre un gruñido y un gemido.

Me pasa por los hombros el vestido, que cae sobre mis brazos, atrapando mis manos a los costados del cuerpo.

—Empecemos por el dormitorio. Ya recorreremos después todo lo demás.

—Tenemos doce horas —digo.

Atrapa mi labio inferior entre sus dientes y suelto un quejido. Le he echado tanto de menos que es como si la faja que hasta ahora me rodeaba el pecho se hubiera roto y pudiera respirar hondo otra vez.

La cama es el mueble más grande del apartamento. A pesar de la oscuridad, Ansel la encuentra fácilmente.

Retrocede hasta el colchón sin dejar de besarme, se sienta y me sitúa entre sus piernas abiertas. Sus manos acarician la piel de la cara posterior de mis muslos, arriba y abajo, hasta que sus dedos alcanzan el borde de mis bragas. La farola de la calle proyecta un suave cono de luz sobre una pared y puedo distinguir su cara, sus hombros. Tiene la bragueta abierta. La punta de la polla, ya dura y plana contra su vientre, asoma sobre la cinturilla de los bóxers.

Tira de mí y noto el calor de su boca en mi cuello.

—Doce horas no son suficientes —dice, clavando las palabras en mi piel.

Su lengua dibuja una línea entre mis pechos, me succiona el pezón a través del encaje del sujetador. Forcejeo para liberarme y se apiada de mí, por lo que baja mi vestido hasta el suelo y lo deja a mis pies de cualquier manera.

Por fin puedo moverme. Enredo los dedos en su pelo y es justo como lo recordaba: sus sonidos, su olor, el modo en que se enciende mi piel cuando succiona la zona de debajo de la clavícula. ¿Cómo pensé que podía vivir un solo día sin esto?

—Esto va fuera —dice Ansel, alargando los brazos a mi espalda para desabrocharme el sujetador.

Sus manos dejan atrás los tirantes, que resbalan por mis brazos. Sus dedos ascienden por mis hombros y bajan por mi pecho hasta cogerme los senos. Se inclina hacia delante y apoya la palma de la mano sobre uno mientras besa el otro.

Ansel emite un leve sonido de aprobación y me pone una mano en el culo.

—Y esto. Quítatelo.

Cierra la boca sobre uno de mis pezones y comienza a darle golpecitos con la lengua.

Este es el momento en el que habría necesitado desaparecer dentro de otra persona, aquietar mi mente con disfraces y fantasías. Sin embargo, ahora mismo, la única persona que quiero ser es yo misma.

—Tú también —digo—. Fuera los pantalones.

Le observo con un ansia incontenible mientras se pone de pie y baja el resto de su ropa hasta el suelo.

Ansel acerca su cuerpo alargado al cabecero de la cama, se tumba y aguarda en silencio hasta que deslizo los dedos bajo el encaje y me bajo las bragas. Sin una palabra, se agarra la base de la polla y levanta la mano despacio.

Me subo a la cama y me coloco encima de él, con los muslos a cada lado de sus caderas. Suelta la polla, que empuja dura contra su vientre. Sus ojos, muy abiertos, observan el espacio decreciente entre nuestros cuerpos. Con manos impacientes, me agarra de las caderas y me sitúa más arriba, encima de él.

Tiene la mandíbula tensa y el cuello arqueado sobre la almohada.

—¡Tócame! —exclama con un gruñido.

Le paso las manos por el pecho y desciendo de nuevo para deslizar los dedos por su miembro, para acariciarle los huevos, las caderas. Estar encima de él de este modo resulta muy lascivo. Estoy desnuda, expuesta, bien a la vista. No puedo esconder la cara en su cuello y desaparecer bajo el peso y la comodidad de su cuerpo.

Para mí todo es nuevo: verle aquí, en mi apartamento y en mi cama, su cabeza despeinada en el centro de mi almohada. Tiene los ojos vidriosos, los labios enrojecidos por mis besos. Me siento insólitamente posesiva.

—Estás ardiendo —dice, metiendo la mano entre mis piernas—. Estás a punto.

Sus dedos se deslizan por mi piel fácilmente, explorando. Se agarra la polla y la mueve contra mí. No puedo apartar la mirada de su rostro, de su concentración

en el punto en que nuestros cuerpos entran en contacto. Es como si hubieran aspirado el aire de la habitación, como si lo hubieran incinerado de una sola bocanada.

Con cada leve flexión de sus caderas se impulsa hacia delante, hacia arriba, cada vez más cerca, hasta que por fin está allí, presionando apenas dentro. Me dejo caer sobre él despacio, respirando de forma intensa y rápida, incapaz de cerrar los ojos ante lo irreal de su expresión mientras jadea abrumado bajo mi cuerpo: ojos cerrados con fuerza, labios abiertos, mejillas manchadas de rojo.

Estoy demasiado llena, es excesivo, y concedo a mi cuerpo unos instantes para que se acostumbre a la sensación de tenerle tan hondo. Pero no es eso lo que quiero, no quiero estar quieta; quiero sentir su grueso miembro deslizándose en mi interior y sus manos ásperas, cada vez más hambrientas. Quiero sentirle toda la noche.

Empiezo oscilando suavemente sobre él, tan perdida en sus reacciones como perdido parece él en el contacto conmigo. Sus manos aferran mis caderas, sujetándome y permitiéndome llevar el control. Finalmente abre los ojos, alza la vista y sonrío mostrando su pura esencia: ojos brillantes, hoyuelo travieso y boca de tío cachondo.

—Dame un poco de espectáculo, *Cerise*. Rómpeme.

Con una sonrisa, levanto el cuerpo y me deslizo hacia abajo; repito el gesto un poco más deprisa, y un poco más, fascinada por la minúscula arruga que se le forma en el entrecejo mientras observa mi rostro con concentración. Mueve hacia un lado la cadera y parece satisfecho cuando lanzo un grito ahogado. Introduce la mano entre los dos para tocarme, manosearme, acariciarme, y susurra en voz baja que le monte más rápido, más fuerte.

—¡Quiero oír cómo follamos! —masculla, empujando contra mí—. Deja salir a mi pequeña salvaje.

Me observa embelesado cuando empiezo a correrme y susurra:

—¡Oh, Mia, eso es!

Apoyo las manos en su pecho, clavando los ojos en sus labios abiertos, y le suplico:

—Por favor, oh, por favor. —Noto que mi cabeza empieza a caer hacia atrás mientras el placer va en aumento—. Estoy a punto. ¡Estoy a punto!

Sonríe y asiente con la cabeza, sin dejar de mirarme. Sus dedos me aferran con



más fuerza. Me disuelvo en las sensaciones, salto sobre él encorvando la espalda y finalmente cierro los ojos para soportar la intensidad y el alivio plateado y cegador mientras me desmorono contra su pecho.

El mundo se da la vuelta. Las sábanas suaves se encuentran ahora a mi espalda y noto su mano entre las piernas, tocándome. Vuelve a penetrarme y empieza a moverse encima de mí con embestidas prolongadas y seguras, apretando su pecho contra el mío. Tiene el cuerpo caliente, y sus labios recorren mi cuello hasta llegar a mi boca, que succiona y saborea, mascullando palabrotas y cosas como «húmeda», «correrme», «piel dulce y húmeda» y «más hondo, muy hondo, muy hondo».

Deslizo las manos por su espalda, le agarro el trasero y me deleito al notar las musculosas nalgas. Se mueve empujando contra mí y redobla el ritmo cuando abro más las piernas. Le clavo las uñas en la piel y me arqueo debajo de su cuerpo, sintiendo cómo va tomando forma otro orgasmo.

Pronuncio su nombre entre jadeos y acelera aún más mirándome a la cara.

—Sí. ¡Joder! —gruñe en voz baja.

Tiene la frente sudorosa. Sus ojos se clavan en mis pechos, en mis labios. Aparta el cuerpo lo suficiente para poder contemplar cómo se mueve en mi interior. Está húmedo de mí, muy duro. Sus músculos tensos parecen a punto de quebrarse, a punto de explotar. Esta ha sido siempre nuestra mejor postura, la fricción, su forma de encajar contra mí. Dibuja círculos con las caderas, mirando alternativamente mi rostro y el espacio que hay entre nuestros cuerpos. Ansel exhala un bufido, y de mis labios brota un hondo gemido.

Suelta un gruñido de alivio cuando me apoyo con fuerza contra la almohada, enloquecida, y me corro con un grito.

—Me falta poco —masculla, echando la cabeza atrás y cerrando los ojos—. ¡Oh, Dios, Mia!

Se deja caer sobre mí. Sus caderas basculan tan hondo en mi interior que rozamos el cabecero. Cierra los puños a los lados de la almohada, junto a mi cabeza. Lanza un grito al correrse y el sonido resuena contra el techo y las silenciosas paredes, aún vacías.

Recupero el uso de los sentidos de uno en uno: primero el tacto de Ansel, todavía dentro de mí, el peso de su cuerpo, caliente y sudoroso. Noto mi propio cuerpo sensible, pesado tras el placer.

Oigo el sonido de su respiración jadeante junto a mi oreja. Y un susurro:

—Te quiero.

Después saboreo y huelo la sal de su piel al besarle el cuello. Finalmente, empiezo a distinguir la forma de sus hombros encima de mí, su lento balanceo mientras empieza a moverse otra vez, solo para sentirme.

Me aparta el pelo de la cara y me mira.

—Quiero fingir —dice.

—¿Fingir?

—Sí.

Se apoya sobre los codos y mis manos descienden por su pecho sudoroso hasta tocar el punto en el que desaparece dentro de mí. Un temblor trepa por mi columna vertebral. Noto el calor de su mirada, el peso apremiante de su atención al observar mi cara y diseccionar mi expresión.

—¿Fingir qué? —pregunto.

—Que ya han pasado seis meses. —Sus dedos me peinan el pelo, apartando los mechones empapados de mi frente—. Y que vivo aquí. Quiero fingir que he terminado con el caso y que estamos juntos. Para siempre.

—Vale.

Alargo el brazo y atraigo su rostro hacia el mío.

—Y que quizá tienes un disfraz de artista de circo y por fin has aprendido a hacer malabares. —Me besa y se aparta. Frunce el ceño en una expresión de falsa seriedad—. No te darán miedo las alturas, ¿verdad?

—¿Esa es tu fantasía?

Ladea la cabeza y su sonrisa se vuelve un poco maliciosa.

—Desde luego, es una de ellas.

—¿Y las otras? —pregunto.

Por él me pondría cualquier disfraz, pero sé que me sería igual de fácil ser yo misma. Quiero pasar cada noche amando tanto como amo ahora mismo.

Por enésima vez me pregunto si las palabras que no he pronunciado aparecen escritas encima de mi cabeza, porque su sonrisa se ensancha y llega hasta sus ojos. Como cada vez que ocurre eso, mis pulmones se quedan sin aire.

—Para conocerlas todas, vas a tener que esperar.

# Agradecimientos

Acabar un libro provoca una sensación extraña. Como ya lo hemos hecho unas cuantas veces, podemos reconocerla: nos alegra muchísimo poner fin a una obra de la que nos sentimos orgullosas, aunque no estamos realmente preparadas para que termine.

Como siempre, gracias a nuestra agente, Holly Root, que es una de nuestras personas favoritas. Tú nos entiendes. Te ríes con nuestros chistes verdes, pones los ojos en blanco en todos los lugares adecuados y, de vez en cuando, nos sorprendes con tus propias cochinadas secretas. El día que pasamos a formar parte de #TeamRoot sigue siendo uno de los mejores de nuestra vida, y estamos impresionadas por el equilibrio que has encontrado en el último año. Tú nos inspiras. Gracias, ninja.

Lo decimos en cada libro y lo volvemos a repetir: nuestro editor, Adam Wilson, es el capitán de este barco delirante, y nuestras carcajadas al leer sus comentarios deben de ser los únicos abdominales que hacemos en todo el año (no es tan penoso, que nadie se preocupe: Adam es muy divertido). No olvides que nos diste permiso para decir otra cosa y que no te hemos tomado la palabra.

Todo nuestro cariño a Jen Bergstrom, Louise Burke y Carolyn Reidy por abanderar con tanta gracia el cromosoma XX y enseñarle al mundo cómo se hacen las cosas. Escucháis nuestras ideas, empujáis cuando hace falta y nos apoyáis sin descanso. No nos imaginamos un sitio mejor que Gallery Books y estamos muy orgullosas de formar parte de la familia S&S.

Gracias a nuestras publicistas Kristin Dwyer y Mary McCue. ¿Cuándo repetimos? (No diremos nada más para no ponernos sentimentales.)

Achuchones para Liz Psaltis, Lisa Litwack, John Vairo, Jean Anne Rose, Ellen Chan, Lauren McKenna, Stephanie DeLuca, Ed Schlesinger (solo por ser Ed), Abby Zidle y toda la gente que abrazamos al tomar por asalto la planta 13 del edificio de Simon & Schuster. LOL. ¿POR QUÉ SOIS TAN ALUCINANTES?

Escribir un libro ya es difícil, pero escribir un buen libro sería imposible sin las alucinantes lectoras de nuestro manuscrito: Tonya y Erin, os debemos a cada una un hombre objeto sin camisa y una suscripción de por vida al servicio de envíos de fruta de Harry y David (el regalo con el que sueña Lo). Gracias por vuestra sinceridad, siempre. Gracias a Monica Murphy y a Katy Evans por leer, apreciar y señalar lo que funcionaba y lo que no. Gracias a Nina y a Alice por diciembre y todos los días que han venido después.

Lauren Suero, nos encantas. Gracias por todo, Drew.

Gracias a todos los bloggers y blogueras por vuestro amor y entusiasmo. Escribir un libro es solo un paso, ayudarle a incorporarse al mundo es otro. Os estamos muy agradecidas.

Gracias y mil gracias a vosotras y vosotros, las personas que leéis nuestros libros, venís a vernos cuando firmamos ejemplares, nos mostráis vuestros tatuajes, nos abrazáis, recomendáis nuestras novelas a vuestras amistades, nos tuiteáis, braceáis con nosotras, nos chilláis, debatís por Facebook, comentáis, opináis, nos enviáis chistes, fotos y vídeos verdes, y, en general, nos permitís formar parte de vuestra vida.

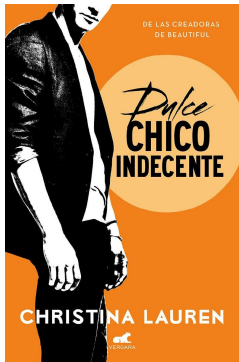
Niños y niñas, nos dais un motivo para hacer lo que hacemos. Al final de la jornada, nos es fácil apartarnos de estos libros porque vamos a ver vuestras caras. Dr. Mr. Shoes y Blondie, gracias por un centenar, un millón de cosas cotidianas que son demasiado personales para el consumo público.

Christina, eres única para mí.

Lo, ¿recuerdas aquel día en París, cuando se nos ocurrió esta idea? Aunque me cansé un montón, ojalá pudiéramos hacerlo todo de nuevo. Y esta vez prometo no levantarte el dedo. Te quiero más de lo que puedo expresar con palabras, gracias por ser mi otra mitad.

Primera entrega de «Wild Seasons» la nueva serie romántica erótica de Christina Lauren, la autora de *Beautiful Bastard*

Cuando tres amigas conocen a tres chicos en Las Vegas...  
todo puede —y todo acaba por— pasar



Mia Holland y sus dos mejores amigas han decidido celebrar su graduación pasando una noche inolvidable en Las Vegas antes de emprender una nueva etapa de sus vidas. Pero lo que no podían llegar a imaginar es que una noche de diversión cambiaría su destino para siempre.

Porque después de una noche desenfrenada, Mia descubre que lo que debería haber sido una apasionada y, en teoría, pasajera aventura, se ha convertido en un flamante esposo que responde al nombre de Ansel Guillaume y que le invita a acompañarle a París para pasar el largo verano a orillas del Sena.

¿Podría Mia resistirse a la tentación de esa promesa de noches apasionadas de la mano de ese chico tan perfecto?

Lo que empieza como una pura diversión, pronto podría convertirse en algo más, algo muy real, como la vida misma.

**«Un dulce y sexy tesoro. Me encantó cada palabra.»**

SYLVIA DAY

**«Nadie escribe como Christina Lauren. *Dulce chico indecente* va más allá de la seducción. Estoy deseando leer el segundo libro.»**

*Bookalicious*

**«Una novela llena de sexo y de una cautivadora tensión.»**

*RT Book Reviews*

**«*Sweet Filthy Boy* tuvo mi corazón palpitando de emoción de la primera hasta la última página, y me hizo recordar a mis primeros amores y mis años de juventud. ¡Una lectura obligada!»**

*Fangirlish*

**Christina Hobbs** y **Lauren Billings** son un dúo de escritoras apasionadas desde siempre por las novelas románticas. Separadas por el estado de Nevada, se conocieron en 2009, cuando ambas escribían fanfiction bajo los respectivos nombres de tby789 (The Office) y LolaShoes (My Yes, My No). Tras aunar sus esfuerzos para escribir la popular *A Little Crazy*, revisaron y reescribieron la famosa fanfiction *The Office*, que arrasó en la red y posteriormente se convirtió en la novela *Beautiful Bastard*, cuyos derechos cinematográficos han sido adquiridos por una importante productora estadounidense. Sus obras, que han gozado de un gran éxito entre las lectoras, han sido traducidas a más de veinte idiomas. Además, en 2013 fueron galardonadas con el Premio Rosa RománTica'S a la mejor autora revelación internacional.

Para más información, visita la página web de las autoras: [christinalaurenbooks.com](http://christinalaurenbooks.com). También puedes seguir a Christina Hobbs y a Lauren Billings en sus cuentas de Twitter: @seeCwrite y @lolashoes.

Título original: *Sweet Filthy Boy*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2014, Christina Hobbs y Lauren Billings

Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Neus Nueno, por la traducción

Adaptación de la cubierta original de Simon & Schuster: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Stock4B Creative / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-160-7629-1

Composición digital: Infillibres, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



# Índice

Dulce chico indecente

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Christina Lauren

Créditos